OBRAS DRAMÁTICAS

MADRID: 1879.—TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPÍA PEROJO
PIZARRO, 15.—MENDIZABAL, 64.

G. NUÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

OBRAS DRAMÁTICAS

Deudas de la honra.
Quien debe, paga.
Justicia providencial.
El haz de leña.

BIBLIOTECA PEROJO

MADRID — CALLE DE PIZARRO, NÚM. 15.
PARIS — 27, FAUBOURG MONTMARTRE

[1879.]

Es propiedad.

ADVERTENCIA.

Varias veces he abrigado el propósito de colec-cionar mis dramas y comedias; pero siempre me ha detenido, á más del convencimiento de su escaso valer, cierto escrúpulo que quiero exponer con entera franqueza á la consideracion de mis lectores.

Siempre he creido, participando de la opinion de Cervántes, que las obras dramáticas pierden leidas todo lo que ganan representadas, y que excepto algunas, muy contadas, cuyas condiciones especialísimas contribuyen á que la multitud se apasione de ellas y se aprenda de memoria aquellos pasajes líricos ó legendarios que más le impresionan é interesan, el mayor número de las que se han escrito y se escriben, difícilmente se popularizan con el libro, ni se propagan fuera de la escena.

Causas fundamentales hay para que esto suceda; entre otras, la falta de todo aparato decorativo y plástico, el cual equivale en el teatro á la parte descriptiva y pintoresca de la novela, tan necesario para que uno se forme idea exacta y precisa, así del lugar en que la fábula se desarrolla, como de los caractéres y cualidades físicas de los personajes que en ella intervienen, y la monótona frialdad que resulta del diálogo continuado, cuando voces humanas no le animan, cuando el escritor no le sazona ó le aclara oportunamente con observaciones y comentos, y cuando el actor no completa con su palabra, gestos y actitudes la expresion y viveza de los afectos. Nada hay, en la esfera literaria, tan complejo como la creacion dramática, donde no sólo busca sus goces la inteligencia, sino su regalo el oido y la vista su recreo, de suerte que cuando no cuenta con el concurso de las artes que la auxilian, tales como la pintura, la declamacion, etc., aparece hasta cierto punto como mutilada, ya que no en su esencia, por lo ménos en la integridad de su manifestacion.

Fundado, pues, en este temor, he vacilado en publicar coleccionadas mis obras dramáticas, y áun despues de haberme decidido á hacerlo, cediendo á las indicaciones de algunos amigos mios que han procurado vencer mi resistencia, todavía no me he determinado á reunirlas todas, sino sólo aquéllas, muy pocas, cuyo mérito, aunque siempre escaso, me ha parecido ménos dudoso, y que pueden

considerarse como un *specimen* de los diversos géneros que he cultivado.

Cuatro obras contiene esta coleccion, todas de índole distinta: el drama íntimo, el drama de la conciencia *(Deudas de la honra)*, que se desarrolla en el silencio del hogar, donde sin escándalo ni ruido se juzgan y castigan las infracciones de la ley moral; la comedia de costumbres, variable, ligera, efímera *(Quien debe paga)*, que reprende sin amargura ciertos usos, ó más bien, ciertos defectos que la moda ó la debilidad humana sancionan, y donde el conflicto de las pasiones, si puede turbar la paz doméstica, no abre, sin embargo, en el alma incurables heridas ni somete el corazon á las horribles torturas del remordimiento; el drama de tendencias sociales *(Justicia providencial)*, en que se tocan algunos problemas que el movimiento intelectual y la lucha de los intereses plantea incesantemente en nuestros tiempos, y en que apunta, porque el carácter sintético del teatro no consiente mayor desenvolvimiento, la influencia que en el seno de la familia y en el órden de los afectos pueden producir determinadas corrientes de ideas; y por último, el drama histórico *(El haz de leña)*, donde he pretendido, libre de prejuicios de escuela, de odios póstumos y de tendencias políticas, tratar á la española, circunscribiéndome en lo posible á la exactitud fundamental de los hechos debidamente comprobados, un asunto nacional, trágico y sombrío, la muerte del príncipe D. Cárlos de

Austria, que dió ocasion á Schiller para lucir la grandeza de su genio, pero no su respeto á la historia.

¿He acertado ó no en la combinacion y marcha del plan á que se ajusta cada una de estas obras? ¿Qué sé yo? Y no contesto así por fingida modestia, sino porque realmente no lo sé, y porque además creo que nunca logran los autores ejercer con acierto sobre sus mismas obras el magisterio augusto de la crítica. La inteligencia tiene sus pasiones y flaquezas, de las cuales difícilmente prescinde, aunque quiera, y con frecuencia, movida por el instinto de la maternidad, en ella vivísimo y tambien ciego, suele enamorarse de los hijos que ménos valen, de los más defectuosos ó de aquellos cuyo alumbramiento mayores fatigas la ha costado. Sólo de este modo se explican muchos de los juicios que han aventurado escritores de merecida fama acerca de sus propias creaciones, juicios casi siempre rectificados, contradichos ó resueltamente negados por la posteridad, poco dada á respetar sin exámen las opiniones de los que la han precedido en la senda de la vida.

No juzgo, pues, mis composiciones dramáticas por incompetencia absoluta para hacerlo con la necesaria imparcialidad; pero claro es que cuando colecciono algunas, es porque no las considero del todo indignas del aprecio público. En ellas he intentado, aunque temo no haberlo conseguido, hermanar las tradicionales condiciones de nuestro

teatro con las exigencias que la mayor cultura de nuestra edad, y especialmente la mayor suma de experiencia que han adquirido las sociedades modernas, han impuesto á los autores, y conservando hasta donde han alcanzado mis fuerzas la forma genuina española en lo que de original, vária y animada tiene, he querido inspirarme en las ideas de mi siglo, aprovechando, segun mi leal saber y entender, los nuevos elementos estéticos con que la crítica ha enriquecido el arte. En este punto he sido ecléctico, y no he rechazado ni admitido en absoluto por espíritu de secta ningun principio, ningun sistema, ninguna tendencia, ninguna innovacion; sino que he tomado lo bueno ó lo que creía bueno, ó lo que cuadraba mejor á mis inclinaciones literarias, donde lo he visto, y he deseado ser clásico sin caer en el amaneramiento, romántico sin rayar en lo monstruoso, realista sin llegar á lo repugnante; pero principalmente he procurado ser claro y verdadero en el fondo y en la forma. Quizas á este propósito, que en mí ha sido firme é invariable, he sacrificado más de una vez efectos de diccion ó de escena, resistiéndome á transigir con el gusto del público, siempre imperioso y en muchas ocasiones estragado, ávido de novedades, en nuestra patria como en todas partes, y propenso, porque tal es la naturaleza de las muchedumbres, á todo lo exuberante y desmesurado. Ansioso de emociones, impresionable, impaciente, de percepcion clarísima y pronta, busca en el teatro más

lo que le entretiene que lo que le enseña; se deja seducir por el interés de la trama y por el diálogo conceptuoso; no tiene calma para escuchar; devora, por decirlo así, la accion, y gusta, ante todo, de que el poeta le lleve rápidamente de sorpresa en sorpresa, de peripecia en peripecia, de asombro en asombro, áun cuando sea á costa de la verosimilitud de los hechos, de la realidad de las cosas y de la lógica inflexible de las pasiones humanas. Por mi parte, debo decir para terminar, que nunca he sido á sabiendas cómplice de estos extravíos, ni he rendido culto sumiso al éxito, ni me he doblegado á los locos caprichos de la moda, y si bien puedo haberme equivocado en la eleccion de los medios, incurriendo por ende en los mismos vicios que deploro y condeno, lo cual es posible, culpa habrá sido de mi limitado entendimiento, pero no de mi voluntad. Encomiéndome, por lo tanto, á la benevolencia de mis lectores que harto la he menester, y pongo punto y remate á esta *Advertencia*, donde me he permitido exponer breve y sumariamente el cánon á que me he sujetado en la composicion de mis obras dramáticas para que con arreglo á él se las juzgue leidas, en la seguridad de que, sea cual fuere el fallo, no he de protestar ni he de rebelarme contra la sentencia.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

DEUDAS DE LA HONRA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON MANUEL OSSORIO

Escogiste mi primera obra dramática de alguna importancia para tu reaparicion en la escena madrileña, y puede decirse, por lo tanto, no sólo que nos hemos estrenado el mismo dia, sino que juntos hemos sufrido las emociones del juicio público, afortunadamente favorable para ambos en esta ocasion.

A ti, pues, te dedico este drama, como recuerdo de las inquietudes y zozobras que ambos hemos pasado durante una misma noche.

Antes de concluïr, permíteme que rinda merecido tributo de agradecimiento á los actores que habeis representado esta obra. A todos vosotros debo la mayor parte de mi triunfo, y sería injusto si así no lo consignase, debiendo hacer especial mencion del eminente actor D. Joaquin Arjona, cuya acertada direccion y maestría han dado á mi pobre trabajo más valor del que realmente tiene.

TU BUEN AMIGO,

EL AUTOR.

PERSONAS.

ANA.
PETRA.
DON ANDRÉS.
JUAN.
FELIPE.

La escena es contemporánea. El primer acto pasa en Pozuelo de Aravaca, primera estacion del ferro-carril del Norte: el segundo y tercero en Madrid y en casa de D. Andrés.

DEUDAS DE LA HONRA

ACTO PRIMERO

Habitacion de pueblo amueblada modestamente, pero con gusto. Dos puertas laterales y una en el fondo. A la derecha un velador con tapete.

ESCENA PRIMERA.

ANA, junto al velador, llorando. PETRA consolándola.

PETRA. Está bien... ¡siempre llorando!
siempre silenciosa y triste!
no llegará usted á vieja
si de esta manera sigue.
¡Ay, señorita! Es preciso
que esas penas se disipen.
¡Vamos! Tenga usted más calma,
más valor...

ANA. Ya no es posible.
Pasaron aquellos dias,

cuanto rápidos, felices,
de doradas ilusiones
y de juegos juveniles:
sufrir y llorar me toca
nada más... Dios no permite
que en el corazon culpado
la felicidad anide.
Es mi propio pensamiento
quien me atormenta y persigue:
es mi falta... ¡Ay, Petra mia!
nunca tu deber olvides,
¡nunca!... lo que pasa el alma
es espantoso, es horrible.

PETRA. ¡Calle usted! Cuando procuro
que se divierta y anime,
me dice usted unas cosas...
que... ¡Vaya!... si es tan difícil
no llorar...

ANA. ¡Ya ves! No viene.
Me abandona sin oirme.
Y hace bien: lo he merecido.
¡Es justo que me resigne!

PETRA. ¡Eso no! ¡Pues no faltaba
más!... No tiene don Felipe
tan mal corazon, ni es hombre
de pensamientos tan ruines.

ANA. ¡Un mes sin volver!...

PETRA. ¿Quién sabe,
señora, si se lo impiden
sus negocios?...

ANA. ¿Y tampoco
puede el ingrato escribirme?
¡No vendrá!...

PETRA. ¡Fuera un malvado!

ANA. ¡No vendrá!... Si me lo dice

el alma.—Si me desprecia;
si no puede ser que inspire
otro sentimiento en él
y en cuantos sepan mi crímen.
¡Si soy una miserable!...

PETRA. ¡Tan hondo pesar aflige!

ANA. Manchar las canas de un padre,
todo amor, amor sublime
para su hija, que en ella
confía y en ella vive.
Y en vez de ser el apoyo
de su vejez apacible,
ser el puñal que le hiera,
la vergüenza que le abisme...
Esto es infame... ¡Es infame!

PETRA. No digo...

ANA. Nada repliques.
Y no es el amor disculpa
para tan graves deslices.
Si la pasion se apodera
de un corazon noble y firme,
si la suerte le es contraria,
si culto á su fama rinde,
en silencio se consume
y muere... ¡pero resiste!

PETRA. ¡Usted se juzga con tanta
severidad!...

ANA. ¿No concibes
mi dolor y mi sonrojo?
Cuando ese anciano me oprime
en sus cariñosos brazos;
cada vez que se dirige
á mí, temo que conozca
su desgracia...

PETRA. ¡Dios nos libre!

Si supiera...

ANA. Ya es forzoso
que lo sepa... y me castigue.

PETRA. (Asustada.)
¡Señorita!

ANA. (Con resolucion.)
Si el ingrato
de mis desdichas orígen,
despues de mi última carta
no se presenta ni escribe,
y faltando á sus promesas
de sus deberes prescinde,
yo cumpliré con el mio
siquiera una vez... Lo exige
mi honor...

PETRA. Sí, y el pobre viejo
se moriría...

ANA. ¡Él morirse!
¡Es verdad! Mira si hay causa
para que yo me abomine.
Bien; me encerraré en un claustro;
vestiré el sayal humilde;
yo que cometí la falta,
sufriré sola... ¡Imposible!
¡Y ese ángel abandonado!...

PETRA. Ya ve usted que don Felipe
le quiere con toda el alma,
y que ese amor no se finge!...

ANA. ¡Oh! ¿Quién sabe? Si se niega...
(Con amargura.)
¡será su suerte terrible!

PETRA. Verdad es que el inocente...
¡y tan hermoso!..

ANA. (Con ansiedad.)
¿Le viste

esta mañana?

PETRA. ¡Pues claro!
Aunque diluvie y granice
no dejo de verle... ¡vaya!
Y el pequeñuelo se rie
que es un contento!...

ANA. Más tarde
le veré...
(Observando un ligero movimiento de disgusto en Petra.)
Si lo permites.

PETRA. Yo... ¡la verdad! Me incomoda
que vaya usted...

ANA. No me prives
de este placer; por él sólo
este año á Pozuelo vine.
Por el gozo de mirarle,
por el encanto de oirle,
tú sabes cuántos esfuerzos,
cuántos sacrificios hice.
Sólo cediendo á mis ruegos
pudo papá decidirse
á pasar aquí el verano!...

PETRA. ¡Quiera Dios que no averigüe!...

ANA. ¿Tanto temes?

PETRA. Sí, señora.
El amo no es ningun lince.
Cierto. Pero usted tampoco,
como es justo, se reprime.
Aquí tiene usted amigos;
don Juan, que há un año reside
en el pueblo... En fin, no sé,
mas como el adagio dice,
quiera Dios que de la manta
el diablo... ó usted no tiren!

ANA ¿Yo?

PETRA. Sí, señora: es prudente
que sus afectos domine,
que tenga usted disimulo...

ANA. Bien; haré cuanto me indiques;
pero le veré, ¿no es cierto?

PETRA. (Mirando hácia la puerta del fondo.)
¡Chist!... Don Juan... Que no malicie...

ESCENA II.

DICHAS, DON JUAN.

JUAN. Ana, perdóneme usted
si vengo á verla temprano.
Mil veces seré molesto!...

ANA. Señor don Juan, al contrario.
Papá le quiere á usted mucho,
y fuera usted un ingrato
si no honrase nuestra casa.

JUAN. Yo soy, señora, el honrado.
¡Ofrece un pueblo tan pocas
distracciones!...

ANA. Pues yo paso
muy bien la vida...

JUAN. Es que usted
todo lo alegra...

ANA. No tanto.

JUAN. Si llevara usted aquí,
como yo, cerca de un año,
¡un año! sin más amigos
que el cura y el boticario,
muy buenos sujetos, pero

siempre los mismos, acaso
pensara usted de otro modo.

Ana. Pues yo gozo con el trato
de estas gentes...

Juan. Eso puede
durar tres meses ó cuatro.
Despues, es insoportable.
Yo soy voto..

Ana. ¡Vamos, vamos!
Ya veo que son ustedes,
más que nosotras, esclavos
de la vida cortesana.
¡Si viera usted qué trabajo
me costó hacer que viniera
papá!... ¡rarezas! Distando
este pueblo de la córte,
como sabe usted, dos pasos,
y habiendo ferro-carril...

Juan. Eso es verdad; pero aplaudo
su oposicion...

Ana. (Con ironía.) ¡Muchas gracias!

Juan. Aunque me hubiera privado
del gusto de ver á ustedes.

Ana. ¡Ya es tarde!—Pero es extraño
que siendo tan poco amigo
de este apacible descanso,
pase usted meses y meses
en un pueblo vegetando.

Juan. Eso se explica sin grande
dificultad...

Ana. Pues no alcanzo...

Juan. Yo soy algo perezoso:
—soy modesto y digo que *algo*
nada más.—Y entre el bullicio,
las tertulias, los teatros

de la córte, las visitas
de fulano y de mengano,
las citas con el amigo,
el paseo, los encargos...
En fin, entre aquel mareo
incesante y siempre vário,
se me va el tiempo lo mismo
que se va el agua de un vaso
roto.—No soy rico y vengo
á desquitar trabajando,
todo el tiempo que en mis ocios
y en mis placeres malgasto.—
Á usted le diré un secreto
que con mucho empeño guardo...

ANA. ¡Gracias!

JUAN. Ni papá lo sabe:
aunque ya me ha preguntado
varias veces...

ANA. Pues entónces...

JUAN. Con usted quiero ser franco.
Escribo un drama.

ANA. Y por cierto
que será tan cortesano
como usted...

JUAN. ¡Siempre ingeniosa!

ANA. ¿Y se titula?

JUAN. *Un mal paso.*

ANA. (Alarmada, á Petra.)
(¡Dios mio! habrá conocido...)

PETRA. (A Ana.)
(No tema usted...)

JUAN. Hoy acabo
el acto segundo...

ANA. (Respirando.) (¡Ay, Petra!
¡Qué cobarde ès el pecado!)

JUAN. En cuanto escriba el tercero,
hago mi maleta y parto
á la corte...

ANA. No lo dudo.
Habrá quien esté esperando
con impaciencia...

JUAN. ¡Y con mucha!
¡Mi pobre madre, á quien amo
como al ángel de mi guarda!

ANA. ¿Nadie más?

JUAN. Nadie.

ANA. Es muy raro...

JUAN. ¿Y quién mejor? Es tan buena...
El amor que la consagro
es el conjunto de todos
mis sentimientos más caros.
No he conocido á mi padre,
No tengo parientes... ¿Hago
mal en querer como quiero
á quien fué mi solo amparo?

ANA. (Conmovida.)
¡Ah! ¡Dichoso usted que puede
estrecharla entre sus brazos!

JUAN. Há tiempo está delicada,
y temo un suceso infausto
el mejor dia... Padece
del corazon...

ANA. (Con afliccion.) Pues cuidado...

JUAN. ¿Llora usted?...

ANA. Sí, por la mia.
¡Una madre vale tanto!...
¡Qué de pesares evita,
qué de lágrimas y engaños!

ESCENA III.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRÉS. ¿Tanto bueno en casa?
JUAN. (Saliendo á su encuentro.) ¡Amigo
don Andrés!...
ANDRÉS. (Con afecto.) ¡Venga esa mano!
(Receloso.)
(Tiembla... y ella está llorosa...
¿Se querrán esos muchachos?
Tanto empeño en venir...) ¡Vaya!
¿y qué estaba usted contando
á mi Anita?... (Es sospechoso
silencio tan obstinado.)
JUAN. Hablábamos del cariño
maternal.
ANDRÉS. ¡Eso es muy santo,
muy bueno!... (Será prudente
no dormirse, y observarlos.)
¡Ah! tengo que dar á ustedes
una noticia.
ANA. (Levantándose.) Sepamos.
¿Qué sucede?
ANDRÉS. Esta mañana
en la plaza he tropezado
con un conocido antiguo.
¿A ver si aciertas?
ANA. No caigo...
ANDRÉS. Con Felipe.
ANA. (Con gozo mal reprimido.) (¡Y le culpaba!)

PETRA. (A Ana.)
¿Lo ve usted?

ANA. (A Petra.) ¡Estoy temblando!

ANDRÉS. Aunque va de caza al monte,
ántes vendrá á visitarnos.
Háme dado su palabra.
No tardará...

JUAN. Pues me aguardo.
Antes venía con mucha
frecuencia...

ANDRÉS. ¡Se habrá cansado
de cazar!...

JUAN. (Con ironía, en voz baja.)
Quizá en la corte
tenga caza más á mano!...

ANDRÉS. Murmurador!

ANA. (Conmovida, á Petra.)
¡Ya no puedo
más!...

ANDRÉS. Es un chico muy guapo;
le conocí niño en Búrgos,
donde fuimos magistrados
su padre y yo... Ah! qué memoria
la mia. Me ha preguntado
por usted con gran cariño.
¡Le quiere á usted bien!...

JUAN. Yo pago
tanta amistad...

ANDRÉS. Con afecto
más que de amigo, de hermano,
quiso conocer la vida
que trae usted en el campo;
si nos acompaña mucho,
si se distrae!...

ANA. (A Petra, alterada.) Petra, vamos,

no sorprendan mi alegría.

ANDRÉS. ¿Adónde vas?

ANA. Pronto salgo.

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué tal, señor don Andrés?
¿No es agradable la vida
del pueblo?

ANDRÉS. Sí es divertida;
pero no tiene interés
para mí... ¡Ya me fastidio!
¡Quién demonios la desea!
Será la paz de la aldea
muy buena, mas no la envidio.

JUAN. ¿La paz de aquí? ¡Vaya al diablo!
Se la doy á usted de balde.
Sobre si ha de ser alcalde
Juan ó Pedro, ó Luis ó Pablo;
sobre si el hijo de Anton
hace guiños á Colasa,
el año entero se pasa
en plena revolucion.
Todos temen, todos dudan;
no hay nadie que los entienda:
un dia van de merienda
y al otro no se saludan.
No hay hermano para hermano,
no hay amigo para amigo;
por un puñado de trigo

dan que hacer al escribano.
Hay sentimientos más buenos
en la córte; allí quizás
los hombres se quieren más
porque se conocen ménos.

ANDRÉS. Pero usted se encuentra bien...

JUAN. ¿Qué quiere usted? Ya soy ducho:
no intrigo, miro y escucho,
y á todo contesto *amen*.
¡Nada hay aquí que me importe!...

ANDRÉS. Á la verdad; es extraño
que se pase usted un año
alejado de la córte.
¿Hay por medio algun amor
misterioso y escondido?
¡Claro! todos hemos sido
calaveras...

JUAN. (Con ingenua ironía.)
Sí, señor.

ANDRÉS. ¡Hola! ¿Conque dí en el quid?
Lo sospeché... (¡Tal vez Ana!...)

JUAN. La verdad; amo.

ANDRÉS. (Mañana
vuelvo con ella á Madrid.)
¿No será un vano capricho?

JUAN. Es una pasion sincera
y casta.

ANDRÉS. De esa manera...
(Como libre de un pensamiento molesto.)
(¡Pero si nada me ha dicho!)

JUAN. Un amor digno de mí,
libre de impureza y dolo...

ANDRÉS. (Con dignidad.)
Hay séres á quienes sólo
se puede querer así.

Ya el lance peca en historia.
No es raro qùe me interese.
¡Vamos! ¿y qué amor es ese?

JUAN. (Con franca alegría.)
Es... el amor á la gloria.
Doquiera la busco...

ANDRÉS. (Recelosamente.) ¡Ya!

JUAN. Pero engaña mi deseo.
Cuando más cerca la veo,
de mí más léjos está.

ANDRÉS. (Dominándose).
Se queja usted de la dama
sin razon.

JUAN. Soy justo...

ANDRÉS. Llena
está la española escena
de su nombre y de su fama.
Tiene usted reputacion,
la gloria le corresponde...
¿Y sólo ese amor esconde
dentro de su corazon?
Me parece extraordinario...

JUAN. Si otro amor vivir me hiciera
en el pueblo, ese amor fuera
un amor... *penitenciario.*

ANDRÉS. (Mucho llevo en que pensar...)
Tal vez peco de indiscreto.
Mas guarde usted su secreto
y pelillos á la mar.

JUAN. ¿Secretos? No los tendría
para usted.

ANDRÉS. (Variando de conversacion.)
¿Y qué se miente
por la villa?

JUAN. Francamente,

no lo sé.

Andrés. (En tono de duda.)
¿Quién lo diría?

Juan. No tengo ningun afan
por saberlo, y si consigo
que no se metan conmigo...

ESCENA V.

DICHOS, FELIPE, con traje de caza.

Felipe. (Entrando.)
Señores...

Juan. (Corriendo hácia él.)
¡Felipe!

Felipe. (Abrazándole.) ¡Juan!

Juan. Me alegro de verte...

Felipe. (Con duda.) ¿Sí?

Juan. ¡Como te vendes tan caro!...

Felipe. (Cuantas veces vengo...; Es raro
que siempre le encuentre aquí!)

Juan. Hace lo ménos un mes
que no te veo...

Felipe. ¿Qué quieres?
Cuando uno tiene deberes
que cumplir...

Juan. (Embromándole.) ¡Sí, verdad es!

Felipe. Falta el tiempo...

Juan. (En el mismo tono.) Lo imagino.
Sé que estarás ocupado
en ir por la tarde al Prado
y por la noche al Casino.
Si no te da alguna cita

Antonia, Ricarda ó Pepa...

FELIPE. (Con prevencion.)
(¿Tendrá empeño que se sepa
mi mala cabeza?...) ¡Quita!

ANDRÉS. ¡No le juzgo tan escaso
de juicio!...

FELIPE. Son bromas. ¿Y Ana?

ANDRÉS. Adentro está con su hermana
de leche!...

FELIPE. ¿Con Petra acaso?
Y quizás en sus labores...

ANDRÉS. Saldrá pronto.

FELIPE. Esperaremos.

JUAN. Pero luégo almorzaremos
juntos, ¿eh?

FELIPE. ¡Con mil amores!
Si bien la caza... (Dudando.)

JUAN. ¿Eso dices?
Ten calma: despues irás.
Que vivan media hora más
por mi cuenta las perdices.

FELIPE. Bien. (Veré si me equivoco;
porque al cabo Ana es hermosa,
él atrevido... y la cosa
va disgustándome un poco.)

ANDRÉS. Si ustedes quieren honrar
mi mesa...

FELIPE. Fuera un ultraje
á la niña. ¡En este traje!...

ANDRÉS. No importa.

FELIPE. ¿No ha de importar?

ANDRÉS. ¡Paciencia! será otra vez...
Don Juan se me ha anticipado...

JUAN. (Interrumpiéndole.)
Perdone usted: le he pescado

y me pertenece el pez.
¡No le suelto!...

Andrés. Ni yo insisto.

Juan. (Á Felipe.)
Quedarte un momento puedes.
Pues miéntras charlan ustedes
voy á ver si tienen listo
el almuerzo... Aquí no pasa
como en Madrid.

Felipe. No repares...

Juan. Será almuerzo de escolares.

Felipe. ¿Qué más da?

Juan. Te espero en casa.
Ya sabes: á la salida
de... Mas no será preciso.
(A Don Andrés.)
Si usted me da su permiso,
volveré por ti en seguida.

ESCENA VI.

DON ANDRÉS, FELIPE.

Felipe. (Vaya! pretende quitarme
la... ¡Pero yo no soy bobo!)

Andrés. ¿Estará usted muchos dias
por aquí?

Felipe. Fuera dichoso
si pudiera; mas me llaman
á la córte mis negocios!...

Andrés. ¡Ya! los que don Juan ha dicho.
El amor, las fiestas...

FELIPE. (Con fingida sorpresa.) ¡Cómo!
Y usted tambien... (Pues es buena
la fama que por él gozo.)
ANDRÉS. Es muy natural: los años...
FELIPE. (¡Oh! si piensa de ese modo
hacerse estimar, conviene
por si acaso, atarle corto.)
¡Hola! ¿Conque usted da oidos
á mi amigo? No me asombro.
Constantemente en la tierra
pagamos unos por otros.
No me maravilla. Siempre
pasa lo mismo.
ANDRÉS. Supongo
que don Juan...
FELIPE. ¡Vaya una alhaja!
¡Ya lo sabrá usted!...
ANDRÉS. Lo ignoro.
FELIPE. ¡No es posible! Si en la córte
él da la norma y el tono
á todos los calaveras.
ANDRÉS. (Con incredulidad.)
¡Yo siempre le he visto!...
FELIPE. ¡Á todos!
Pregunte usted en Madrid
lo que es ese hijo de Apolo,
único padre que tiene,
segun los rumores sordos
que corren sobre su orígen
y de que yo no respondo.
ANDRÉS. Harta desdicha es la suya
si son ciertos.
FELIPE. Yo los oigo...
Pero, en fin, esta no es cosa
que nos incumba á nosotros.

La verdad es que con ese
aire formal, y ese rostro
tan apacible y tan grave,
es de la piel del demonio.

ANDRÉS. (Receloso.)
(Bien hago en temer...)

FELIPE. ¡Si tiene
alma de don Júan Tenorio!
Más mujeres en el mundo
lloran su triste abandono,
seducidas y olvidadas
por él... ¡Vamos, si es un monstruo!

ANDRÉS. (Con desden.)
¡Buenas serán ellas!

FELIPE. ¡Pobres
víctimas de un mentiroso!

ANDRÉS. Así se disculpan todas
las que olvidan su decoro.
—Amor, pasion, desvarío,
irresistibles coloquios...—
frases son que el vicio emplea
para engañar á los tontos.
Si esas palabras tuviesen
un valor absolutorio,
¿qué seguridad habría
en la fe del matrimonio?
¡Oh, no! La mujer que cede,
quiere ceder: esto es obvio;
y cediendo, se hace digna,
más que de lástima, de odio.

FELIPE. ¡Magnífico! (Si supiera...)
¡Já! ¡já!... Pues usted es voto...
(Con irónica familiaridad.)

ANDRÉS. ¿Quién con fáciles amores
no ha entretenido sus ocios

estudiantiles?

FELIPE. Ya veo
que usted tambien, cuando mozo,
debió de ser...

ANDRÉS. (Preocupado.) No fuí un santo.
Y me ví en tales embrollos
por mujeres de esa especie...
¡Son recuerdos dolorosos!

FELIPE. ¡Bueno! ¿Algun desliz? Observo,
don Andrés, que todos somos
lo mismo... Predicadores
y pecadores de á folio.
¡Sí, por eso hay tantos séres
sin familia y sin apoyo...

ANDRÉS. (Con terror.)
¡Oh, calle usted! si ellas fueran
siempre honradas!

FELIPE. No me opongo.
Pero á veces la conciencia
es rigorosa con otros,
para no sentir el peso
del remordimiento propio.
(En tono de broma.)
Yo tambien predico...

ANDRÉS. (Reponiéndose de su emocion y despues de una breve pausa.)
Es raro
que pinte usted de ese modo
á don Juan, siendo su amigo...

FELIPE. Pues no invento nada; copio.
Ademas, tiene excelentes
cualidades, y buen fondo.
Es firme en sus amistades
espansivo y generoso.
Sus faltas son ligerezas

de la edad, que el tiempo sólo
corregirá... (¡Buen retrato!
Ni yo mismo le conozco.
Pero él ántes...)

ANDRÉS. ¿Quién diría?...

FELIPE. (Ya duda.)

ANDRÉS. (Preocupado.) ¿Conque es tan loco?

ESCENA VII.

DICHOS, ANA.

ANA. Papá, en el zaguan espera...
(¡Él aquí...) (Reparando en Felipe.)

ANDRÉS. ¿Quién?

ANA. El villano
que hallaste ayer en la era.
(Saludando con cortedad.)
Caballero...

FELIPE. (¡Está hechicera!)
Ana...

ANA. Beso á usted la mano.
(Fingiendo frialdad.)
(El corazon se me salta
del pecho...)

ANDRÉS. Justo es que acuda
en su auxilio...

ANA. Si hace falta,
no le negarás tu ayuda...

ANDRÉS. (Sonriendo.)
¡Oh! contando con tan alta
intercesion, ¿qué he de hacer?

ANA. Eres compasivo y bueno.
(Fijándose con intencion en Felipe.)
¡Si otros lo supieran ser!
ANDRÉS. Templar el dolor ajeno
es cumplir con un deber.
El alcalde ha detenido
á su hijo...
ANA. ¿Y por qué?
ANDRÉS. Suponte
cuál su delito habrá sido.
¡Nada! que fué sorprendido
cogiendo leña en el monte.
Veremos lo que resulta
de todo, y pues me consulta
no será, por cierto, en balde;
yo le pagaré la multa
ó convenceré al alcalde.
ANA. Tu buen corazon bendigo.
Hay quien con una palabra
podría calmar, amigo,
el pesar que él mismo labra,
y... calla.
FELIPE. (¡Esto va conmigo!)
ANDRÉS. Puesto que tan poco quiere,
haré por él cuanto fuere
posible.
ANA. ¡Gracias, papá!
ANDRÉS. (Despidiéndose de Felipe.)
Adios. No es justo que espere.
Es un pobre...

ESCENA VIII.

FELIPE, ANA.

ANA. ¡Ingrato!
FELIPE. ¡Bah!
¿Esto es cuanto se te ofrece?
¿Es justo tratarme así?
ANA. ¿Y qué otra cosa merece
tanto olvido? ¡Te parece!...
¿Un mes sin saber de tí?
¡Ay! ¡de otro modo solías
en más venturosos dias
demostrarme tu cariño!...
FELIPE. (Con despego.)
Es que entónces no reñías...
ANA. (Con amargura.)
Es verdad; ¡y ahora te riño!
¡Cruel, qué mudado estás!...
Pero yo la culpa tengo.
No me quejo...
FELIPE. Por demás.
Me llamas y á verte vengo.
¿Puedes exigirme más?
ANA. ¿Esto es gracia? ¿Habré llegado
á tan lastimoso estado
que merezca compasion?
¡Mentira! Nunca has amado.
¡Si te falta corazon!
FELIPE. Ya ves que no te contesto.
Soy prudente y callo...

ANA. (Afligida.) ¡Sí!
Con mis quejas te molesto...
FELIPE. Cuando son injustas...
ANA. (Fuera de sí.) ¡Esto
no puede seguir así!
FELIPE. ¡Qué! ¡Me amenazas!
ANA. (Dominándose.) ¡Impío!
¿Yo amenazar cuando imploro
con amante desvarío?
No sabes, Felipe mio,
cuánto sufro, cuánto lloro.
Si supieras la agonía
con que mi pecho batalla,
mayor tu angustia sería.
Llorando, la noche me halla,
llorando me encuentra el dia!
Y en la triste soledad
que con afan solicito,
vivo en contínua ansiedad;
que la ocupa mi delito
y me acusa sin piedad.
Huyo del que sér me dió;
quiero abrazarle contenta,
y no me resuelvo, no;
pues se interpone mi afrenta
entre el pobre viejo y yo.
Hasta mi hijo desdichado
me inspira miedo y cuidado.
¡Ay! quizás cuando comience
á ser hombre, se avergüence
de la vida que le he dado.
Este temor me intimida.
¡Debe ser cosa cruel
ver que un hijo nos olvida!...
¡Esta no es vida, no es vida!

Ten piedad... ¡Tenla por él!

FELIPE. (Conmovido)
Cálmate... (No sé si debo
resistir...) Enjuga el llanto.
Mi palabra te renuevo
de... (¡La infeliz me ama tanto!...)
En fin, veré... (No me atrevo.)

ANA (Indignada.)
¡No más! Tu intencion sospecho.
Debes de estar satisfecho
de tu hazaña contra mí.
¡Oh! me estás dando derecho
para despreciarte.—¡Sí!
(Observando un movimiento de cólera en Felipe.)

FELIPE. En extremo estás cansada.
Ya te he dicho...

ANA. (Con desesperacion.) ¡Ay, madre amada,
cuya memoria bendigo;
¿por qué á la eterna morada
no me llevaste contigo?
Faltóme tu santo escudo
y la perfidia me hirió
con golpe certero y rudo.

FELIPE. (Á veces vacilo, y dudo
si soy un malvado ó no.)

ANA. ¡Oh! ¡pero no puede ser!
Hoy necesito saber
si me sacas de este abismo;
si eres honrado...

FELIPE. (Con indecision) Mujer...
en otra ocasion...

ANA. (Resueltamente.) ¡Hoy mismo!

FELIPE. El tiempo pronto se pasa.
Juro calmar el afan

que el corazon te traspasa.
Mas... espera. (¡Otra vez Juan!...
¡Si entra aquí como en su casa!)
Que no observe...

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN, trémulo y agitado.

JUAN. ¡Amigos mios!
FELIPE. ¿Qué sucede? Estás inquieto...
JUAN. (Enseñando un telegrama).
Mira, mira.
FELIPE. ¡Es un despacho
telegráfico!... (Despues de leer.)
¡Ah! ya veo...
ANA. (Con inquietud.)
¿Qué tiene?
FELIPE. Su anciana madre
se muere.
JUAN. Parto al momento.
El tren va á salir... ¿Quién sabe
si cuando llegue habrá muerto?
ANA. ¡Tenga usted valor!... Acaso...
JUAN. ¡Ay, Ana! ¡Ay, Ana! ¡no puedo!
(Con desesperacion.)
Es mi madre, y en la tierra
ótra esperanza no tengo.
ANA. (¡Infeliz!)
FELIPE. Si necesitas
algo...
JUAN. Mi casa te dejo:

dispon de ella como quieras;
yo marcho á Madrid corriendo.
¡Ya ves! ¡Mi madre agoniza!...

FELIPE. Vete, Juan, que eso es primero.

JUAN. Adios, Ana.

ANA. Siento mucho...

JUAN. ¡Ruegue usted que llegue á tiempo!

FELIPE. Voy á despedirte... (Así
me libro de lloriqueos.)

ANA. (A Felipe.)
¿Vendrás pronto?

FELIPE. Podrá ser.

ANA. Decídete.

FELIPE. (Con despego.) Ya veremos.

ESCENA X.

ANA.

¡Oh! ¡Me abandona el traidor,
me abandona sin remedio!
¡Si me muriera!... ¡Dios mio,
es un perjuro... y le quiero!
¡Qué feliz será esa anciana,
qué feliz será, muriendo
querida y honrada... y libre
de atroces remordimientos!
¡Horror me inspiro á mí misma,
De mí misma me avergüenzo!...
¡Mi padre sin honra, mi hijo
sin nombre!... ¡Dios justiciero!
(Siéntase desfallecida junto al velador, cubriéndose el rostro con las manos.)

ESCENA XI.

ANA, D. ANDRÉS.

D. Andrés que observa desde el umbral de la puerta el intenso dolor de su hija, se acerca despues sin ser sentido hasta tocarla cariñosamente en el hombro.

ANDRÉS. (¡Siempre triste! ¿Qué hay aquí?
¡No lo sé; pero me inquieta
pena tan honda y secreta!)
Ana...

ANA. (Enjugándose precipitadamente las lágrimas.)
¡Ay, Dios!

ANDRÉS. (Con dulzura.) ¿Qué tienes, dí?

ANA. ¿Yo?... Nada.

ANDRÉS. Serán antojos
tal vez; pero juraría
que brillaban todavía
las lágrimas en tus ojos.

ANA. ¡Es mucha tenacidad
la tuya!...

ANDRÉS. (Apesadumbrado.) ¡Ay, hija! Sospecho
que me asiste algun derecho
para saber la verdad.
¿Á qué ocultar el quebranto
que te perturba y sofoca,
si lo que afirma tu boca
llega á desmentir tu llanto?
Hace tiempo...—es menester
que te diga lo que siento:—
eres presa de un tormento

que no acierto á comprender.
Con triste solicitud,
aunque en mi orgullo ofendido,
mil veces he sorprendido
tu silenciosa inquietud.
¿Por qué callará—decía—
siendo tan honrada y buena?
Quizás encubre su pena
por no despertar la mia.
Y en esta vacilacion
he pasado muchos meses,
siempre esperando que abrieses
las puertas del corazon.
Pero hoy ni debo ni puedo
callar, pues viéndote muda,
nace en mi pecho una duda
que casi me infunde miedo.
Vuélveme la confianza...

ANA. (Confusa.)
Si yo...

ANDRÉS. (Cariñosamente.) Quiero que me digas
la verdad. ¿Acaso abrigas
un amor sin esperanza?
¿No contestas? Te suplico
que hables.

ANA. (Afligida.) (¿Cómo responder?)

ANDRÉS. ¿Qué secreto puede haber
para un padre? ¡Ah! me lo explico.

ANA. (¡Esto es horrible!)

ANDRÉS. Mi larga
práctica de magistrado,
una percepcion me ha dado
tan segura como amarga.
Lo mismo que en un escrito,
si ella me ilumina, leo

en el semblante de un reo
su inocencia ó su delito.
Hoy fijo mi vista en tí
de asombro y de espanto llena,
y mi vista te condena...

ANA. (Con angustia.)
¡Padre!

ANDRÉS. Te condena, sí.
Ese llanto que á despecho
vierten tus ojos hundidos;
esos ahogados gemidos
que están rompiéndote el pecho;
ese temor que te agita,
muestran hasta la evidencia
que has herido tu conciencia,
y tu conciencia te grita.

ANA. (Aterrada.)
¡No puedo más!...

ANDRÉS. ¡Desdichada!
¡Tu indecision me convence!
No hay mujer que se avergüence
sino de no ser honrada.

ANA. (Fuera de sí, cayendo de rodillas á los piés de su padre.)
¡Mátame!

ANDRÉS. (Sin darse cuenta de lo que oye.)
¡No te comprendo!...

ANA. Con sangre tu honor redime.
¡Soy criminal!...

ANDRÉS. (Como herido del rayo.) ¡No, no! Dime
por favor que estás mintiendo!
¡Es imposible! ¡Ay de mí!
¡No es verdad lo que sucede!
¡Es un sueño!... ¡Dios no puede
haberme olvidado así!

ANA. (Sollozando á los piés de su padre.)
¡Si no merezco perdon!
Le amé, vencióme su ruego,
creí sus promesas...

ANDRÉS. (Arrebatado.) ¿Luego
es cierta tu perdicion?
¿Y yo?... ¿Por qué habrás nacido?

ANA. ¡Mátame!

ANDRÉS. ¡Dios de Israel!
(Levantándola rudamente del suelo.)
¿Quién es él, dí, quién es el?
¡Pronto!
(Deteniéndose un momento á escuchar como si oyera pasos. En este breve espacio de tiempo procurará dar á su semblante una tranquilidad aparente y forzada.)
¡Calla!

ESCENA XII.

DICHOS, FELIPE.

ANDRÉS. (Saliendo al encuentro de Felipe y tendiéndole la mano con violenta alegría.)
¡Oh! ¡bien venido!

ANA. (Desmayándose.)
¡Ay!

FELIPE. (Con indiferencia.) Ahora dejo en el tren
al pobre Juan!...

ANDRÉS. ¿Se ha marchado
sin despedirse? (¡El malvado!
¡Todo lo comprendo bien!)

FELIPE. Faltóle tiempo... (Reparando en Ana.)
¿Qué es esto?

ANDRÉS. ¡Un desmayo!

FELIPE. ¡Así parece!...

ANDRÉS. ¡Petra! ¡Petra!
(Tirando con fuerza de la campanilla.)

ESCENA XIII.

DICHOS, PETRA, asustada.

PETRA. ¿Qué se ofrece?

ANDRÉS. ¿No lo ves? Acude presto.
(Mostrándole á Ana. Petra y Felipe la rodean apresuradamente. D. Andrés se aproxima tambien, aunque con más lentitud.)

FELIPE. (Receloso.)
(Tal vez de Juan el viaje...)

ANDRÉS. ¡La mira en el precipicio
y huye!... ¡Al fin hijo del vicio!
¡No desmiente su linaje!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Habitacion cerrada, amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, y á cada lado una jardinera. En la de la izquierda una caja de pistolas. Puertas laterales. Velador con libros, etc.

ESCENA PRIMERA.

PETRA sola.

¡Válgame el cielo, qué dia
de revolucion! Malhaya
la hora fatal en que fuímos
á Pozuelo de Aravaca.
¡Qué tráfago, qué emociones!
Yo voy á ponerme mala.
(Sentándose.)
De correr y de llorar
no ceso... Anteayer mañana
el trueno gordo; despues
la vuelta precipitada
á Madrid... ¡Si ésta no es vida!

ESCENA II.

PETRA, D. ANDRÉS.

ANDRÉS. Petra...
PETRA. ¡Ay, Jesus!
(Levantándose aturdidamente.)
¿Quién me llama?
ANDRÉS. ¿Dónde está Ramon?
PETRA. No ha vuelto
todavía.
ANDRÉS. Pues ya tarda.
PETRA. ¡Cá! No, señor: si hace poco
que vino con esta caja...
(Señalando la de las pistolas.)
ANDRÉS. (Cogiéndola.)
¡Ah!
PETRA. Por cierto que me dijo
con acento de amenaza...
ANDRÉS. ¡Habrá imbécil!...
PETRA. «No la toques:
mira que el diablo las carga...
y las descarga...»
ANDRÉS. (Sin hacerla caso, mirando las pistolas.)
Sin duda
habrá extrañado Peralta
mi peticion... ¡Es tan raro
buscar á mis años armas!...
¡Mi suerte lo ordena!
PETRA. ¡Tiene
de dolor transida el alma!

Si me atreviese... Me haré
la desentendida.) Vaya,
¿qué tiene usted?

ANDRÉS. (Alarmado, guarda las pistolas que habrá estado examinando vuelto de espaldas á Petra.)
¿Yo? ¿Qué es eso?

PETRA. Que algo extraordinario pasa.
El corazon me lo ha dicho...
(y la señorita).

ANDRÉS. (Interrumpiéndola.) Basta.

PETRA. ¡Eso de dejar el pueblo
de la noche á la mañana
como si huyéramos! esa
tristeza que se retrata
en el semblante de usted...

ANDRÉS. Es que á la córte me llaman
mis asuntos... (¡Si creía
que todos me señalaban
con el dedo!)

PETRA. Pero el llanto
de la señorita...

ANDRÉS. (Incomodado.) ¡Calla!

PETRA. ¡Si viera usted cuánto sufre!
Hasta de encerrarse trata
en un convento...

ANDRÉS. ¡Te digo
que calles!

PETRA. (Con sumision.) Si usted lo manda...
(Cuando se pone tan hosco,
¿quién se atreve á meter baza?)

ANDRÉS. En cuanto vuelva Ramon,
hazle que lleve esta carta
á su destino. Que inquiera
si el sujeto está aún de caza

ó ha regresado...

PETRA. (Tomando la carta.) Ya entiendo.

ANDRÉS. Oye: si está levantada
Ana...

PETRA. (Con lástima.) ¡Si no se ha acostado!

ANDRÉS. Pues dile que quiero hablarla.

PETRA. (Admirada, leyendo el sobre de la carta al salir.)
¡Para don Felipe!

ESCENA III.

D. ANDRÉS solo.

Espero
Que venga... ¡Y si se negara!...
¡Le buscaría! Pensar
que le he tenido en mi casa
despues de saber la ofensa
y... ¡Pero vendrá sin falta!
¡Cómo la razon se ofusca!
¡Qué injustamente acusaba
á don Juan... Si parecía
su maldad palpable y clara.
Jamás hubiera pensado
en Felipe... en quien me engaña!
¡Oh! si no me satisface,
si se niega á mi demanda,
un duelo, la muerte!... ¡Aquí
(Señalando con furor reconcentrado la caja de pistolas.)
tengo mi última esperanza!

¡Temo asomarme al abismo
de mi espantosa desgracia!
¡Si será que me condena
Dios por mi culpa olvidada!

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, ANA.

Ana se acerca silenciosamente hasta ponerse al lado de su padre, abismado en sus tristes recuerdos.

Andrés. (Saliendo de su ensimismamiento)
¡Ah! no había reparado
en usted, y la esperaba.
Siéntese usted.
Ana. (Vacilando.) (¡Tengo miedo!)
Andrés. (Con imperio.)
¡Siéntese usted!
Ana. (Obedeciendo.) ¡Dios me valga!
Andrés. (Mirándola con mal disimulado interes)
(¡Qué pálida está!)
Ana. (¡Quisiera
que la tierra me ocultara!)
Andrés. (Dominando su emocion.)
Me ha dicho usted que Felipe
comprometió su palabra...
Ana. Sí, señor...
Andrés. Bien; hoy le aguardo.
(Animándose.)
Hoy esta cabeza blanca,
que se levantaba erguida,

se humilará avergonzada.l
Hoy mendigaré un retazo
de mi ya perdida fama,
y me negarán lo mismo
que me han quitado!... ¡Quéinfamia!
Estará usted satisfecha,
¿verdad?

ANA. (Confusa.) (¡Las fuerzas me faltan!)

ANDRÉS. No cederá... Mas si cede,
si mis súplicas le ablandan
y no resiste, ¡qué vida,
qué vida, infeliz, te aguarda!

ANA. (Hondamente afligida.)
!Díos mio!

ANDRÉS. ¿Piensas acaso?
que esos yerros no se pagan
con usura? ¿que en el mundo
puede borrarse esa mancha?

ANA. (Fuera de sí.)
¡Oh, qué tormento!

ANDRÉS. Temores,
recelos, desconfianzas,
turbarán contínuamente
el sosiego de tu casa.
Entre tu marido y tú,
cual pavoroso fantasma,
se levantará el recuerdo
de tu flaqueza pasada.
De tí misma tendrá miedo;
vivirá en perpetua alarma:
serán terribles sus dias,
sus noches serán amargas.
Y te dirá cuando intentes
persuadirle:—¡Calla, calla!
tú deshonraste á tu padre,

tú fuiste débil y falsa...

ANA. (Sobrecogida de espanto.)
¡Ten piedad!

ANDRÉS. (Sin hacerla caso.) Si de soltera
tan mal tu virtud guardabas,
¿cómo quieres que confie
en tu virtud de casada?
Eso te dirá, si al fin
el recelo no le aparta
de tu lado...

ANA. (Angustiada.) ¡Ay! ¡en el pecho
mi corazon se quebranta!
¿Esto es vivir, Dios eterno!

ANDRÉS. ¡Valiera más que llorara
tu muerte que mi deshonra!

ANA. ¡Tu justa cólera aplaca!...

ANDRÉS. ¡No, jamás!

ANA. Grande es mi culpa:
no pretendo aminorarla.
Me aborrezco; soy indigna
de besar por donde pasas;
merezco todas las iras
del cielo; pero me espanta
tu aborrecimiento, padre!

ANDRÉS. ¡Oh! ¡no es hija quien arrastra
mi crédito por el fango!

ANA. (Suplicándole.)
¡Padre!

ANDRÉS. (Con exaltacion.)
¡Ese nombre me infama!
Vergüenza tengo de serlo!

ANA. ¡Ay!

ANDRÉS. Mañana por tu causa
seré el ludibrio de todos.
—Ese es el padre de Ana—

mostrándome por doquiera
dirán.—No acertó á guardarla!—
Y don Juan, que habrá sabido
allá en el lugar tu falta,
y el seductor, que á estas horas
quizás del triunfo se alaba,
y el pesar que me consume,
y el rubor que me delata,
me harán objeto en el mundo
de burlas y carcajadas!
¡Ingrata! ¡Goza en tu obra!

ANA. (En un arranque de desesperacion.)
¡Mentira! ¡El dolor no mata!

ESCENA V.

DICHOS, D. JUAN, demudado y de luto rigoroso.

ANDRÉS. ¡Don Juan!... (Temo que conozca
mi deshonor en mi cara!)
(Saliendo á su encuentro y reparando en él.)
¿Usted aquí?... Mas ¿qué es esto?
Esa palidez extraña...
ese luto... ¡A usted le ha herido
alguna horrible desgracia!
Su madre de usted...

JUAN. (Con voz ahogada.) No existe.

ANA. (Con pena.)
¡Ha muerto!

ANDRÉS. Siento en el alma...

JUAN. Vengo desde su sepulcro
á cumplir una sagrada

mision...

ANA. ¡Para esos dolores
no hay consuelo, sólo hay lágrimas!

JUAN. ¡En mis ojos se han secado!

ANA. ¡No en los mios!

JUAN. (Estrechándola con efusion la mano).
¡Ana, gracias!

ANA. (¡Ella ha muerto, y yo!...)

JUAN. (A D. Andrés.) Aquí vengo
á un asunto de importancia.

ANDRÉS. ¡Usted!... (Sin duda lo sabe!
¡Oh! con razon maliciaba!...)
Bien...

ANA. Me retiro...

ANDRÉS. (¡No puede
ser esto!...)

ANA. (Alejándose.) (¡Dichosa anciana!
La tengo envidia!... Siquiera
en la tumba se descansa.)

ESCENA VI.

D. ANDRES, JUAN.

JUAN. Sospecho que extraña usted
á tal hora mi visita.

ANDRÉS. Si es que usted me necesita,
me hará en mandarme merced.
Sabe usted que le ofrecí
cuanto valgo y cuanto tengo,
y hoy más que nunca...

JUAN. (Con solemnidad.) ¡Es que vengo
á acusarle á usted!

ANDRÉS. (Inquieto.) ¿A mí?
¿Es posible?

JUAN. Sí, señor.

ANDRÉS. Ignoro en qué habré pecado.
Es usted tan desgraciado
que le trastorna el dolor!
Comprendo ese sentimiento
que le turba y extravía.

JUAN. (Severamente.)
Cierto; pero á usted debía
turbarle el remordimiento.

ANDRÉS. Caballero, mi altivez
no consiente...

JUAN. (En el mismo tono.) Necesito
que juzgue usted un delito
con la austeridad de juez.
Quiero saber si hay mayor
crímen, ni más execrable,
que el del ladron miserable
que asalta el ajeno honor.

ANDRÉS. (Angustiado.)
¡Ay, Dios! ¿Luego usted no ignora?...

JUAN. ¡Lo sé todo!

ANDRÉS. (En el mayor desconsuelo.) ¡Lo temía!
¡Qué aciaga suerte es la mia!

JUAN. (Con amargura.)
Cuando no hay remedio, llora!

ANDRÉS. Lloro, sí, de indignacion,
de vergüenza, lo confieso.
¡Si viera usted! ¡tengo un peso
que me abruma el corazon!
¿No es cierto que el libertino
es indigno de piedad?

JUAN. (Asombrado.)
¿Qué dice usted?

ANDRÉS. ¿No es verdad
que es un cobarde asesino?
¿Que es un corazon villano,
sin virtud, el que atropella
el pudor de una doncella
y las canas de un anciano?

JUAN. (Maravillado.)
Sí, sí, pero usted olvida...

ANDRÉS. (Sin escucharle.)
Cruce usted sencillo y bueno,
de nobles acciones lleno,
el sendero de la vida.
La fama que usted hereda,
la que adquiere con prolijos
afanes, preste á sus hijos,
honrándoles cuanto pueda.
Para que venga á manchar
un extraño su decoro,
privándole de un tesoro
que no se vuelve á cobrar.
¡Para perder en un dia
el crédito y el consuelo!...
(Con ira.)
¡Oh! ¡no hay castigo en el suelo
para tanta felonía!
¡No le hay!

JUAN. No esperaba tanto;
usted mismo se sentencia.
Y es que tiene la conciencia
arranques que dan espanto.
Arranques que traen en pos
la condenacion del reo,
arranques en donde veo

brillar las iras de Dios!

ANDRÉS. (En tono de queja.)
¿Debo acaso responder
de la traicion que he sufrido?

JUAN. Si usted hubiera rendido
culto constante al deber,
ni llorara ese desliz,
ni yo le pidiera cuenta
de una vida que me afrenta
y de una madre infeliz.

ANDRÉS. (Aterrorizado.)
¿Estoy soñando ó despierto?
¡Usted! (¡Qué terror me asalta!)

JUAN. (Penosamente afectado.)
¡Confesándome su falta
la que me dió el sér ha muerto!
¿Qué mucho que la ocultase
hasta el postrimero dia?
La desdichada temía
que mi afecto se entibiase.
Y si alguna vez dudé
de este maternal engaño,
callé por no hacerla daño;
por no ofenderla callé.

ANDRÉS. (Fuera de sí.)
Voy á perder la razon.
¿Es esto verdad?

JUAN. (Severamente.) Soy hijo
de doña Juana de Arguijo.

ANDRÉS. (Consternado.)
¡Tú!—¡Qué horrible expiacion!—
¿Qué he de decir en mi abono
si Dios me ha juzgado ya?

JUAN. ¿Y quién disculpar podrá
tan criminal abandono?

ANDRÉS. La creí culpada...

JUAN. (Con fuego.) No
basta que usted lo creyese.

ANDRÉS. (Abatido.)
¡Es verdad!

JUAN. Y aunque lo fuese,
¿era responsable yo?
¿Debió usted negarme impío
un nombre?

ANDRÉS. (Agitado y confundido.)
Dártelo espero.
¿Puedo hacer más?

JUAN. (Con orgullo.) ¡No le quiero!
Hoy le honrara á usted el mio.
En mi oscura soledad
he sabido conquistarme
lo que usted no quiso darme...

ANDRÉS. ¡No debo exigir piedad!
¡Ay, Señor! ¡Ya he conocido
con cuánta razon me infamas!
¡Qué tremendamente llamas
á las puertas del olvido!
Hoy en un mismo recuerdo
se eslabona y encadena
el hijo que me condena
con la estimacion que pierdo.
Hollé el corazon de un padre
en mi juventud liviana,
y Dios me castiga en Ana!...
¡Ya está vengada tu madre!
(Con profunda desesperacion.)

JUAN. (Sobrecogido.)
¡Oh, pero eso no es verdad!
Acaso usted anticipe
su juicio...

ANDRÉS. (Interrumpiéndole amargamente.)
¡Apela á Felipe!

JUAN. (Sorprendido.)
¡Felipe! ¡Qué iniquidad!

ANDRÉS. ¡Lo que sembré recogí!
Tus decretos reverencio,
Señor.

ESCENA VII.

ANDRÉS, JUAN, ANA.

JUAN. (Al ver aparecer á Ana.)
¡Silencio! ¡Silencio!

ANDRÉS. (Sin poder disimular su emocion.)
¡No, no!

JUAN. (En voz baja.) Por ella y por mí.
(En mala ocasion llegó.)

ANA. (Observando la profunda afliccion de don Andrés.)
(¡Papá llorando!... ¿Qué es esto?
¿Sabrá don Juan?...)
(Tímidamente.) Si molesto...

JUAN. (Por lo bajo á D. Andrés, temeroso de que Ana sospeche.)
(¡Que Ana nos observa!) No...

ANA. Quédese usted...
(Cortada.) Oí un grito,
y...

JUAN. (Disimulando.) Me le arrancó el pesar,
sin duda.

ANDRÉS. (Cada vez más impresionado.)
(Quisiera estar

á solas con mi delito.)

ANA. (¡Si no sé lo que decir!)

JUAN. (A D. Andrés en voz baja.)
(Es menester que esto acabe,
no advierta...)

ANA. (Fijándose con receloso interes en el dolor de su padre y consternada.)
(¡Todo lo sabe!)

JUAN. (Turbado tambien.)
(¡Todo se va á descubrir!...
¡Váyase usted!...)
(En voz alta.) Aquí espero
en tanto que usted escribe
la... carta...

ANDRÉS. (No se concibe
tanta desdicha... Yo muero.)
(Obedeciendo maquinalmente.)
Bien: iré...

JUAN. (Respirando.) ¡Gracias á Dios!

ANDRÉS. (Marchándose.)
(¡Temo que el pesar me venza!)

JUAN. (Empujándole.)
No tarde usted.

ANDRÉS. (Me avergüenza
la presencia de los dos.)

ESCENA VIII.

JUAN, ANA.

JUAN. (¡Por fin respiro!)

ANA. (¡Ay de mí!
Ni siquiera á hablar acierto!)

JUAN. (Dominándose.)
Usted de seguro aprecia
la pérdida que lamento,
y no extraña mi amargura.

ANA. Antes bien la compadezco.
No hace mucho que he llorado
como usted llora... Tenemos
en el corazon la misma
herida, el mismo recuerdo.
¡Tambien descansa en la tumba
mi madre... y echo de ménos
el sólo amor que en la tierra
es incorruptible, eterno!

JUAN. El dolor nos hace hermanos,
¿verdad, Ana?

ANA. (Queriendo en vano contener sus lágrimas.)

ANA. ¡Es tan intenso
el mio!...

JUAN. Los que padecen
se comprenden sin esfuerzo.
¡Hermanos! ¡Qué dulce nombre,
tan consolador y bueno!
Parece que se dilata
el corazon en el pecho.
Eso de tener un alma
que con santo y puro afecto
nos consuele si lloramos,
nos levante si caemos;
que en las grandes tempestades
de la vida, nos dé aliento...
es el mayor de los bienes
que pueden pedirse al cielo.

ANA. (Tendiéndole la mano.)
Para sentir sus desgracias
su hermana seré. .

JUAN. (Alterado.) Lo acepto,
no sólo con alegría,
con vivo agradecimiento.
(Procurando consolarla sin despertar sus sospechas.)
¡Ana! las penas del mundo
tienen fin... Dios pone término
á los tormentos humanos.

ANA. (Afligida.)
¡Con la muerte!

JUAN. ¡Con el tiempo!

ESCENA IX.

ANA, JUAN, FELIPE.

FELIPE. (Entrando sin reparar en Juan.)
A los piés de usted, Anita.
(Viéndole, y con marcado disgusto.)
¡Ah!...

ANA. (Corriendo instintivamente hacia él, y conteniéndose despues.)
Felipe... Caballero...

FELIPE. (Con desconfianza.)
(¡Que siempre los halle juntos
en Madrid, como en el pueblo!)
¡Hola!...
(Dando la mano friamente á Juan y mirándole con fijeza. El tono de Felipe es, durante esta escena, amargo é irónico con Juan, receloso y duro con Ana.)

ANA. (Con ansiedad.)
(¡Si pudiera hablarle!...)

FELIPE. Qué tal, chico, ¿estás enfermo?
¡Bah! soy tan desmemoriado...
¿Cómo está tu madre?

JUAN. (Con dolor.) Ha muerto..

FELIPE. ¿Cuándo?

JUAN. Anteayer.

FELIPE. Lo ignoraba.
Verdad es que anoche he vuelto
de caza..—Sin duda ustedes,
(A Ana con amarga cortesía.)
sabedores del suceso,
han venido á consolarle...
Es justo...

JUAN. No...

FELIPE. (Interrumpiéndole.) Lo celebro..

ANA. Papá quiso...

FELIPE. (A Juan sin prestarle atencion.)
Y tú, aturdido
por un golpe tan funesto,
huyes de la soledad,
buscas el dulce consuelo
de las tiernas simpatías,
y...

JUAN. (Confuso.)
Ya sabrás...

FELIPE. ¡Muy bien hecho!
El dolor busca expansiones.
Si hay afecto verdadero
en los amigos... (Los dos
están turbados y trémulos.)
(Observándolos con ira.)

JUAN. Motivos más poderosos
me han obligado...

FELIPE. Ya veo
que será así. ¿Quién te pide

explicaciones?

(A Ana severamente en voz baja.)

¿Qué es esto?

ANA. (Llena de inquietud, tambien en voz baja.)
Sálvame, Felipe! Todo
lo sabe mi padre!...

FELIPE. (Alterado.) ¡Ah!

JUAN. (Observándolos.) (Temo
que falte á sus compromisos.)

FELIPE. (A Ana.)
Pero ¿cómo ha descubierto?...

ANA. Se lo he dicho yo.

FELIPE. (¡Esto es grave!)

ANA. Acosada...

FELIPE. (Aquí hay misterio.)
(En voz alta, receloso.)
Sin duda habré interrumpido
sus pláticas y lo siento...

JUAN. ¡Tú!...

FELIPE. Los dolores son siempre
solitarios y discretos...
(¡Oh! me engañan!...)

JUAN. Mis pesares
son, Felipe, tan tremendos,
que entre el bullicio del mundo
me tienen solo.

FELIPE. (Con duda.) Lo creo.

JUAN. (Severamente.)
Donde estamos Ana y yo,
puede estar otro sin riesgo
de importunar.

FELIPE. (Hay aquí
algo extraño que no entiendo.)

ANA (A Felipe.)
No me abandones.

JUAN. Quien tiene
tan honrados pensamientos
como tú, ni piensa mal,
(Recalcando sus palabras.)
ni nunca se olvida de ellos.

FELIPE. No sé á qué viene...

JUAN. (Dominándose.) Es verdad.
Perdona... (¿Si tendrá celos?)
Me voy. (Querrán estar solos
y les estorbo.)

FELIPE. Sospecho
que irás consolado...

JUAN. ¿Tanto
te interesas en saberlo?

FELIPE. ¿No soy tu amigo? (Se burla
de mí...)

JUAN. Despues hablaremos.

ANA. (Asustada del giro intencionado que toma el diálogo.)
Ese lenguaje!...

ESCENA X.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRÉS. (Con severidad á Felipe.) Me acaban
de decir, hace un momento,
que estaba usted esperando!

ANA. (¡Dios le ilumine!)

FELIPE. En efecto.
He recibido la esquela

de usted, y sin perder tiempo
he venido...

ANDRÉS. Sé que usted
no es amigo de perderlo.

ANA. (En voz baja.)
¡Prudencia, Felipe!

FELIPE. (Bruscamente.) Yo,
señora, siempre la tengo.

ANA. ¡Cruel! ¿Estás enfadado
conmigo?

FELIPE. (Con altanería.) ¿Pues yo me quejo?

ANA. ¡Ten presente el tierno lazo
que nos une!...

(Durante el diálogo de Felipe y Ana, D. Andrés habrá llevado aparte á Juan, manteniendo con él en voz baja la siguiente conversacion.)

ANDRÉS. Juan, no quiero
que se sepa mi deshonra.
Tú puedes servirme.

JUAN. (Con pena. Bueno.
Pero ántes...

ANDRÉS. Pierde cuidado.
Buscaré todos los medios,
y si se negase...

JUAN. Entónces
el honor es lo primero.

(Siguen hablando entre ellos.)

ANA. (A Felipe)
El inocente no debe
responder de nuestros yerros.
Muévate á piedad.

FELIPE. (Mirando con inquietud á D. Andrés y Juan.)
(No sé
qué pensar de estos secretos.)

(Á D. Andrés.)
Usted dirá lo que quiere,
y si es que servirle puedo
en algo...

JUAN. (Retirándose.) Con el permiso
de ustedes...

ANDRÉS. (Aparte, dándole la mano.)
(Espera adentro.)

ANA. (¡Felipe, en tus manos tienes
mi vida!)

FELIPE. (Receloso.) (¡Vamos con tiento!)

ESCENA XI.

DON ANDRÉS, FELIPE.

FELIPE. (¡Á tiempo lo sé!... No quiero
que se diviertan conmigo.)
Usted me dirá...

ANDRÉS. (Con ira mal reprimida.) Pues digo
que no es usted caballero.

FELIPE. ¡Señor don Andrés!...

ANDRÉS. ¡Sin duda
sorprende á usted mi lenguaje!

FELIPE. (Dominándose.)
Yo no contesto á un ultraje
si la ancianidad le escuda.
Que es respetable la edad
hasta cuando se propasa.

ANDRÉS. Usted ha entrado en mi casa
como un amigo, ¿es verdad?

FELIPE. Sí, señor.

ANDRÉS. Franco y abierto,
como mi propia mansion,
ha estado mi corazon
siempre para usted, ¿no es cierto?

FELIPE. Que le debo esa merced
reconozco de buen grado.

ANDRÉS. En cambio usted me ha robado...

FELIPE. ¡Insulto tan grave!...

ANDRÉS. ¡Usted!
La acusacion no rehuya.

FELIPE. (Indignado.)
¡Hierve la sangre en mis venas!

ANDRÉS. El ladron de honras ajenas
tiene podrida la suya.
Usted, usted me quitó
la dicha, la paz del alma!...

FELIPE. ¡Basta ya!

ANDRÉS. (Con forzada tranquilidad.)
Tenga usted calma,
que tambien la tengo yo!

FELIPE. (Reprimiéndose.)
Dice usted bien: soy muy vivo
de genio: sellaré el labio.
Usted recuerda un agravio
y se queja con motivo.
Mas no entraré en mi defensa
si usted no templa ese ardor;
que no es manchando mi honor
como ha de lavar su ofensa.

ANDRÉS. ¿Luego usted confiesa?...

FELIPE. Sí.
Las injurias suprimamos.
Confieso que nos amamos
Ana y yo con frenesí.

Que la pasion y la edad
me trastornaron el seso;
que fuí débil...

ANDRÉS. (Interrumpiéndole.) No, no es eso
flaqueza, sino maldad.
Olvidó usted su deber
y mi desdicha le imputo.
¿Qué puede contra el astuto
seductor una mujer?
¡Gran hazaña es abusar
con halagos de serpiente,
de un corazon inocente
que ha nacido para amar!
¡Ay, burlarse del cariño
que una jóven nos profesa,
es tan difícil empresa
como burlarse de un niño!

FELIPE. ¡No me admira esa pasion!...
¡Hija al fin! Acepto el cargo.
Eso que usted, sin embargo,
tuvo distinta opinion.
Há poco no concebía
que una mujer sucumbiera...

ANDRÉS. (Asustado.)
¡Yo! ¿Cuándo?

FELIPE. De esta manera
recuerdo que usted decia:
Amor, pasion, desvarío,
irresistibles coloquios...
frases son que el vicio emplea
para engañar á los tontos.

ANDRÉS. ¡No más, no más!

FELIPE. *Si tuviesen*
un valor absolutorio,
¿qué seguridad habría

en la fe del matrimonio?
¡No, no! ¡La mujer que cede
quiere ceder!... esto es obvio,
y cediendo se hace digna,
más que de lástima, de odio!
¿No es así como ha pensado
usted?

ANDRÉS. (Consternado y fuera de sí.)
¡Oh, ciego egoismo!
Por disculparme, yo mismo
armas contra mi honra he dado!
¡Pero eso no es cierto, no!
Usted mi opinion condena,
porque Ana es buena... ¡Era buena!
¡Lo sabe usted como yo!

FELIPE. (Haciendo un esfuerzo.)
(Si accedo se burlarán
de mí... ¡Válgame el aplomo!)
Señor don Andrés, yo tomo
las lecciones que me dan.

ANDRÉS. ¡Imposible! No lo espero
de usted. ¿Verdad que me aflijo
sin razon? Usted es hijo
de un cumplido caballero.
Ha estrechado usted mi mano
mil veces. ¡Qué baja accion
es gozarse en la afliccion
de un amigo y de un anciano!
Usted sabrá reparar
el profundo mal que lloro.
¡Ay, no olvide usted que imploro,
que ruego en vez de acusar!

FELIPE. (Su llanto me ha conmovido,
y no sé qué hacer.)

ANDRÉS. ¡Se trata

de mi nombre!...

FELIPE. (¡Y esa ingrata
me vende!... ¡No me decido!
¿Quién sabe si esto será
un lazo?... Bueno es que aguarde.)
(Confuso.)
Yo siento... Quizas más tarde...

ANDRÉS. (Recobrando su energía.)
¡Basta de súplicas ya!

FELIPE. Hay causas...

ANDRÉS. Rómpase el freno
que mi cólera contiene.
Se niega usted porque tiene
el ruin corazon de cieno.

FELIPE. No exija usted que proclame
la razon en que me fundo.

ANDRÉS. (Fuera de sí.)
¡Oh! no hay razon en el mundo
que le obligue á ser infame!
¡Hable usted!

FELIPE. (Dudando.) Fuera indiscreto...

ANDRÉS. Aún tienen fuerzas mis brazos
para arrancarle á pedazos
el corazon y el secreto.
¡La lucha será terrible!
¡A muerte! ¡A la ley apelo
de las armas!

FELIPE. (Sorprendido y con disgusto.)
¡Cómo! ¿Un duelo
con usted?... ¡Es imposible!

ANDRÉS. ¿Eso es respeto ó temor?

FELIPE. ¡Extrañas suposiciones!
En distintas ocasiones
he probado mi valor.

ANDRÉS. ¡Hay más grande iniquidad!

FELIPE. Franco le presento el pecho.
(Con entereza.)
A usted le sobra derecho
para matarme, es verdad!
Acabe usted de una vez:
yo moriré resignado.
Pero á usted le hacen sagrado
la razon y la vejez.
No entraré en otro camino
por más que usted me exaspere.

ANDRÉS. (En el mayor grado de exaltacion.)
¡Este miserable quiere
que acabe yo en asesino!
Me humilla, me pisotea,
y dice que no combate...
(Yendo frenético á coger las pistolas.)
¿Usted quiere que le mate
como á un bandido?... ¡Pues sea!

ESCENA XII.

DICHOS, JUAN, interponiéndose.

JUAN. ¡Ni un paso más!

ANDRÉS. Tengo sed
de su sangre...

JUAN. Lo concibo.

FELIPE. (Sobreexcitado y furioso á la vista de Juan.)
¿Buscaba usted un motivo?
Pues bien, ¡ahí le tiene usted!
(Señalando á Juan.)

JUAN. (Sorprendido.)
¡Cómo!

FELIPE. ¿Te parece extraño
que haya descubierto el juego?
¡Pero yo no soy tan ciego
que no conozca un engaño!

JUAN. (Con forzada sonrisa.)
¡Vamos, se quiere burlar
de mí!...

ANDRÉS. (Con ira.) ¡Si es justo que muera!

FELIPE. (Con intencion.)
Comprendo que Ana viviera
tan contenta en el lugar.
Comprendo que tras el norte
que há tiempo sus pasos guía,
volviese á la córte el dia
que tu volviste á la córte...

ANDRÉS. ¡Dios mio!

JUAN. (Estrechando con violencia la mano de Felipe.)
¡Eres un cobarde!

FELIPE. ¡Preciso es que esto concluya
con tu vida!

JUAN. ¡Con la tuya!
¡Y pronto!

FELIPE. Mañana es tarde.
Quien deja á su madre muerta
y se viene aquí... ¡á llorar!
quien se resuelve á escuchar
oculto tras de una puerta...

JUAN. ¡Falso!

FELIPE. Quien llega tan alta
confianza á merecer,
que obtiene de una mujer
la confesion de su falta...

ANDRÉS. (Exasperado.)

¿Lo ves? ¿Y aún quieres que viva?

JUAN. (Con sombría calma.)
¡Desdichado! ¿qué supones?

FELIPE. Quien en ajenas cuestiones.
toma parte tan activa...

JUAN. (Animándose.)
¡Son propias!

FELIPE. (Con ironía.) Pues tú, ¿qué ganas
en esto?

ANDRÉS. (A Juan con terror.)
¡Ay, hijo! ¿Qué has hecho?

JUAN. (Amargamente á D. Andrés despues de una pausa.)
¡Hijo!... ¡y no tengo el derecho
de volver por esas canas!

ANDRÉS. (Horrorizado.)
¡Oh!

FELIPE. (Con reconcentrada ira á D. Juan.)
¿Ya has comprendido?

JUAN. Mengua
es ¡vive Dios! escucharte.

FELIPE. (Con impaciencia.)
¡Vamos!

JUAN. Antes de matarte
te voy á arrancar la lengua.
¡Calumniador!

FELIPE. (Con amenazadora tranquilidad.)
¡Está bien!
¡Vamos!

ANDRÉS. (Con angustia.)
¡Si este hombre no puede
pensar eso!...

FELIPE. (Fuera de sí.) ¡La que cede
una vez cederá cien!

(Momento de espanto y consternacion. Don

Andrés, sin poder contenerse, llama á su hija con acento desesperado.)

ANDRÉS. ¡Ana!

JUAN (Deteniéndole.)
¡Qué hace usted!

ANDRÉS. ¡Sí, sí!
¡Ana! ¡Deja que la llame!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANA.

Ana sale apresuradamente y al oir las recriminaciones de D. Andrés, va perdiendo las fuerzas hasta caer de rodillas al finalizar el acto.

ANDRÉS. (Oprimiéndola el brazo.)
¡Ven! ¡mira cómo este infame
me está tratando por tí!

FELIPE. (Conmovido y procurando marcharse.)
¡Ni un minuto más!...

ANDRÉS. ¡Lo olvida
todo!... ¡Si fuiste muy necia!
¡Escúchale! ¡Te desprecia
como á una mujer perdida!

ANA. ¡Oh!

ANDRÉS. Le diste con tu honor
el derecho...

ANA. (Cayendo de rodillas.)
¡Padre! ¡padre!

ANDRÉS. (Extraviado,)
¡Maldi!...

JUAN. (En voz baja, deteniéndole y señalando al cielo con la mano.)

(¡Que mira mi madre!)

Andrés. (Como si hubiese recibido un violento golpe, cae anonadado y sollozando; Juan acude en su auxilio, mirando con indignacion á Felipe, colocado en el último término de la escena.)

¡Ay, Dios!

Felipe. (Haciendo extraordinarios esfuerzos por encubrir su emocion y alejándose.)

Te espero. (¡Qué horror!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoracion del acto segundo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANA, sacando de un guarda-joyas varias cartas y quemándolas á la luz de la bujía.

¡Pasad, queridas memorias
de más venturosos tiempos,
pasad! ¡Hoy sólo seríais
abrumadores recuerdos!
¡Si con vosotros huyeran
mis impuros devaneos!...
¡Si yo pudiera borrar
su imágen!... ¡Pero no puedo!
(Con desaliento.)
Y sin embargo, es preciso
que le olvide... ¿Por qué el fuego
que consume estos papeles
no abrasa mi amor con ellos?

¡Cuánto tarda Petra (Levantándose.)
—¿Acaso
Ramon no habrá descubierto
tampoco?... ¡La angustia mia
va por instantes creciendo!
¡Oh! si la sangre corriera
por mi causa!... ¡Me estremezco!
¡Para aumentar mi zozobra
no me faltaba mas que esto!

ESCENA II.

ANA, PETRA.

PETRA. (¡Cuánto sufre!)
ANA. Te esperaba
con afan...
PETRA. (Como me arriesgo...)
ANA. (Con inquietud.)
¿Viste á Ramon?
PETRA. Sí, señora.
ANA. ¿Y qué has sabido?
PETRA. (Con vacilacion.) De cierto
nada.. Pero me parece
que no ha de llevarse á efecto
el lance...
ANA. ¿De véras, Petra?
PETRA. (¿Como la digo que el duelo
se verifica mañana?)
Eso juzgo... (No me atrevo.)
ANA. (Impacientándose.)
Pero ¿qué hay?

PETRA. Ya sabe usted
que Ramon es un sabueso
muy listo, y como estos dias
ha estado tan poco diestro...
sin encomendarse á Dios
ni al diablo, se fué derecho,
por complacerme tan sólo,
en busca de un compañero
que en casa de don Felipe
está acomodado... creo
que por recomendaciones
del mismo Ramon.

ANA. (Con ansiedad.) Bien, pero...

PETRA. ¡Tenga usted cachaza!—Allí,
Ramon, sin comprometernos,
tendió sus redes. ¡Y como
los criados lo sabemos
todo!...

ANA. ¡Ya!

PETRA. El de don Felipe,
que es un mozo de provecho,
segun afirma el de casa,
contó lo propio y lo ajeno.

ANA. ¿Y qué dijo?

PETRA. En realidad,
mucho y nada. (¡Cómo miento!)

ANA. ¡Por Dios, no me martirices!

PETRA. Pues digo que, en su concepto,
debió su amo haberse visto
en un compromiso serio
há dias, porque volvió
á su casa como un trueno.
Que él sabe muy poco ó nada,
sólo que en aquel momento
le mandó buscar el amo

las pistolas...

ANA. (Alarmada.) ¡Dios eterno!

PETRA. Pero que al dia siguiente ..

ANA. (Con inquietud.)
¡Habla!

PETRA. Le mandó de nuevo
guardarlas... ¡Este es un dato
que... (¡si fuera verdadero!)

ANA. (Con desconfianza.)
No basta...

PETRA. (Queriendo tranquilizarla.)
Pues el muchacho
asegura...—yo no entiendo
ni una jota,—que esto indica
por lo ménos un arreglo.
¡Ya ve usted, hace tres dias!...

ANA. ¡Ay, necesito creerlo
para no morir de angustia!

PETRA. (¡Dios no me tome este enredo
en cuenta! Bastante llora
la infeliz sin que aumentemos...)
¡Ah! se me olvidaba. Al dar
la vuelta Ramon, no léjos
de su casa, á don Felipe
se encontró...

ANA. ¿Qué estás diciendo?

PETRA. Segun dice, iba tranquilo...
(¡Mentira! ¡llevaba un gesto!...)
Y le detuvo.—¡Qué cosas
pasan!—Y con mucho empeño
le preguntó por ustedes.
¡Si yo estoy en el pellejo
de Ramon!...

ANA. (Con ansiedad.) ¿Sí? Cuenta, cuenta...

PETRA. Ramon, sin pensar en ello,

dijo que estaba usted mala...
¡Oh! si tiene algo en el pecho
debe sentir...

Ana. (Animándose.) Y él entónces...

Petra. Se quedó como suspenso.
Preguntó si todavía
el señor no había vuelto...
Estuvo un rato indeciso,
y luégo, haciendo un esfuerzo,
se marchó sin despedirse
siquiera...

Ana. (Interrumpiéndola.)
¿Vendrá? ¡Ay! ¡No quiero
pensarlo! Son ilusiones
de mi corazon enfermo.
¿Qué náufrago no se agarra
á una tabla?

Petra. (Desconfiando.) ¡Es tan perverso!...
Pero ¿quién sabe?...

Ana. (Con desaliento.) ¡Esperanzas
vanas! ¡Engañosos sueños!
No será poco si logro
la dulce paz que apetezco
en la soledad del claustro,
adonde morir deseo.

Petra. ¡Oh, calle usted! Si supiera
don Andrés...

Ana. ¡Yo le avergüenzo
con mi presencia!... Conozco
que perdí todo su afecto.
¡Ya lo ves! ¡no quiere verme
ni oirme! Desde el funesto
dia en que faltó ese ingrato
á la fe de caballero;
desde aquel terrible instante,

esta casa es un desierto
para mí !

PETRA. (Quejosa.) ¡Tan poco valgo
yo ?

ANA. (Con cariño.)
No te ofendas por eso.
Es mi padre... y me quería
tanto!... tanto!...

PETRA. (¡Qué tormento.!)

ANA. ¡Vivir sin verme y sin verle!
¡Estar bajo el mismo techo
completamente alejados!
¡Oh! yo no puedo, no puedo
acostumbrarme á esta vida
de frialdad y silencio!
¡Amárgame el pan que cómo,
es hiel el agua que bebo!...
¡Ay, Dios! ¡hasta me parece
más hondo el remordimiento!

PETRA. ¡Vamos, esto no se puede
sufrir!...

ANA. (Acongojada.)
¡Solamente temo
por mi hijo!... ¡Si se apiadara
de ese desdichado huérfano
mi padre!... Debo estar loca
cuando en tales cosas pienso!
¡Pero si no tiene amparo
en el mundo!...

PETRA. (Conmovida.) Yo me ofrezco...

ANA. ¡Eres buena!... ¡El inocente
crecerá léjos, muy léjos
del cariño maternal!...
¡Este negro pensamiento
me quita el valor!...

PETRA. (Procurando consolarla.) Ya es fuerza
que usted...

ANA. (Con desesperacion.)
¿No ves lo que pierdo?
¡Ay Petra! ¡soy tan culpada!...
¡Que nunca sepa el secreto
de su nacimiento!... ¡nunca!
¡No me aborrezca al saberlo!
Mira : cuando los pesares
me acaben, que será presto,
como una memoria mia
cuélgale esta cruz al cuello.
(Sacándola del joyero y besándola con delirio.)
Haz que la conserve siempre.
¿Estás, Petra?

PETRA. (Llorando.) Lo prometo.

ANA. ¿Y cómo podré pagarte...

PETRA. Con... ¡un abrazo!

ANA. (Estrechándola contra su corazon.)
¡Con ciento!

ESCENA III.

DICHAS, FELIPE, que aparece en la puerta del foro, inquieto y desencajado.

FELIPE. Señora...

ANA. (Asustada.) ¡Ay, Dios!

FELIPE. No me extraña
ese temor: lo comprendo.
Y yo...

ANA. No sé cómo tiene

usted el atrevimiento
de llegar aquí.

FELIPE. Es verdad.
Mas cuando á tanto me atrevo,
juzgue usted si habrá motivo.

ANA. A explicármele no acierto.

PETRA. (La tentacion pudo más
y acudió por fin... me alegro.)

FELIPE. Señora, cálmese usted,
y observe que cuando vengo
como un ladron, á escondidas,
adonde tuve el derecho
de venir de otra manera,
habrá razones de peso
que me obliguen...

ANA. ¡No hay ninguna!

FELIPE. Sí las hay, y estoy resuelto,
hasta que usted no me escuche,
á no abandonar el puesto.

ANA. ¡Esto más!

FELIPE. Si usted sospecha
que faltando á lo que debo,
vengo á insultar su dolor,
se equivoca usted, no es eso.

ANA. (Con amargura.)
¿Es curiosidad?

FELIPE. Tampoco.
Es, señora, que he dispuesto
un viaje... quizas largo...
quizas más que largo, eterno.

ANA. ¡Oh!

FELIPE. Son cosas de la vida.
Y ántes de partir, anhelo
no dejar cuentas pendientes
con mi conciencia.

ANA. (¿Qué es esto!)
FELIPE. Seré breve...
ANA. (A Petra.) (Ten cuidado,
por Dios!)
PETRA. (Marchándose.)
(¡Estaré en acecho!)

ESCENA IV.

ANA, FELIPE.

FELIPE. Señora, no vengo aquí,
ni el momento es oportuno,
á evocar recuerdo alguno
que la hiera á usted ó á mí.
Conozco que mi presencia
con razon la ha sorprendido.
Mas ¿qué importa, si he cumplido
con un deber de conciencia?
Usted me perdonará
si alguna expresion profiero...
si acaso...
ANA. (Con altanería.)
Usted, caballero,
no puede ofenderme ya.
Merezco muy poco... ¡Nada!
¡Lo sé! ¿Qué puede valer
en el mundo una mujer
seducida, abandonada?
Abuse usted cuanto quiera
de mi dolor: me resigno...
porque no le creo digno

de mi desprecio siquiera!

FELIPE. ¡Ana!...

ANA. (¡Valor, corazon!)

FELIPE. (Conteniéndose.)
Mas sin causa me incomodo.
Concibo, despues de todo,
esa viva indignacion.
Siento que usted me desprecie;
¿para qué lo he de ocultar?
Pero yo no debo entrar
en cuestiones de esta especie.
Dios nos juzgará á los dos,
Dios, que nunca se equivoca.

ANA. ¡Qué audacia! ¡Y usted invoca
el santo nombre de Dios!
¡Oh, grandes son sus bondades
cuando consiente que el hombre
cubra con su augusto nombre
tan torpes iniquidades!
¡Él la verdad, él la luz!
¿Hay más fiera hipocresía?
¡Esto es peor todavía
que clavarle en una cruz!

FELIPE. Señora... (¡Estoy conmovido!)
Si quiere usted que me aleje,
es menester que me deje
decir á lo que he venido.
Yo no puedo prolongar
una escena que me exalta.
¡No, no puedo! ¡Aquí me falta
aíre para respirar!
De mí mismo desconfio...

ANA. (Con severa tranquilidad.)
Bien: hable usted...

FELIPE. (Turbado.) Hay un sér

que no debe responder
del crímen nuestro.
(Observando un movimiento de indignacion en Ana.)
¡Del mio!
—No renovaré la herida.—
Yo voy á partir... ¡quizas
para no volver jamás!...
para no verle en la vida!
No lo tome usted á agravio...
Es mi hijo: velar me toca
por él... Mi fortuna es poca...
pero... (Cortado.)

ANA. (Con orgullo.)
¡Selle usted el labio
Usted olvida de fijo
lo que á sí mismo se debe.

FELIPE. (Confuso.)
Me extraña mucho...

ANA. ¡Y se atreve
á ofrecer limosna á su hijo!
No puede ser caballero
quien tal diga, quien tal haga.
¿Usted piensa que le paga
honra y nombre con dinero?

FELIPE. Yo no...

ANA. ¡Compasion cruel!
¡Es infeliz, no es mendigo!
¡Su madre le dará abrigo
y sabrá llorar con él!
Su madre, que con profundo
cariño le guardará;
que por él arrostrará
hasta las burlas del mundo.

FELIPE. (Avergonzado.)

No condene usted mi intento.
¿Quién sabe? Tal vez mañana...

ANA. (Con profunda agitacion.)
¡Y cabe en cabeza humana
tan infame pensamiento!
¡Oh! ¡mi orgullo se despierta!
—¡Si no es posible que exprese
mi desprecio! — Aunque tuviese
que pedir de puerta en puerta;
aunque en solitario afan
su amargo pan mendigara,
siendo honrado, rechazara
de manos de usted el pan!
¡Él con desden soberano
la limosna arrojaría!
¡Oh, sí, sí! Le quemaría
el corazon y la mano!

FELIPE. Quizas si llega á saber
las razones que hoy oculto...

ANA. No añada usted el insulto
á su inicuo proceder.
¿Para hacerme tal ultraje
y poder dar este paso,
ha fingido usted acaso
la fábula del viaje?
Respete usted mi quebranto.

FELIPE. Si usted me presta atencion,
probaré...

ANA. (Marchándose desdeñosamente.)
Ya es un baldon
haberle escuchado tanto!

ESCENA V.

FELIPE solo.

¿Qué es esto! ¡Estoy á la vez
asombrado y conmovido!...
¡Un corazon pervertido
no tiene tanta altivez!
Su lenguaje austero y rudo
me ha trastornado de suerte...
(Como volviendo en sí.)
—¡Ah! ¡Mañana lucho á muerte
por esa mujer, y dudo?
Su perfidia es manifiesta,
mi desengaño es amargo,
estoy cierto... ¡Y sin embarg ,
cuánto el dejarla me cuesta!
Tengo miedo de mí mismo:
no sé qué pensar ni hacer.
Quiero huir de esa mujer,
y me atrae como el abismo.
En otro tiempo recuerdo
que la amaba ménos, sí.
¿Se habrá despertado en mí
este amor porque le pierdo?
¡Tal vez mi hijo!... ¿Qué sé yo?
¡Vamos, soy un insensato!
(Fuera de sí.)
Y ese Juan... ¡Si no le mato
no hay justicia... no la hay, no!

ESCENA VI.

FELIPE. PETRA, azorada.

PETRA. ¡Ay, Jesus!
FELIPE. ¿Qué es eso?
PETRA. !Estamos
perdidos!
FELIPE. ¿Por qué te alteras?
¿Qué pasa?...
PETRA. ¡El amo y don Juan
están hablando en la puerta
con Ramon!
FELIPE. (Con reconcentrado furor.)
¡Don Juan! ¡Ese hombre
me persigue!...
PETRA. Si le encuentran
á usted!...
FELIPE. (Sin oirla.) ¿Qué querrá!...
PETRA. Ya vuelven,
¿y está usted con esa flema?
¿Se ha propuesto usted perdernos!...
¡Maldito el instante sea
en que usted vino á esta casa
para ser la ruina de ella!
Venga usted aquí...
(Atrayéndole hasta la segunda puerta de la izquierda.)
FELIPE. (Preocupado y sin dar un paso.)
¡Y dudaba

todavía!...

PETRA. (Empujándole.)
¡Ya se acercan!...
¡Oigo sus pasos!...

FELIPE. (Desasiéndose con ira.)
¡No quiero!

PETRA. (Asustada.)
¡Oh, por favor! ¡No nos pierda
usted!... ¡Pronto!

FELIPE. (Recapacitando.) Dices bien.
¡Soy un necio! Vamos, Petra.
(Querrá hablarla... podré oir...
¡Dios de su mano me tenga!)

ESCENA VII.

PETRA, aún no repuesta, D. ANDRES, JUAN.

PETRA. (Al verlos entrar.)
¡Ay!

ANDRÉS. (Con desconfianza.)
¿Qué haces aquí?

PETRA. ¿Yo?... nada.
(¡Jesus, estoy medio muerta!
¿Le descubrirán!) Si usted
alguna cosa me ordena...

ANDRÉS. No; puedes marcharte.

PETRA. (Mirando hácia la puerta por donde se ocultó Felipe.)
(Temo
que cometa una imprudencia.)

ANDRÉS. (Viendo que permanece inmóvil.)
¿No me oyes?

PETRA. (Asustada.) Voy en seguida...
sí, señor... (¡Dios me dé fuerzas!)

ESCENA VIII.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRÉS. ¡Ay, Juan! ¡soy muy desdichado!
necesitaba de véras
verte otra vez. ¡Si supieras
con cuánto afan te he buscado!
Aquí, léjos de la gente,
donde ningun indiscreto
sorprenda nuestro secreto,
podré hablarte libremente.

JUAN. ¿Y qué quiere usted de mí?

ANDRÉS. Lo que es menester que alcance.
Necesito que ese lance
no se lleve á cabo.

JUAN. (Con resolucion.) ¡Oh, sí!

ANDRÉS. (Animándose por grados.)
Es que ese hombre no merece
tanto honor...

JUAN. Usted olvida
mi decoro...

ANDRÉS. ¡Es que su vida
á mí sólo pertenece!

JUAN. Sé muy bien cuál es mi puesto,
y cumplo con mi deber.

ANDRÉS. (Desesperado.
¡Es que no te quiero ver
á tanto peligro expuesto!

JUAN. (Con amargura.)
¿Y qué importa? ¿Qué soy yo?
¡En una tumba se encierra
cuánto bien tuve en la tierra
¡Cuánto en el mundo me amó!
¿Para qué vivir? No hay hombre
más solo, más desvalido.
Todo á un tiempo lo he perdido,
madre, porvenir y nombre!

ANDRÉS. (¡Oh! ¡me asesina!)

JUAN. ¡Es mejor
que en este rudo combate
contraria bala me mate,
si ha de matarme el dolor!

ANDRÉS. Con penoso desaliento.)
Bien está. Nada te exijo;
conozco el daño que he hecho.
Sé que he perdido el derecho
de poder llamarte hijo.
Es cierto: mal procedí.
¡Hoy mi expiacion comienza!
¡Ya lo ves!... ¡Tengo vergüenza...
tengo vergüenza de tí!

JUAN. (Con disgusto.)
¡No tal!...

ANDRÉS. Mira, cuando intento
mi deshonra lamentar,
se mezcla á la del pesar
la voz del remordimiento.
Y es que Dios para conmigo
es recto y severo juez,
confundiéndome á la vez

con mi culpa y mi castigo.
Mas si te inspira piedad
la pena que me enloquece;
si algun respeto merece
mi postrada ancianidad,
no me hagas más desgraciado,
no abrumes más mi conciencia,
exponiendo tu existencia
por mí... que te he abandonado.
¡No me humilles más!...

JUAN. (Conmovido.) Ya es tarde,
Seríamos, si cediera,
ante ese hombre que me espera,
Ana infiel, y yo cobarde.
Pídame usted cuanto pueda
darle en tan triste ocasion.
¡Pero mi reputacion!...
¡el solo bien que me queda!...
¡No, jamás!

ANDRÉS. (Con angustiosa resignacion.)
¡Cómo ha de ser!
¡Este cáliz que me ofreces
apuraré hasta las heces,
Dios mio, si es menester!
Nada soy y nada puedo
contra ese Sér infinito
que en mi misma frente ha escrito
su maldicion con el dedo.
Lucha, pues es necesario:
nada importa que yo pene,
que tambien la culpa tiene,
cual la virtud, su calvario.
Van por sendas desiguales
ambas la cumbre subiendo...
Cristo lo enseñó, muriendo

entre torpes criminales!
(Cae abrumado en un sillon.)

JUAN. (Conmovido.)
No hablemos sobre esto, ya
que á los dos nos mortifica.

ANDRÉS. (Sollozando.)
¡Ay!

JUAN. (Con ternura.)
¡Si el dolor purifica,
padre mio, usted lo está!
El martirio ata unos lazos
que rompió injusto recelo.
Ella... nos ve desde el cielo,
(Con cariñosa emocion.)
y yo... ¡tiendo á usted mis brazos!

ANDRÉS. (Abrazándole con efusion.)
¡Hijo del alma!... ¡Qué suerte
es la tuya á mí debida!
A traicion te dí la vida
y quizas te dé la muerte!
¡En qué tremenda ocasion
recobro tu amor!... ¿No es cierto?
¡Estas lágrimas que vierto
me abrasan el corazon!

JUAN. (Acongojado.)
¡Ya basta!—Quiero saber
qué hace esa infeliz!

ANDRÉS. (Airado.) ¿Quién? ¿Ana?
¡No la nombres!...

JUAN. Es mi hermana,
y sufre!... la debo ver!

ANDRÉS. ¡No exijas eso!

JUAN. Quizas
será por la vez postrera!...

ANDRÉS. (Aterrorizado.)

¡Oh, calla! ¡Dios no lo quiera!...

JUAN. ¿Consiente usted?...

ANDRÉS. (Haciendo un esfuerzo y tirando del llamador con violencia.)
¡La verás!

JUAN. (Con ningun auxilio cuenta
y tal vez me necesita.)

ESCENA IX.

DICHOS, PETRA, mirando con recelo.

PETRA. ¿Mande usted?

ANDRÉS. La señorita...

PETRA. (Alarmada.)
(¡Vírgen del Cármen! ¿qué intenta!...
¡Y el otro oyendo!...)
(Se aleja manifestando suma inquietud.)

ESCENA X.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRÉS. (Inquieto.) Dí, Juan,
¿tiras bien? ¿tiras primero?

JUAN. (Con embarazo.)
Yo no me he enterado; pero
los padrinos me dirán...

ANDRÉS. ¡No tengas lástima, no!

¡Él es un cuerpo sin alma!
¡Vales mucho más!... ¡Ten calma!
¡Mira que te aguardo yo!

Juan. (Lleno de emocion.)
¡Desdichado!

ESCENA XI.

DICHOS, ANA, temerosa y afligida.

Ana. ¿Usted me llama?
No esperaba este favor.
¡Temí que usted no quisiera
volverme á ver!

Andrés. (Indeciso.) Tanto instó
don Juan!...

Ana. ¡Gracias! Esto más
deberé á su intercesion.
Disimule usted, amigo,
los disgustos que le doy.
¡Mi zozobra ha sido tanta!...
(Con ansiedad.)
Porque ya todo acabó
pacíficamente, ¿es cierto?

Juan. Sí, todo.

Ana. ¡Gracias á Dios!

Andrés. (Resuelto á descubrir la verdad.)
Pero...

Juan. (Deteniéndole.)
¡No acreciente usted
su honda desesperacion!

Ana. ¡Bien haya usted que disipa

mis negros recelos.

JUAN. Hoy
no hay ya motivo de alarma.
(Aparte á ella.)
¡Ana, tenga usted valor!

ANA. ¡Valor! ¿No ve usted su rostro
airado, su indignacion
muda, pero intensa? ¿Puedo
acaso tenerlo yo?
Repare usted... ¡Ni me mira
siquiera!

JUAN. (Aproximándose á D. Andrés, que durante este diálogo permanecerá abismado y sombrío.)
Tanto rigor
no es generoso. Usted sabe
que es digna de compasion!
Cuando el hombre dice al cielo
contrito: *Perdónanos*
nuestras deudas, Dios le manda
que perdone á su deudor,
¿no es cierto?

ANDRÉS. (Vacilante.) Tanto me ha herido...

JUAN. ¡Pero es hija!

ANDRÉS. Ella olvidó
sus deberes...

JUAN. ¡Pues por eso
solicita su perdon!
¡Vamos!...

ANDRÉS. (Corriendo hácia Ana y abrazándola.)
¡Hija de mi vida!

ANA. (Llorando en los brazos de D. Andrés.)
¡Padre!...—¡Qué culpada soy!

ANDRÉS. ¡Con qué amargo desconsuelo
te estrecho en mis brazos!...

ANA. ¡Oh!
ANDRÉS. ¡Ayer tantas ilusiones
hoy agostadas en flor!
JUAN. (Profundamente afectado.)
(¡Ya puedo morir, Dios mio!)
ANA. Ya anhelo correr en pos
de la dulce paz que ofrece
nuestra santa religion.
Quiero ocultar en un claustro
mi pecado y mi rubor,
pues la vergüenza me sigue
por donde quiera que voy.
ANDRÉS. ¡Separarte de mi lado!
No te lo consiento, no.
ANA. Es preciso.
ANDRÉS. Ese es un sueño.
No nos faltará un rincon
donde llorar nuestra pena,
léjos del mundo traidor.
¿Quién sostendrá, si me dejas,
mi triste vejez?
ANA. ¿Quién? Dios.
Yo en mi celda solitaria
elevaré mi oracion
por usted, y... ¡por mi hijo,
que en tan mal hora nació!
(Implorando con el ademan la conmiseracion
de D. Andrés.)
¿Quién protegerá sus pasos,
quién?... ¿quién?
ANDRÉS. (Agitado.) ¡Eso es superior
á mis fuerzas!...
ANA. (Insistiendo.) ¡Él no tiene
la culpa!...
ANDRÉS. Fuera un baldon!

¡Yo aceptar mi propia afrenta
ante el mundo que me honró!
Afrenta que me recuerde
mi hija perdida, mi honor
desgarrado!... ¡Es imposible!

ANA. (Desalentada y cayendo desfallecida en un sillon.)
¡Ay! mi esperanza murió!

JUAN. (Adelantándose.)
Pues yo se lo ruego á usted
por quien es... y por quien soy.

ANDRÉS. (Confuso y agitado.)
¡Tú!...

JUAN. Supongamos—y es esto
sólo una suposicion,—
que usted comete una falta
lamentable... ¡Usted ó yo!
Que escuchando solamente
de las pasiones la voz,
á una cándida doncella
fingimos eterno amor.
Que no resiste á las artes
de tan tenaz seduccion
y manchamos su inocencia
y su virginal candor.
Y llega á ser madre, y cuando
es más grande su afliccion...

ANDRÉS. (Amedrentado.)
¿Qué vas á decir?

JUAN. Rompemos
el lazo que nos unió.
Y abandonamos al hijo
y á la madre!...

ANDRÉS. (Desesperado.) ¡Esto es atroz!

JUAN. Ejemplo no más; no debe

darse otra interpretacion.—
Supongamos que en su triste
aislamiento aterrador,
el hogar de la familia
se cierra para los dos.
Que hijo y madre sin fortuna,
sin más que la proteccion
de ese Sér que nunca olvida
ni al justo ni al pecador,
mendigan de calle en calle
su pan, con frio y con sol,
y crece el niño entre el fango,
la miseria, y la abyeccion!

Andrés. (Con amargura.)
¡Juan!...

Juan. ¿Puede haber mayor pena
para la familia?... ¡No!
Y su vergüenza merece
i sigue en su obstinacion.

Ana. (Mirando á D. Andrés.)
¡Oh! Llora!...

Juan. En tanto nosotros...
Mejor dicho, el seductor
se casa; es rico y obtiene
la pública estimacion.
Alcanza cuanto desea;
¡áun la dicha! si es que Dios
concede al alma culpada
la santa paz interior.

Andrés. (Desalentado.)
¡Nunca!

Ana. (Con desesperacion.)
¡Nunca!

Juan. ¡Ya lo sé!
Seguro, seguro estoy

de que lleva su delito
enroscado al corazon.
Que tiene familia, y esta
consoladora afeccion
se convertirá para él
en sangriento torcedor.
Le recordarán sus hijos
legítimos, los que dió
á la sociedad sin nombre,
sin honra, sin posicion.
Y si algun dia le cercan,
de humilde limosna en pos,
los pobres desamparados
que en tanto número son,
ántes de tender la mano
para aliviar su dolor,
de fijo algun pensamiento
cruza su mente, veloz.
—¡Dios mio!—dirá,—¿quién sabe
si entre éstos á quienes doy
las migajas de mi mesa
estará mi hijo?...

ANA. ¡Qué horror!

JUAN. ¿Verdad que sí?—Y donde quiera
que la humana corrupcion
observe; entre esas mujeres
que el abandono perdió;
entre esos séres malvados
de instinto horrible y feroz;
en presidio; hasta en el mismo
patíbulo vengador,
¡allí puede estar tu hijo!
le dirá la altiva voz
de su conciencia espantada,
si es que tiene corazon!

ANDRÉS. (Fuera de sí.)
¡Basta... basta!

JUAN. ¡Usted no debe
compartir tanto terror
con el padre de esa triste
criatura!

ANDRÉS. ¡No, no, no!

JUAN. (Aparte á D. Andrés con dulzura.)
(¡Además, justo es que sea
completa la expiacion!)

ANDRÉS. ¡En mí encontrará su amparo!

ANA. (Hondamente conmovida.)
¡Gracias!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y FELIPE.

Al ir Ana á arrojarse á los piés de D. Andrés, aparece Felipe como dominado por un violento afecto. D. Andrés airado. Ana consternada. Juan mudo de asombro.

FELIPE. (Con voz trémula.)
¡Le reclamo yo!

ANDRÉS. ¡Este hombre aquí... ¿Y no se sacia
su crueldad?...

JUAN. (Confuso.) (¡Y habrá oido!...)

FELIPE. Vengo humilde, arrepentido
á solicitar su gracia.

ANDRÉS. (Señalando con desprecio á Ana.)
¡Aquí, en casa!...

FELIPE. ¡Enojo vano!

No la riña usted así.
No sé...—¡mucho te ofendí!—
si soy digno de tu mano.
Mas mi ruego te dirijo,
que es honda la angustia mia.
¡No quiero que llegue un dia
en que me avergüence mi hijo!
Vencido estoy, el acento
de la verdad ha triunfado.
(A Juan.)
¡Y gracias á tí me ha dado
pavor el remordimiento!

ANA. (Con alegría.)
¡Felipe!...

FELIPE. Ya mi perdon
leo en tus ojos!...

ANA. (Tendiéndole la mano llena de gozo.)
¡Bien dices!

ANDRÉS. (Atrayéndolos hácia sí.)
¡Ay! Dios os haga felices,
hijos de mi corazon!
(A Juan.)
Y usted tambien... (No me atrevo.
¡Y le quisiera abrazar!)

ANA. (Dirigiéndose á Juan, que permanece en actitud meditabunda y triste.)
¡Por qué no participar
de la dicha que le debo?

JUAN. Nada soy...

FELIPE. (Cariñosamente.) ¡Venga esa mano!
Y pronto... ¡no estés remiso!
(Le empuja hácia D. Andrés, en cuyos brazos cae llorando.)

ANDRÉS. ¡Dios os bendiga!—Es preciso
que le ameis... ¡como á un hermano!

Juan. Siempre encontrará en los dos
el afecto merecido.

(Ana y Felipe se acercan á Juan con interes.)

Andrés. (A Felipe.)
A tiempo has reconocido
tus yerros... ¡Gracias á Dios!
Así vivirás en calma,
sin verte al dolor expuesto.
(Con reconcentrada amargura.)
¡Muchos que olvidaron esto,
llevan la hiel en el alma!

FIN DEL DRAMA.

QUIEN DEBE, PAGA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PERSONAS.

ELENA.
BLANCA.
CÁRLOS.
ROMAN.
MIGUEL.
Un jockey y un lacayo.

La accion es contemporánea.

QUIEN DEBE, PAGA

ACTO PRIMERO

Salon elegantemente amueblado. Puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA

D. CÁRLOS, D. MIGUEL.

CÁRLOS. ¡Nada! Si no puede ser.
MIGUEL. Pero, hombre...
CÁRLOS. Parece un sueño.
¡Si habrá formado el empeño
de arruinarme esa mujer!
Vaya, que tiene la niña
unos humos de princesa...
MIGUEL. ¡Y hace bien!
CÁRLOS. No es mujer esa.
Es un ave de rapiña.
¡Qué intencion de Barrabás!
¡Ay, Miguel, si tú supieses!...
Me ha gastado en cuatro meses

nueve mil duros ó más.
Entre joyas, el servicio
de casa, su parentela,
y á más, una carretela
para pasear el vicio,
—que la mujer sin virtud
ni goza ni está contenta,
como con su propia afrenta
no insulte á la multitud,—
tales perjuicios me irroga
que ya mi paciencia estalla.

MIGUEL. Compra el aderezo, y calla.

CÁRLOS. ¡El aderezo? Una soga
es mejor para extinguir
de su torpe vida el brillo.

MIGUEL. (Con sorna.)
¡Qué moral es un bolsillo
cuando no se quiere abrir!

CÁRLOS. ¡Hombre, sin duda prefieres
que ese cándido embeleso
me desplume...

MIGUEL. Si por eso,
sólo por eso la quieres.
¿Qué otra causa puede haber?
¿Será amor? Nunca lo ha sido.
Yo te he visto arrepentido
de engañar á tu mujer,
y confesando tu error
decir con profunda pena:
—Si sólo á mi pobre Elena
tengo verdadero amor.—
Mas ¿quién resiste al influjo
de la moda? ¿Acaso olvidas
que hoy se sostienen queridas
como un objeto de lujo?

Con cómica indignacion
te quejas porque pasea
la escandalosa librea
de su infamia... ¡Hipocriton!
¿Á quién engaña tu ardid?
Pues si para eso la tienes.
Para que arrastre tus trenes
por las calles de Madrid.
Cuando con gentil arreo
y en su linda carretela
sale al Prado siendo espuela
y excitacion del deseo.
¡Vamos! Sé franco. ¿No goza
tu corazon, porque ves
que dice el mundo; — ¡Esa es
la querida de Mendoza?
¿No te complace el empeño
con que la admira y alaba?
Si en el fausto de la esclava
se da á conocer el dueño.

CÁRLOS. No negaré...

MIGUEL. Es la verdad.
Todos hacemos lo mismo.
¿Quién penetrá en el abismo
de la humana vanidad?
Nos hacen gástar muy buenos
duros... Pero no me espanto.
No las buscáramos tanto
si ellas nos costasen ménos.

CÁRLOS. Cierto que á la ostentacion
todos rendimos tributo...

MIGUEL. ¿Quién lo duda?

CÁRLOS. No discuto:
digo que tienes razon.
Somos de tan buena pasta,

y tan bobos, que en el dia
la misma honradez confía
en quien más triunfa y más gasta.
¿Qué no podré yo contar
sobre esto si soy banquero?
Para que afluya el dinero
como un rio, como un mar,
no hagas ningun sacrificio,
á tu placer te despacha,
porque el vulgo se emborracha
con los vapores del vicio.
Mas ya no quiero seguir
la corriente, y ménos cuando
noto que me va cansando
este modo de vivir.
Ni pasion alguna siento,
ni me sujeta un capricho;
la vanidad, tú lo has dicho,
me cegó por un momento.
Ya es cuestion de suma y resta,
chico, y la cuenta no sale
entre lo poco que vale
y lo mucho que me cuesta.
Tú no puedes comprender
el extremo á que he llegado.
Mi querida por un lado,
por el otro mi mujer,
¡mi mujer, ántes tan buena!...
Mas yo me declaro reo.
Yo he despertado el deseo
de esta existencia en mi Elena.
Yo con el miedo cerval
de que mi desliz notara...
Aunque si bien se repara
tú tienes la culpa,

MIGUEL. (Sorprendido.) ¿Hay tal?
¿Yo?
CÁRLOS. ¡Tú!
MIGUEL. Pues tanto mejor
si estás hoy arrepentido.
CÁRLOS. No te burles, siempre has sido
mi demonio tentador.
MIGUEL. ¡Buen cargo!
CÁRLOS. Pero te advierto
que voy á cambiar de vida
desde ahora mismo...
MIGUEL. ¡Ah! suicida.
CÁRLOS. Que el órden...
MIGUEL. (Interrumpiéndole.) Te doy por muerto.
Sin duda piensas volver,
rotos los antiguos lazos,
á los cariñosos brazos
de tu engañada mujer.
CARLOS. ¿Por qué no, si ya me pesa
la mala vida que traje?
MIGUEL. ¿Y suprimir el carruaje,
y el desórden de tu mesa,
y hacer notable rebaja
en tus gastos... ¡Pobre loco! (Con lástima.)
CÁRLOS. Pues claro.
MIGUEL. Y dentro de poco
no queda un real en tu caja.
Ya verás, y no te rías,
ya verás cómo te luces
cuando sepan que introduces
en tu casa economías.
Cuando la turba que gana
con tu fausto y tu derroche,
diga:—Ya despidió el coche.—
—Ya riñó con la Fulana.—

—Pues esto misterio encierra.—
—Pues no debe andar muy bien.—
¡Ay! vas á armar un belen
que dará contigo en tierra.
La gente que en tí fió,
vendrá transida de miedo...

CÁRLOS. ¿Es decir que ya no puedo
retroceder?

MIGUEL. (Con calma.) ¿Por qué no?
¿Quién te impide que te arruines
si ese es tu gusto?...

CÁRLOS. (Vacilando.) Es que empiezo
á ver...

MIGUEL. Compra el aderezo
y déjate de latines.

CÁRLOS. (Examinando la cuenta.)
¡Tres mil duros!... ¡No há lugar,
primero me tuestan vivo!

MIGUEL. (Mirándola tambien porencima del hombro de Cárlos.)
Y está á tu nombre el recibo...
¡Chico, no hay más que pagar!

CÁRLOS. (Confuso.)
Hoy, aunque quiera, es el caso...

MIGUEL. (Tomando la factura.)
¿Por eso son tus apuros?
¡Dame! Aún tengo tres mil duros
para sacarte del paso.

CÁRLOS. ¡De ningun modo! Jamás.
No esperes que lo consienta.

MIGUEL. Conque añade á nuestra cuenta
esos tres mil duros más.

CÁRLOS. Es mucho...

MIGUEL. ¡Cuánto has cambiado!
¡Vaya una tacañería!

Cualquiera sospecharía
que estabas, chico, arruinado.

CÁRLOS. (Contrariado.)
¡Extraña suposicion!
(No haga el diablo, si resisto,
que se alarme...) ¡Vive Cristo
que vas teniendo razon!
Mañana pienso tronar
con Petra, y esto me obliga.
Paga: no quiero que diga
que me marcho sin pagar.
Ya ajustaremos más tarde
nuestras cuentas.

MIGUEL. Está bien.

CÁRLOS. ¡Y hasta el fin del mundo, amen,
Dios de estas hembras nos guarde!
Aburrido estaba ya
del peso de mi cadena.
¡Ya no más!

MIGUEL. ¡Silencio! ¡Elena!

CÁRLOS. ¡Mi mujer!

MIGUEL. (Viéndola aparecer.)
¡Qué hermosa está!)

ESCENA II.

DICHOS, ELENA, BLANCA, UN JOCKEY, que las acompaña hasta la puerta.

MIGUEL. (Saludando.)
Señoras...

ELENA. (Tendiéndole la mano.)
Adios, Reinoso.

(Al Jockey, que desaparece despues de recibir la órden.)

Ya lo sabes: dí á Benito
que tenga dispuesto el coche
para esta tarde á las cinco,
y vuelve despues aquí.

CÁRLOS. ¿De dónde venís?

BLANCA. Venimos
de correr tiendas...

ELENA. Por cierto
que hay abundante surtido
de encajes, cintas y telas,
todas de un gusto exquisito.
Y luégo los comerciantes
muestran con tanto artificio
sus géneros, que nos sacan
el dinero sin sentirlo.

BLANCA. Bien hecho; y cuando tropiezan
con séres antojadizos
como tú, mucho mejor.

ELENA. ¡Vaya! ¿la tomas conmigo?

BLANCA. No hay tela que por extraña
no te agrade, no hay capricho
que no excite tu deseo;
y si el comerciante es listo
te lleva el doble por todo.

MIGUEL. ¡Hace bien! ese es su oficio.

CÁRLOS. ¿Y qué habeis comprado?

ELENA. ¡Nada!
Unos cortes de vestido
baratos, siete mil reales
los dos, pero son muy lindos.
Ya verás...

CÁRLOS. Irritado.) (Es imposible
soportar!...)

MIGUEL. No dirás, chico,
que eso es mucho...
CÁRLOS. (Con enojo mal disimulado.)
Cierto. (Como
no paga es muy desprendido.)
MIGUEL. Y usted, Blanca, ¿no ha comprado
nada?
BLANCA. Nada necesito.
MIGUEL. ¡Claro! Cuando se reunen
tantas gracias y atractivos,
la sencillez elegante
suele prestarles más brillo.
BLANCA. Es usted muy lisonjero.
MIGUEL. No tal.
CÁRLOS. (Á Elena, observándolos.)
(Siempre tan rendido!...
Me parece que la quiere.)
ELENA. No diré...
CÁRLOS. (Insistiendo.) (Pues los indicios...)
BLANCA. (Á Elena.)
¿Quieres algo?
ELENA. No.
BLANCA. Pues mira,
voy á dejar este lío
en tu gabinete.
ELENA. ¡Bueno!
BLANCA. (Despidiéndose.)
Hasta despues.
(Miguel se queda distraido, viéndola salir.)
CÁRLOS. (Observándolo, á Elena.)
Cuando digo...

ESCENA III.

CARLOS, MIGUEL, ELENA.

ELENA. ¡Pobre Blanca! una muchacha
tan formal, nunca se ha visto...
CÁRLOS. ¿Y habeis gastado el dinero
en telas?
ELENA. Vamos, me explico
la pregunta. ¡Si conozco
tu intencion! Habrás creido
que me he olvidado de tí.
¡Pues no hay tal!
CÁRLOS. (Asustado.) (Ábrete, abismo.)
ELENA. A que no aciertas la joya
que te he comprado...
CÁRLOS. No atino
ni es fácil. ¿Una cadena?
ELENA. No es eso.
CÁRLOS. ¿Quizá un anillo?
ELENA. Tampoco.
CÁRLOS. ¿Un par de gemelos?
ELENA. No fuera regalo digno
de tí. Una botonadura
de diamantes...
CÁRLOS. (Alterado.) No la admito.
Eso es tirar el dinero
sin prevision y sin juicio.
ELENA. (Picada.)
¿Te incomodas?...
CÁRLOS. Me parece...

MIGUEL. No lo extraño. ¡Al fin marido!
Cuando debiera encantarle
esta prueba de cariño.

CÁRLOS. (Irritado.)
¡Hombre!

MIGUEL. (Con la mayor imperturbabilidad.)
¡La verdad!

ELENA. (Sentida.) Si siempre
ha sido ingrato y arisco.

MIGUEL. Pues si das en ser tacaño,
¿de qué te sirve ser rico?
No te conozco. Antes era
tu genio ménos esquivo,
y ahora... parece que tienes
seco y exhausto el bolsillo.

CÁRLOS. (Contrariado.)
(Otra vez.) ¡Qué cosas dices
tan singulares! Si riño,
no es porque gaste mi Elena
lo que es suyo. Me lastimo
de que compre para mí
joyas que nunca utilizo.
Si hubiese sido siquiera
para ella, fuera distinto...

ELENA. ¡Sí, sí! discúlpate...

CÁRLOS. Sabes
que ni exagero ni finjo,
y que siempre...

ELENA. (Resentida.) ¡Vaya un modo
de estimar el sacrificio
que acabo de hacer!...

CÁRLOS. (Con sorpresa.) No acierto...

ELENA. ¡Si eres desagradecido!

MIGUEL. ¿Ves lo que te pasa?

ELENA. Cuando

por obsequiarle me privo
de una pulsera preciosa...

MIGUEL. ¡Y tienes valor de oirlo!

CÁRLOS. (Con ira.)
¡Tú tambien!

ELENA. ¡Así son todos!

MIGUEL. ¡Nada! Puesto que mi amigo
lleno de amoroso celo
se enfada, segun ha dicho,
porque usted con extremada
generosidad que admiro,
se sacrifica por él,
verá usted cómo concilio
los ánimos.

ELENA. (Sonriendo.) Me parece,
Reinoso, que no es preciso.

MIGUEL. (Á Cárlos.)
Vas á comprar la pulsera.

CÁRLOS. (Con sorpresa.)
Pero...

MIGUEL. (Interrumpiéndole.)
Asunto concluido.

ELENA. Si Cárlos es tan amable
que se empeña, me resigno
á aceptarla...

CÁRLOS. (Fuera de sí.) (¡Se resigna!
Tendré que pegarme un tiro.)

MIGUEL. ¿Qué ha de hacer? ¡Pues no faltaba
más! No le queda otro arbitrio.

CÁRLOS. (Furioso.)
(¿A que le estrangulo?) Luégo
veremos...

MIGUEL. ¡Quita! Ahora mismo.
Voy á pagar cierta cuenta
á Samper, y de camino

le diré...

CÁRLOS. (Queriendo detenerle.)
No te incomodes...

MIGUEL. ¡Pero, hombre! ¿has perdido el juicio?
(Aparté de tu cabeza
la tormenta.)
(Saliendo precipitadamente.)

CÁRLOS. (Procurando detenerle.)
Te suplico...

ESCENA IV.

CÁRLOS, ELENA

CÁRLOS. Espera.—¡ Suerte tirana !
y se va sin escuchar.

ELENA. (Sorprendida.)
¡ Qué dices !

CÁRLOS. (Fuera de sí.) Que esto es tirar
la casa por la ventana.
Que vamos por mal camino
con tanta exigencia tuya,
y que es fácil que concluya
mi vida en San Bernardino.

ELENA. (Con asombro.)
¡Dios mio! No te comprendo.
¿Te has vuelto loco? ¿qué pasa?

CÁRLOS. Que este malgastar sin tasa
me va arruinando y perdiendo.
No hay en el mundo caudal
que baste á tanto desfalco.
—¡Ni el de Monte-Cristo!—Palco

en el Príncipe, en el Real,
conciertos, bailes... ¡Muy bien!
¿Quién no estalla de alegría?
Y un vestido cada dia,
y cada semana un tren,
y mesa donde socorra
la necesidad y el hambre
ese numeroso enjambre
que vive en Madrid de gorra;
que toda funcion comienza
y en todas partes está,
gente que se pone el frá
y se quita la vergüenza.
¡Qué mayor satisfaccion
que lucir el lindo talle
en el teatro, en la calle,
en la iglesia, en el salon,
y no carecer de nada,
y vivir entre oro y seda,
aunque el marido no pueda
con esta carga pesada,
y luche consigo mismo,
cada vez más agobiado,
y se sienta arrebatado
por la atraccion del abismo?
¿Puede haber vida mejor?
(Reparando en Elena.)
—¿Mas ¿qué es esto? ¿Tú llorando?...

ELENA. ¿Qué he de hacer, si me estás dando
la medida de tu amor?

CÁRLOS. Pero ¿qué tiene que ver
el cariño?...

ELENA. No solías
en más venturosos dias
hablar así á tu mujer.

¡Nunca lo hubiera creido!
¡Ay, en cuántas ocasiones
fué causa de disensiones
mi carácter encogido!
¡Cuántas me hiciste llorar!
Cuántas me dijiste:—¡Elena,
tanta modestia es muy buena,
mas me pone en mal lugar.
—Dirán que soy un tacaño.—
¿No reparaste en Irene
ayer? Pues su esposo tiene
treinta mil reales al año.
—Nuestra sociedad es esa.—
¿No ves que visten ahora
la criada, de señora,
la señora, de princesa;
que quien más gasta más brilla,
que no hay más Dios que el dinero?
¡y tú, mujer de un banquero,
vas como una modistilla?—

CÁRLOS. (Desesperado.)
Vamos, Elena, ¿ahora sales
con eso?

ELENA. Pero hoy te altera
la compra de una pulsera
que no llega á dos mil reales!
¡Cárlos, qué mudado estás!

CÁRLOS. ¡Deja esas necias manías!

ELENA. ¡Ay, entónces me querías,
y hoy...

CÁRLOS. (Con ardor.)
¡Te quiero mucho más!
¿No lo observas? ¿No lo ves?
Ojalá en mi amor profundo,
tuviera el oro del mundo

para arrojarlo á tus piés !
No puedes dudar de mí;
mas los tiempos han cambiado..

ELENA. (Con amargura.)
Lo sé...

CÁRLOS. (Con desesperacion.)
¡Si estoy arruinado!

ELENA. (Con terror.)
¡Tú arruinado!...

CÁRLOS. ¡Elena, sí!
Quise por no darte enojos
ocultarlo, mas ¿quién calla
si es fuego el dolor que estalla
por la lengua ó por los ojos?

ELENA. (Consternada.)
¡Tú arruinado!

CÁRLOS. Mis apuros
son grandes. Casi me atrevo
á decírtelo. ¡Hasta debo
á Miguel treinta mil duros!

ELENA. (Apurada.)
Si no merezco perdon.
¡Aborréceme! Yo he sido
quizas quien te ha reducido
á tan triste condicion.
¡Soy una loca!

CÁRLOS. (Procurando calmarla.)
No tal.
¡No es justo que te condenes
sin razon!—¿Qué culpa tienes
de que la plaza esté mal?
La inquietud que nos trabaja
y que es cada vez más honda,
hace que el oro se esconda
y esté mi crédito en baja.

Donde no hay paz, no hay dinero;
que este ciego y loco afan,
al menestral roba el pan
y la fortuna al banquero.
Nadie en los disturbios gana,
ni siquiera el vencedor;
que el órden es el motor
de la actividad humana.
Y una vez interrumpido
su impulso, si no camina,
lo mismo alcanza la ruina
al vencedor que al vencido.
Esta inquietud basta y sobra
para explicarte mi estado,
que en un mar alborotado
la mejor nave zozobra.

ELENA. ¡Oh! no quieras disculpar
mi locura...

CÁRLOS. En otros dias
gastabas, porque podías
impunemente gastar.
¿Por qué no? Nunca fuí de esos
doctores de contrabando,
que están siempre predicando
contra el lujo y sus excesos.
Y es que me parece absurdo
que nuestra virtud consista
en que la gente se vista
de bayeta y paño burdo.
Siempre que el dinero sobre,
la ostentacion justifico,
pues sé que el lujo del rico
enciende el hogar del pobre.
Pero hoy, á decir verdad,
tan contrariado me veo,

que se opone á mi deseo
la dura necesidad.
Si nuestra suerte mejora...

ELENA. (Cada vez más apurada.)
No es posible que consigas
calmarme.

CÁRLOS. Atiende...

ELENA. No digas:
soy una derrochadora.

CÁRLOS. ¡No tal!

ELENA. Mi culpa es muy grande.
Yo buscaré la manera
de devolver la pulsera
cuando Samper me la mande.
Y Miguel, que echó á correr
sin oir... ¿Cómo le aviso?

CÁRLOS. No te apures...

ELENA. Es preciso
cambiar de vida...

CÁRLOS. ¡Mujer!

ELENA. Voy á vender en secreto
mis joyas.

CÁRLOS. Mas considera...

ELENA. Nada digas. ¡Bueno fuera
que hallándote en tal aprieto
faltase á mi obligacion!

CÁRLOS. Pero, mujer, ¿estás loca?

ELENA. Sé muy bien lo que me toca
hacer en esta ocasion.
Tengo pensado mi plan.
Me parece que hay motivo...

CÁRLOS. Pues yo, Elena, te prohibo...

ESCENA V.

DICHOS, ROMAN.

ROMAN. (Saludando afectuosamente á Elena.)
Llego á buen tiempo.
CÁRLOS. (Saliendo á su encuentro.) ¡ Roman!
ROMAN. Pensé, chico, no encontrarte,
y me hubiera contrariado
tu ausencia...
CÁRLOS. (Inquieto.) Pues ¿ qué ha pasado?
ROMAN. Tengo precision de hablarte.
CÁRLOS. Ya sabes el interes
que en tus negocios me tomo.
ELENA. (Despidiéndose.)
¡Vaya! dejo á ustedes...
ROMAN. (Sorprendido.) ¿Cómo?
¿ se va usted ?
ELENA. (A su marido.) Hasta despues.
ROMAN. No ofrece dificultad
que usted nos oiga...
CÁRLOS. Bien puedes
quedarte...
ELENA. No ; dejo á ustedes
en completa libertad.

ESCENA VI.

D. CÁRLOS, D. ROMAN.

CÁRLOS. Ya estamos solos, ¿qué pasa?
tú me dirás...

ROMAN. Voy al punto
á enterarte del asunto
que me trae hoy por tu casa.
Y sé que no acudo en vano
á consultarle contigo,
que eres mi mejor amigo...
¿Qué amigo? casi un hermano.

CÁRLOS. En gran cuidado me pones.
¿Te ha salido mal alguna
empresa...

ROMAN. No; por fortuna
van bien mis operaciones.
Mis negocios son seguros
y meditados. No vendo
mucho, pero voy viviendo,
gracias á Dios, sin apuros.
No te diré que me sobre,
aunque á fé de comerciante,
he logrado lo bastante
para no pasar por pobre.
Hoy busco tu proteccion
en un asunto sencillo
que no afecta á mi bolsillo,
pero sí á mi corazon.

CÁRLOS. ¡Chico!

ROMAN. Por más que te alarme
mi confesion, he pensado
mudar muy pronto de estado.
CÁRLOS. ¡Qué dices!
ROMAN. Pienso en casarme.
CÁRLOS. Tú...
ROMAN. ¿Qué te extraña? Soy jóven,
y ya no quiero, en resúmen,
patronas que me desplumen,
ni criadas que me roben.
Ya busco la paz del alma
y el amor de una mujer...
CÁRLOS. ¿Y qué tengo yo que ver
con eso?
ROMAN. Escucha con calma,
y cuando acabe de hablar
veremos si te interesa.
CÁRLOS. Voy de sorpresa en sorpresa.
¿Con quién te quieres casar?
ROMAN. Juzgo que en esta ocasion
la buena amistad me obliga,
ante todo, á que te diga
cuál es hoy mi posicion.
Aunque, de fijo, mi historia
no habrás echado en olvido,
recordaré que he nacido
en los pinares de Soria.
Nací pobre y me crié
como no tienes idea,
y en la escuela de la aldea
me enseñaron cuanto sé.
Mis buenos padres me hicieron
hombre de bien además.
No pudieron darme más;
¡harto los pobres me dieron!

Casi en mis primeros años,
y no sin llorar á mares,
dejé los paternos lares
en busca de los extraños.
Y así, ignorándolo todo,
y cerril como una fiera,
entré en tu casa de hortera.
—No me desdora el apodo.—
En tu casa me pulí,
por cierto, no sin fatiga.
Tu padre ¡Dios le bendiga!
lo fué tambien para mí.
Él, con su genio formal,
me enseñó, te lo aseguro,
á hacer de un céntimo un duro,
y de un duro un capital.

CÁRLOS. ¿Qué quieres decir con esto?
(Confuso.)
No sé...

ROMAN. Bien sé lo que digo.

CÁRLOS. Pero...

ROMAN. Mi historia prosigo:
perdona, que acabo presto.
Juntos vivimos los dos,
en buena paz y armonía,
hasta que tu padre un dia
rindió su espíritu á Dios.
Entónces tú, con hacienda,
libre y bien relacionado,
dejaste el comercio á un lado
y me cediste la tienda.
—Bien hiciste.—Yo seguí,
y de ello no me avergüenzo,
midiendo varas de lienzo,
de muleton y organdí.

Y de esta manera, en suma,
con fé, constancia y trabajo,
yo que vengo de tan bajo,
me elevé como la espuma.
Y he podido realizar
mis sueños de oro, y ahora
es mi madre la señora,
¡la señora del lugar!
Cuarenta años no he cumplido,
y tengo, segun mi cuenta,
nueve mil duros de renta.
¿Te parezco un buen partido?

CÁRLOS. Hombre...

ROMAN. Despues de esta franca
confesion, vamos al grano,
hoy solicito la mano...

CÁRLOS. (Sorprendido.)
¿De quién?

ROMAN. De tu hermana Blanca.

CÁRLOS. ¿De mi cuñada?

ROMAN. Sí tal.

CÁRLOS. ¡Qué callado lo tenías!...

ROMAN. Ve si ofrecen garantías
mi honradez y mi caudal,
y decide.

CÁRLOS. Tu eleccion
me satisface en extremo...

ROMAN. Gracias, Cárlos...

CÁRLOS. (Con pena.) Pero temo
que has perdido la ocasion.
¿Hablaste con Blanca?

ROMAN. Chico,
¡la verdad! me infunde miedo.
En su presencia me quedo
embobado, y cierro el pico.

Mas siento aquí un escozor,
un... ¡Es tan cándida y bella!

CÁRLOS. ¡Ay, Roman! Sospecho que ella
tiene otro amor.

ROMAN. (Con hondo abatimiento.)
¡Otro amor!
Mi dulce esperanza has muerto.
¿Y quién es el venturoso?

CÁRLOS. ¿Quién? Don Miguel de Reinoso,
quizas; pero no estoy cierto.

ROMAN. (Alarmado.)
¡Reinoso! No se la des...
Grave riesgo la amenaza.

CÁRLOS. (Maravillado.)
¿Y por qué?

ROMAN. Si está la plaza
llena de sus *pagarés.*

CÁRLOS. (Con inquietud.)
¿De sus pagarés?

ROMAN. Ninguna
duda tengo...

CÁRLOS. Pero observa...

ROMAN. ¡Nada! Si apénas conserva
los restos de su fortuna.

CÁRLOS. La enemistad te hace ver
visiones. Te han engañado.

ROMAN. Sostengo que está arruinado.

CÁRLOS. Digo que no puede ser.
(Con temor.)
(Pues si es cierto, estoy lucido.)
Pero, en fin, sigue adelante,
no quierás sin ser amante
llegar de un salto á marido.
Tal vez sin razon sospecho;
pregunta, averigua, inquiere,

que si Blanca te prefiere
me daré por satisfecho.
Mira, aquí viene...

ROMAN. (Asustado.) ¿Y te vas?
Pero si no me resuelvo...

CÁRLOS. Yo voy á la Bolsa. Vuelvo
pronto. Despues me dirás...

ESCENA VII.

ROMAN, luégo BLANCA.

ROMAN. ¡Oye!—¡Nada! Se marchó,
¡y ella aquí! Pues es preciso
salir de este compromiso...
Pero ¿cómo? ¿Qué sé yo?
En su presencia me atranco,
vacilo y no sé qué hacer.
Y urge el tiempo... ¡Es menester
errar ó quitar el banco!
No puedo seguir así.

BLANCA. (Acercándose.)
Adios, Roman...

ROMAN. (Confundido.) Señorita,
me alegro... (¡Es que está bonita!)

BLANCA. ¿Ha salido Cárlos?

ROMAN. Sí.
Y aprovecho este momento
para decirla...

BLANCA. (Con alegría.) (¡Ya es mio!
Habla al fin...)

ROMAN. (Aturdido.) Que tengo un frio

horrible...

BLANCA. (Irónicamente.) Mucho lo siento.
Compadezco el infortunio
de usted; pero no es extraño.
¡Quién sabe! Quizás este año
el invierno caiga en Junio.

ROMAN. (Desesperado.)
¡Se burla!—¡Maldito sea
mi carácter singular!...
(Blanca hace ademan de salir.)
¿Dónde va usted?...

BLANCA. (Riéndose.) Á mandar
que enciendan la chimenea.

ROMAN. ¡Ay, Blanca! por compasion.

BLANCA. (Fingiendo extrañeza.)
¿Qué tiene usted?

ROMAN. ¡Nada! nada!
Es que tengo concentrada
la vida en el corazon.
Há tiempo que llevo aquí
tan inextinguible fuego,
que ni vivo, ni sosiego,
ni sé qué pasa por mí.
Todo me sale al revés,
no hay pena que no me abrume:
y el afan que me consume,
¿qué es sino amor? Amor es.

BLANCA. (Con gozo.)
¡Ah!

ROMAN. Tan hondo es mi cariño
que cuando á mi amada veo,
¡torpe de mí! Balbuceo
y me aturdo como un niño.
¡Oh! Si una vez me atreviera,
con qué placer la diría:

¿Quieres ser esposa mia?
¿Quieres ser mi compañera?
Habrá alguno, no lo dudo,
que con más ardor se exprese.
Mi amor, por más que me pese,
es tan intenso que es mudo.

BLANCA. ¡Mudez más particular
que la de usted! ¡Quién diría!...
No sé qué sucedería
si rompiese usted á hablar.
Noto que está usted mejor,
que el temblor desaparece...

ROMAN. ¡Ay, Blanca! Es que me parece
que voy entrando en calor.

BLANCA. Si es esta una confianza,
hágala usted por completo.
¿Quién es el dichoso objeto
en quien cifra su esperanza?

ROMAN. ¿Quién? ¿Usted no lo adivina?
¿No sabe quién puede ser
la encantadora mujer
que me turba y me fascina?
¿No comprende usted al cabo
quién es?

BLANCA. (Agitada.) No...

ROMAN. No es usted franca.
Es usted, hermosa Blanca,
usted sola...

ESCENA VIII.

DICHOS y MIGUEL, despues de haber oido los últimos versos desde la puerta del foro.

MIGUEL. (Riéndose y aplaudiendo.)
¡Bravo! ¡Bravo!
BLANCA. (Espantada.)
¡Ay!
ROMAN. (Con ira.)
¡Es pesada la broma!
BLANCA. (Debo estar como una grana.)
Adios. (Huyendo y aparte á Roman.)
(Vuelva usted mañana.)

ESCENA IX.

ROMAN, MIGUEL.

MIGUEL. Ya se espantó la paloma.
ROMAN. Me parece impertinente
la salida...
MIGUEL. Es un azar.
¿Quién se pone á requebrar
por donde pasa la gente?
ROMAN. (Oh, no hay duda. Este bribon
la solicita, y por eso
me ha interrumpido...)

MIGUEL. Confieso
mi inocente indiscrecion.
No piense usted que le injurio
al decirle que me ha sido
muy grato ver á Cupido
en los brazos de Mercurio.

ROMAN. Lo comprendo. No hablaría
con mayor ingenio Apolo.
¡Como usted le ha visto sólo
en los brazos de la orgía!

MIGUEL. La expresion es algo dura
y osada...

ROMAN. Pues no lo entiendo.
¡Si lo que estamos diciendo
es mitología pura!

MIGUEL. (Reprimiéndose.)
Es verdad. ¿Quién se incomoda
por esto?

ROMAN. Ni lo merece
el caso.

MIGUEL. (En tono de burla.)
Segun parece,
no se hará esperar la boda.
¿No es así?

ROMAN. Pudiera ser.

MIGUEL. ¡Oh siglo positivista!
¡No hay nadie que se resista
á tu omnímodo poder!
Tú has trastornado las bases
del gobierno y del Estado,
tú has confundido y mezclado
razas, sistemas y clases.
¿Qué más se puede decir?
Hoy por distintos caminos
se enlazan los pergaminos

con las varas de medir.

ROMAN. ¡Extraña profanacion!

MIGUEL. Yo no digo...

ROMAN. Pues confieso
que es este el mayor progreso
de la civilizacion.
No ofenderé la memoria
de esos gloriosos patricios
que con sus altos servicios
ilustraron nuestra historia.
Ni he de hacerles el ultraje
de negarles el derecho
de ensalzar, con lo que han hecho,
su apellido y su linaje.
Esto prueba y acrisola
el vigor de las naciones,
que honran cien generaciones
con los timbres de una sola.
Ya ve usted que no rebajo
á otras clases, no, señor;
mas la nobleza mayor
es la que engendra el trabajo;
que humildes ó poderosos,
en el siglo diez y nueve
sólo componen la plebe
los pillos y los ociosos.
Y por eso, en mi sentir,
hoy por distintos caminos,
se enlazan los pergaminos
con las varas de medir.

MIGUEL. (Con tono irónico.)
¡Oh, bien! muy bien. No me espanto
de ese tono decisivo.
Mas ¡qué diablo! No hay motivo
para acalorarse tanto.

Usted toma, y hace mal,
esta cuestion como suya,
cuando es justo que se excluya
de la regla general.
¡Usted vale mucho, amigo!
¡Mucho! ¿quién no lo pregona?

ROMAN. Valgo... segun la persona
que se compare conmigo.
Si es buena, bien educada,
de autoridad y de peso,
al lado suyo, confieso
que valgo muy poco, ¡nada!
Pero si es, por dicha mia,
alguien que gaste y derroche,
y se dé al vicio de noche
y á la ociosidad de dia,
y sea en intrigas ducho,
y en sus tratos poco fiel...
¡Oh! comparado con él,
¿quién lo duda? valgo mucho.

MIGUEL. (¡Vaya, que tiene intencion
el tenderillo!...) Concedo,
porque no me importa un bledo
tan inútil discusion.
Dirá usted que es egoismo;
mas soy tan indiferente,
que si he de hablar francamente,
me importan todas lo mismo.
Cada loco con su tema.
El mio, gracias á Dios,
es este... (Mirando el reloj.) ¡Diablo! las dos,
y me estoy con tanta flema.
¡Estará bueno el marqués!
¿Si se aguará la partida?
Voy, voy á ver en seguida

á Cárlos...
(Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.)

ROMAN. Difícil es.

MIGUEL. (Sorprendido.)
¿Cómo?

ROMAN. Acaba de salir.

MIGUEL. Lo siento. ¡Mal haya sea
mi memoria... (¡Ah! brava idea.
Este me puede servir...)
Reniego de mi cachaza
y de mi... ¿usted lo verá
luégo?...

ROMAN. (Secamente.) No sé...

MIGUEL. (Contrariado.) ¡Voto va!
¿A que no salgo de caza?
Necesito hablar con él
y ya es tarde... ¡Es lo mejor!
Va usted á hacerme el favor
de entregarle este papel.

ROMAN. (Con sorpresa.)
¿Yo?

MIGUEL. (Dándole la factura.)
Sí. No es nada, ¡un encargo!
¡Antojos de su mujer!
un recibo de Samper...

ROMAN. (Tomando la factura.)
Si es eso...

MIGUEL. Gracias.—Me largo.—
Querrá dejar satisfecha
la exigencia femenina.
Adios.—(¡Ya cargué la mina!
¿Si Roman será la mecha?)

ESCENA X.

ROMAN.

Me he despachado á mi gusto.
Pues, señor, estoy contento.
Si es mi rival...—Imposible
que Blanca... ¡Vamos! no creo...
¡Es tan dulce la esperanza
que abrigo! Cuando recuerdo
su mirada cariñosa,
su casto rubor, su acento,
y aquel *vuelva usted mañana*,
que dejó escapar huyendo...
¡No hay duda, Roman amigo!
Estás en el derrotero
de tu dicha... ¡Oh! Quién pudiera
Apresurar el momento.
¡Mañana!...

ESCENA XI.

ROMAN, ELENA.

ELENA. ¿Aquí todavía,
Roman?
ROMAN. ¡Ay, Elena! Temo
volverme loco!...
ELENA. (Sorprendida.) Me asusta
usted, ¿qué ocurre?
ROMAN. No quiero

ocultarla á usted mi dicha,
mis ilusiones, mis sueños...
Amo á Blanca... La idolatro.
¿Á qué negar un afecto
que llena toda mi vida?

ELENA. La confesion agradezco,
aunque para mí no es nueva.

ROMAN. ¿Lo sabe usted? Segun eso,
Blanca...

ELENA. Mi hermana no tiene
para mí ningun secreto.

ROMAN. (Con ahinco.)
¿Y puedo esperar?...

ELENA. (Con ironía.) ¡Qué amante
tan preguntón! Ya veremos.
¡Mañana!...

ROMAN. No he dicho nada.
Bien está, callo y espero.

ELENA. Ahora entro yo: usted podría
servirme. Tengo un empeño
singular...

ROMAN. Pues por mi parte
á complacerla me ofrezco.

ELENA. (Afectada.)
Fácil es que entre sus muchas
relaciones de comercio
conozca usted... (No sé cómo
decírselo) á algun joyero...

ROMAN. (Interrumpiéndola.)
No siga usted. Está andado
todo...

ELENA. (Maravillada.)
¡Todo! No comprendo...

ROMAN. Pues no es difícil. Mi amigo
Cárlos, siempre tan dispuesto
á adivinar sus menores

caprichos y sus deseos,
ha comprado ya las joyas
que usted quería.—¡Es muy bueno
y amable!...

ELENA. (Contrariada.) (Cuando pensaba
dar á vender...)

ROMAN. (Sacando la factura.)
Aquí tengo
la prueba. Esta es la factura
de Samper...

ELENA. (¡Qué contratiempo!)

ROMAN. (Leyendo.)
¡Es buen regalo! «Tres mil
»duros por un aderezo.»

ELENA. (Arrebatándole el papel con violencia.)
Á ver... (Pues no es la pulsera...
¡No es la pulsera! ¿Qué es esto?) .

ROMAN. (Observándola con curiosidad creciente.)
(Si la impide hablar el gozo.
¡Mujer al fin!)—¡Noble ejemplo
de cariño!—Esto se llama
ser un marido modelo.

ELENA. (¡Si no vuelvo de mi asombro!
¡Si estoy viéndolo y no acierto
á explicármelo!)

ROMAN. (Regocijado.) (¡Está visto!
se emboba pensando en ello.)

ELENA. ¿Cómo ha llegado esta cuenta
á manos de usted? Le ruego
que nada me oculte, ¡nada!

ROMAN. (Con sencillez.)
¿Para qué, si no hay misterio?
Reinoso, que ha estado aquí,
me lo ha dado, hace un momento,
para Cárlos...

ELENA. (¡El asunto
parece cosa de juego!)

ROMAN. Désela usted, es lo mismo.—
No quiero ser más molesto.
Adios. Volveré mañana. (Con intencion.)
Elena, á usted me encomiendo.

ESCENA XII.

ELENA, sola, mirando la factura.

«Tres mil duros...» Y me dice
que está arruinado, y que el peso
de nuestros gastos le abruma...
Ó esto es falso ó no lo entiendo.
(Señalando la cuenta.)
¿Cómo, si es verdad que corre
su fortuna grave riesgo,
cuando más lo necesita
gasta en joyas su dinero?
No puede ser... ¡Imposible!
Aquí hay error.—Voy temiendo
que Miguel haya abusado
de su amistad.—Si no puedo
creer... (Leyendo nuevamente la factura.)
—¡Y la cuenta es suya!
Aquí está su nombre puesto.—
Tal vez Miguel se ha excedido,
y pensando complacernos,
en lugar de la pulsera
ha comprado... (Rechazando esta idea.)
—¡No lo creo! (Pensativa.)
Pues ello...

ESCENA XIII.

ELENA, CÁRLOS, desalentado, sin reparar en Elena.

CÁRLOS. No hay esperanza
ninguna... Sigue el descenso
de la Bolsa. ¡Si he vivido
sin prevision, como un necio!
(Sentándose fatigado.)
ELENA. (Acercándose.)
Bien venido.
CÁRLOS. Adios, Elena.
ELENA. Vengo á reñir...
CÁRLOS. Te aconsejo
que desistas, si no quieres
añadir más leña al fuego.
Tengo un humor de mil diablos.
ELENA. (Con extrañeza.)
Pues ¿qué sucede?
CÁRLOS. Que léjos
de aclararse el horizonte,
está cada vez más negro.
La Bolsa sigue bajando,
¿y de qué manera? Pierdo
de dos años á esta parte
cuatro millones y medio.
Y si Dios no pone coto
á este cataclismo horrendo,
tendré que echarme en el surco.
Ya no puedo más. Me entrego.
ELENA. (En tono de reconvencion.)

¿Y cuando, segun parece,
va nuestra fortuna á ménos,
de este modo economizas?
(Presentándole la factura, que Cárlos lee con creciente sobresalto.)

CÁRLOS. (Espantado.)
¡Ah! (¡Todo se ha descubierto!)

ELENA. ¡Es extraño!

CÁRLOS. (Cada vez más confuso.)
(¡Me ha vendido
el miserable!) Yo...

ELENA. (Notando su agitacion.) Pero
¿qué tienes? Estás turbado..

CÁRLOS. (Sin poder disimular su terror.)
No creas á ese perverso.
¡Miguel ha mentido! Juro
que es tuyo todo mi afecto.
Que no hay nadie que te robe
mi amor. ¡Es un embustero!

ELENA. (Comprendiéndolo todo.)
¡Madre de Dios! Y he vivido
tan engañada...
(Dejándose caer desfallecida en una butaca.)

CÁRLOS. (Cada vez más aterrado.)
¡No es cierto!
Si de mi dicha envidioso
ha querido indisponernos,
dando absurdas proporciones
á los más leves sucesos,
no creas una palabra.
¡No le creas!

ELENA. (Levantándose con ira.)
¡Me avergüenzo
de verle á usted en camino
de mentir!...

CÁRLOS. Yo te prometo...

ELENA. (Llorando.)
¡Calle usted! Esto es horrible.

CÁRLOS. ¿Lloras?

ELENA. ¿Qué he de hacer, si veo
el engaño y la perfidia
en mi propio hogar viviendo?
¿Qué he de hacer, si al descubrir
tanta infamia y tanto enredo,
no le encuentro á usted siquiera
al nivel de mi desprecio?

CÁRLOS. (Suplicando.)
Elena!

ELENA. Lo dicho, dicho.

CÁRLOS. ¡Loca estás!

ELENA. ¡Pluguiera al cielo!
¿Es usted el que hace poco
se quejaba del exceso
de mi lujo, y pretendia
ponerle coto y remedio?
Sin duda el gasto de casa
le agobia á usted, porque ciego
sacrifica su fortuna
ante un ídolo de cieno...

CÁRLOS. (Espantado.)
¡Oh! no digas... (Si no paga
con la vida...)

ELENA. (Con amarga desesperacion.)
Y yo, creyendo
que era cierta nuestra ruina,
Iba á vender... (Fuera de sí.) ¡No, no quiero
pensarlo! ¡Si no me cabe
la indignacion en el pecho!

CÁRLOS. (Con ansiedad.)
Te aseguro que en la vida...

ELENA. (Con orgullo.)
¡Oh, basta ya! No desciendo
á escuchar explicaciones
de ofensas que no merezco.
Todo acabó entre nosotros.
¡Todo! Nuestro amor ha muerto!

CÁRLOS. (Consternado.)
¡Elena, Elena!

ELENA. (Marchándose.)
¡Dios mio,
llevo el corazon deshecho!

ESCENA XIV.

DICHOS, D. MIGUEL, apareciendo por la puerta del fondo, en el momento de salir Elena.

ELENA. (Viéndole).
¡Ah! don Miguel. (Este debe
saber...)

MIGUEL. (Observándolos.)
(¡Ya estalló el incendio!)

CÁRLOS. (Con ira, reparando en Miguel.)
¡Él!

ELENA. (Apresuradamente al pasar junto á Reinoso.)
(Venga usted esta noche.)

MIGUEL. (Saludándola.)
(¿Cuándo?)

ELENA. (Marchándose.) (Á las once le espero.)

CÁRLOS. (Observándolos, y como herido por repentina sospecha.)
¡Hablan en secreto!... ¡Ah! torpe
de mí...

ESCENA XV.

CÁRLOS, MIGUEL.

MIGUEL. Presuroso vengo...
CÁRLOS. (Interrumpiéndole con odio.)
¡Ya es tarde!
MIGUEL. Le dí un recibo
por otro. Deploro el yerro...
CÁRLOS. ¡Ya es tarde!
MIGUEL. ¿Qué significa
ese tono?...
CÁRLOS. (Con altanería.) Caballero,
que nuestra amistad se ha roto,
y es indigno de mi aprecio.
MIGUEL. (Irritado.)
¡Esas palabras!
(Reprimiéndose.) Concibo
su pesar y le respeto.
Mas para no importunarle
con mi presencia más tiempo,
usted dirá cuándo quiere
que nuestra cuenta arreglemos...
CÁRLOS. (Con terror mal disimulado.)
¡Mañana!
MIGUEL. (Secamente.)
Está bien. Mañana
volveré á ver al banquero.

ESCENA XVI.

CÁRLOS.

¡Mañana! ¿Cómo le pago?
Hoy se desata el infierno
contra mí. No hay esperanza,
no. Soy su esclavo. ¡Le debo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, BLANCA.

BLANCA. Has hecho mal.
ELENA. ¿Te parece
que no hay motivo?
BLANCA. No basta
tener razon. Es preciso
saber tenerla.
ELENA. (Indignada.) ¡Qué infamia!
¡Ofenderme de este modo!
BLANCA. Tal vez, Elena, te alarmas
sin fundamento.
ELENA. Por eso
quiero cerciorarme.—¡Ay, Blanca!
Haga Dios que nunca sufras
esta pena que me mata,
ni el aguijon de los celos
que el corazon me traspasa.

¡Descender desde la altura
de la dicha! ¡Ver trocadas
mis risueñas ilusiones
en realidades amargas!
¡Perder en un solo dia
fé y amor!...

BLANCA. Ten más cachaza,
y ántes de dar ningun paso,
reflexiona, observa y calla.
No ignoras tú cuán de prisa
la imaginacion avanza,
y que de un grano de arena
suele hacer una montaña.
No tienes la certidumbre
de tu ofensa.

ELENA. ¡Qué bien hablas!
No estuvieras tan tranquila
si en mi posicion te hallaras.
¿Para quién compra aderezos
mi marido? ¿Á quién regala?

BLANCA. Quizá quiso sorprenderte
con un obsequio...

ELENA. ¡Ay, hermana!
¿No ves que se contradicen
sus hechos y sus palabras?
¡Decirme que está arruinado
y gastar en una alhaja
tres mil duros!... Me parece
que el hecho tiene importancia.

BLANCA. ¿Quién sabe? Algun compromiso
de sociedad...

ELENA. ¿Y con tanta
reserva? No, estoy segura,
segura de que me agravia.
¡No le he visto en mi presencia

confuso, sin que acertara
ni á disipar mis recelos
ni á justificar su falta?

BLANCA. No se justifica siempre
la inocencia. Quizá vayas
demasiado lejos. Mira
no te arrepientas mañana.

ELENA. Pues bien; para que no quede
ninguna duda en el alma,
quiero conocer á fondo
su traicion y mi desgracia.
Miguel me dirá de fijo
la verdad...

BLANCA. (Asustada.) Pero repara
que ese paso...

ELENA. (Decidida.) Estoy resuelta.

BLANCA. Pues la prueba es arriesgada...

ELENA. No discuto: será todo
cuanto te diere la gana;
pero á las once le espero.

BLANCA. (Sorprendida.)
¿Que le esperas?

ELENA. ¿Qué te extraña,
si le he citado?

BLANCA. (Asustada.) ¡Estás ciega!

ELENA. Sí, porque estoy agraviada.

BLANCA. Mira, mujer, que es muy grave
lo que intentas. ¡Dar á espaldas
de tu marido una cita!
¿Y á quién?—Voy á serte franca.—
Dirás que soy cavilosa,
y que ya mi perspicacia
es ridícula; mas creo
que no voy descaminada...

ELENA. ¿En qué?

BLANCA. Sospecho que ese hombre
ha venido aquí con malas
intenciones, y conviene
tenerle siempre á distancia.
ELENA. (Dudosa.)
¿Te ha requerido de amores?
¿Te ha dicho acaso?...
BLANCA. ¿A mí? Nada.
ELENA. Pues entónces...
BLANCA. (Haciendo señas que expresen sus temores.)
¿Que eso digas?
¿Será posible que no hayas
sorprendido?...
ELENA. (Con incredulidad.) ¡Qué locura!
Hija, tú has visto fantasmas.
¿Á mí?...
BLANCA. (Recelosa.) La verdad malicio...
ELENA. ¿Y qué importa? Aunque abrigara
esos ruines pensamientos,
¿juzgas mi virtud tan flaca?
BLANCA. No; si mi temor no es ese.
Lo que temo es que tus ansias
conozca, y atice el fuego
en vez de atajar la llama.
Y aprovechando el estado
de tu corazon, se valga
de mentirosos ardides...
ELENA. ¿Por ventura soy tan sándia
que no acierte á distinguir
el grano de la cizaña?
No te canses, quiero verle:
Reinoso con Cárlos anda,
y me explicará el misterio
de esa cuenta malhadada.
Mi marido nunca vuelve

hasta las doce...

BLANCA. ¡Dios haga
que no te arrepientas!...

ELENA. (Escuchando.) ¿Oyes?
Sin duda es Reinoso...

BLANCA. (Yendo á observar.) ¡Aguarda!
(Volviendo asustada.)
¡Es Cárlos!

ELENA. (Sorprendida y disgustada.)
¡Qué contratiempo!
Haz, si puedes, que se vaya.

ESCENA II.

BLANCA, CÁRLOS, que observa la salida repentina de ELENA.

CÁRLOS. (Adelantándose.)
¡Huye de mí!... No, no hay duda.
Ese miserable la ama
y ha querido de este modo
levantar una muralla
entre Elena y yo... ¡Cuán ciego
he vivido!...

BLANCA. (Acercándose.) ¿Qué te pasa?
Estás triste...

CÁRLOS. (Paseándose.) No.

BLANCA. Cualquiera
diría...

CÁRLOS. (Sin prestarla atencion.)
Si yo encontrara
fondos!...

BLANCA. (¡Si se descubriese!...)

CÁRLOS. Mi posesion de Navarra
valdrá... Mas si la hipoteco
y lo saben en la plaza,
voy á acelerar mi ruina...

BLANCA. Óyeme!...

CÁRLOS. (Con desaliento.)
¡No hay esperanza!

BLANCA. (Acercándose cariñosamente á Cárlos.)
¿Lo ves? Por más que procuras
con esa calma forzada
disimular tu tristeza,
te es imposible ocultarla.
Vamos, ¿qué tienes?—(Acaso
podré conciliar...)

CÁRLOS. (Con despego.) Aparta.
Nada me sucede.

BLANCA. ¡Es mucho!
Si ya sé...

CÁRLOS. (Levantándose fuera de sí.)
Qué sabes? Habla.
¿Te ha contado acaso Elena
la traicion de ese canalla
que ha perturbado la dicha
y el sosiego de mi casa?
¿No es verdad que necesito
para saciar mi venganza
cortar la mano y la lengua
que tales enredos fraguan?

BLANCA. (Temerosa.)
¡Ay, Cárlos!

CÁRLOS. ¿Y la habrá dicho
ese mal nacido, al darla
la cuenta, que me he olvidado
de mis deberes?...

BLANCA. (Queriendo calmarle.) Te exaltas
sin motivo...

CÁRLOS. Y que estoy muerto
de amor por una *Traviata.*
Exagerando...

BLANCA. (Con angustia.) (¡Dios mio!
¿Conque es cierto que la engaña?)

CÁRLOS. (Indignado.)
¡No! no! Pero esto no puede
quedar así... ¡No faltaba
más! ¡El traidor! Con cien vidas
su torpe intencion no paga.
Le mataré como á un perro.

BLANCA. (Asustada.)
(¡Y si llega!... ¡Vírgen santa!
¿Qué hacer?) Estás ofuscado.
Te afirmo...

CÁRLOS. (Cada vez más airado.)
¿Qué es eso? ¿Tratas
de disculparle? No tiene
defensa accion tan villana.
¡No la tiene!

BLANCA. (Insistiendo.) Sin embargo...

CÁRLOS. ¿Vas á interceder?...

BLANCA. (Aturdida.) Yo...

CÁRLOS. (Frenético.) ¡Basta!

BLANCA. (Sobrecogida.)
Bien, me voy... (¡Y esa entrevista!...
Mas ¿cómo puedo evitarla?)

ESCENA III.

CÁRLOS.

¡Qué posicion tan horrible!
Temores, desconfianzas,
la conciencia que me acusa,
los celos que me desgarran.
¡Mal haya el funesto dia
en que me cegué! Mal haya
mi vanidad! Ella ha sido
de mi desdicha la causa.
Vengo de romper el lazo
que á esa mujer me ligaba.
Pero ¿qué importa? Si es tarde.
Si Elena... ¡Qué inicua trama!
Y quizá Blanca conozca...
He debido preguntarla
si ese hombre... No, no! No quiero.
(Desechando la idea.)
¡Si sólo el pensarlo mancha!
Mas, ¿qué hacer?...
(Queda sumergido en profunda pena hasta la entrada de Roman.)

ESCENA IV.

CÁRLOS, ROMAN, muy agitado.

CÁRLOS. (Reparando en Roman.)
Roman, ¿qué es eso?
¿Tú aquí?
ROMAN. Sin duda te extraña
mi intempestiva visita...
CÁRLOS. Cierto...
ROMAN. Pues es necesaria.
Vengo á decirte que he sido
un... en fin, un tarambana,
y á remediar si es posible
mi culpa...
CÁRLOS. (Impaciente.) Vamos, despacha.
ROMAN. Perdona mi inadvertencia,
ó dí más bien mi ignorancia,
que á haber sabido...
CÁRLOS. Pero, ¡hombre!
¿me dirás de qué se trata?
ROMAN. Cuando conocí despues
mi torpeza involuntaria,
me hubiera dado de palos,
á tener cerca una estaca...
CÁRLOS. (Cada vez más impacientado.)
¡Dale!
ROMAN. Perdóname.
CÁRLOS. (Dominándose.) Mira
que estoy para pocas chanzas!
ROMAN. Lo comprendo.—Mas á todo
dispuesto estoy...

CÁRLOS. (Con ira.) ¡Tiene gracia!
ROMAN. No hay sacrificio que pueda
serme costoso. Tú mandas.
CÁRLOS. ¿Te has empeñado en quemarme
la sangre? ¡Si no mirara!...
ROMAN. Enfádate: si es muy justo
que riñas...
CÁRLOS. (Marchándose.)
Hasta mañana.
ROMAN. ¿Qué, te vas?
CÁRLOS. Se me figura
que ya la broma es pesada:
tú charlando por los codos
y yo sin saber lo que me hablas.
ROMAN. (Con sorpresa.)
¿Que no sabes? ¡Esta es buena!
CÁRLOS. ¿Es por ventura que cambias
de opinion y ya no quieres
casarte?
ROMAN. (Sentido.) ¡Cosa más rara!
Te haces el desentendido.
¡Bien, muy bien! Quizá te enfada
que hablemos de ello...
CÁRLOS. (Enojado.) ¿Y qué es ello?
ROMAN. No diré ni una palabra.
No seré importuno...
CÁRLOS. (Fuera de sí.) ¡Vamos!
¡Si esto parece una jaula
de locos!...
ROMAN. Te haces de nuevas...
Pues me callo y santas pascuas.
(Momento de silencio.)
CÁRLOS. ¿Y á esto has venido?
ROMAN. Quería
poner remedio á mi falta...

CÁRLOS. (Excitado.)
¿Qué falta?

ROMAN. ¡Pues qué! ¿No sabes
que en hora triste y aciaga
he entregado una factura
á tu mujer?

CÁRLOS. (Con asombro.)
¡Dios me valga!
¡Tú!

ROMAN. Si lo sabes de sobra.
¿A qué prolongar la farsa?

CÁRLOS. (Cada vez más sorprendido.)
¡Tú!

ROMAN. (Amostazado.)
¡Me gusta la extrañeza!

CÁRLOS. El corazon se me salta
del pecho... ¿Conque no ha sido
Miguel?

ROMAN. (Maravillado.)
Chico, ¿estás en bábia?
¡Miguel! y acabo ahora mismo
de tener una agarrada
con él...

CÁRLOS. Pero ¿qué ha pasado?

ROMAN. ¿Conque es decir que ignorabas?...
Pues la historia es ésta. Vino
ántes de salir de caza,
Miguel á darte una cuenta
de Samper; pero no estabas.
Díjome que era un capricho
de tu esposa; me hizo instancias
para que te la entregase;
acepté de buena gana
la comision; llegó Elena;
hablóme de unas alhajas,

y yo, inocente, creyendo
ensalzarte y agradarla,
le di el papel. Fuí muy tonto;
pero la intencion me salva.

CÁRLOS. (Con creciente curiosidad.)
¿Y Reinoso?

ROMAN. Notó luégo,
segun de decirme acaba,
que me entregó una factura
por otra, volvió á buscarla,
¡era ya tarde! Yo había
desatado la borrasca;
quiso darte explicaciones
y le echaste noramala;
por lo cual hecho una furia
marchó corriendo á mi casa,
y allí, con razon, me ha puesto
las orejas coloradas.
He sido un torpe...

CÁRLOS. (Con alegría.) ¡Dios mio!

ROMAN. Pero, chico, ¡qué mal andas!
(En tono de reconvencion amistosa.)

CÁRLOS. ¿Es decir que nada sabe
mi mujer?

ROMAN. No sabe nada.

CÁRLOS. ¿Que Miguel no habló con ella?

ROMAN. ¿Y cuándo quieres que hablara?

CÁRLOS. ¿Luego son todas mis dudas
y sospechas infundadas?
Luego...
(Cayendo desplomado en un sillon.)
Ay, Dios!

ROMAN. (Cuidadoso.) ¿Te pones malo?

CÁRLOS. ¡Me has vuelto la paz del alma!
Te perdono el mal que has hecho

por el bien que hoy me deparas.

ROMAN. (Con satisfaccion.)
¿De véras?

CÁRLOS. (Paseándose.) Inventaremos
algo que la satisfaga.
Tengo más espera... Pueden
mejorar las circunstancias...
¡Y yo, que sobrecogido
y creyéndola enterada
de todo, por poco canto!...
¡No me he librado de mala!
¡Dame un abrazo!...

ROMAN. (Satisfecho.) ¡Y doscientos!

CÁRLOS. Voy á escribirle una carta
en seguida... ¡Pobre amigo!
¡Le puse tan mala cara!!
Cierto que el lance fué serio...
—Espérame.—

ROMAN. Si no tardas.

CÁRLOS. Y creí... ¡Qué maliciosos
suele hacernos la desgracia!

ESCENA V.

ROMAN, despues BLANCA.

Vaya, salí del aprieto
mejor de lo que pensaba.
¡Pero que un hombre casado
con una mujer tan guapa
se distraiga así! Es preciso
arrancarle de las garras

de esa... ¿Eh, qué tal? Y parece
el pobrecito una malva.
¡Fiése usted!...

BLANCA. (Saliendo y mirando con recelo.)
No está aquí.
(Reparando en Roman y corriendo hácia él.)
¡Ah!... Roman...

ROMAN. (Viendo su agitacion.)
¿Qué es eso, Blanca?

BLANCA. ¿Y Cárlos?

ROMAN. En su despacho
escribiendo...

BLANCA. (Afanosamente.) Pues con maña,
es menester que ahora mismo
procure usted que se vaya.
¡En seguida!

ROMAN. (Con sorpresa.) No comprendo...
usted trémula, agitada...
¿Qué sucede aquí?

BLANCA. Más tarde
sabrá usted... ¡pero que salga!

ROMAN. (Dudoso.)
Yo quisiera...

BLANCA. (Observando con inquietud.)
¡No habrá tiempo!
Pues es...

ESCENA VI.

DICHOS, CÁRLOS.

CÁRLOS. (Observándolos.) ¡Bien! Esto adelanta.
¿Secretos ya? Se conoce (Á Roman.)
que te has atrevido á hablarla..

BLANCA. (Avergonzada.)
¡Oh!

CÁRLOS. Me ha pedido tu mano.
Eres libre. Si te agrada...

ROMAN. Pronuncie usted mi sentencia.

BLANCA. (Con sonrisa cariñosa.)
Ya le he dicho á usted. ¡Mañana!

CÁRLOS. (Vete con cuidado, mira
que hay otro moro en campaña.)
(Llamando con el timbre.)

ROMAN. ¿Qué es eso?...

CÁRLOS. Quiero que lleven
esta esquela...

ROMAN. (Deteniéndole á una señal de Blanca.)
Chico, aguarda.
¿No vale más que vayamos
los dos? La cuestion es árdua,
y la escena de esta tarde...

CÁRLOS. Tienes razon.
(Al lacayo, que aparece.)
—Nada, nada.—
Iremos, y si ha salido
le dejo la esquela.—¡En marcha!

ROMAN. (Miéntras Cárlos toma el sombrero.)
(Pues señor, no entiendo jota.)
Está usted servida...

BLANCA. (Con efusion.) ¡Oh! gracias.

ESCENA VII.

BLANCA, ELENA.

¡Dios santo! ¡Qué compromiso
tan grave si se encontraran!
Está tan furioso... (Llamando.) ¡Elena!
Elena!... Quiero avisarla.

ELENA. (Saliendo.)
¿Se fué?

BLANCA. (Temerosa.)
Sí. Pero repito
que es accion muy temeraria
la que intentas.

ELENA. Ya no hay tiempo
que perder...

BLANCA. ¡Es mucha audacia!
Por Dios, que tengas prudencia:
oye con desconfianza
cuanto diga. ¡Yo podría
recibirle!...

ELENA. (Con enfado.) ¡Qué pesada
estás!

BLANCA. Es capaz de todo.
Va á decirte mil patrañas.

ELENA. ¡Mal le quieres!...

BLANCA. (Por si acaso
no está demas prepararla.)
Despídele pronto. Mira
que si Cárlos acertara
á volver...

ELENA. Pierde cuidado.
No temas.

BLANCA. ¡Si estoy en ascuas!
Ve que arriesgas...

ELENA. Es inútil
empeño. Nada me espanta.
Estoy celosa... ¡Celosa!
con esto que digo basta.

BLANCA. Es que no creas...

ESCENA VIII.

DICHAS, D. MIGUEL.

MIGUEL. Señora...

ELENA. ¡Miguel!

MIGUEL. (Reparando en Blanca.)
(¿Aquí esta muchacha?
Qué contrariedad!) Espero (Friamente.)
conocer... usted me llama...

ELENA. Sí, sí. (¿Pues no tengo miedo?)

MIGUEL. Hable usted...

BLANCA. (Marchándose.) (Estaré en guardia.)

ESCENA IX.

ELENA, sentándose é invitando á D. MIGUEL á que tome asiento cerca de ella.

ELENA. Tal vez peco de importuna.
Es algo extraña la cita,
mas...

MIGUEL. Usted no necesita
dar explicacion alguna.

ELENA. ¡Siempre galante conmigo!
¿Cómo estimar la merced?...

MIGUEL. Ya me recompensa usted
con el título de amigo.

ELENA. Puedo abusar de tal modo
que al cabo no tenga excusa...

MIGUEL. ¡Oh! la amistad nunca abusa,
porque lo merece todo.

ELENA. Logrará usted persuadirme,
y es posible que me atreva...

MIGUEL. ¿Á qué?

ELENA. Á exigir una prueba
que esa amistad me confirme.

MIGUEL. ¿Nada más? Estoy dispuesto
á hacer lo que usted me mande.

ELENA. ¡Cuidado! La prueba es grande...

MIGUEL. ¿Qué importa?

ELENA. (Mostrándole la factura.)
¿De quién es esto?

MIGUEL. Señora, no me decido
á responder... (Con vacilacion estudiada.)

ELENA. (Con enojo.) ¡Esto más!
¿Tiene usted miedo quizas
de nombrar á mi marido?
Nada hay ya que se me esconda.
¡Si lo sé todo!

MIGUEL. Eso es grave.
Pero, en fin, si usted lo sabe
es inútil que responda.

ELENA. (Contrariada.)
(¡Se burla de mi agonía!)
¿Conque si nada supiese,
entónces usted?...

MIGUEL. (Gravemente.) En ese
caso, tambien callaría.

ELENA. ¿Qué duda puedo abrigar?
¿No me dice demasiado
ese silencio obstinado
que usted se empeña en guardar?

MIGUEL. Nada con él evidencio,
y á la verdad, no concibo
que acuse usted sin motivo
de hablador á mi silencio.

ELENA. Esa reserva estudiada
viene á confirmar mi fallo...

MIGUEL. Yo, señora, cuando callo
no acostumbro á decir nada.

ELENA. (Picada.)
¡Muy bien! No echaré en olvido
su amistad sincera!...

MIGUEL. (Sentido.) ¡Tiene
gracia que usted me condene
despues de haberme ofendido!

ELENA. (Con sorpresa.)
¡Cómo! ¿Yo?

MIGUEL. Usted desconfia
de mí, su intencion oculta,
y parece que consulta
más que al amigo, al espía.
¡La verdad! este servicio
me cuesta mucho trabajo,
porque, en fin, no estoy tan bajo
que me acomode el oficio.

ELENA. Está usted en un error,
y juzga muy mal...

MIGUEL. Yo creo
que en vez de tanto rodeo
hubiese sido mejor,

con entera confianza,
llamarme y decirme:—Fio
en usted, amigo mio,
mi ventura ó mi venganza.
No deje usted entregado
mi corazon á la duda.
¿Quiere usted prestarme ayuda
para salir de este estado?—
¿Cómo, Elena, resistir
á esta súplica? Confieso
que yo...

ELENA. (Con afan.) ¡Si es eso, si es eso
lo que he querido decir!
Sáqueme usted de esta fiera
y penosa incertidumbre.

MIGUEL. (Los celos han dado lumbre;
yo alimentaré la hoguera.)
Es muy grande el sacrificio
que me impone la amistad...

ELENA. (Impaciente.)
Conque Cárlos...

MIGUEL. La verdad:
Cárlos ha perdido el juicio.

ELENA. (Levantándose afligida.)
¿Esto más?

MIGUEL. ¿A quién no altera
que mime, obsequie y regale
á una mujer que no vale
ni una mirada siquiera?
Le tiene tan dominado,
tan fuera de sus casillas,
que ya es objeto de hablillas
y de escándalo en el Prado.
Trenes, joyas... ¿Qué sé yo?

ELENA. (Fuera de sí.)

¡Esto es arrancarme el alma!
MIGUEL. Si usted no tiene más calma,
tendré que callarme...
ELENA. (Con resolucion.) ¡No!
Prosiga usted...
MIGUEL. (Hipócritamente.) Siento mucho
causarla tan honda pena.
ELENA. (Haciendo inútiles esfuerzos para no llorar.)
¡No, señor! Si estoy serena...
MIGUEL. Es que...
ELENA. (Enjugándose los ojos.)
No es nada: ya escucho.
Si tengo valor...
MIGUEL. Quizás
no lo bastante. Usted ama...
ELENA. (Interrumpiéndole con violencia.)
¿Y quién es? ¿Cómo se llama
esa mujer?...
MIGUEL. (Con tranquilidad.)
No sé más.
ELENA. (Desconfiando.)
¿No sabe usted?
MIGUEL. Si consigo
averiguar...
ELENA. (Airada.) ¡Cosa extraña!
MIGUEL. (Fingiendo sorpresa.)
No comprendo...
ELENA. ¡Usted me engaña!
MIGUEL. (Con tono de reconvencion.)
¡Elena!
ELENA. (Con energía.)
Sé lo que digo.
MIGUEL. (Quejoso.)
Si de mi sinceridad
quiere usted que me arrepienta...

ELENA. Usted, que trajo esta cuenta,
dice á medias la verdad.

MIGUEL. Hoy pago mi candidez.
Este es un dia nefasto...

ELENA. (Interrumpiéndole.)
Pero...

MIGUEL. (Me luzco, si gasto
la pólvora de una vez.)
Llevo por premio una ofensa...
(Haciendo ademan de marcharse.)

ELENA. (Deteniéndole.)
Luego usted explicaría...
¡Quédese usted!

MIGUEL. (Saludando.) No podría.
Me abruma la recompensa.

ELENA. (Amargamente.)
¡Tolerar ese desliz!

MIGUEL. Y usted sabe si le he dicho:
—Cárlos, ¡tu necio capricho
tiene que hacerte infeliz!
Ten cuidado no tropieces;
aún es tiempo, ¿adónde vas?
Mira que ofendiendo estás
á un ángel que no mereces.
Buscas trastornado y ciego
tu perdicion y tu mengua,
porque Elena... (Tente, lengua,
que va á conocerme el juego.)
Pero ¿qué voy á contar?
Soy culpable, soy traidor,
porque me pidió un favor
que no le supe negar.
No debe encontrar merced
mi conducta engañadora...

ELENA. Si yo no digo...

MIGUEL. (Despidiéndose.) Señora,
estoy á los piés de usted.

ELENA. Triste, sola, abandonada,
nada podré descubrir... (Llorando.)
Hace usted bien en huir
de mujer tan desgraciada.

MIGUEL. (Volviendo con fingido interes.)
¡Oh! basta. Usted me sujeta
con su llanto, no me voy,
y ha de obtener, por quien soy,
su reparacion completa.
¡Que quepa tanta falsía
en ese infiel! No sé cómo
pude soportarlo. Tomo
la causa de usted por mia.
¡El ingrato!... Es natural
que haga usted esos extremos.
Mas ¡calma! Nos vengaremos...
(¡Bravo! Ya acepta el plural.)
Nos vengaremos! No en vano
ha acudido usted á mí.
¡Eh! No llore usted así.
(Tomándola cariñosamente la mano.)
¡Valor! (No aparta la mano.) (Con fruicion.)
Por si alguna vez sospecha,
cierto disimulo es bueno.
Yo prepararé el terreno
y estaré siempre en la brecha;
volveré de vez en cuando
hasta imponerle el castigo.

ELENA. (Cada vez más desconsolada.)
¡Qué infamia!

MIGUEL. (Regocijado.) (Ya soy su amigo
y despues...)

ESCENA X.

DICHOS, BLANCA, muy agitada.

BLANCA. Estoy temblando.
¡Cárlos!
MIGUEL. (Esto desconcierta
mi plan.)
ELENA. (Con decaimiento.)
¡Sufrir tal ultraje!
BLANCA. (Con ansiedad.)
¡Pronto, pronto! Su carruaje
se ha detenido á la puerta.
ELENA. (Con honda afliccion.)
¡Ay de mí!
BLANCA. ¡Si te lo dije!
Era correr un azar.
ELENA. ¡Imposible es expresar
todo el dolor que me aflige!
¿Sabes? Me engaña el infiel,
en mi daño se recrea...
BLANCA. Pero...
ELENA. (Marchándose con ira.)
¡No quiero que vea
que estoy llorando por él!

ESCENA XI.

BLANCA, MIGUEL.

BLANCA. (Reconviniéndole.)
¡Ah! ¿Qué ha hecho usted, caballero?
Mas no hay tiempo que perder,
salga usted... (Llaman á la puerta.)
¡No puede ser!
Ya llama.

MIGUEL. (Con resolucion.)
Entónces espero.

BLANCA. ¡Está enojado, ofendido!
¿Qué hacer? ¡Aquí en el despacho...
(Obligándole á que se oculte.)
¡Oh! pronto!

MIGUEL. (Resistiéndose.) Me causa empacho
esto de andar escondido.
¡valerme en las cosas mias
de un recurso tan añejo!...
¡Bah! Pero el sol es más viejo
y sale todos los dias.

BLANCA. (Fuera de sí.)
¿Quiere usted la perdicion
de Elena?

MIGUEL. (Aproximándose al despacho.)
Tenga usted calma:

BLANCA. (Empujándole y cerrando la puerta.)
¡Quien roba la paz del alma
se oculta como un ladron!

ESCENA XII.

BLANCA, inquieta, CÁRLOS, ROMAN.

BLANCA. La sacaré del conflicto
sin que llegue á descubrir...

ROMAN. (Á Cárlos, entrando.)
Nada tienes que decir,
estás confeso y convicto.

CÁRLOS. (Reparando en Blanca.)
¡Silencio!!...

BLANCA. (¡El temor me acosa!)

CÁRLOS. ¡Tan sola aquí! Es singular...

BLANCA. ¿Por qué? Te sentí llegar
y he salido á ver...

CARLOS. (Maliciosamente.) ¡Curiosa!
¿Á mí nada más? Creí...

BLANCA. (¡Oh! lá agitacion me acusa.)

ROMAN. (Observándola.)
(Sigue turbada y confusa...
¡Algo raro pasa aquí!)

BLANCA. ¿No sales ya?

CÁRLOS. No, me quedo.

BLANCA. (Sobresaltada.)
¡Dios mio!

CÁRLOS. Es tarde, y estoy
cansado.

BLANCA. (Si no me voy
van á conocerme el miedo.)
Pues me marcho...

ROMAN. (¡Qué aturdida!)
BLANCA. (En la mayor incertidumbre.)
(¡Oh! cómo hacer que se vaya...)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, ROMAN.

CÁRLOS. (Con alegría.)
¡Estaba aquí de atalaya
para anunciar mi venida!
¿No lo has conocido?
ROMAN. No.
(Antes, que salga con él,
y ahora... ¡Diablo! ¿Qué papel
(Receloso.)
hago en esta farsa yo?)
CÁRLOS. ¡Sí, no lo dudes, Roman!
Ya sabe Elena qué he vuelto...
¡Nada, nada! Estoy resuelto
á desenvolver mi plan.
ROMAN. No sé cuál es...
CÁRLOS. ¡Mentecato!
¿No adivinas mi sistema?
¡La prudente estratagema
de echarlo todo á barato!
Es buen medio, ¡ya verás!
Pongo una cara de hereje,
y ántes de que ella se queje
me quejo yo mucho más.
Nunca ha de faltarme un pelo
á que agarrarme...

ROMAN. ¡Ah, traidor!
CÁRLOS. Ya verás con qué primor
hago mi papel de Otelo.
Un marido que anda á caza
de sombras ¿no ha de encontrar?...
Se exaspera, quiere hablar,
no la dejo meter baza,
la echo en cara su delito,
lo mezclo y confundo todo;
se incomoda, me incomodo,
rabia y grita, rabio y grito.
Y en la contienda tenaz
ni la escucho, ni me escucha,
que el cansancio de la lucha
hará precisa la paz.—
Dueño de la situacion,
ya más tranquilo y sereno,
puedo llevarla al terreno
de una mutua explicacion.
—Inventaré mil tramoyas—
dudará, mas sin embargo,
le haré ver que es un encargo
la adquisicion de esas joyas:
de un corresponsal será...
—Casualmente Marcoleta,
el de Irun, casa á su nieta
con un ricacho de allá.—
Confirma Miguel mi historia,
mi fidelidad sublimo,
se convence, la hago un mimo,
y aquí paz y despues gloria.
¿No es esto?
ROMAN. Sí, y volverás
á incurrir dentro de poco
en otra falta...

CÁRLOS. ¿Estás loco?
¡Vade retro! Una y no más.
¡Si ese amor no me encadena!
ROMAN. Pues entónces...
CÁRLOS. ¿Puede haber
en el mundo otra mujer
comparable con mi Elena?
Mi conducta ha sido ardid
de guerra...
ROMAN. (Con sorpresa.)
No me lo explico.
CÁRLOS. Es que no conoces, chico,
los abismos de Madrid.
No has sufrido los desdenes
de gentes que en su simpleza
califican tu riqueza
por los vicios que mantienes.
¡Ay! Roman, yo estoy en autos,
y á asegurarte me atrevo
que el vicio ostentoso es cebo
para la pesca de incautos.
¿Qué quieres? Siempre están prontos
á caer en el garlito.
Ya sabes que es infinito
el número de los tontos.
ROMAN. Permíteme que condene
tus ideas...
CÁRLOS. No exagero.
¡Si hay quien encuentra dinero
porque finge que lo tiene!
Es un medio de vivir
muy de moda y muy seguro.
Si te encuentras en apuro,
si necesitas pedir,
aparenta á troche y moche

y encontrarás quien te dé,
y no lo busques á pié...
si puedes buscarlo en coche.
Porque tan fuera de quicio
está nuestra sociedad,
que en ella la vanidad
más que pasion es oficio.

ROMAN. Confieso...

CÁRLOS. (Mirando el reloj.)
Las once y media.
Esto me entretiene. Pero
lo primero es lo primero:
voy á empezar mi comedia.
(Tocando el timbre.)
¡Ánimo!...

ROMAN. ¿Qué vas á hacer?

CÁRLOS. Calla y ya verás ahora.
(Al lacayo, que se presenta.)
Oye, Juan, di á la señora
que cuándo la podré ver.
(El lacayo desaparece.)
La forma de este mensaje
es ya cosa que promete.
¡No perdamos tiempo! Vete. (Á Roman.)
Abajo está mi carruaje.
Mira si ha vuelto Miguel,
y si no ha vuelto, le esperas.
Dile todo cuanto quieras
en mi nombre.—¡Habla con él!—
Exponle mi posicion.

ROMAN. Y añadiré que hemos ido
á buscarle...

CÁRLOS. Convenido.
Y si algo ocurre... ¡Chiton!
(Viendo á Elena.)

ESCENA XIV.

CÁRLOS, ROMAN, ELENA.

ELENA. (Con sequedad.)
Me has llamado...
CARLOS. Sí, quería
verte...
ELENA. (Con enojo mal reprimido.)
(Dios me tenga á raya.)
ROMAN. (Y hará lo que dice... ¡vaya!
¡Se necesita osadía!)
Me marcho. Tendreis los dos
que hablar...
CARLOS. (Con indiferencia.) No, serás testigo...
ROMAN. Gracias: me espera un amigo.
Á los piés de usted. (Á Cárlos.) Adios.

ESCENA XV.

CARLOS, ELENA.

CARLOS. (Vacilando.)
(Si no sé cómo empezar!)
ELENA. (La sangre en mis venas arde.)
CÁRLOS. (Decidiéndose.)
(¡Ánimo pues!) Esta tarde
huyó usted sin escuchar.

Desdeñando mis razones,
precipitada y ligera,
usted no quiso siquiera
oir mis explicaciones;
sin duda usted resolvió
dar al asunto ese sesgo,
para no verse en el riesgo
de satisfacerme...

ELENA. (Con desdeñosa sorpresa.) ¡Yo!...

CÁRLOS. Sí, señora, es menester
que esta incertidumbre acabe,
porque ya tengo la clave
de su extraño proceder.
¡Oh! No finja usted sorpresa.
¡Si ya estoy en el secreto!
(Con tono grave y solemne.)
¿Me dirá usted con qué objeto
va á casa de la marquesa?

ELENA. (Con orgullo.)
¡Eso es acusarme!

CÁRLOS. Sí...
y usted confesarme debe
qué raro interés la mueve
y qué busca usted allí!
Aunque he callado hasta ahora,
hace tiempo que sospecho.
Y si alguien...

ELENA. (Con ira.) ¿Con qué derecho
me pregunta usted?

CÁRLOS. (Con altanería.) ¡Señora!
¡No me queda más que oir!
Con el derecho sagrado
del hombre que nace honrado,
y honrado quiere vivir.
¿Olvida usted que á su amor

mi nombre y mi honor confio?
¿usted olvida?...

ELENA. (Con hondo desprecio.) ¡Dios mio!
y se atreve á hablar de honor!
¡De honor el que le vulnera!
Este es el mundo al revés.
¡Si usted le arrastra á los piés
de una torpe aventurera!
Si acabo de averiguar
toda la historia...

CÁRLOS. (Asustado.) ¿Has sabido?...

ELENA. ¡Honor! Si usted le ha perdido
¿qué tengo yo que guardar?

CÁRLOS. (Con espanto.)
Te han dicho...

ELENA. ¡Qué ingratitud!
Y el hombre que así me afrenta,
se atreve á pedirme cuenta
de mi vida y mi virtud!
¡Hay mayor iniquidad!
Esto es decir:—¿Qué más quieres?
Para tí son los deberes,
para mí la libertad.
Yo con loco frenesí
puedo arrastrar por el lodo
mi honor, mi cariño, todo
lo que ante Dios te ofrecí.
Puedo quebrantar los lazos
que he formado al pié del ara;
puedo arrojarte á la cara
tu decoro hecho pedazos.
Puedo con los ojos fijos
en mi insensata pasion
desgarrar tu corazon
y envilecer á tus hijos.

Y si el desórden me enerva,
¿qué lo has de hacer? Te sentencio
á tolerar en silencio
mi falta. ¡Obedece, sierva!—

CÁRLOS. (¡Ay! el alma me traspasa
su acento.) Yo te haré ver...

ELENA. (Con ira.)
¡Pues qué! ¿Sólo la mujer
guarda el honor de la casa?
¿De este modo se atropella
el respeto del hogar?
¿Nos dais vuestra honra á guardar
á fin de vivir sin ella?
¡Si me está ahogando el despecho!

CÁRLOS. (Desesperado y confuso.)
¡Ay¡ Elena! Elena mia!
yo te juro...

ELENA. ¿Y todavía
habla usted de su derecho?
¡Qué indignidad! Mi altivez
se despierta, y no permito
que me interrogue el delito
con la autoridad de juez.

CÁRLOS. (Cada vez más turbado.)
Si por la cuenta me acusas,
juro que estás engañada...

ELENA. Si ya no pregunto nada,
¿á qué vienen las excusas?

CÁRLOS. (Cada vez más agitado.)
Pero es justo que te diga!...

ELENA. Todo inútil me parece.
El hombre que se envilece,
á sí propio se castiga.

CÁRLOS. (Con creciente confusion.)
No pienses que te ofendí...

ELENA. (Marchándose.)
Con el desden más profundo
correspondo... ¡Que en el mundo
Quien debe, paga!

ESCENA XVI.

CÁRLOS, cayendo abrumado.

¡Ay de mí!
Se oscurece mi razon.
¡Si me trastorno yo mismo!
¡Todo lo sabe! Me abismo
en mi propia confusion.
Pero ¿quién es el infiel
que mi secreto ha vendido?
Roman... ¡No! Roman no ha sido.
¡Miguel es! (Meditando.) ¿Cuándo? ¡No es él!
Estos son vanos antojos
de mi loca fantasía.
—¿Será la conciencia mia
que se ha asomado á mis ojos?—
Si yo lograra saber...
Tal vez, celosa, haya abierto
mi gabeta, y descubierto
las cartas... ¡Ah! voy á ver...
(Se dirige precipitadamente al despacho, y
halla resistencia en la puerta.)

ESCENA XVII.

CÁRLOS, MIGUEL, pálido y alterado.

CÁRLOS. (Empujando.)
¿Quién está aquí? ¿Quién se esconde?
(Viendo salir á Miguel.)
¡Oh! Tú! (Con sorpresa é indignacion.)
MIGUEL. (No sé lo que pasa
por mí.)
CÁRLOS. (Con ira creciente.)
¡Tú oculto en mi casa!
¿Á que has venido? Responde.
MIGUEL. (Cada vez más confuso.)
Ya te habrá dicho Roman...
(¿Cómo explicar?...) Quise verte
para saber...
CÁRLOS. ¿De esta suerte
pretendes calmar mi afan?
MIGUEL. ¡Oye!...
CÁRLOS. ¡Todo lo adivino!
¡Y yo, torpe, que engañado
fuí á buscarle...
MIGUEL. (Reponiéndose.) (¡Ah! Me ha buscado.
Él mismo me abre camino.)
Por eso sólo acudí...
CÁRLOS. ¡Ya mi paciencia se acaba!
¿Y sabiendo que esperaba
vienes á espaldas de mí?
¡Tú me has herido á traicion!
Si no puedes disculparte.

MIGUEL. (Con altanería.)
¿Qué es esto?
CÁRLOS. (Frenético.) Voy á matarte
como se mata á un ladron.
MIGUEL. Ya el juego está declarado:
tu indignacion te delata.
Me matarás como mata
el ladron al hombre honrado.
CÁRLOS. (Fuera de sí.)
¡Vive Dios!
MIGUEL. ¿Qué farsa es esta?
(¡Valor! ¡Válgame el arrojo!)
¿Qué significa ese enojo,
y qué esa faz descompuesta?
CÁRLOS. (Lleno de vergüenza y de ira.)
¡Oh!
MIGUEL. No me impone el alarde
de fuerza... ¡Difícil es!
¿A qué me llamas, despues
de la escena de esta tarde?
¿He faltado á algun repeto
esperando en tu despacho?
¿Soy, por ventura, un muchacho
enredador é indiscreto?
Rota con tantos reveses
nuestra amistad, yo creía
que á llamarme te movía
una cuestion de intereses.
Y en vez de eso, en tu furor
prorumpes en mil denuestos,
y con fútiles pretextos
buscas un lance de honor...
CÁRLOS. (Con ardor.)
¿Qué has sospechado?
MIGUEL. (Con altanería.) Y te enfadas

sin razon, sin causa alguna...
¿Porque va mal tu fortuna
quieres pagarme á estocadas?

CÁRLOS. (Asombrado.)
¡Villano!...

MIGUEL. (Con altivez.) No es necesario
ese lenguaje grosero.
En cuanto cumpla el banquero,
contestaré al adversario.

CÁRLOS. (Sin poder apénas contenerse.)
¡Qué torpe suposicion!

MIGUEL. No lo extrañes, soy muy franco.

CÁRLOS. ¡No sé cómo no te arranco
la lengua y el corazon!

MIGUEL. ¿Cómo tolerar que así
se me tome por juguete?

CÁRLOS. (En la mayor exaltacion.)
¡Vete!

MIGUEL. No consiento...

CÁRLOS. (Cada vez más exasperado.) ¡Vete!
ó no respondo de mí.
Has recorrido la escala
de la infamia...
(Interrumpiendo á Miguel, que quiere hablar.)
¡Oh! nada más.
Mañana recibirás
con tu dinero una bala.

MIGUEL. (Alejándose.)
(Ya templará su rigor.
Salí de la ratonera...)

ESCENA XVIII.

CÁRLOS, con la mayor desesperacion.

¡Triste de mí! Ni siquiera
puedo defender mi honor!
Él de mis pasos livianos
ha enterado á mi mujer...
¡Que muera! (Con desaliento).
¡No puede ser!
Esa deuda ata mis manos.
¿Cómo romper las cadenas
que llevo? ¿Á quién acudir?...
¡Quisiera poder fundir
la sangre que hay en mis venas!
(Queda sumergido en su sombría desesperacion.)

ESCENA XIX.

CÁRLOS, ROMAN.

ROMAN. ¡Ya podía yo esperar!...
Por lo visto habeis tronado.
De fijo. Si le he encontrado
y no me ha querido hablar!
Si hubieras visto qué gesto
me puso... se lo perdono.

Quizá será de buen tono
faltar así...
(Reparando en la afliccion de Cárlos.)
Mas, ¿qué es esto?
¿Qué sucede?... ¡Habla por Dios!
Ese silencio me aterra.

CÁRLOS. Que es un vil, y que en la tierra
nos estorbamos los dos.
Que con audacia insolente
ha promovido este enredo;
que me ha ultrajado y no puedo
levantar ante él mi frente.
¿Comprendes mi estado?

ROMAN. No.
Ni es fácil que le comprenda.

CÁRLOS. (Con amargura.)
¿Por qué he dejado la tienda
que mi pobre padre honró?
¿Qué insensata vanidad
me ha sacado de mi esfera,
para que en otra perdiera
mi hacienda y mi libertad?

ROMAN. ¿Qué dices? Si no me atrevo
á creer... (Con inquietud.)

CÁRLOS. ¡Es positivo!
Ya conoces el motivo
de mi cólera. ¡Le debo!

ROMAN. Eres un ingrato. ¡Sí!
Hoy mi desengaño toco.

CÁRLOS. (Sorprendido.)
¡Tú!

ROMAN. ¿Me tienes en tan poco
que no te acuerdas de mí?

CÁRLOS. (Con exaltacion.)
¡Ay, Roman!...

ROMAN. Quiero tambien
pagar mi deuda sagrada,
porque el alma que es honrada
ni niega ni olvida un bien.
¡Si ántes lo hubiera sabido!...
Tu padre me dió la mano,
fuiste para mí un hermano
y yo soy agradecido.
Sé que en estas ocasiones
muestra el hombre su hidalguía.
¡Sin vosotros estaría
quizás rompiendo terrones!

CÁRLOS. (Enternecido.)
¡Alma generosa y bella!

ROMAN. ¡Oh! déjame que concluya.
Toda mi fortuna es tuya:
dispon como gustes de ella.
Así todo se concilia.
¡Vaya! No faltaba más
sino que un pillo... ¡Además!
casi soy de tu familia!
¿No es verdad, chico? Sospecho
que Blanca me ha de querer.

CÁRLOS. (Abrazándole con afan.)
¡Ay, Roman! Con qué placer
entre mis brazos te estrecho.
Bien dices: eres mi hermano.
Por eso tu oferta admito...
¿No es cierto que necesito
castigar á ese villano?
—Ya te volveré...

ROMAN. No hablemos
más. ¿Cuánto debes?

CÁRLOS. No baja
de... Pero el libro de Caja

lo dirá mejor. Entremos.
(Entran en el despacho, y el teatro queda
un momento solo.)

ESCENA XX.

BLANCA, asomando la cabeza por la puerta de la derecha.

¡Ya no está!... Le haré salir
de aquí, que el tiempo es precioso.
(Llamando á la puerta del despacho.)
¡Miguel!... ¡No me oye!... ¡Reinoso!...

ESCENA XXI.

BLANCA, CÁRLOS, ROMAN.

BLANCA. (Viéndolos aparecer con terror.)
¡Ah!
ROMAN. (Amargamente.)
¡Blanca!
BLANCA. (¡Si esto es morir!)
CÁRLOS. (Con severidad, sacudiéndola el brazo violentamente.)
¿Vamos, dí, qué es lo que pasa?
BLANCA. (Medio desvanecida.)
(Se me salta el corazon.)
Yo no sé...
CÁRLOS. ¿Con qué intencion
se oculta ese hombre en mi casa?

¿Por quién ha venido aquí?
¡Responde!

BLANCA. (¿Cómo declaro,
si Elena ha sido mi amparo?)

ROMAN. (*Con dolorosa impaciencia.*)
¡Hable usted, Blanca!

BLANCA. (*Haciendo un esfuerzo y cayendo desmayada.*)
¡Por mí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores. Velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, BLANCA.

CÁRLOS. ¿Y olvidando los respetos
que debes á nuestra clase
le citaste anoche?

BLANCA. (Haciendo un esfuerzo.)
Sí...

CÁRLOS. (Observándola.)
Míralo bien, no me engañes.
Hay en todo cuanto pasa
tantos misterios, que en balde
lucho con mis pensamientos
y mis recelos tenaces.
¿Te callas?... ¿Qué amor es ese
que cuando puede mostrarse

sin riesgo, á la luz del dia,
busca las sombras cobarde?
¿Y qué mujer eres tú
tan indigna y tan infame
que á un galan das esperanzas,
teniendo oculto á otro amante?

BLANCA. (Alterada.)
¡Ay, Cárlos!

CÁRLOS. ¡Nada! Es preciso
que esta oscuridad se aclare,
y sepa yo á qué atenerme
sin más rodeos ni ambajes.
Tú me engañas. (Mirándola fijamente.)

BLANCA. (Azorada.) Te aseguro...

CÁRLOS. No mientas. ¡Si en tu semblante,
más que la culpa aparece
la vergüenza de engañarme!
¡Qué razon tan poderosa
debe haber para que cargues
con el peso de un delito?
Si es necesario que mate
á ese hombre... ¡Mi honra agraviada
me pide á voces su sangre!

BLANCA. ¡Oh! no pienses...

CÁRLOS. Es en vano
que quieras apaciguarme.
Á medida que te esfuerzas,
más mis sospechas renacen.
Ese hombre no estaba en casa
por tí... ¡No lo estaba!...

BLANCA. (Asustada.) ¡Válgame
Dios! te juro...

CÁRLOS. Juramento
falso, que no me persuade.
Cuando en estas circunstancias

no vacilas un instante
en acusarte á tí misma
de fingidas liviandades,
¿qué más prueba necesito
para apreciar el ultraje
que se hace á mi honor?...

BLANCA. (Cada vez más aturdida.) Quisiera
que comprendieses...

CÁRLOS. No es fácil.
¡Ya ves! estoy resignado.
No temas, Blanca, que exhale
mi corazon queja alguna.
¿Qué adelanto con quejarme?
¡Elena me ofende!

BLANCA. ¡Cárlos,
no es verdad!...

CÁRLOS. Tú eres la mártir
sacrificada en las aras
de un amor torpe y culpable.

BLANCA. ¡Ella te dirá!...

CÁRLOS. No quiero
ver á la que en este trance
me ha puesto. Tal vez podría
mi propia afrenta cegarme.
Hoy he de menester de toda
mi tranquilidad. Mas ántes,
bueno es que sepa la suerte
que la espera...

BLANCA. (Asustada.) ¡Dios me ampare!

CÁRLOS. La separacion, si vivo,
y si muero en el combate...

BLANCA. ¡Un duelo!

CÁRLOS. ¡Que eternamente
mi recuerdo la acompañe!

BLANCA. (Llena de mortal angustia.)

¡Es inocente, lo juro
por el alma de mi madre!

CÁRLOS. ¡Basta! Mi resolucion
es firme, es irrevocable.

BLANCA. No procedas de ligero;
yo te diré...

CÁRLOS. No te canses.
Esto su traicion merece:
quien tal hizo que tal pague.

ESCENA II.

BLANCA.

¿Qué hacer? Yo tengo la culpa!
¡Yo sola! Yo, que ignorante,
por esquivar un escollo,
he dado en otro más grande.
¡Y puede morir, Dios mio!
Y no habrá en el mundo nadie
que de su error le convenza
y de sus dudas le saque.
¡Y he sido yo!... ¡Qué imprudencia
la mia!... Mis sienes arden,
mi corazon se estremece
de horror. ¡Señor, inspiradme!

ESCENA III.

BLANCA, ELENA.

BLANCA. (Profundamente agitada, saliendo al encuentro de Elena.)
¡Ay, Elena, Elena mia!
perdóname...

ELENA. (Sorprendida.) ¡Perdonarte!
¿De qué?

BLANCA. De cuanto sucede
yo sola soy responsable.
Cárlos está enfurecido,
y sus recelos son tales
que en mis propias confesiones
se apoya para acusarte.
Apreciando los sucesos
en sus más leves detalles,
te condena...

ELENA. (Con amargura.) ¡Me condena!
¡Es cuanto puede escucharse!
¡Á mí! que á pesar de todas
sus negativas formales,
he penetrado el secreto
de su traicion!...

BLANCA. Mas...

ELENA. Ya sabes
que Reinoso, condolido
de mi angustia...

BLANCA. (Con desden.) (¡Miserable!)

ELENA. Mis vagas incertidumbres
cambió en tristes realidades.
¡Cárlos me vende!...

BLANCA. ¡Qué quieres!
Es raro que no lograses
saber el nombre...

ELENA. Mañana
me lo dirá...

BLANCA. ¡Será tarde!

ELENA. ¡Tarde!

BLANCA. Sí, porque indignado
Cárlos, intenta vengarse.
¡Hay pendiente un desafío!

ELENA. (Apurada.)
Esto más, ¡Vírgen del Cármen!
¿un duelo?

BLANCA. Sí, hermana mia!
Ya ves si hay causa bastante
para mi inquietud.

ELENA. ¡Dios santo!
Es menester estorbarle.
—¡Si aunque me engaña no puedo
borrar del alma su imágen!—
Estoy resuelta, ¡resuelta!
y es inútil que te afanes
en detenerme.—Es preciso
que le defienda y te salve.
Sabrá la verdad del caso.
Yo haré que brille y resalte
tu virtud y mi decoro.

BLANCA. La ocasion no es favorable...

ELENA. Si para hacer tu defensa
esperaba á que llegase
Roman, ya todo varía,
y no esperaré un instante.

¡No quiero!

BLANCA. ¡Pero repara
que son los momentos graves!
Y puedes muy bien perderte
queriendo justificarte.—
Aunque haciendo un sacrificio
la verdad le confesases,
¿te creería? ¡imposible!

ELENA. ¿Por qué no?

BLANCA. Porque no es fácil
aclarar lo que ha pasado...

ELENA. (Disgustada.)
¡Todas son dificultades
para tí!

BLANCA. ¿Cómo le explicas
la circunstancia agravante
de haber hallado á Reinoso
escondido?...

ELENA. Aunque lo extrañe,
le confesaré que quise
saber...

BLANCA. Esto es declararle
que un falso amigo le vende,
y no evitarás el lance!
Ten calma...

ELENA. (Agitada.) ¿En estos momentos?
¡No puede ser!

BLANCA. Tal vez halles
un medio...

ELENA. (Impaciente.) ¿Cuál? Vamos, habla.

BLANCA. (Viendo aparecer á Reinoso.)
¡Miguel! Silencio...

ELENA. (Con febril agitacion.) ¡Algun ángel
me lo envia!

BLANCA. Me da miedo

verle otra vez!

ELENA. No te alarmes.
Déjanos solos.

ESCENA IV.

ELENA, BLANCA, MIGUEL.

MIGUEL. Si acaso
molesto...

ELENA. ¡Qué disparate!
Usted no molesta nunca.
(Quizás mis ruegos alcancen
á evitar...)

MIGUEL. Gracias, Elena.
Circunstancias especiales,
si no está Cárlos en casa,
me obligan á retirarme.

ELENA. No. Quédese usted. Tenemos
que hablar...

MIGUEL. Por más que me agrade,
debo...

ELENA. ¡Lo exijo!

MIGUEL. En tal caso,
nada replico: usted mande.

BLANCA. (Por Dios, Elena...)

ELENA. (No temas,
que no tardará en marcharse.)

MIGUEL. (Aparte.)
(¡Valor! Á muerte ó á vida:
vamos á quemar las naves.)

ESCENA V.

ELENA, MIGUEL.

MIGUEL. (Con ardor.)
¡Al cabo logro mi objeto!
ELENA. Sabe usted...
MIGUEL. (Interrumpiéndola.)
¡Gracias á Dios,
podemos hablar los dos
sin un testigo indiscreto!
Lleno de impaciencia, inquieto,
he espiado la salida
de Cárlos...
ELENA. ¡Cuán aturdida
estoy!...
MIGUEL. Porque es menester
que usted llegue á conocer
el secreto de mi vida.
ELENA. No es ocasion...
MIGUEL. ¡Cómo no!
Si usted olvida la escena
de ayer, no es fácil, Elena,
que pueda olvidarla yo.
Recuerde usted que me halló
Cárlos en su casa oculto,
que pide sangre este insulto,
y que en tan grave momento
se me escapa el sentimiento
que en el corazon sepulto.
¡No puedo más! No es tan fuerte

mi voluntad...

ELENA. (Asustada.) ¡Qué osadía!

MIGUEL. Tal vez mañana podría
hacerme callar la muerte.
Y quiero, si esa es mi suerte,
que usted conozca mi estado;
que loco, desesperado,
en el altar de mi amor,
ventura, amistad, honor,
¡todo lo he sacrificado!

ELENA. (Aturdida.)
¡Oh, silencio!

MIGUEL. (Con pasion.) ¡Eso jamás!
Cuando la pasion estalla
y rompe una vez la valla,
no es fácil que vuelva atrás.

ELENA. ¡Dios santo!

MIGUEL. ¡No puedo más
Sorda tempestad me agita.
Pues la pasion infinita
que causa mi desvario,
se desborda, á pesar mio,
y me arrastra y precipita.
¡Cómo ver, sin que en pedazos
salte el corazon del pecho,
que otro hombre tiene el derecho
de oprimirte entre sus brazos?
No, no respetes los lazos
en que vives engañada,
y pues Cárlos se degrada
siendo á tu cariño infiel,
no eres tú, Elena, que es él
quien rompe la fé jurada.

ELENA. (Asombrada.)
¡Está loco!

MIGUEL. ¡Loco, sí!
¡Si vieras cuánto he sufrido!

ELENA. ¡No sé qué hacer!

MIGUEL. He perdido
el seso, pensando en tí.
Y es mayor mi frenesí,
es más honda mi locura,
cuando, lleno de amargura,
noto que tu amor merece
quien te engaña y se envilece
con una pasion impura.
Quien siente de otra mujer
el imperio soberano...

ELENA. (Fuera de sí.)
¡Pero este hombre es tan villano
que no comprende el deber!

MIGUEL. ¡Oh! cálmate! Aún puedes ser
feliz...

ELENA. (Sobrecogida.)
¡Qué horrible asechanza!

MIGUEL. Y puesto que su esperanza
Cárlos cifra en otro amor,
hazle sentir el rigor,
el rigor de tu venganza.
¡Que sufra como has sufrido!
¡Que llore como has llorado!
¡Que gima desesperado
en los brazos del olvido!

ELENA. (Cada vez más alterada.)
¡Jesus! Este hombre ha perdido
el respeto y la razon.
Tan viva es mi indignacion
que no sé cómo la exprese.
¡Si no pensé que tuviese
tan podrido el corazon!

MIGUEL. ¡Elena!

ELENA. ¡Esto es inaudito!
Atentar así al decoro
de una dama...

MIGUEL. ¡Es que te adoro!

ELENA. Si usted no se marcha, grito.

MIGUEL. Si es mi pasion un delito
duro castigo previenes,
que en cambio de tus desdenes,
mañana en lucha sangrienta
lavará Cárlos su afrenta
y yo el amor que le tienes.

ELENA. (Aturdida.)
¡Ese es un duelo insensato!

MIGUEL. ¡No tal! Que en esa jornada,
si muero, quedas vengada,
y vengada si le mato.

ELENA. ¿Y mi honor, y mi recato?

MIGUEL. ¿Y mi amor?

ELENA. En Dios confio.
Yo estorbaré el desafío,
y de Cárlos á despecho,
como escudo de su pecho
sabré anteponer el mio.
No necesito merced
de nadie...

MIGUEL. No habrá quien venza
mi pasion...

ELENA. (Marchándose precipitadamente.)
¡Tengo vergüenza
de haberle escuchado á usted!

ESCENA VI.

MIGUEL.

¡Malo! Se rompió la red.
¡Vive Dios que estoy corrido!
Cuando pensé haber vencido,
más su entereza resalta...
¡Quedo bien! Ya sólo falta
que me sorprenda el marido.

ESCENA VII.

ROMAN deteniendo á MIGUEL **á la salida.**

ROMAN. Por fin, ¡Dios sea loado!
le encuentro á usted.
MIGUEL. (Contrariado.) Pues ¿qué pasa?
ROMAN. Dos veces he estado en casa
de usted, sin haberle hallado.
Pero ya que lo consigo,
es preciso no perder
el tiempo...
MIGUEL. ¿Y qué puedo hacer
en favor de usted, amigo?
ROMAN. (En tono despreciativo.)
¿Usted mi amigo? Jamás.
Rechazo ese honor...

MIGUEL. (Con altivez.) Espero
que explique usted...

ROMAN. Caballero,
lo dicho, dicho. No hay más.
Desdeño la hipocresía,
y como buen castellano,
jamás estrecho una mano
que no es digna de la mia.

MIGUEL. Esto es decir...

ROMAN. (Interrumpiéndole.)
Es decir,
que á la verdad rindo culto.

MIGUEL. Por Cristo que de ese insulto
usted se ha de arrepentir.
Le enseñaré á que respete
mi decoro...

ROMAN. ¿Un desafio?
No conozco, señor mio,
la pistola ni el florete;
pero tengo corazon
y puños, y como estalle,
le planto á usted en la calle...

MIGUEL. (Con energía.)
¿Á mí?

ROMAN. (Decidido.)
Sí, por un balcon.

MIGUEL. ¡Ira de Dios! Si no fuera...

ROMAN. Pues no me importa un ardite
que usted se calme ó se irrite,
ó tire por donde quiera,
porque para casos tales
no estoy, por ventura, inerme,
y há tiempo que sé valerme
de mis armas naturales.

MIGUEL. (Desdeñosamente.)

Son armas que nunca ensayo:
eso es de gente villana.
Mas descuide usted. Mañana
le mandaré mi lacayo.

ROMAN. (Con tranquilidad amenazadora.)
Si es que usted forma ese empeño,
hacer lo que guste puede;
aunque es posible que quede
algo tambien para el dueño.

MIGUEL. La amenaza no me asusta,
porque si usted se propasa,
á la puerta de mi casa
le esperaré con la fusta.

ROMAN. No olvidaré la promesa.

MIGUEL. Lo veremos...

ROMAN. ¡Lo veremos!
Pero por de pronto hablemos
de lo que más interesa.

MIGUEL. (Haciendo ademan de marcharse.)
Yo no puedo consentir...

ROMAN. (Deteniéndole.)
La entrevista será corta,
y oiga usted, porque le importa
lo que le voy á decir.
Usted, por medios falaces,
ha perturbado este hogar,
—y aunque pudiera emplear
recursos más eficaces—
pretendo que usted ejerza
su deber, como hombre honrado,
ántes de verme obligado
á imponérselo por fuerza.

MIGUEL. (Desdeñosamente.)
¡A mí por fuerza!... ¡Ya escucho!
¿Quién á tanto se resiste?

La amenaza tiene chiste.

ROMAN. (En el mismo tono.)
¡Vaya si lo tiene! Y mucho.

MIGUEL. ¡No me queda más que ver!
¡Já, já, já!

ROMAN. (Gravemente.)
Usted ha manchado
de este lugar el sagrado,
y el honor de una mujer.
Jóven, inocente y bella,
se ve en árduo compromiso...

MIGUEL. (Con sorna.)
¡Hombre! ¿Esto más?

ROMAN. Y es preciso
que usted se case con ella.

MIGUEL. ¿Nada ménos?

ROMAN. Y es muy poco.

MIGUEL. ¡No ví más rara manía!

ROMAN. Pues mire usted, todavía
no conoce usted al loco.

MIGUEL. (Cada vez con aire más burlon.)
¡Está muy bien! Me decido
á complacerle...

ROMAN. Eso quiero.

MIGUEL. Sólo falta que primero
convenza usted al marido.

ROMAN. ¡Bravo! Siga usted así.
Esto corona su infamia.

MIGUEL. ¡Pero, hombre! La poligamia
no está permitida aquí.

ROMAN. (Alterado, pero reprimiéndose.)
Gasta usted donoso humor...
Mas ántes de que lleguemos
á los últimos extremos,
vuelvo á apelar á su honor.

No deje usted sumergida
á esa pobre criatura
en la profunda amargura
de la mujer seducida.
Que es muy digna de merced
demostrar no necesito,
pues no tiene otro delito
que el de haber amado á usted.

MIGUEL. ¡Dichoso yo si me amara!

ROMAN. (Irritándose.)
¿Es decir que usted lo toma
á broma? Muy bien. La broma
puede costarle muy cara.
No habrá quien mi empeño tuerza,
y pues es preciso, estoy
resuelto...

MIGUEL. (Con ironía despreciativa.)
Si no me voy,
me casa usted á la fuerza.
¡Já, já, já!

ROMAN. (Furioso.) ¡Por vida mia!
Antes...

MIGUEL. Usted no está sano.
Busque usted un cirujano
y que le haga una sangría.
Y agur. Basta de tontunas. (Saliendo.)

ROMAN. (Buscando unos papeles en su bolsillo y siguiéndole.)
¡Oiga usted! Es que no cejo.
Yo le haré ver...

MIGUEL. (Volviéndose á aparecer de nuevo.)
Un consejo.
No beba usted en ayunas.

ESCENA VIII.

ROMAN, irritado.

¡Eh! ¿Se burla usted de mí?
Es que atropello por todo...
(Conteniéndose.)
Mas, ¿para qué me incomodo
si mi venganza está aquí?
(Señalando el bolsillo del pecho.)
¡Oh! La ocasion llegará,
y veremos si se arranca
el dardo...

ESCENA IX.

ROMAN, BLANCA.

ROMAN. (Viéndola aparecer.)
Aquí viene Blanca.
¡Cuán triste y pálida está!
BLANCA. Hace un momento he sabido
que estaba usted, y aprovecho
la oportunidad...
ROMAN. (Bruscamente.) Sospecho
que será tiempo perdido.
La defensa es natural;
mas sabe usted que no ignoro...

BLANCA. Es que exige mi decoro
una explicacion formal.

ROMAN. Es singular, á fe mia,
la explicacion que me ofrece
usted, y que hoy me parece,
á más de ociosa, tardía.
La hubiera estimado ayer
como favor infinito;
pero ya no necesito
ni preguntar, ni saber.
Porque, pese á mis enojos
y á su silencio discreto,
me han revelado el secreto
mis oidos y mis ojos.

BLANCA. (Con intencion.)
¿Tiene usted seguridad?

ROMAN. Señora, peco de rudo
y, visto lo visto, dudo
que diga usted más verdad.

BLANCA. (Sentida.)
Extraño que usted me ofenda
de ese modo...

ROMAN. (Con ira.) ¡Me he lucido!
¡Está bien! Soy el herido
y usted se pone la venda.
¿No hubiera sido mejor
decirme en estilo llano,
renuncie usted á mi mano,
que hay de por medio otro amor?

BLANCA. ¿Es decir que usted quería
que mintiese?...

ROMAN. ¡Brava idea!
¿Cuándo quiere usted que crea?

BLANCA. ¡Siempre!

ROMAN. ¿De noche ó de dia?

BLANCA. (En tono de queja.)
¡Roman!

ROMAN. Bueno es advertir
que habiéndome equivocado,
la estimo á usted demasiado
para obligarla á mentir.

BLANCA. (Con energía.)
Soy bastante altiva y fiera,
ingenuamente lo digo,
para aceptar el castigo
si el castigo mereciera.
Mas, cuando en esta ocasion
alzo serena mi frente,
proceda usted noblemente
suspendiendo su opinion.

ROMAN. (Sorprendido.)
¡Pues, señor, estamos buenos!
Tan intricada es la red,
que á medida que habla usted
voy entendiéndola ménos.
¿No vino Miguel aquí
por usted citado?

BLANCA. (Con resolucion.) No.

ROMAN. ¿Pero usted no confesó
anoche su culpa?

BLANCA. Sí.

ROMAN. Ni el demonio que se entere
del enredo que resulta.
Él acude, usted le oculta,
y confiesa que le quiere.
Pero, sin embargo, no es
verdad.—¿Qué es lo que aquí pasa?
¿Qué sucede?—De esta casa
salgo para Leganés.
¡De fijo!

ESCENA X.

ROMAN, BLANCA, ELENA.

ELENA. (Agitada.) Gracias al cielo
que le encuentro á usted, Roman.
Me han dicho que usted estaba
aquí, cuando iba á mandar...
ROMAN. ¿Usted tambien intranquila?
ELENA. Y tengo motivo...
ROMAN. ¿Cuál?
ELENA. Anoche celosa, llena
de desconsolado afan,
para conocer de Cárlos
la loca infidelidad,
cité á Reinoso...
ROMAN. (Sorprendido.) ¿Qué escucho?
¿No ha sido Blanca?
ELENA. No tal.
Fuí yo...
ROMAN. (Cada vez más maravillado.)
¿Usted?
ELENA. ¡Estaba ciega,
ciega de sospechas...
ROMAN. (Comprendiendo.) ¡Ah!
ELENA. Blanca noble y generosa...
ROMAN. (Incomodado consigo mismo.)
¡Torpe! ¿Y pude maliciar
de un ángel...
BLANCA. (En tono de queja.) ¿Ve usted más claro?
ROMAN. ¡Si no merezco piedad!

BLANCA. (Dàndole cariñosamente la mano.)
¡Roman!
ROMAN. (Con alegría.) ¡Esto es perdonarme!
No lo olvidaré jamás.
ELENA. Abusando de mi estado,
tan torpe fué y tan audaz
que me requirió de amores...
BLANCA. (A Elena.)
¡Vamos! ¿Te convences ya?
ROMAN. Ahora me explico su tono.
¡Tunante! era natural
que me hablase del marido,
de la poligamia y la...
ELENA. Y Cárlos está celoso,
y yo no puedo mediar,
porque cuanto más le diga
más sus dudas crecerán.
Y tienen pendiente un duelo,
y Miguel se vengará
de mis desdenes... ¡Dios mio,
qué posicion tan fatal!
Es diestro en las armas.
ROMAN. Pero
sabe Dios si reñirán.
Puede hallarse algun camino...
ELENA. ¡Imposible!...
ROMAN. Usted verá.
ELENA. ¡Si aunque Cárlos no merezca
mi amor, no debo olvidar
que es mi esposo! Si aunque ingrato
falte al amor conyugal...
ROMAN. (Confuso.)
¿Quién sabe? Á veces...
ELENA. No cabe
duda alguna: su maldad

es cierta. Me lo ha contado
todo, Reinoso.

BLANCA. ¿Y harás
caso de quien se ha atrevido...

ROMAN. No debe usted confiar...
¿Y qué dice?

ELENA. Que sujeto
por un amor criminal,
sus juramentos olvida
á los piés de una beldad.

BLANCA. Ni siquiera sabe el nombre
de esa mujer...

ROMAN. (Con seguridad fingida.)
¿No? ¡Bah, ¡bah!
¡Mentira!

ELENA. No me lo ha dicho.

ROMAN. ¡Pues qué! si fuera verdad,
se ignorara *quién es ella*
en toda la capital?
Un banquero conocido...
¡Pues es poco suspicaz
la murmuracion!

ELENA. Hay pruebas.

ROMAN. No sé... (¿Qué pruebas serán?)

ELENA. Su turbacion, su recelo,
cuando llegó á sospechar
que yo...

ROMAN. Pero... ¿ha confesado?

ELENA. ¡Hombre, no faltaba más!

ROMAN. ¡No ha confesado! (Esto áun puede
tener remedio...) ¡Já, Já!
¿Por lo visto usted le acusa
fiada en la autoridad
de un miserable?

ELENA. Si digo...

ROMAN. ¿Cómo usted tan perspicaz,
se ha dejado de ese modo
crédulamente engañar?
¿Qué duda tiene? Excitando
los celos de usted, habrá
pensado ese mal nacido
obtener...

BLANCA. ¡Qué indignidad!
Ya te lo dije!...

ELENA. (Vacilando.) Si todas
las apariencias están
contra Cárlos...

ROMAN. ¿Quién se fia
del capricho y del azar?
¡Las apariencias? Acaso
no son tantas. Además,
si únicamente por ellas
nos dejáramos llevar,
¿no fuera usted condenada?
¿no ha habido oculto un galan
en esta casa? ¡Si á veces
engaña la realidad!
¿No he visto á Blanca confusa
y trémula confesar
que era culpada, y no serlo?

BLANCA. Es cierto...

ROMAN. ¡Quiere usted más?

ELENA. Pero ¿y la cuenta?...

ROMAN. Podría
ser de algun corresponsal...
Él me refirió...

ELENA. (Resistiéndose.) ¡Lo dudo!

ROMAN. No insisto. Tal vez será
lo que usted malicia...

ELENA. Inquieto,

torpe, mudada la faz,
en mi presencia le he visto
casi sin poder hablar.
¿No es prueba bastante?

ROMAN. No.
Digo, no pensando mal...
¿Qué extraño tiene que un hombre
no sepa por dónde va,
si le salen al encuentro
tan de sopeton y tan...
Y luégo las circunstancias,
los compromisos y las...
(¡Ay! se me traba la lengua.
¡Qué mentir!) Ello dirá.

BLANCA. Mira bien... Quizás te engañes.
Puede...

ELENA. (Indecisa.) ¡No sé qué pensar!
Pero, ante todo, es preciso
para mi tranquilidad,
que ese desafío...

ROMAN. Empeño
á usted palabra formal
de impedirlo.

ELENA. (Apretándole con efusion la mano.)
¡Oh, gracias, gracias!

BLANCA. Usted lo conseguirá.

ELENA. Y, si posible no fuese,
le ruego por caridad
que me avise...

ROMAN. Lo prometo.

ELENA. (Recelosa.)
¿De véras?

ROMAN. (Gravemente.)
No soy capaz...

BLANCA. (Que ha subido hasta la puerta del fondo, volviendo.)

¡Ya vuelve Cárlos!

ROMAN. (Á Elena.) Conviene
que no nos llegue á encontrar.

ELENA. (Enjugándose los ojos.)
Bien, me voy.

ROMAN. (Deteniendo á Blanca.)
Una palabra.
Es necesario á mi plan
que nada vea ni escuche.

BLANCA. Ni verá ni escuchará.

ROMAN. Pues entónces, calma. Corre
de mi cuenta lo demas.

ESCENA XI.

ROMAN, despues CÁRLOS.

¡Ay, señor! cómo he mentido!
Es una barbaridad;
pero mi intencion es buena,
y si logro...

CÁRLOS. (Entrando con aire abatido.)
¡Hola, Roman!

ROMAN. Supongo que muy temprano
recibirías...

CÁRLOS. Jamás
olvidaré lo que has hecho.
Y no sé...

ROMAN. ¿Quieres callar?

CÁRLOS. Citado por mí á las doce
ese tunante vendrá,
y ajustaremos las cuentas.

ROMAN. Me parece que tendrás
prudencia...

CÁRLOS. (Con ira reconcentrada.)
¡Mucha!

ROMAN. No quiero
que cometas un desman.

CÁRLOS. ¡Descuida, descuida!

ROMAN. ¿Sabes
que soy muy feliz?...

CÁRLOS. Me dás
satisfaccion muy cumplida.

ROMAN. He podido averiguar
que Blanca...

CÁRLOS. (Alterado.) ¿Qué?

ROMAN. Es inocente.

CÁRLOS. ¿No citó á Reinoso?

ROMAN. ¡Cá!...
Fué tu mujer...

CÁRLOS. (Lleno de ira.) ¡Vive el cielo!
¿Te parece regular
arrojarme así á la cara
mi propia ofensa?...

ROMAN. (Tranquilamente.) No tal.
Si no hay ofensa ninguna.

CÁRLOS. ¡Que no la hay!

ROMAN. ¡Claro, no la hay!
¿Es extraño que tu esposa,
llena de amarga ansiedad
de tus locos devaneos
se procurara enterar?...
Habló con él, tú llegaste,
y como os hallabais ya
reñidos, fué necesario
que se ocultara...

CÁRLOS. (Con impaciencia.) ¿Y qué más?

ROMAN. Lo demás lo sabes tú.
Blanca, amante de la paz,
sorprendida de improviso...
Pero en fin, lo principal
de todo, es que ese canalla
ha faltado á tu amistad..
Y que no sólo ha tenido
el valor de revelar
tu falta, sino que osado...

CÁRLOS. (Furioso.)
¡Oh!

ROMAN. (Viendo aparecer á Miguel.)
¡Silencio! Ya sabrás...
(¡El demonio nos lo envia.)
(Observando la agitacion rencorosa de Cárlos y procurando calmarle.)
¡Hombre, ten tranquilidad!...

ESCENA XII.

DICHOS, MIGUEL, ROMAN apartándose á un lado.

MIGUEL. (Acercándose.)
Deploro que mi visita
turbe la conversacion...

CÁRLOS. (Disimulando difícilmente su cólera.)
No tal.

MIGUEL. Mas las doce son,
y es á las doce la cita.

CÁRLOS. ¡Le esperaba á usted!

MIGUEL. Creí...

CÁRLOS. ¡Si la impaciencia me abrasa!
¡Si cada instante que pasa

es un siglo para mí!

MIGUEL. Por mi parte estoy dispuesto...

CÁRLOS. Siéntese usted.

MIGUEL. (Tomando asiento.)
No rehuso.

CÁRLOS. Usted en mi Caja impuso
treinta mil duros. ¿No es esto?

MIGUEL. Sí.

CÁRLOS. Con la puntualidad
debida, cada tres meses
cobró usted los intereses
devengados...

MIGUEL. Es verdad.
La exactitud del banquero
superó á mis esperanzas.

CÁRLOS. (Con energía.)
Suprima usted alabanzas,
que ni estimo ni tolero.

MIGUEL. ¡Ese tono!

CÁRLOS. (Interrumpiéndole.)
Es menester
para liquidar la cuenta,
añadir otros sesenta
mil reales: los de Samper.
Pagados por órden mia,
como es justo que confiese,
para que usted cometiese
la más torpe felonía...

MIGUEL. (Levantándose.)
¡Vive el cielo!...

ROMAN. (Conteniéndolos.) No se trata
de eso.

MIGUEL. ¡Juro por quien soy!—

CÁRLOS. (Con calma amenazadora.)
¡Se altera usted porque estoy

formando el CARGO Y LA DATA?

MIGUEL. (Dominándose.)
Bien, prosiga usted...

CÁRLOS. (Secamente.) Concluyo.
De lo cual, si usted consulta
sus propios datos, resulta
que hay un saldo á favor suyo,
de medio millon y ciento
sesenta mil reales.

MIGUEL. Es
la cuenta.

CÁRLOS. ¿Quedamos pues
convenidos?

MIGUEL. No disiento.
Los guarismos son verdad.

CÁRLOS. Hoy quedo expedito y franco
con este talon de Banco
que importa esa cantidad. (Dándoselo.)
Ponga usted que recibió
toda la suma...

MIGUEL. (Firmando un recibo.)
Está hecho.

CÁRLOS. (Con feroz alegría.)
Mi débito he satisfecho.
¡Está usted pagado!

MIGUEL. (Levantándose con ira.) No!

CÁRLOS. (Sorprendido.)
¿No?

ROMAN. (Con inquietud.)
¿Qué dice?

MIGUEL. Me parece
que no está todo resuelto
con que usted haya devuelto
lo que no le pertenece.
No me daré por pagado

sin que haya usted respondido
del ultraje que he sufrido;
pero que no he perdonado.

CÁRLOS. (Fuera de sí.)
¡Ah! Sí, señor; sí, señor!
¡Si no he vengado mi afrenta
porque usted puso esa cuenta
por encima de su honor!
¡Si ya no puedo atajar
la indignacion que me mueve!
¡Si usted es el que me debe
y no me puede pagar!

MIGUEL. (Irritado.)
¡Veremos!

CÁRLOS. (Con desprecio.)
¡Cuenta perdida!
Aunque usted el alma exhale
en la contienda, ¿qué vale
esa miserable vida?
¡Mi mayor satisfaccion
será cruzarle la cara...
(Dirigiéndose hácia él en ademan amenazador.)

ROMAN. (Conteniéndole.)
¡Oh! ¿qué haces, Cárlos? Repara
dónde estas.

CÁRLOS. (Reponiéndose avergonzado.)
¡Tienes razon!

MIGUEL. (Desencajado.)
Á nuestros piés un abismo
abre esa injuria cruel.

CÁRLOS. (Marchándose y haciendo inútiles esfuerzos para sosegar su ira, á Roman.)
Mira, entiéndete con él,
porque me temo á mí mismo.
¡Á muerte!

ESCENA XIII.

MIGUEL, ROMAN.

MIGUEL. Á muerte será.
Ya no queda otro camino.
Esta tarde mi padrino
con usted se avistará.
Juro que será mayor
que la injuria el escarmiento.
Pronto ha de ver...

ROMAN. (Deteniéndole.) Un momento.

MIGUEL. ¿No he dicho ya?...

ROMAN. Sí, señor.
Ha hablado usted de tal suerte
que ninguna duda cabe.
Siendo la ofensa tan grave
el duelo ha de ser...

MIGUEL. ¡Á muerte!

ROMAN. ¡Muy bien! Mas como podría
la suerte de usted ser mala,
que uno dispara la bala
y el demonio es quien la guía,
y no me gusta á merced
estar de ningun fracaso...

MIGUEL. ¿Y aunque muera?...

ROMAN. Por si acaso,
quiero que me pague usted.

MIGUEL. (Con sorpresa.)
¿Qué es eso?

ROMAN. (Sacando con calma la cartera.)

Vamos por puntos.

MIGUEL. Yo no debo permitir...

ROMAN. No se querrá usted morir
sin arreglar sus asuntos.
Primer papel.—Escritura
de depósito.—Cuarenta
mil duros...

MIGUEL. (Inquieto.) ¿Usted intenta
asustarme?...

ROMAN. ¡Qué locura!
¿Yo, por qué le he de asustar?

MIGUEL. (Agitado.)
Quien sus deudas satisface,
no teme...

ROMAN. (Friamente.) Dos años hace
que ha debido usted pagar.
Y hubiera esperado siete
el buen don Luis de los Rios,
que á fuerza de ingenio y bríos
usted le puso en un brete.
Eso que, á decir verdad,
don Luis la estimaba tanto,
que me la ha vendido...

MIGUEL. (Con curiosa incertidumbre.) ¡En cuánto!

ROMAN. En ménos de la mitad.
Más.—Tres pagarés vencidos
que en la plaza no son raros.—
(Mostrándoselos tambien.)
No me han costado muy caros...

MIGUEL. (Con rabia.)
¡Oh!

ROMAN. Los daban por perdidos...

MIGUEL. (Con forzada serenidad.)
Observo que usted se afana
por mis negocios.

ROMAN. (Con sosiego.) No tal.
Mas gasto mi capital
en lo que me da la gana.

MIGUEL. Duplicaré el interés
si usted espera...

ROMAN. No puedo.

MIGUEL. (Con ira.)
¿Y mi honor?

ROMAN. ¿Y cómo quedo
si á usted le matan despues?

MIGUEL. (Afanoso.)
¡Pero oiga usted!...

ROMAN. Nada escucho.
Luégo que mi cuenta ajuste,
muérase usted cuando guste,
que no perderemos mucho.

MIGUEL. ¡Vamos! quiere usted quizás
el talon en garantía! (Alargándosele.)

ROMAN. (Tomándole.)
¡Venga! Pero todavía
me debe usted mucho más.

MIGUEL. ¡Esta es una estratagema
miserable, es una red!...

ROMAN. (Con sorna.)
¡Pero, hombre! ¿Se extraña usted
de que siga su sistema?

MIGUEL. (Resuelto.)
En defensa de mi honor,
y atropellando por todo,
reñiré...

ROMAN. De ningun modo:
está usted en un error.
Mis intentos son formales.
Si no completa la suma
que me debe...

MIGUEL. ¡Usted me abruma!

ROMAN. Acudo á los tribunales;
y además, si me fastidio
del giro de estos negocios,
para entretener mis ocios
le mando á usted á presidio.

MIGUEL. ¿Hay mayor iniquidad?

ROMAN. Pues si ese registro toco,
no va á divertirse poco
la elegante sociedad!

MIGUEL. No irán los asuntos mios
por esa senda.

ROMAN. ¿No?

MIGUEL. (Con resolucion.) ¡No!

ROMAN. (Con tono despreciativo.)
¿Usted me amenaza? Yo
no soy don Luis de los Rios.
Bien pronto lo hemos de ver.
(Hace ademan de salir.)

MIGUEL. (Reprimiéndose y deteniéndole.)
Usted no lo ha meditado
bien. Mendoza me ha ultrajado,
y no es posible ceder.
Mi honra, mi reputacion
piden...

ROMAN. (Con desden.)
¿Y usted qué me cuenta?
No es Mendoza quien le afrenta,
es su mala inclinacion.
Segun usted, no se infama
quien obra en silencio mal,
y ninguno es criminal
hasta que otro se lo llama.

MIGUEL. (Confuso.)
Pero...

ROMAN. (Con entereza.)
El hombre bien nacido
siente, cuando en ello piensa,
más que recibir la ofensa
el haberla merecido.

MIGUEL. ¿Es leccion?...

ROMAN. Es la verdad.
Con falso y pérfido objeto
ha hollado usted el respeto
que se debe á la amistad.
Ha turbado la quietud
de una alma pura y serena,
ha querido usted de Elena
vencer la altiva virtud.
¡Y en ese torpe capricho,
en esa necia porfía,
nada vergonzoso habría
si no se lo hubieran dicho!...
¿No es eso?

MIGUEL. (Confuso.) Estoy agraviado.

ROMAN. ¡Qué moralidad tan rara!
Pues porque usted le matara
¿sería usted más honrado?
Pero, en fin, no hablemos de eso:
esta es cuestion concluida.
Usted me paga en seguida
ó mañana le proceso.
Y hoy sabe la córte toda
quién es.—(¡Le cogí en el lazo!)

MIGUEL. (Asustado.)
¡Oh! no. Deme usted un plazo.
¡Por favor!

ROMAN. (Reflexionando.)
Bien, me acomoda.
Mas con una condicion.

MIGUEL. (Con ansiedad.)
¿Cuál es?—El plazo de un año!—
ROMAN. Que usted que produjo el daño,
realice la curacion.
MIGUEL. ¡Imposible!
ROMAN. ¡Pues proceso
al canto!
MIGUEL. (Vacilando.)
¡Yo?... Pero ¿cómo?
ROMAN. Usted, que es hombre de aplomo,
puede explicar el suceso.
No ha de faltarle un ardid.
MIGUEL. ¿Qué dirán de mí?
ROMAN. (Con desden.) Usted gana.
Más pueden decir mañana
los ociosos de Madrid.
MIGUEL. (Reflexionando y sentándose al lado del velador.)
Quizá una carta... ¿y á quién?
Mi carácter no se presta... (Fluctuando.)
ROMAN. (¡Cuánto trabajo le cuesta
parecer hombre de bien!)
MIGUEL. (Pónese á escribir febrilmente, se detiene de pronto y arroja la pluma.)
¡No puedo!
ROMAN. Pues basta ya.
¿Quién por tan poco se apura?
—¡Conoce usted por ventura
el presidio de Alcalá!—
MIGUEL. (Decidiéndose.)
¡No hay remedio!
ROMAN. Cierro el trato.
Le doy un año de espera.
MIGUEL. (¡Qué humillacion!)
ROMAN. (¡Quién creyera
que el raton cazase al gato?)

MIGUEL. (Dándole la carta que ha escrito.)
¿Está bien?

ROMAN. (Despues de haberla leido.)
¡No lo ha de estar!
¡Cómo de usted!

MIGUEL. (Doblándola.) Pongo el sobre.

ROMAN. (¡Así logro que recobre
Cárlos la paz de su hogar.)
Para acabar, señor mio:
daré por roto el convenio,
si usted no templa su genio
é insiste en el desafío.

MIGUEL. (Marchándose, con ironía amarga y reconcentrada.)
Agradezco la merced
que usted me hace, una y mil veces,
y ¡vive Dios! que con creces
juro pagársela á usted!...

ROMAN. (Con sorna.)
¡Cuando usted quiera!

ESCENA XIV.

ROMAN, solo.

¡Ah! vencí!
El júbilo me enajena.
¡Qué impaciente estoy (Llamando.) ¡Elena!
¡Cárlos!

ESCENA XV.

ROMAN, CARLOS, ELENA, BLANCA.

CÁRLOS. ¿Me llamabas?
ROMAN. Sí.
ELENA. ¿Qué ocurre?
ROMAN. (Satisfecho.) Que hablé con él
y que á la razon se aviene.
BLANCA. ¡Cómo! Ha desistido...
ROMAN. ¡Tiene
mucha conciencia Miguel!
Todo está arreglado.
CÁRLOS. (Con sorpresa.) ¡Todo?
ROMAN. Gracias al influjo mio.
CÁRLOS. (¿Vas á hablar del desafio
delante...)
ROMAN. De ningun modo.
Ante la voz del deber,
de toda gestion se aparta,
y me ha entregado esta carta
para ti...
ELENA. (Impaciente.)
¡Una carta!
CÁRLOS. Á ver...
(Asombrado, despues de haberla leido.)
No lo creyera jamás.
¡Vamos! mentira parece.
Sólo por esto merece
que le busque...
ROMAN. (Con firmeza.) No lo harás.

CÁRLOS. Ninguna satisfaccion
quiero...

ROMAN. Tu enojo refrena.

CÁRLOS. ¡Nada!

ROMAN. (Dando á Elena la carta que estruja Cárlos.)
Que decida Elena
si tienes ó no razon.

ELENA. (Despues de leer.)
¡Oh!

BLANCA. (Con curiosidad.)
¿Qué es eso?

ELENA. ¡Qué maldad!
No he visto cosa más rara.
En esta carta declara
que no ha dicho la verdad.

BLANCA. (Sorprendida.)
¿Eso dice?

CÁRLOS. Estoy resuelto
á castigar su osadía.

BLANCA. (Á su hermana.)
(¿Lo ves? Es que pretendía
pescar á rio revuelto.)

ELENA. (Recelosa.)
¡Si no tiene explicacion,
si te he visto tan turbado!

CÁRLOS. (Disculpándose.)
¡Como me ví amenazado
de una falsa delacion!...

ELENA. Mas ¿y el aderezo, dí?

CÁRLOS. —Encargo de Marcoleta.—
Debe estar en mi gaveta
la carta que recibí.
Despues te la enseñaré.
—Donde le encuentre, te aviso
que le mato.—

ELENA. (Agitada.) ¡No es preciso!
¡Te creo! (Vigilaré.)
ROMAN. (Aparte á Cárlos.)
Juzgo que no volverás
á incurrir...
CÁRLOS. (Á Roman.) No soy tan ciego.
Mas ¿cómo has podido...
ROMAN. Luégo
te diré...
ELENA. (Á Cárlos.) ¡No reñirás!
CÁRLOS. ¡Mira que es mucho exigir!
¡Es tan profundo mi encono!
ELENA. Sólo á ese precio perdono
lo que me hiciste sufrir.
CÁRLOS. ¡Si te empeñas, se acabó!
(Receloso.)
¡Dame un abrazo!
ELENA. (Estrechándole.) ¡Bien dices!
ROMAN. Aquí todos son felices,
todos, Blanca, ménos yo.
BLANCA. (Tímidamente.)
Es justo que satisfaga
mi deuda...
ROMAN. (Enajenado.) ¡Dios soberano!
ELENA. (Á Blanca.)
¡Y harás bien!
BLANCA. (Alargándole la mano que Roman besa con efusion.)
¡Esta es mi mano!
ROMAN. ¡Oh placer!
BLANCA. (Sonriendo amorosamente.)
¡QUIEN DEBE, PAGA!
ELENA. Hay quien tiene la imprudencia
de olvidar torpe y ligero,
ó sus deudas de dinero
ó sus deudas de conciencia.

Y se forja la ilusion
de que es insolvente, cuando
está el infeliz pagando
con sù propia estimacion.
Porque todo el que se atreve
á prescindir del deber,
se expone siempre á perder
mucho más de lo que debe.

FIN DE LA COMEDIA.

JUSTICIA PROVIDENCIAL

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAJES.

IRENE.
ROSA.
JUAN.
FERNANDO.
DON ANTERO.
PERICO.
DON SANTIAGO.

Año 1868.—La accion se desenvuelve en una quinta aislada á tres leguas de Buitrago.

JUSTICIA PROVIDENCIAL.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un huerto, cuya cerca se divisa en el fondo y en último término, representada por una tapia alta. A la derecha del espectador la fachada de una casa de campo que da al huerto, y en la cual, además de la puerta de entrada, elegante y sencilla, hay una reja correspondiente al piso bajo, y en la misma perpendicular un balcon perteneciente al piso segundo; ambos huecos colocados de manera que sin necesidad de escala sea fácil la subida. A la izquierda un cenador revestido de plantas trepadoras, con sillas y bancos rústicos, y un velador, en el cual hay recado de escribir, periódicos y libros. Macetas, jarrones, calles de árboles, etc. La escena empieza á las cinco de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, sentado al lado del cenador, entretenido en hacer un ramillete, y ROSA de pié.

ROSA. (Tomando una dalia encarnada del cesto donde Perico tiene las flores.)
¡Vaya una dalia!

PERICO. (Sin mirar.) ¡Preciosa!

ROSA. No has mirado bien. Repara
qué color...

PERICO. El de tu cara
es más encarnado, Rosa.

ROSA. (Riendo.)
¡Já, já, já! ¡Qué disparate!

PERICO. Pues lo digo y lo sostengo.

ROSA. Esto es decirme que tengo
la cara como un tomate.

PERICO. (Ofendido.)
¡Qué salida de pavana!

ROSA. Te incomodas sin razon,
porque estimo la intencion,
aunque es un poco *hortelana*.

PERICO. ¿Tanto horror tienes al huerto?

ROSA. El *verde* no me recrea.

PERICO. Pues voy á llamarte fea,
que no es verde, pero es cierto.

ROSA. ¡Jesus! ¡Es que eres atroz?

PERICO. Tu injusticia me provoca.

ROSA. No abres una vez la boca
que no largues una coz.
¡Mire usted por dónde sale!

PERICO. ¡Ay, Rosa! No te conoces,
porque en esto de dar coces
no hay animal que te iguale.

ROSA. No me causarás sonrojos,
que eso aprende quien te trata.

PERICO. ¡Siempre has de sacar la pata!...

ROSA. (Alterada.)
¿Á que te saco los ojos?

PERICO. Ya sé que eres muy capaz
de hacerlo.

ROSA. (Conteniéndose.)
¡Si no mirara!...

PERICO. (Con sorna.)
Te desbocas. ¡Pára, pára!

Tengamos la fiesta en paz!
No congeniamos los dos.

ROSA. Ni te busco ni te llamo.

PERICO. Pues déjame hacer el ramo
en paz y gracia de Dios,
que como siempre, vendrá
don Juan por él...

ROSA. No prosigas.
Con ese harás buenas migas.

PERICO. ¿Y por qué no?

ROSA. ¡Claro está!

PERICO. Soy dueño de mi albedrío
y hago lo que más me agrada.
No creo que tengas nada
que decir...

ROSA. Que es un judío.

PERICO. No te metas en honduras...

ROSA. Es la verdad monda y lisa.
Ningun domingo va á misa,
dice pestes de los curas,
no hay un santo en el cual crea
ni oracion que no moteje.
Si esto no es ser un hereje
que venga Dios y lo vea.

PERICO. (Con desden.)
¡Hay más crédula ignorancia!

ROSA. Digo muy bien.

PERICO. Cierra el labio.
El señorito es un sabio
que ha aprendido mucho en Francia.
Siete años ha estado allá
entre gentes estudiosas,
y cuando él dice estas cosas,
sabidas se las tendrá.

ROSA. Pues que vaya á los infiernos

á abrir cátedra si puede.

PERICO. ¿No ves que lo dice adrede
para desembrutecernos?

ROSA. (Sorprendida.)
¡Qué?

PERICO. Nos hace este servicio.
¡Si supieras! Es un pozo
de ciencia.

ROSA. ¡Vaya! Ese mozo
quiere tenerte propicio.

PERICO. ¿Para qué?

ROSA. No sé si el amo
sospecha...

PERICO. (Maravillado.) ¿Qué estás diciendo?

ROSA. ¡La verdad! Que no comprendo
tanto *aquel* y tanto ramo.
Todos los dias regala
uno á la señora...

PERICO. (Rechazando la idea.) ¡Eh! quita.

ROSA. Ella es jóven y bonita,
él tiene el alma muy mala...
milagro será...

PERICO. (Con incredulidad.)
¡Mujer!
No pienses tal desatino.
¡Engañar á su padrino...

ROSA. ¿Quién sabe?

PERICO. No puede ser.
Le debe su educacion,
ha sido siempre su amparo...

ROSA. Fuera justo ese reparo
si tuviese religion.
Pero vive ese mancebo
con la conciencia tan ancha...
En fin, me espera la plancha

y hablo más de lo que debo.

Perico. Es un falso testimonio.

Rosa. (Entrándose en la casa.)
Quiera Dios que no suceda
lo que digo.

ESCENA II.

PERICO.

Más enreda
una mujer que el demonio.
Miren por dónde respira...
¡Qué pronto amasó la torta!
¿Será verdad?...—¿Qué me importa?—
Mas de seguro es mentira.
No es posible, no es tan loco...
—¿Y qué pierdo aunque lo sea?—
(Recogiendo el cesto de las flores y poniendo en un jarron el ramillete.)
Ya terminé mi tarea
y voy á estudiar un poco.
(Saca del bolsillo de su chaqueta un tomo y se tiende á leer en uno de los bancos rústicos del cenador.
Quiero otra vez repasar
el *capítulo segundo!*
Iré conociendo el mundo
y lo que debo pensar...
(Queda embebecido en la lectura del libro, hasta la aproximacion de D. Juan en la escena siguiente.)

ESCENA III

PERICO, D. JUAN

JUAN. (Tocando á Perico en el hombro.)
Pero ¡hombre! ¿qué haces así
embobado?

PERICO. (Levantando la cabeza.)
Estoy leyendo.
¿No lo ve usted?

JUAN. ¡Ah! Comprendo.
Es el libro que te dí.
¿Y te gusta?

PERICO. Sí, señor.
Pero es tanto lo que dice...

JUAN. Acaso te escandalice
la franqueza del autor.
Que eso de atacar de frente
con resolucion y bríos
los errores y extravíos
admitidos comunmente,
y con sólidas razones
probar al más obcecado
que está el mundo dominado
por rancias supersticiones,
es empresa aventurada
y difícil...

PERICO. ¡Ya lo creo!
Por eso cuánto más leo
este libro, más me agrada.
Ántes era yo un simplon;

pero mucho me equivoco
ó me han avispado un poco
(Señalando la obra que tiene en la mano.)
éste, Voltaire y Proudhon.

JUAN. Ya noto tus adelantos...

PERICO. (Entusiasmándose.)
¡Qué libro! Con que osadía
deja la gloria vacía
de apóstoles y de santos!
¡Y el señor Proudhon no es bobo!
¡Vaya si se explica el nene
cuando demuestra y sostiene
que es la propiedad un robo!
Gracias á usted que me dió
estas obras...

JUAN. (Oyéndole hablar con gozo.)
¡Bien, Perico!

PERICO. Ya sé que quien dice *rico*,
dice *ladron*...

JUAN. (Alarmado.) ¡Hombre nó!
Vaya un desatino...

PERICO. Pues
mire usted, cuando está impreso,
verdad será...

JUAN. ¡Si no es eso!
Lo has entendido al revés.

PERICO. Bien claro el libro lo reza...

JUAN. No tal...

PERICO. Y cuando lo leo,
¡ay! se me sube el deseo
de ser rico á la cabeza.

JUAN. La instruccion te puede dar
lo que quieres. Siempre ha sido
el trabajo...

PERICO. ¡Si he perdido

las ganas de trabajar!

JUAN.. Pero debes comprender
que es el camino seguro...

PERICO. ¡Si para sacar un duro
sudar sangre es menester!
Ántes, cuando no sabía
lo que sé, siempre contento,
en busca de mi sustento
bregaba yo noche y dia.
¡Tonto de mí! Echaba el quilo;
y en medio de mis enojos
alzaba al cielo los ojos...
y me quedaba tranquilo.
—¡Mala suerte me ha tocado!—
decía.—Pero ¿qué importa,
si al fin la vida es muy corta
y Dios premia al desgraciado?—
Esto templaba mi ardor.
¡Era yo entónces muy burro!
Hoy de otro modo discurro,
gracias á usted y á este autor.

JUAN. ¿Y puede saberse el modo?...

PERICO. Puesto que no hay vida eterna,
y cuando estira la pierna
el hombre, se acaba todo,
me parece desatino
trabajar; no es necesario;
vale más ser propietario.
Proudhon enseña el camino.

JUAN. Ya que la supersticion
deseches, haz por ser bueno,
y que te sirva de freno
la razon...

PERICO. (En tono de burla.)
¿Qué es la razon?

JUAN. Es esa luz natural,
sólo del hombre atributo,
que le distingue del bruto
haciéndole ente moral.
Porque es la regla suprema
de la vida.

PERICO. Una de dos:
ó hay Dios ó no hay Dios...

JUAN. (Interrumpiéndole.) No hay Dios.

PERICO. (Con resolucion.)
Pues no salgo de mi tema.

JUAN. (Con desden.)
¿Y cómo has de discurrir
si no conoces bastante?...

PERICO. No soy yo tan ignorante
como usted quiere decir.
Leo todos los inviernos
mil novelas á destajo,
de esas que entran por debajo
de la puerta á sorprendernos...

JUAN. Si son las lecturas tuyas
de ese género tan vario...

PERICO. Y estoy suscrito á un diario
que trae muchas aleluyas.

JUAN. ¡Nada, nada! No te alabes
por eso. ¡Tiempo perdido!
piensas haber aprendido
y en realidad nada sabes.
Algo has pulido quizás
tu campesina corteza;
pero tu instruccion empieza
con estos libros, ¿estás?
y cuando al cabo en tu seno
la razon sus rayos vibre,
sabrás que el hombre no es libre

sino á medida que es bueno.
Mientras tanto basta ya;
la discusion es ociosa...

PERICO. (Insistiendo.)
Pero...

JUAN. Hablemos de otra cosa.
¿Hiciste el ramo?

PERICO. (Enseñándosele.) Ahí está.
Desde que usted ha venido
de Paris, ni un solo dia
me he olvidado...

JUAN. Es que sería
hasta criminal tu olvido.
Ya sabes que ese es mi gusto.

PERICO. (Yendo á buscar el ramo y presentándosele á D. Juan.)
(¿Será cierto?...) Aquí le tiene
usted...

JUAN. (Tomándole.)
Venga. ¡Pobre Irene!
Verás. Voy á darla un susto.
(Encaramándose por la reja hasta alcanzar con la mano á los hierros del balcon.)

PERICO. ¿Qué hace usted?...

JUAN. Ahora la llamo.

PERICO. No saldrá.

JUAN. Sí que saldrá.
(Golpeando en el balcon.)
¡Mamá, señora mamá!

ESCENA IV.

PERICO, JUAN é IRENE en el balcon sobresaltada.

IRENE. (Saliendo.)
¡Jesus!
JUAN. (Alegremente, ofreciéndola el ramillete.)
¡Aquí está mi ramo!
IRENE. ¡Siempre has de ser calavera!
¿En estos juegos te ensayas?
JUAN. Sí...
IRENE. (Haciendo ademan de entrar y de cerrar el balcon.)
Pues adios.
JUAN. (Suplicándola.) No te vayas...
IRENE. Quiero castigarte.
JUAN. Espera...
IRENE. (Riéndose en tono de broma.)
Pues como otra vez te subas...
JUAN. No lo haré.
IRENE. Me has asustado.
JUAN. ¿No es verdad que así colgado
parezco un racimo de uvas?
IRENE. Mejor dirás un ladron
que el hogar ajeno escala.
JUAN. (Ofreciéndola de nuevo el ramo.)
¡Ahí va!
IRENE. (Riéndose.)
No quiero.
JUAN. Eres mala.
IRENE. Lo dicho, dicho.
JUAN. (Volviendo á suplicar.)

¡Perdon!
Mira que me canso...

IRENE. (Con sorna.) ¿Y qué?

JUAN. Voy á dar un batacazo...

IRENE. Lo mereces.

JUAN. (Fingiendo que se cae.)
¡Ay, mi brazo!

ESCENA V.

DICHOS y FERNANDO, que aparece por una de las calles de árboles de la posesion, y al ver la actitud violenta de Juan se santigua con fingido asombro.

FERNANDO. ¡Jesus, María y José!

PERICO. (El santurron por acá...)

FERNANDO. Sorpresa que no esperaba. .
¿Estais pelando la pava?
¡Bien, muy bien!
(Mirando á hurtadillas á Irene.)
(¡Qué guapa está!)
(Con refinada malicia.)
No porque á mí me interese...

PERICO. (Aparte.)
(¡Me carga su hipocresía!)

FERNANDO. Mas tal vez sospecharía
don Antero si lo viese...

IRENE. (Con orgullo é intencion.)
Sabe quién es su mujer.
Ha errado usted el camino.

JUAN. (Riéndose.)
¡Celos de mí mi padrino!

¡Vamos, tendría que ver!
Pues no das poca importancia
al caso...

FERNANDO. No tanta. Pero...

JUAN. La quiero, sí que la quiero.
¿No es mi amiga de la infancia?

FERNANDO. (Cambiando de tono.)
¿Y os enojais? ¡Qué simpleza!
Si es sólo broma.

IRENE. (Con mal gesto.) ¡Mas broma
pesada!

FERNANDO. Lo siento...

JUAN. (A Irene.) Toma,
ó me arrojo de cabeza.
¡A la una!

IRENE. No estés así.
¡Bájate pronto, por Dios!

FERNANDO. (Acercándose hasta ponerse debajo de Juan.)
Pero repara...

JUAN. (Amenazándole.) ¡Á las dos!
Calla ó caigo sobre ti.

FERNANDO. (Apartándose.)
¡Diablo!

JUAN. (Insistiendo con el ramillete.)
¡Tómale!

IRENE. (Resueltamente y encarándose con Fernando.)
No tal.
Y mira á lo que me expones,
porque hay ruines corazones
que de todo piensan mal.
(Entrándose en su habitacion y cerrando las vidrieras de golpe.)

ESCENA VI.

JUAN, bajándose con ira, FERNANDO y PERICO, que permanece alejado.

JUAN. ¿Lo ves? Se marcha enfadada
por tu culpa...
FERNANDO. (Humildemente.) Pues protesto...
JUAN. Siempre te pone mal gesto.
¿Qué la has hecho?
FERNANDO. (Apresuradamente.) ¡Nada, nada!
Mi conciencia está tranquila.
No me remuerde el delito.
JUAN. (Con sorna.)
¿De véras? Este bendito
se escurre como una anguila.
Nunca mueve un alboroto...
FERNANDO. Me estás ofendiendo...
JUAN. (Sin hacerle caso.) Y es
de la cabeza á los piés
un diablo ingerto en devoto.
Mas desde hoy ten entendido
que conmigo nadie juega.
FERNANDO. ¿Qué dices?
PERICO. (Abriendo el libro y sentándose en una silla rústica al extremo opuesto.)
(Por si le pega,
voy á hacerme el distraido.)
FERNANDO. Aunque mi paciencia es mucha,
mira que estás abusando...
JUAN. Lo dicho, dicho, Fernando.

FERNANDO. Atiende...
JUAN. Primero escucha.
FERNANDO. Respeta mi posicion.
Ve quién soy. Ese criado...
(Señalando á Perico.)
JUAN. Tus humos de diputado
guarda para otra ocasion;
que si he de decir verdad,
no me importan.
FERNANDO. (Insistiendo.) Te suplico...
JUAN. ¡Nada! Y no confies, chico,
en tu *inviolabilidad*.
Porque en el campo, en la villa,
entre las gentes ó solo,
si haces otra, te *violo*,
rompiéndote una costilla.
FERNANDO. Miéntras su amparo me preste
el cielo...
JUAN. Calla, bribon.
PERICO. (¿Á que le da un mogicon?
¡Mejor!)

ESCENA VII.

JUAN, FERNANDO, D. ANTERO, que oye las últimas palabras de la disputa, y PERICO á un extremo, leyendo.)

ANTERO. ¿Qué escándalo es este?
¿Qué pasa? ¿Por qué reñís?
JUAN. Por nada...
ANTERO. No es verdad eso.
FERNANDO. (Amargamente.)

¡Yo que al saber el regreso
de este ingrato á su país,
en alas de mi cariño
vine á hacerle compañía!

JUAN. ¡Mil gracias!

FERNANDO. ¡La culpa es mia!
¡Si he sido siempre muy niño!
Pero ¿qué amistad resiste
al hielo de la distancia?

JUAN. ¡Bah, bah!

FERNANDO. Si has vuelto de Francia
tan cambiado...

JUAN. (Incómodado.) ¡Tiene chiste!

ANTERO. Pero, en fin, ¿qué ha sucedido?

JUAN. ¡Nada!

ANTERO. Pues algo se infiere...

FERNANDO. Hablaré, ya que usted quiere.

ANTERO. ¡La verdad!

FERNANDO. Nunca he mentido.

JUAN. (Colérico.)
¿Vas á decir?...

FERNANDO. ¿Qué he de hacer?
Contra todo mi deseo
me obligan...

ANTERO. Por lo que veo,
la cuestion debe de ser
muy grave...

FERNANDO. ¡Si no es cuestion!
Sin fundamento se queja.
Subiéndose por la reja,
Juan escalaba el balcon...

ANTERO. (Sorprendido.)
¿El balcon?

FERNANDO. Y yo, que entraba
á la sazon, observando

á Irene y á Juan charlando,
grité:—¿Se pela la pava?—
¡Nunca tal hubiera dicho!

JUAN. Era que un ramo ofrecía
á Irene...

ANTERO. (Con severidad.)
¡Escalera había!

JUAN. Perdone usted, fué un capricho.
Por no subir la escalera
me atreví...

FERNANDO. Lo dije en broma.
¡Pero este muchacho toma
las cosas de una manera!...
¿Para reñir hay justicia?
Diga usted.

JUAN. ¡Hazte el chiquillo!
Si con ese aire sencillo
eres la misma malicia.

FERNANDO. (Con aire resignado.)
Dí cuanto te dé la gana.

JUAN. Fué usted de su padre amigo.
Casi se crió conmigo,
la miro como á una hermana.
Y además de esto, por ser
esposa de usted, la quiero
con doble razon.

ANTERO. (Asperamente.) Espero
que no vuelva á suceder.
Por la vez primera, pase.

JUAN. (Con ira.)
Hay lenguas murmuradoras
que están...

ANTERO. Tanto te acaloras
que quizás otro dudase...

JUAN. (Sentido.)

¡Padrino!

ANTERO. No hablemos de ello.
Mas una mujer casada
debe... (Oyendo refunfuñar á Juan.)
¿Qué murmuras?

JUAN. (Mirando con ira á Fernando.)
Nada.
(¿Á que le retuerzo el cuello?)
¿Ves lo que consigues? (Furioso á Fernando.)

ANTERO. Juan,
haya paz.
(Acercándose á Perico y cambiando de conversacion.)
¿Qué haces, Perico?
Bien te aplicas...

PERICO. ¿Si me aplico?
¡Loco me tiene Renan!

ANTERO. (Arrancándole el libro de las manos.)
Pero ¿estás empecatado?

FERNANDO. Señor, ¿cómo se divulga
tal libro?

JUAN. (Aparte.) (¿Á que me excomulga?)

ANTERO. Responde, ¿quién te lo ha dado?

PERICO. ¡Toma! El señorito...

ANTERO. (Con asombro.) ¿Tú?

JUAN. ¿Qué hay en esto que os asombre?

ANTERO. ¿Y me lo preguntas? ¡Hombre!
¿estás dado á Belcebú?

FERNANDO. ¡Horror, abominacion!

ANTERO. (Con amargura.)
¿Es decir que te has propuesto
matarme?

JUAN. (Con ligereza.)
Pero ¿qué es esto?

FERNANDO. Que no tienes religion.

PERICO. (Á D. Antero.)

¿No quiere usted que me instruya?

JUAN. ¡Pues no es nada el alboroto!
¿Y por qué?

ANTERO. (Con enojo.) Yo pondré coto
á la propaganda tuya.
¡Vete! (Á Perico.)

PERICO. (Se aleja murmurando.)
(Mal hayan los amos
y los...)

JUAN. (Con soberano desden.)
(¡Nacion atrasada!)

PERICO. (Es rico ¡claro! y le enfada
que los pobres aprendamos.)

ESCENA VIII.

JUAN, FERNANDO, D. ANTERO.

ANTERO. (Severamente.)
¿Cuáles son tus intenciones?
Entregando á los criados
esos libros malhadados
¿qué intentas? ¿Qué te propones?

FERNANDO. Quizas que vayan en pos
del autor á los infiernos.

ANTERO. ¿Qué respeto han de tenernos
si se lo pierden á Dios?

FERNANDO. (Hipócritamente.)
Hay quien goza haciendo el mal...

JUAN. ¡Hombre, no tanto, no tanto!
Ni quieras hacerte el santo
delante de mí.

FERNANDO. (Humildemente.) No tal.
Ya sé que soy pecador...
JUAN. ¡Y mucho! Si en Madrid eras
entre todos los troneras
el peor...
FERNANDO. (Alarmado.)
¿Cómo el peor?
JUAN. No olvides tus aventuras...
FERNANDO. Me pesa haber ofendido
á Dios...
JUAN. Para ti no ha habido
honra ni virtud seguras.
FERNANDO. ¡Ay! Bastante me remuerde
la conciencia y me sonroja...
JUAN. Pues cállate si te enoja
que tus excesos recuerde.
ANTERO. (Con gravedad.)
¿Y eso te disculpa?
JUAN. No.
ANTERO. En tal caso no comprendo...
JUAN. Que usted me riña, lo entiendo;
pero este hipócrita...
FERNANDO. (Confuso.) Yo...
ANTERO. Te aconseja con buen fin.
FERNANDO. Si fué grande mi delito,
hoy penitente y contrito...
JUAN. (Mofándose.)
¡Miren qué San Agustin!
FERNANDO. Dios me tocó el corazon.
JUAN. Esa es una estratagema.
Has cambiado de sistema,
pero no de condicion.
Á cuentas contigo mismo,
y viendo cerca tu ruina,
dijiste:—Aquí hay una mina

que explotar: el fanatismo.
Apóstol de lo pasado
seré. Me sobran audacia
y chispa, y si caigo en gracia,
si llego á ser diputado,
á pocos golpes que dé
mi crédito justifico.
Tendré pleitos, seré rico;
¡Dios sabe lo que seré!—

FERNANDO. Miro como un sacerdocio
mi mision.

JUAN. (Desdeñosamente.) No digas eso.
¿Qué buscas en el Congreso,
la religion ó el negocio?

FERNANDO. (Á D. Antero.)
¿Ve usted? Pero no me extraña.—
Te perdono: soy tu amigo.
Eso es lo que trae consigo
tan larga ausencia de España.
Siete años en la vecina
nacion han dejado huella
en tu alma, y despues ¡aquella
escuela de medicina,
en donde toda opinion
peligrosa tiene asiento!

JUAN. (Con entusiasmo.)
Dió vida á mi entendimiento.

FERNANDO. Y muerte á tu corazon.
Desconoces tu país,
y en la duda que te abisma,
todo lo ves por el prisma
licencioso de París.
Fé, religion, amistad,
desinterés ¡nada existe!
¡Cuán otro de como fuiste

has vuelto de esa ciudad!

JUAN. Porque miro con desden
el error, porque deseo...

ANTERO. No, porque vuelves ateo:
Fernando dice muy bien.
Hoy sientes la fé agotada,
porque á dudar te provoca
una opinion ciega ó loca,
ó más bien, extraviada.
Utopia que con ardor
y calenturiento anhelo
dirige ya contra el cielo
su ariete demoledor.
Quiere encontrar la verdad
y la oscurece y ofusca.

JUAN. (En tono de lástima.)
¿Y eso dice usted?

ANTERO. ¿Qué busca?

FERNANDO. (Con solemnidad.)
¡El error!

JUAN. (Con energía.) ¡La libertad!

ANTERO. (Irritado.)
La liber... ¡Por vida mia!

FERNANDO. Aunque usted se escandalice
el hecho es cierto. Quien dice
libertad, dice herejía.
Impiedad, profanacion,
todo esa frase lo encierra.

ANTERO. (Fuera de sí.)
¡Mentira! No movais guerra
á la santa religion.
Dejad en paz ese nombre
que vuestra ambicion lastima,
pues Dios está por encima
de las disputas del hombre.

En su justicia severa
no mira opinion ni raza,
y desde la cruz abraza
á la humanidad entera.

FERNANDO. Estos momentos son críticos,
y usted no ignora...

ANTERO. No sé
qué tenga que ver la fé
con los partidos políticos.
Lo mismo peca,—soy franco—
y en esto á los dos aludo,
quien la toma por escudo
que quien la elige por blanco.

FERNANDO. La cuestion es enfadosa;
pero usted ve cómo piensa
sobre este asunto la *prensa
político-religiosa*.

JUAN. (Con calor.)
En lo que afirman los neos
me apoyo...

ANTERO. ¡Dios soberano!
¡Cómo se tienden la mano
escribas y fariseos!
¡Basta de exageraciones!
Con ánimo decidido
siete años he combatido
por nuestras instituciones.
Y para cualquier jornada
contra el enemigo bando,
preparábame besando
la santa cruz de mi espada.
Emblema de redencion
que hace vivir en mi pecho
unidas con lazo estrecho
mi conciencia y mi opinion.

Mi conciencia de cristiano
que en dichas mejoras sueña,
y mi opinion, que me enseña
el deber de ciudadano.
Y ¡basta! No digo más,
que esta discusion me enoja.

JUAN. Pero...

ANTERO. Doblemos la hoja,
ó irritarme lograrás.
(Á Fernando.)
¡Ah! Te quisiera pedir
un favor...

FERNANDO. Usted me manda.

ANTERO. (Á Juan.)
Tu criminal propaganda
no es posible consentir.
Y para atajar el mal
que va tomando incremento,
(Á Fernando.)
serás desde este momento
inquisidor general.

FERNANDO. (Sorprendido.)
No entiendo...

ANTERO. (Á Juan.) Dale la llave
de tu librería.

JUAN. (Inquieto.) ¿Qué?

ANTERO. Dásela.

JUAN. (Obedeciendo.) Pero no sé
con qué intencion. Esto es grave...

ANTERO. (Á Fernando.)
Aunque chille y alborote
Juan, te doy pleno dominio
para hacer el escrutinio
famoso de don Quijote.
Los malos libros abrasa.

FERNANDO. (Lleno de alegría.)
Muy bien.

ANTERO. Mi permiso tienes.
(Á Juan.)
No consiento que envenenes
á las gentes de mi casa.

JUAN. (Furioso.)
Pero esto no es regular.

ANTERO. Estoy decidido. ¡Al fuego!

FERNANDO. Descuide usted.

ANTERO. Los entrego
á tu brazo secular.

FERNANDO. Sólo á complacerle aspiro.

ANTERO. (Dándole el libro que quitó á Perico.)
Este el primero.

JUAN. (A Fernando.) (¡Ah, tunante!)

FERNANDO. (A Juan, con asombro.)
(¿Yo?)

JUAN. (A Fernando.)
(Si tocas al estante...)

FERNANDO. (A Juan.)
¿Qué has de hacer?

JUAN. (Contestándole en tono amenazador.)
(¡Pegarte un tiro!)

FERNANDO. (Ya será algo ménos.) Voy
corriendo...

ESCENA IX.

JUAN, D. ANTERO.

JUAN. (Aparte.) (Pues te prometo...)

ANTERO. (Severamente.)

A nada tienes respeto...

JUAN. (Con la mayor incertidumbre, y mirando por donde ha salido Fernando.)
(Y es capaz...)

ANTERO. Quejoso estoy.

JUAN. Padrino, usted exagera.

ANTERO. Con justa causa te riño.
Te he recogido de niño,
te doy honrosa carrera.
Me debes, pues, cuanto tienes.

JUAN. (Con sumision.)
Es verdad.

ANTERO. Y áun no contento,
reparto en mi testamento
por igual todos mis bienes
entre tú y mi esposa...

JUAN. (Con gratitud.) Sé
que con nada satisfago
mi deuda.

ANTERO. (Asperamente.)
¿Y este es el pago
que me das?...

JUAN. (Confundido.) Pero...

ANTERO. (En el mismo tono.) Pues ¡qué!
¿Te has figurado quizás
que mi cariño te ampara
sólo por tu linda cara,
por tus méritos no más?

JUAN. (Alterado.)
Yo no...

ANTERO. Desecha esa idea.
A Dios le debes tu suerte.
Tu padre, herido de muerte
en el campo de pelea,
luchando con sus atroces

dolores,—solos los dos,—
pidióme en nombre de Dios,
¡de ese Dios que desconoces!
que me acordara de tí,
que te tendiera mi mano,
y como bueno y cristiano
cumplo lo que prometí.
Ese Dios, ese Dios mismo,
del cual blasfemas iluso,
tan santo deber me impuso
en tu pila de bautismo.
Si yo hubiera dado abrigo
á tus torpes teorías,
hoy ¡infeliz! ¿qué serias?
Un miserable mendigo.

JUAN. Le escucho á usted con pesar.

ANTERO. Te trato como mereces.
Ese cielo que escarneces
te da familia y hogar.
Con viva solicitud
te albergué bajo mi techo,
y si guardas en tu pecho
un resto de gratitud,
si esas áridas doctrinas
tu corazon no han secado,
miéntras estés á mi lado
mira por dónde caminas.
No quiero más desazones,
ni que mi amor te enajenes,
ni que mi casa envenenes,
ni que asaltes mis balcones,
ni que por tu grosería
la gente murmuradora
piense mal de una señora
que es honrada, porque es mia.

JUAN. (Lleno de confusion.)
Pero mi intencion ha sido...

ANTERO. (Volviéndole ásperamente las espaldas.)
No sigamos adelante.
Juzgo que he dicho bastante
y que me habrás entendido.

ESCENA X.

JUAN.

¡Vive Dios! Estoy trinando.
Nunca ha hablado de este modo.
¿Qué le sucede?...—De todo
tiene la culpa Fernando.—
Con ese aire de novicio
tan humilde y tan modesto,
ese mozo se ha propuesto
hacerme perder el juicio.
¡Y ya no más! No soporto
más tiempo su impertinencia.
Ya me falta la paciencia
y es preciso atarle corto.
¡Bueno fuera!...

ESCENA XI.

JUAN, PERICO, entrando en escena apresuradamente.

PERICO. ¡Señorito!
JUAN. ¿Qué ocurre?
PERICO. Que don Fernando
va á pegar fuego á la casa.

JUAN. No me digas más: el auto...
PERICO. Sacó en monton del estante
los libros, y sin mirarlos,
con ellos hizo una hoguera.
Ya estarán casi quemados...
¿Por qué no va usted?
JUAN. Perico,
sube corriendo á mi cuarto
y bájame las pistolas.
PERICO. ¿Qué pretende usted?
JUAN. ¡Volando!
Si esta tarde no se larga
con viento fresco, le mato.
PERICO. Mas...
JUAN. No temas. Es cobarde,
y á las primeras de cambio
le haré saltar...
PERICO. ¡El demonio
del hombre!... ¡Me ha dado un chasco!
¡Fie usted en apariencias!
Vaya, si parece raro
que quien todos estos dias
con un calor africano
venía para enterarse
de la llegada...
JUAN. ¡Es un trasto!
PERICO. Fuese tan...
(Viendo aparecer á Fernando.)
Pero aquí vuelve.
JUAN. Pues déjanos solos.
PERICO. ¿Saco
las pistolas?
JUAN. Sí, y las llevas
al invernadero.
PERICO. (Frotándose las manos.) ¡Bravo!

ESCENA XII.

DICHOS, FERNANDO, saliendo de casa.

FERNANDO. (Deteniéndole al salir.)
¿Dónde vas?
PERICO. (Con mal tono.) Donde me mandan.
FERNANDO. (Soltándole.)
¡Hombre! qué bien educado.

ESCENA XIII.

JUAN, FERNANDO.

JUAN. (Con forzada calma.)
¿Estarás contento?
FERNANDO. ¡Vaya,
querido Juan! ¿No he de estarlo?
Si vieras cómo han ardido
Litré, Proudhon y otros varios
autores de su calaña...
JUAN. ¡Muy bien! lo aplaudo, lo aplaudo...
Pero lo ofrecido es deuda.
Voy á pegarte un balazo.
FERNANDO. ¡Qué cosas tienes!
JUAN. (Con resolucion.) Lo dicho.
FERNANDO. ¿Estás loco?
JUAN. No. Estoy harto

de tolerar injusticias
y de sufrir desengaños.
Un mes hará que he venido
de Paris...

FERNANDO. No lo he olvidado.

JUAN. Y hoy hace catorce dias
que juntos vivimos ambos.

FERNANDO. Sólo por acompañarte
dejé mi hogar de Buitrago,
y aquí me tienes...

JUAN. Pues mira,
no te lo agradezco.

FERNANDO. ¡Ingrato!

JUAN. Durante esos dias... ¡Siglos
debiera más bien llamarlos!
no he tenido por tu culpa
un momento de descanso.
Tu conversacion me apesta,
tu genio me causa enfado,
tu hipocresía me enoja.

FERNANDO. (Sorprendido.)
¡Hombre!

JUAN. ¿Lo quieres más claro?
No sé por qué; pero observo
que huye Irene de tu lado,
y que te ve con el gusto
con que ve la cruz el diablo.
Mi padrino por tu culpa
me ha puesto como un guiñapo,
y esto no te lo perdono;
y lo que es más: no lo aguanto.

FERNANDO. (Exaltándose.)
¡Juan!

JUAN. Escúchame con calma,
que con calma estoy hablando.

Hoy has quemado mis libros...

FERNANDO. Sabes que me lo ha ordenado
don Antero.

JUAN. No me importa.

FERNANDO. Eran á la fe contrarios...
Mis intenciones son buenas,
(Durante este diálogo cruza Perico la escena, llevando las pistolas.)
y yo soy...

JUAN. (Interrumpiéndole.)
Serás un santo.
No disputo, aunque ya sabes
que conozco bien el paño.

FERNANDO. Si juzgas por lo que he sido
en otros tiempos infaustos,
puedes engañarte...

JUAN. Puede.
Pero de esto no tratamos.
Tu amistad me perjudica...

FERNANDO. Míralo bien.

JUAN. Y en el acto,
aquí, donde no nos oyen,
vas á saber mi *ultimatum*.

FERNANDO. Pero...

JUAN. Si esta misma tarde
no pones la silla al jaco
para volverte á tu pueblo,
estoy resuelto, Fernando...

FERNANDO. Á qué?

JUAN. Á molerte los huesos,
como dos y dos son cuatro.

FERNANDO. (Fuera de sí.)
¡Qué infamia!...

JUAN. No te alborotes.

FERNANDO. ¡Qué amigo!

JUAN. No alces el gallo.

FERNANDO. (Levantando la voz.)
No callaré. ¡Esto es indigno!

JUAN. Si no quieres hablar bajo,
mira, en el invernadero
están mis pistolas... ¡vamos!

FERNANDO. ¡Tratarme de esta manera!...
Pero sin razon me alarmo,
porque un alma descreida
de la amistad hace escarnio.

JUAN. (Con ira reconcentrada.)
¡Vaya! Por lo visto quieres
alborotar el cotarro,
y yo no. ¡Basta de ruidos!
Calla y vente...

FERNANDO. (Con hipocresía.) Soy cristiano...

JUAN. (Fuera de sí, y dirigiéndose á Fernando.)
Pues te arrancaré la lengua
por hipócrita y por falso...

ESCENA XIV.

JUAN, FERNANDO, IRENE.

IRENE. (Saliendo de la casa.)
¿Qué es esto? ¡Siempre riñendo!...

FERNANDO. Ya lo ve usted...

IRENE. (Inquieta.) ¿Qué há pasado?

FERNANDO. ¿Qué há de pasar? Que no tiene
corazon...

JUAN. ¡Que es un bellaco!
y si no toma el portante

no le dejo hueso sano.
FERNANDO. Mira bien lo que te dices...
JUAN. Lo digo, y no me retracto.
—No me darás más disgustos.—
IRENE. (En tono de reconvencion á Fernando.)
¡Usted siempre!
FERNANDO. Me ha ultrajado
sin razon...
JUAN. No tengo ganas
de discutir...
FERNANDO. (Con aire de lástima.)
¡Insensato!
JUAN. Yo, delante de señoras
soy un mandria: me acobardo...
FERNANDO. ¡Todos sabrán!...
JUAN. (Interrumpiéndole.) No más voces,
y ven conmigo.
IRENE. (Asustada.) ¡Es que llamo!

ESCENA XV.

FERNANDO, IRENE, deteniéndole.

FERNANDO. No tema usted. Soy prudente.
IRENE. Pues ya que solos estamos,
preciso es que usted me escuche.
FERNANDO. Usted manda: soy su esclavo.
IRENE. Usted está procediendo,
—perdone usted si me exalto—
como un hombre que se olvida
de sus deberes más santos.

FERNANDO. Dígame usted cuanto quiera:
con mi humildad satisfago.
IRENE. Ántes de que Juan llegase
de Paris, á cada paso
venía usted con pretexto
de enterarse de su estado,
y hoy con torpe hipocresía,
de su amistad abusando,
vive usted en esta casa
contra mi expreso mandato.
FERNANDO. ¡Irene!
IRENE. Por cuantos medios
encuentra usted ¡todos malos!
turbar pretende el reposo
de este hogar hospitalario.
FERNANDO. El amor es mi disculpa...
IRENE. (Con desprecio.)
¿Amor usted? ¡Qué sarcasmo!
¡Oh, malhaya, amén, el dia
en que nos vimos y hablamos!
Cuando la suerte implacable
con golpe duro y nefando
me dejó sola en el mundo
sin fortuna y sin amparo,
dígame usted, ¿dónde estaba
ese amor tan decantado?
¿Dónde que no oyó mis ruegos
desgarradores y amargos?
En vano la suerte mia
le dí á conocer; en vano
escribí cartas y cartas
diciéndole mi quebranto.
Usted, sordo á los gemidos
de mi dolor solitario,
ni me contestó siquiera.

FERNANDO. Perdone usted si en un rapto
de celos pude engañarme.
¡Harto mi imprudencia pago!

IRENE. (Con amargura.)
¡Era yo pobre!

FERNANDO. (Contrariado.) ¡No es eso!

IRENE. (Con desden.)
Conozco á usted demasiado.
No intente usted defenderse,
que si de estos hechos hablo,
no es con la pueril idea
de acusarle á usted...

FERNANDO. (Confuso.) Declaro...

IRENE. Usted nada me debía.
¡Yo tampoco! Nuestros lazos
fueron, porque soy honrada...

FERNANDO. ¡Es verdad!

IRENE. Puros y castos.
Niña crédula, inocente,
abrí el corazon incauto
á un amor que usted fingía
quizás con fines bastardos...

FERNANDO. No me juzgue usted con tanta
severidad...

IRENE. (Con dignidad.)
¡Concluyamos!
Si usted conserva en su pecho
algun sentimiento honrado,
si usted quiere que piadosa
no recuerde sus agravios,
esas cartas...

FERNANDO. (Con ardor.) Usted sabe
que no puedo. ¡En mí no mando!
No es fácil templar la hoguera
destructora en que me abraso.

(Sacando una cartera, y con tono hipócritamente tierno, pero en el fondo amenazador.)

Oh! Cada vez que estas cartas
ojeo, tristes y aciagos
recuerdos de aquellos dias
en mi corazon grabados...

IRENE. (Con afan.)
¡Démelas usted!

FERNANDO. (En el mismo tono.)
Y veo
á traves ¡ay! de mi llanto,
sus dulces frases, sus quejas
de amor, sus tiernos halagos;
en la ciega violencia
de mi celoso arrebato
quisiera decir á voces
á ese viejo atrabiliario:
—¡Mira, mira! No te engrías
miéntras yo vivo penando.
Ese corazon no es tuyo:
¡no es tuyo! Me le has robado.—

IRENE. (Fuera de sí.)
¡Miserable!

FERNANDO. ¡Es tan sabrosa
la venganza!...

IRENE. ¡Si no alcanzo
á comprender tanta infamia!

FERNANDO. ¡Es amor desesperado!

IRENE. (Amargamente.)
¡Ah! desdichada la jóven
que escribe á un hombre en sus años
candorosos. ¡Más valiera
que se cortara la mano!
Pero acabemos. ¡Ya es hora!
Por última vez reclamo

mis cartas...

FERNANDO. ¡Es imposible!

IRENE. (Con asombro.)
¿Imposible?

FERNANDO. Ántes me arranco
el corazon.

IRENE. (Fuera de sí.)
Pues entónces,
ya que es usted tan villano,
yo contaré á mi marido
todo lo que está pasando.
Si por respeto á las canas
de ese generoso anciano,
que en mi orfandad desvalida
me dió su nombre y sus brazos,
he pedido á usted mis cartas,
he sufrido y he callado...

FERNANDO. ¡Ay, Irene!

IRENE. Estoy resuelta.
Y pues loco y temerario
usted se obstina en guardarlas
como una amenaza acaso...

FERNANDO. (Sobresaltado.)
¿Qué piensa usted?...

IRENE. (Con decision.) Ahora mismo
sabrá Antero de mis labios
la verdad. ¡Callar más tiempo
fuera ofender mi recato!

FERNANDO. ¡Es una locura!

IRENE. Cumplo
con mi deber.

FERNANDO. Sin embargo,
podrá recelar... Los viejos
siempre son desconfiados...

IRENE. (Con energía.)

Ya me conoce.

FERNANDO. (Cambiando de tono y deteniéndola.)
No, Irene.
No quiero causarla daño.
Me resignaré. Mañana
usted las tendrá. No traigo
todas las cartas...

IRENE. (Con sequedad.) ¡No hablemos
más. Hasta mañana aguardo.

ESCENA XVI.

FERNANDO, despues PERICO.

FERNANDO. (Con amargura.)
Ayer desdeñé su amor
y hoy á sus plantas me arrastro.
¡Qué abismo tan insondable
es el corazon humano!
¡Y esto va mal! No es prudente
perder más tiempo. Si tardo
en dar un golpe atrevido,
puedo muy bien darle en vago.
Que si cuenta á don Antero
nuestros amores pasados
y pierde el miedo á las cartas,
será inútil mi trabajo.
Vuelvo á mi antiguo proyecto.
¡Es lo más seguro! Al vado
ó á la puente...

(Viendo aparecer á Perico por uno de los extremos del huerto.)

¿Aquí Perico?
Es un tunante muy largo,
y si me ayudase... (Llamándole.) Escucha.

PERICO. (Acercándose.)
(¿Qué querrá este pajarraco?)

FERNANDO. (La ocasion la pintan calva...)
¿Quieres ganarte unos cuartos?

PERICO. Segun y cómo.

FERNANDO. Sin riesgo.

PERICO. Siendo así, no hay que dudarlo.
¿Qué he de hacer?

FERNANDO. Muy poca cosa:
ser sordo y mudo.

PERICO. No caigo,
y si usted quiere que entienda,
hable pronto, bien y claro.

FERNANDO. Oye. Si quieres ganarte
quinientos reales...

PERICO. (Dando un respingo.) ¡Canastos!
¡Quinientos reales!

FERNANDO. El medio
es muy sencillo.

PERICO. (Con curiosidad.) ¡Sepamos!

FERNANDO. Con no cerrar esta noche
la puerta del huerto, y cuando
veas cruzar una sombra,
hacerte el disimulado;
con dormir á pierna suelta,
con el sueño de un borracho,
puedes ganar veinticinco
duros, como por ensalmo.

PERICO. (Receloso.)
¿Y qué significa?..

FERNANDO. Pierde
todo temor, que no trato

de cometer ningun crímen.

PERICO. Pues no atino...

FERNANDO. Voy al grano.
¡Pero guárdame el secreto!

PERICO. No tema usted. Seré un mármol.

FERNANDO. Tengo una cita...

PERICO. (Sorprendido.) ¿Una cita?
¿Con Rosa?

FERNANDO. ¡Pico más alto!

PERICO. (Con el mayor asombro.)
¿Con la señora?...

FERNANDO. (Interrumpiéndole.) ¡Silencio!
que podrían escucharnos...

PERICO. (Resistiéndose á creer.)
Pero, señor, ¡no es posible!
Me engaña usted.

FERNANDO. No te engaño.

PERICO. Sostengo que eso es mentira.
¡Si pone un gesto tan agrio
siempre que se ven ustedes!

FERNANDO. ¡Ah, tonto! ¿Hemos de abrazarnos?
Disimula.

PERICO. ¡Ni por esas!
No cuela.

FERNANDO. (Fingiendo incomodarse.)
¡Eres muy pesado!
¿Y qué harías si te hiciese
comprender?...

PERICO. En ese caso
puede... ¡Pero no lo creo!

FERNANDO. ¿Conque no? Pues prueba al canto.
Mira, ¿de quién es la letra
de esta carta? (Sacando una de la cartera.)

PERICO. (Lleno de admiracion.)
¡Por San Pablo!

¡Del ama!

FERNANDO. (Mostrándole el principio.)
¿Y aquí, qué dice?

PERICO. (Leyendo.)
«Fernando mio...»

FERNANDO. (Volviendo la hoja.)
Y debajo?

PERICO. (Leyendo.)
«Irene.»

FERNANDO. ¿Estás convencido?

PERICO. Si no vuelvo de mi espanto!
¿Ella tambien?... Y parece
que en su vida ha roto un plato.
¡Vaya el agradecimiento
que tiene á ese desdichado
viejo!... Cuando sin su auxilio...
Dice muy bien el adagio:
Cria cuervos... ¿Y usted? Otro
que tal baila. ¡Tan beato!...

FERNANDO. El hombre es frágil...

PERICO. Ya veo.
¡Y la mujer!

FERNANDO. No perdamos
la ocasion. ¿Conque esta noche
abrirás?
(Óyese la campana de la puerta del huerto.)

PERICO. (Echando á correr.)
Están llamando.
Veremos despues...

FERNANDO. (Deteniéndole.) Te advierto
que estás de todo enterado,
que mi secreto conoces,
y si eres infiel, no paro
hasta mandarte á presidio.
Conque míralo despacio.

ESCENA XVII.

FERNANDO.

Ella espera hasta mañana...
doy esta noche el asalto.
La ocasion me favorece.
Si se obstina, la amenazo
con demostrar á su esposo
que ella misma me ha citado.
Porque ¿quién convence á un viejo,
ya receloso y huraño,
de que un amor que ha existido
ha muerto sin dejar rastro?
¡Estas cartas valen mucho!
Tendrá miedo del escándalo...
Pero si á pesar de todo
se resiste y grita, escapo
con ayuda de Perico,
á quien de seguro amanso.
Y ella... ¡Guardará silencio,
porque gana más callando!

ESCENA XVIII.

FERNANDO, D. SANTIAGO y PERICO, **los dos últimos hablando fuera de la escena.**

SANTIAGO. ¿Has sujetado las bridas
á la argolla?
PERICO. No hay cuidado,

que no se marchará el potro.

FERNANDO. (Sorprendido.)
¡Esa voz!...

SANTIAGO. Mira, muchacho,
tráete las alforjas...
(Entrando en escena.) Buenas
tardes.

FERNANDO. (Saliendo á su encuentro)
¡Padre!

SANTIAGO. (Abrazándole.) ¿Cómo andamos?
¿Hay novedad en la casa?

FERNANDO. No, por fortuna.

PERICO. (Entrando.) Aquí traigo
las alforjas. ¡Es que pesan
las malditas!...

SANTIAGO. (Riéndose.) No es extraño.
Doscientas oncejas de oro
hacen bulto y pesan algo.

PERICO. (Mirando codiciosamente las alforjas.)
¡Doscientas onzas!

SANTIAGO. (Observándole.) Te quedas
como un bobo...

PERICO. (Suspirando.) (¡Algunos tanto
y otros tan poco!)

SANTIAGO. ¿No avisas
de mi llegada á tus amos?

PERICO. (Sin apartar la vista de las alforjas.)
¡Ya voy!

ESCENA XIX.

FERNANDO y D. SANTIAGO.

SANTIAGO. ¿Conque por lo visto
piensas pasar el verano
en esta quinta?
FERNANDO. Es empeño
de Juan, y cómo me aparto...
SANTIAGO. ¡Bien, hombre! Pero podías
siquiera haberte acordado
de nosotros...
FERNANDO. Ya pensaba...
SANTIAGO. Está tu madre trinando.
¡Catorce dias sin verte
el pelo!...
FERNANDO. Era necesario,
despues de tan larga ausencia...
SANTIAGO. Pero el pueblo está inmediato,
y nada hubieras perdido
con dar por allí un vistazo.
FERNANDO. Ya conoce usted la causa...
SANTIAGO. No me basta...
FERNANDO. Bien mirado...
SANTIAGO. Entretenido en el foro
ó en el Congreso, hace el diablo
que nunca estés con tus padres
más de dos meses al año.
Y si así los escatimas...

ESCENA XX.

DICHOS, D. ANTERO, IRENE, PERICO.

ANTERO. ¡Chico! ¿Tú aquí? ¡Qué milagro!...
IRENE. ¿Cómo está doña Teresa
de salud?
SANTIAGO. ¡Hija! Tirando
nada más. Desde que tuvo
el tífus...
FERNANDO. (Con inquietud.)
¿Se ha empeorado
quizás?
SANTIAGO. ¿Y ahora se te ocurre
preguntar? Tienes un cuajo...
FERNANDO. Como la dejé repuesta
del todo...
SANTIAGO. (Con tono gruñon.)
Ya me hago cargo.
ANTERO. Pero ¿fuera de tu casa
á estas horas?
SANTIAGO. No descanso.
Ya sabes que en estos pueblos
tengo dinero prestado;
y como me deben muchos
y suelen andar rehacios...
ANTERO. ¡Están tan malos los tiempos!
SANTIAGO. ¡Qué disparate! Al contrario.
Nunca han estado mejores.
ANTERO. Pero ¡hombre! si no hay un cuarto...
SANTIAGO. ¡Pues por eso! Cuando muchos

piden, se presta más caro;
se hacen más negocios...

PERICO. (Con intencion.) (¡Digo!)

ANTERO. ¿Y la conciencia, Santiago?

PERICO. (Con que la tengan los pobres
le basta...)

SANTIAGO. No soy tirano,
y hago lo que todos hacen.

ANTERO. (Con repugnancia.)
Dices bien. ¿Á qué cansarnos?

SANTIAGO. ¿Sabes, Antero, una cosa?

ANTERO. Dí...

SANTIAGO. Que en tu casa me instalo
por esta noche.

ANTERO. Me alegro.

FERNANDO. (Sorprendido.)
¿Qué dice usted?

ANTERO. Que no salgo.
Es ya muy tarde. Hay tres leguas
desde la quinta á Buitrago;
llevo dinero, la noche
puede cogerme en el campo,
afírmase que recorren
por estos montes cercanos
varios hombres sospechosos...

PERICO. (¡No te roben, ladronazo!)

FERNANDO. No olvide usted que mi madre
estará inquieta...

SANTIAGO. ¡Has hablado
como un libro! Pero todo
puede arreglarse.

FERNANDO. No alcanzo...

SANTIAGO. Mira; sujeto á la argolla
de la puerta está el caballo:
vas, la avisas y te vuelves

por la mañana temprano.

FERNANDO. (Con disgusto.)
¿Yo?

SANTIAGO. Tú.

FERNANDO. Pero usted ya sabe...

IRENE. (Aparte á Fernando.)
(¡Ceda usted!)

ANTERO. Irá un criado...

SANTIAGO. No es menester. ¡Bueno fuera!
Que vaya á darla un abrazo.
¡Catorce dias sin verla!...

FERNANDO. Es que... (Vacilando.)

IRENE. (Con energía.)
(Mis cartas aguardo.)

ESCENA XXI.

DICHOS, JUAN, que entra precipitadamente y acercándose á Fernando, habla con él en voz baja.

JUAN. Ya veo que estimas mucho
tu piel. Te estuve esperando
y...

SANTIAGO. (Saliéndole al encuentro.
¿Qué es eso? ¿No saludas
á los amigos?

JUAN. (Abrazándole por pura ceremonia.)
¡Ah! Cuánto
me alegro...

SANTIAGO. ¡Vaya! Estos chicos
parecen enamorados.
Ni oyen, ni ven, ni se cuidan

de nadie. ¡Pólux y Cástor!

JUAN. Es que tenemos pendiente
cierta discusion...

PERICO. (Aparte.) (Á palos.)

SANTIAGO. (Riéndose.)
¡Cosas de sabios! Mas dime,
Antero, ¿dónde guardamos
estas alforjas?...

ANTERO. ¿Qué llevas?...

SANTIAGO. Doscientas onzas que acabo
de recoger en Peralta.
—Una deuda de Venancio
de Santibañez.—Por cierto
que me he visto precisado
para cobrar esta suma
á venderle hasta los clavos.

ANTERO. El pobre está mal...

SANTIAGO. No es cuenta
mia.

ANTERO. El año ha sido escaso.
Tiene seis hijos...

SANTIAGO. (Brutalmente.) ¡Paciencia!
¿Quién le manda tener tantos?

ANTERO. ¿Que eso digas?

PERICO. (¿Eh? se explica...
Qué entrañas tiene el ricacho!)

SANTIAGO. ¿Qué se ha de hacer?... Pero ¿dónde
ponemos esto? (Indicando las alforjas.)

ANTERO. (Á Irene.) Si acaso,
en aquel cuarto que tiene
la puerta de hierro...

SANTIAGO. ¡Andando!

IRENE. No es menester...

ANTERO. ¿Te parece
que no estará bien guardado?

No ha nacido todavía
quien eche la puerta abajo.

IRENE. ¿Á qué tantas precauciones?
Basta á mi ver el armario...

ANTERO. Pues como quieras.—Perico,
carga con eso... (Señalando las alforjas.)

SANTIAGO. (Á Perico.) ¡Cuidado!

PERICO. (Codiciosamente al coger las alforjas.)
(¡Si esto fuera mio!)

IRENE. Creo
que es hora de que comamos.
¡Ya son las seis!...

SANTIAGO. Muy bien dicho,
que el hambre me tiene exhausto
de fuerzas.

ANTERO. (Á Irene.) Pues date prisa.

ESCENA XXII.

DICHOS, ménos IRENE y PERICO.

ANTERO. Será mesa de ermitaño.
Como no avisaste...

SANTIAGO. Mira,
si no te callas, me enfado.
¿Ahora te vienes con esos
cumplimientos y arrumacos?
No hablemos más del asunto.

ANTERO. Pues no hablemos...

FERNANDO. Miéntras tanto,
yo dispondré mi partida.

JUAN. (Con alegría.)

¡Ah! ¿Te vas?
ANTERO. Muy mal pensado.
¡Sin comer!
FERNANDO. No tengo ganas.
SANTIAGO. Tú verás...
ANTERO. Quédate un rato...
FERNANDO. ¡No, no! mi madre podria
asustarse, y más estando
tan delicada...
JUAN. (Aparte á Fernando.)
Has seguido
mis buenos ¡consejos...
FERNANDO. (Secamente á Juan.) Hago
lo que mi padre me ordena.
JUAN. (Á Fernando.)
¡Chico, tu padre es un sabio!
FERNANDO. Que venga Pedro á ayudarme...

ESCENA XXIII.

DICHOS, ROSA, en el umbral.

ROSA. ¡Á comer!
ANTERO. (Á Fernando.) Te has empeñado...
JUAN. (Recogeré las pistolas,
no suceda algun fracaso
si las dejo allí...)

ESCENA XXIV.

DICHOS, ménos JUAN.

ANTERO. (Á Fernando.) Supongo
que serás mañana exacto.
FERNANDO. No sé...
ANTERO. No admito disculpas.
¡Mañana aquí!
(Á Santiago.) ¿Vamos?
SANTIAGO. Vamos.

ESCENA XXV.

FERNANDO, ROSA, á quien detiene aquél apénas los demas han salido.

FERNANDO. Espera, Rosa.
ROSA. (Sorprendida.) ¿Que espere?
Poco será...
FERNANDO. (Entrando en el cenador y disponiéndose á escribir.)
Ántes que parta
es bueno que en una carta
al amo de casa entere...
ROSA. Despache usted pronto.
FERNANDO. (Sin hacerla caso y sentándose á escribir.) Así,
si el lance por fin se enreda,
suceda lo que suceda,

no sospecharán de mí.
Yo referiré la historia
de modo...

ESCENA XXVI.

DICHOS, PERICO, saliendo de la habitacion meditabundo é inquieto.

PERICO. (Aproximándose lentamente al cenador.)
¡Malhaya sea!
No se me aparta esta idea
un punto de la memoria.
¡Doscientas onzas! Batallo
con el ansia de ser rico.
(Acercándose á Fernando.)
—¿Me llama usted?—

FERNANDO. (Levantando la cabeza y sin dejar de escribir.)
Sí, Perico.
Anda y disponme el caballo.

PERICO. Está sujeto á la argolla
de la puerta...

FERNANDO. Pues vé pronto.

PERICO. (Marchándose por una de las calles de árboles.)
Si hallase un medio... ¡Qué tonto
soy!... Mi cabeza se embrolla...
Doscientas onzas!

ESCENA XXVII.

FERNANDO y ROSA.

ROSA. (Impaciente.) No espero
más.
FERNANDO. (Cerrando la carta.)
Ya acabo.
ROSA. Es que podría...
FERNANDO. Toma: da de parte mia
esta carta á don Antero.
Y adios, prenda.
ROSA. ¿No entra usted?
FERNANDO. No.
IRENE. (Llamando desde dentro.)
¡Rosa!
ROSA. (Saliendo apresuradamente.)
Me están llamando.
¡Ya voy!

ESCENA XXVIII.

FERNANDO.

¡Ánimo, Fernando!
Está tendida la red.
De seguro piensa Juan
que el medio... ¡No me conoce!

(Mirando al reloj.)
Son las seis, vuelvo á las doce
y adelante con mi plan.
Si alcanzo lo que presumo...

ESCENA XXIX.

FERNANDO y JUAN, que vuelve con las pistolas y se dirige á la habitacion.

JUAN. (Observando los movimientos de Fernando.)
¿Te preparas por lo visto
para marchar?
FERNANDO. (Secamente.) Ya estoy listo.
JUAN. ¡Pues me alegro! La del humo...
FERNANDO. No estaré más á tu lado,
ya que mi amistad te enoja;
y aunque la noche me coja
sin armas y en despoblado,
no quiero que el incidente
de esta tarde se repita.
JUAN. (Ofreciéndole las pistolas.)
Toma mis armas. No quita
lo cortés á lo valiente.
FERNANDO. (Aceptándolas.)
¡Gracias!
JUAN. (Con aire resuelto.)
¡Nada entre los dos!
No lo olvides.
FERNANDO. (Con tono de lástima.)
No lo olvido.
JUAN. Y adios. Hemos concluido
para siempre... (Entrándose en la casa.)
FERNANDO. ¡Ingrato! Adios.

ESCENA XXX.

FERNANDO, luégo PERICO, que vuelve por donde salió anteriormente cada vez más preocupado.

FERNANDO. (Siguiendo con la vista á Juan.)
Podrá ser que te arrepientas.
¿Quién sabe? Quizás un dia...

PERICO. (Acercándose con lentitud.)
¿De qué medio me valdría
para atrapar las doscientas?...
Todos procuran su avío:
la adúltera, el usurero,
el hipócrita... ¿Á qué espero
para hacer, si puedo, el mio?
¿Tendré temor?... ¿Y de qué?
No hay más vida que esta vida...

FERNANDO. (Reparando en él y llamándole.)
¡Perico!

PERICO. (Sin acelerar el paso y siguiendo completamente abstraido en la ilacion de su pensamiento.)
Una vez perdida...

FERNANDO. (Impacientándose.)
¿No me contestas?

PERICO. (Sin hacer caso.) ¿Qué haré?

FERNANDO. (Adelantándose hácia él.)
¡No estás poco pensativo!
¿Y mi caballo?

PERICO. (Saliendo de su abstraccion.)
Está pronto.

FERNANDO. Pues sígueme, y miéntras monto

podrás tenerme el estribo.
(Deteniéndole.)
Pero ántes quiero saber
si estás dispuesto...

PERICO. (Como herido de una idea repentina.)
(¡Ah, qué rayo
de luz!) Soy un pobre payo
y no sé qué responder.
(La ocasion hace al ladron,
y este mozo me la ofrece.)
Cosa tan mala parece...

FERNANDO. ¡Doblo la suma!

PERICO. (Mirando á todas partes recelosamente.)
¡Chiton!

FERNANDO. ¿Con qué me abrirás la puerta?

PERICO. (Dudando.)
No sé qué hacer.

FERNANDO. Pues medita.

PERICO. (Reflexionando rápidamente.)
(Soy pobre, el oro me incita.
y no hay Dios...) (Con resolucion, á Fernando.)
¡Estará abierta!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala adornada sencillamente con muebles, aunque no lujosos, elegantes y algun tanto anticuados, entre otros un armario. Puerta de entrada en el fondo; otra lateral en primer término, que comunica con las habitaciones de Irene, y balcon en el muro opuesto, con vistas al parque. En segundo término, entre la puerta y el ángulo entrante del salon, otra al parecer de hierro, baja, fuerte y gruesa, con la llave puesta en la cerradura, empotrada y disimulada en la pared, como suelen estarlo esos huecos y escondrijos casi secretos que en muchas casas sirven para guardar ropas, dinero ú otros objetos de valor. Son las diez y media de la noche.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, entrando con una luz que deja sobre un velador.

¡Valor! La ocasion me anima.
Los amos fuera. ¿Qué arriesgo?
¿Cuándo, si no me decido,
he de encontrar otro medio
mejor de hacer mi fortuna
sin el más leve tropiezo?
El señorito Fernando
hará, sin querer, viniendo

á escondidas á la casa,
de ladron en este juego...
(Dirigiéndose lentamente hácia el armario.)
¡Vamos allá! En el armario
están las onzas...
(Frotándose alegremente las manos.)
¡Las pesco
y me armo! Dentro de poco
compró una finca del clero,
y más tarde...

ESCENA II.

PERICO, ROSA, que penetra en la habitacion cuando Perico está á punto de llegar al armario.

ROSA. Buenas noches,
Perico...
PERICO. (Contrariado y haciendo esfuerzos para disimular el susto.)
(¡Voto al infierno!
Si me descuido, me coge
en la danza...)
(Con mal humor.) ¿Qué tenemos?
¿Á qué has venido?
ROSA. ¡Me gusta
la pregunta!
PERICO. ¿Sí?
ROSA. Pues vengo
á lo que me da la gana.
¿Has quedado satisfecho?
—¿Y los amos?
PERICO. Hácia el monte

han ido á tomar el fresco.

ROSA. ¡Si en casa no se respira!

PERICO. Pues te marchas, y *laus Deó*.

ROSA. ¡Qué amabilidad!

PERICO. Paciencia
y barajar.

ROSA. ¡Vaya un genio!

PERICO. ¡El mio!

ROSA. Mejor le tiene
un mastin gruñon y viejo.

PERICO. Mira, á ninguno le importa
si estoy serio ó no estoy serio.

ROSA. ¿Esto es decirme?...

PERICO. Que nadie
te da vela en este entierro.
¡Lárgate!

ROSA. (Con sorna.) Para empezar
á obedecerte, me siento.

PERICO. (¡Vive Dios! ¿Á que esta tonta
da en tierra con mi proyecto?)

ROSA. Eres malo.

PERICO. ¿Que soy malo?
No es verdad cuando tolero...
En fin, vete. No me busques
la lengua.

ROSA. Pues lo sostengo.

PERICO. ¡Malo yo! ¡Bueno anda el mundo!
Hay en él más gatuperios...
El que más santo parece,
es un demonio por dentro.
En donde ménos se piensa
salta un gazapo... Mas debo
callar, que en boca cerrada
no entran moscas...

ROSA. (Burlándose.) ¡Qué discreto

estás!...

PERICO. ¡Pues si tú supieras!...
Pero callemos, callemos.

ROSA. ¡No estás poco misterioso!
¿Qué pasa?

PERICO. Que es un mastuerzo
el hombre que en esta vida
es escrupuloso y bueno.
Todos van á su negocio.
El mundo sólo es severo
con los pobres...

ROSA. (Sorprendida.) ¿Y á qué viene?...

PERICO. Dios me entiende y yo me entiendo.

ROSA. Si has perdido la conciencia...

PERICO. ¡Ahora salimos con eso?
¡Conciencia! No hay de seguro
bajo la capa del cielo
cosa de que se hable más
y que se conozca ménos.
¡Conciencia! Chica, esta noche
pára en casa un usurero:
¡Don Santiago! que es un hombre
muy concienzudo y muy recto.
Con mucha conciencia presta
al ciento veinte por ciento;
con mucha conciencia quita
al deudor hasta el pellejo,
y con la sangre del pobre
va su fortuna acreciendo,
con muchísima conciencia
y muchísimo salero.

ROSA. Bien; ¿y qué? Porque haya algunos
tunantes...

PERICO. (Con lástima.) ¡Algunos! ¡Veo
que eres muy tonta! Si el mundo

es sólo un presidio suelto.
¡No hay honradez! Es mentira.
¡Ni gratitud! Sé yo un cuento...
(Conteniéndose.)
(¡Maldita lengua!) En fin, anda
con Dios.—¿Quién me mete en esto?—

ROSA. Hasta el fin nadie es dichoso.

PERICO. ¡Eh! Déjate de embelecos.
Sólo acaba mal el pobre.
¡Dinero, Rosa; dinero!

ROSA. Y en muriéndote te vas
á los infiernos derecho.

PERICO. (Con desden.)
¡Bah! No sabes de la misa
la media. Lo dicho. Tengo
unos libros que me ha dado
don Juan...

ROSA. ¡Buenos serán ellos!
¡Como libros de un hereje!...

PERICO. (Con desprecio y aire de superioridad.)
¡Infeliz!

ESCENA III.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué estais haciendo?

PERICO. (Contrariado.)
(¡Otro más!)

ROSA. Pasar el rato,
charla que charla...

JUAN. ¿No han vuelto

los señores todavía?

ROSA. No, señor...

PERICO. Correrá un viento
tan fresquecillo en el campo...

JUAN. (Mirando al reloj.)
Las diez y media, y salieron
á las ocho. Mucho tardan.

ROSA. Ya vendrán. ¿Tiene usted miedo?

JUAN. ¿De qué? Pero no me gusta
que se estén tanto al sereno.
Hay humedad...

PERICO. (Con intencion.) Y aunque fuese
temor, ¡la verdad! no encuentro
razon para que lo extrañes...

ROSA. (Asustada.)
¡Qué! ¿sabes algo?

PERICO. No. Pero
el año ha sido muy malo...
Hay aves de mal agüero
por estos contornos...

ROSA. ¡Calla!
qué pensamientos tan negros
tienes esta noche.

PERICO. Digo
la verdad. No me arrepiento.
(Á Juan.)
Ya vió usted que don Santiago
ni quiso ariesgar su cuerpo
ni las alforjas.

JUAN. ¡Temores
de avaro!

PERICO. ¡Vaya, no apruebo
eso de andar por el monte
á estas horas!... (Prepararemos
el campo.)

JUAN. (Con desden.)
¡Bah!

PERICO. El caserío
está en despoblado, y luégo...

ROSA. No eres poco caviloso.

PERICO. (Porque conviene.)

JUAN. (Riéndose.) En efecto.

PERICO. En fin, dicen que el cariño
tiene los ojos de aumento.
Perdone usted mi cuidado...

JUAN. ¿Que eso digas? Lo celebro.

PERICO. Mi intencion ha sido buena...

ROSA. ¡Jesus! De seguro sueño
con ladrones.

PERICO. No te acuestes.
Bien fácil es el remedio.

ROSA. Por no escucharte me marcho.

PERICO. (Á Juan con ansiedad.)
¿Y usted tambien?

JUAN. (Sentándose.) No, me quedo.

PERICO. (¡Malhaya, amén, mi fortuna!
No sé qué hacer...)

ROSA. Voy corriendo
á encender lumbre, no quiera
tomar algo el forastero.
Ya vendrán pronto...

JUAN. Pues anda.

ESCENA IV.

PERICO y JUAN.

JUAN. ¿Lo ves? Conseguí mi objeto.
¿No observaste qué de prisa,

apénas arrugué el ceño,
el bergante de Fernando
tomó las de Villadiego?
¡Es que estaba decidido!
Si no se larga, le meto
una bala en la cabeza.

PERICO. Pues con franqueza, lamento
que se haya marchado...

JUAN. (Riéndose.) ¡Ah, pillo!

PERICO. ¡Tengo un horror á ese neo!...

JUAN. Me temo que mi padrino
haya sabido el suceso,
porque estuvo en la comida
tan despegadote y seco...
Mas ya templará su enojo.

PERICO. Por de pronto, nos veremos
libres de aquel monaguillo.

JUAN. Y de sus muchos enredos.

PERICO. Dice usted bien.

JUAN. ¡Vaya al diablo!

PERICO. Así, sin ningun recelo,
sin que nadie me lo impida,
podré seguir aprendiendo.
Usted me dará más libros.
¿No es verdad que sí?

JUAN. Sospecho
que serán pocos, muy pocos
los que hayan salido ilesos
del *auto de fe*...

PERICO. ¡Malhaya!...

JUAN. Pero en fin, los buscaremos.

PERICO. ¡Gracias, señor!...

JUAN. Es preciso
hacer el último esfuerzo
para romper las cadenas

del despotismo grosero.
Miéntras que no se ilumine
la razon de todo el pueblo,
no puede haber en España
ni libertad ni progreso.

PERICO. Dice usted bien. ¡Fuera trabas
y fuera mentiras! Puesto
que para los hombres todo
pasa y termina en muriendo,
y es cosa que está probada
que no hay castigo ni premio...

JUAN. (Interrumpiéndole.)
¿Eh?...

PERICO. ¡Nada! Estoy decidido.
¡Á gozar y hacer dinero!

JUAN. Hazlo honradamente...

PERICO. ¡Toma!
lo que importa, en mi concepto,
es adquirirlo...

JUAN. (Con severidad.) Es ganarlo.

PERICO. Sin que peligre el pescuezo.

JUAN. Perico, tú eres muy bruto,
y ya casi me arrepiento
de haber querido enseñarte.

PERICO. ¿Por qué?

JUAN. Por sándio y por terco.
Te he dicho distintas veces,
y hoy lo repito de nuevo,
que el hombre tan sólo es libre
á condicion de ser bueno.
La razon humana puede
tanto, tan grande es su imperio,
que para ser hombre honrado
basta sólo querer serlo.
¡Desdichada criatura

la que no tiene más freno
que el temor, siempre inseguro,
de las penas del infierno!
Hay una moral que engendra
nuestro propio sentimiento;
moral puramente humana...

PERICO. (Con desden.)
¡Qué moral ni qué ciruelo!
Pues si á pesar del castigo
que nos anuncian los clérigos,
andan las gentes y el mundo
como usted y yo sabemos,
cuando hayan perdido todos
la religion y el respeto,
¿habrán de hacer por sí mismos
lo que obligados no hicieron?
¡Cá! No, señor. ¡Esa es grilla!
No me venga usted con eso.
El que más pone, más pierde,
y lo que es yo...

JUAN. (Interrumpiéndole.)
¡Majadero!
¿Y la razon? ¿Dónde hay guía
más seguro?

PERICO. (Con intencion.)
¡Ya! Me acuerdo
de una ocasion en que fuimos
varios mozos de bureo.
Á la sombra de una encina
formamos corro contentos
y alegres. Hicimos lumbre,
aliñamos un cordero,
y como buenos amigos
nos pusimos á comerlo.
—¡Qué duro está!—exclamó el uno:—

y otro contestó:—No es cierto;
si parece una manteca.—
—Tendrás los dientes de perro;—
dijo otro: y añadió un cuarto:
—Quien diga que no está tierno,
miente y remiente.—Y entónces
se armó tal pronunciamiento,
que ya la funcion dichosa
fué una merienda de negros.
—¡No está duro!—¡Sí está duro!
—¡Toma!—¡Daca!—Y anduvieron
los cacharros por los aires,
los valientes por los suelos;
y no sacamos en limpio,
ni á costa de nuestros huesos,
qué tal estaba el guisado.
¡Y lo estábamos comiendo!
que la razon...

JUAN. (Interrumpiéndole.)
No me gusta
tu modo de hablar, y observo
que tienes malas entrañas.

PERICO. ¡Ah! no, señor, no las tengo.
He pasado muchas hambres,
he sufrido mil desprecios,
he trabajado lo mismo
que el borrico de un yesero;
pero todas mis desdichas
las soportaba en silencio,
hasta que usted y sus libros
abrir los ojos me han hecho.
Ya no sufro más, ¡caramba!
¡ya no sufro más!

JUAN. No creo...

PERICO. Y puesto que es esta vida

el solo bien que tenemos,
¡á gozar de ella!

JUAN. Repara...

PERICO. (Animándose.)
Todo es inútil: no cejo.

JUAN. (Riéndose.)
¡Ilusiones! ¡Tonterías!
No lo extraño. Estabas ciego,
y al herirte de repente
la luz, turbó tu cerebro.
El pueblo, que es ignorante,
que está en tinieblas envuelto,
¡cuán rápidamente pasa
desde un extremo al opuesto!

PERICO. Es decir...

JUAN. Dentro de un poco
más claramente irás viendo,
hasta que al cabo consigas
ordenar tus pensamientos.
Y adios. Esperar quisiera,
pero á mi pesar me duermo,
y voy á ver si estudiando
logro entretener el sueño.
Avísame en cuanto lleguen,
porque dando al otro extremo
de la casa el cuarto mio,
me es imposible saberlo.

PERICO. ¡Si duerme usted donde Cristo
dió las tres voces! Y...

JUAN. Vuelvo
á encargarte que me avises.

PERICO. Vaya usted tranquilo: harélo.

ESCENA V.

PERICO, con la mayor agitacion.

¡Gracias á Dios que me dejan
á mis anchas! ¡Acabemos!
—Deseaba que saliesen,
y temía al mismo tiempo
que se marcharan. ¡Qué extraña
incertidumbre! No quiero
y quiero. ¡Dentro de mí
hay otro yo! ¿Será el miedo?
(Avanzando.)
¡Adelante! Ante ese armario
que me está incitando, siento
arder la sangre en mis venas
y erizárseme el cabello.

(Avanzando todavía más, despues de un momento de reflexion.)

¡Valor!... El plan es seguro.
Cuando el galan esté dentro,
alarmo á todos, acuden
á mis gritos, yo le dejo
escapar, ven una sombra...
y por no ser descubiertos,
ella y él tendrán cuidado
de callar... ¡Ánimo! Cierro
(Dirigiéndose á la puerta de entrada.)
la puerta no me sorprendan,
que hace poco estuve expuesto...

(Despues de haber cerrado, saca del bolsillo de su chaqueta una navaja, y se dirige resueltamente al armario.)

Ya por aquí estoy tranquilo.
Solo estoy... (Vacilando.) Y ¿qué?... Me temo
á mí mismo. ¡Si pudiera
dar el avance, y no verlo!...
Mas ¿por qué dudo?

(Se arroja precipitadamente y fuera de sí sobre el armario, procurando forzar la cerradura con la hoja de su navaja; pero de pronto se detiene espantado.)

¿Yo, un robo?...

(Volviendo de nuevo y con redoblado ardor á su faena.)

¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡bah! No es su dueño
ningun santo. ¡Un prestamista!...
Dice un antiguo proverbio:
«*Quien roba á un ladron...*» Ya cede
el pestillo...

(Abre ávidamente las puertas del armario, y se lanza como un loco sobre las alforjas, registrándolas con mano trémula é insegura, hasta que al fin, por medio de una transicion violenta, cierra la puerta de golpe, retrocede y dice:)

¡No! ¡No puedo!
Cuarenta años de honradez
perdidos... ¿Qué estoy diciendo?
(Animándose otra vez.)
¡Cuarenta años de miseria
y á la esclavitud sujeto!
¿Qué aguardo? ¿No viven otros
tan orondos y tan huecos
á pesar de sus usuras,
latrocinios y adulterios?
«La propiedad es un robo,»
dice el libro... ¡Pues robemos!
Si hay Dios, que venga y lo impida.

(En el momento de aproximarse al armario, Fernando se asoma por entre los hierros del balcon, disponiéndose á saltar.)

ESCENA VI.

PERICO y FERNANDO.

FERNANDO. (Penetrando.)
¡Perico aquí? Salto y entro.
PERICO. (Volviéndose sobresaltado al oir el golpe.)
Ah!
FERNANDO. ¿Te has asustado?
PERICO. ¡Toma!
Si entra usted como un espectro.
¡Tan de sopeton!
FERNANDO. ¿Qué quieres?
el balcon estaba abierto....
¿Y tus amos?
PERICO. Han salido.
FERNANDO. ¿Adónde?
PERICO. Á dar un paseo.
FERNANDO. ¡Á estas horas! Pues creia
que estuviesen ya durmiendo.
Por eso he venido...
PERICO. (Con inquietud.) (Vamos
á cuentas, Perico, que esto
es grave. Cierro la puerta
para no ser descubierto,
y cuando estoy más seguro,
cuando por todo atropello,
este hombre...)
FERNANDO. (Observándole.) Pero ¿qué tienes?
PERICO. (Temeroso.)
(¿Será un aviso del cielo?)

Nada.

FERNANDO. Pues si te has quedado
como una estatua de yeso,
descolorido é inmóvil
al verme entrar...

PERICO. No lo niego.
El susto...

FERNANDO. ¡Pobre muchacho!
Mas no perdamos el tiempo;
y ya que no están en casa,
la ocasion aprovechemos.
¿En dónde podré ocultarme?
Tú me dirás...

PERICO. (Con solemnidad.)
Un momento.
¿Lo ha pensado usted?

FERNANDO. De sobra;
y estoy resuelto...

PERICO. ¿Resuelto
á hacer una picardía?

FERNANDO. Á realizar mis deseos.

PERICO. ¿Y la amistad?

FERNANDO. No se trata
de la amistad.

PERICO. ¿Y el afecto
que en esta casa le tienen?

FERNANDO. Lo primero es lo primero.

PERICO. ¿Y Dios?

FERNANDO. Mira, no te canses
ni prediques en desierto.
El hombre que no utiliza
las circunstancias, es necio
y tonto de capirote.

PERICO. (Con resolucion.)
¿Sí? Pues admito el consejo.

FERNANDO. Pero los momentos pasan
y me parece indiscreto
estar con tanto descuido
cuando pueden sorprendernos.
¿En dónde me oculto?

PERICO. (Abriendo la puerta del cuarto disimulado en la pared.)
En este
escondite.

FERNANDO. ¿Y no habrá riesgo?

PERICO. Ni por asomo. La puerta,
como ve usted, es de hierro
y son tan fuertes los muros,
que si usted tiene un acceso
de tos, ó mueve algun ruido,
no percibirán...

FERNANDO. (Alegremente.) ¡Soberbio!
Aquí me escondo.
(Entrando en el escondite.)

PERICO. (Cerrando la puerta de golpe.)
Pues buena
fortuna.

ESCENA VII.

PERICO, dirigiéndose precipitadamente al armario, con decision y energía.

¡Soy un zopenco!
¿Ha de ser más atrevido
que yo?... Mis temores venzo.
¡Fuera escrúpulos!
(Abriendo el armario y guardándose avidamente los cartuchos de onzas en los bolsillos de la chaqueta.)

¡Este oro
es mio! Con él me quedo.
El hombre que no utiliza
las circunstancias, es necio.
No, no lo seré. ¡Adelante!
¡Don Fernando es mi maestro!
Lo que los libros afirman,
él prueba con el ejemplo.

(Despues de haberse guardado los cartuchos y cerrado el armario, se dirige á abrir la puerta de la habitacion.)

Abramos... ¿No estoy temblando?
¡Tonto de mí! ¿Por qué tiemblo?
Los dos somos del oficio.
Él de honras; yo de dinero.
¿Por qué me apuro? Ladron
por ladron, yo lo soy ménos.

ESCENA VIII.

PERICO, trémulo y turbado, haciendo esfuerzos para disimular su agitacion, D. ANTERO.

PERICO. (Con voz ronca, prestando atencion, como si oyese pasos.)
Quién va?

ANTERO. (Entrando.) Yo soy. ¿Te parece
bien lo que haces?

PERICO. (Confundido y aterrado.)
Qué...?

ANTERO. Te advierto
que tomaré mis medidas

PERICO. (Con la mayor agitacion.)
(¡Perdido estoy sin remedio!)

ANTERO. ¿Es regular que á estas horas
contra mi mandato expreso,
esté sin cerrar la puerta
del parque?

PERICO. (Recobrando su tranquilidad.)
(¡Respiro!) Cierto...
Perdone usted, me he olvidado...

ANTERO. Por hoy la falta dispenso.

PERICO. (¡Qué cobarde es el delito!)

ANTERO. Pero si ocurre...

PERICO. Prometo
no descuidarme otro dia.
Ni sé cómo...

ANTERO. Así lo espero.
¿Está en casa el señorito
Juan?

PERICO. En su cuarto leyendo.

ANTERO. Dile que venga.

PERICO. En seguida.
(No sé qué inquietudes llevo.)

ANTERO. No tardes.

PERICO. (Marchándose.) (Por lo que pueda
pasar estaré en acecho.)

ESCENA IX.

D. ANTERO, inquieto.

Sentándose.

¡No más! ¡No más! Sufro mucho,
y ya la razon me sobra
para acallar la zozobra

conque hace seis horas lucho.
Horas sin fin que maldigo
de incertidumbre y mareo;
horas ¡ay! que no deseo
ni á mi mayor enemigo.
¿Qué quiere dar á entender
en esta carta Fernando?
(Sacándola del bolsillo y leyéndola con detencion reflexiva.)
«Puesto que estoy estorbando,
me voy para no volver...»
—Estorbar... ¿Y á quién?... Se abrasa
mi frente.—¿Qué ha sucedido?
(Leyendo.)
«Siento no haberlo sabido
por el dueño de la casa.
Pudo usted hablarme á solas
sin el temor de un desman,
y evitar al pobre Juan
la farsa de las pistolas.
Este proceder quizás
hubiera sido más digno.
Mas ¡paciencia! Me resigno:
no soy yo quien pierde más.
Ni me quejo ni me espanto;
está conocido el juego.
De seguro siendo ciego
no hubiera *estorbado* tanto.»—
¿Qué es esto? ¿Qué puede haber
aquí? No sé... No comprendo...
Digo mal: ¡lo estoy leyendo
y no quiero comprender!
¿Será que ese tarambana
de Juan, perdido el respeto,
se atreva?... Me trae inquieto
el lance de la ventana.

Su incrédulo desenfado
en contra suya previene.
Y esas ideas... (Reflexionando.)
Conviene
apartarle de mi lado.
La edad le corregirá,
sinceramente lo espero;
pero entre tanto no quiero
tenerle cerca... (Viéndole aparecer.)
Aquí está.

ESCENA X.

D. ANTERO, JUAN.

JUAN. (Entrando.)
(¿Qué me querrá?) ¡Bien venido!
Tantas horas al sereno...
ANTERO. (Friamente.)
¿Y qué importa?
JUAN. (Cariñosamente.) Eso no es bueno.
ANTERO. (En el mismo tono.)
Viejo soy; harto he vivido.
JUAN. No; pues no me satisfago
con eso.—¿Dónde está Irene?—
ANTERO. (Receloso.)
(Su primer pregunta...) Viene
ahí detrás con don Santiago.
JUAN. ¡Ah! Si es así, nada digo.
ANTERO. (Con gravedad.)
Ya que he llegado el primero,
sentémonos, porque quiero

hablar á solas contigo.

JUAN. (Sorprendido.)
¿Conmigo? No sé qué asunto
puede haber...

ANTERO. (Severamente.) Sólo te toca
contestar.

JUAN. (Picado.) Coso mi boca,
y pregunte usted.

ANTERO. Pregunto.
¿Por qué has roto la amistad
que te ligaba á Fernando?

JUAN. (Con ira.)
Ya sospechaba!...

ANTERO. Te mando
que me digas la verdad.

JUAN. (Ofendido.)
Bien puede usted suprimir
ese mandato.

ANTERO. (Irritándose.) Sostengo
lo dicho.

JUAN. Es que yo no tengo
la costumbre de mentir.

ANTERO. (Reprimiéndose con dificultad.)
Por Cristo!...

JUAN. (Alterado.) Siempre ha de haber
un chismoso entrometido...

ANTERO. Qué causas han influido.
en tu grave proceder?

JUAN. Se extraña usted de que salde
mis cuentas con él? Pues sepa
usted que doy esa plepa,
si hay quien la quiera, de balde.

ANTERO. ¿De qué le acusas?

JUAN. ¿De qué?
¿Por qué no he de ser sincero?

De hipócrita, de embustero,
sin corazon y sin fé.
No sabe usted bajo el manto
de su humildad lo que encierra.
¡Si es capaz de dar en tierra
con la paciencia de un santo!
Siempre astuto y fementido
no hay hecho que no comente,
discordia que no acreciente,
ni expresion que dé al olvido.
Y con estudio profundo
finge ser como una malva,
para vivir á mansalva
sin que le desprecie el mundo.
Es, en fin, un impostor
que va á su asunto derecho,
dándose golpes de pecho
para engañarnos mejor.
Uno de tantos bribones
como en todas las edades
deshonran las sociedades
y explotan las religiones.
Enemigos de la luz,
perdone usted el vocablo,
á quienes sorprende el diablo
siempre detrás de la cruz.

ANTERO. (Secamente.)
¿Y qué?

JUAN. ¿No hay causa sobrada?...

ANTERO. Hace rato que te escucho
y has hablado mucho, ¡mucho!
para no decirme nada.
No estamos averiguando
si es por cálculo devoto.
Te pregunto por qué has roto

tu relacion con Fernando.

JUAN. No basta lo dicho?

ANTERO. No.

JUAN. ¿Ni haber lanzado á la hoguera
mis libros?

ANTERO. Su deber era,
porque lo dispuse yo;
órden expresa le dí...

JUAN. Cierto. Pero me parece...

ANTERO. ¿Por qué, si el hecho te escuece,
no te has vuelto contra mí?

JUAN. Y eso dice usted, padrino?
¿Me juzga usted tan villano?

ANTERO. (Con severidad.)
¿Qué vale el respeto humano
para quien rompe el divino?
Ménos que nada.

JUAN. (Amargamente.) ¡Es cruel
lo que usted dice!

ANTERO. (Ásperamente.) Contesta
sin más rodeos.—¿Es esta
la queja que tienes de él?—

JUAN. Recuerde usted la cuestion
que armó,—ya que á cuento viene—
porque quise dar á Irene
un ramo por el balcon...

ANTERO. (Interrumpiéndole, fuera de sí.)
¡Ira de Dios! ¡Y aún querrás
disculparte?

JUAN. ¡Es un malvado!

ANTERO. (Con creciente ira.)
¿Es decir que te ha agraviado
su perspicacia quizás?

JUAN. Su mirada aviesa y torva
que está siempre...

ANTERO. No concluyas.
¿Qué intenciones son las tuyas
cuando un amigo te estorba?
JUAN. Si usted juzga mis acciones
de ese modo...
ANTERO. ¡Calla, calla!
Si no reconocen valla
tus vicios ni tus pasiones;
si tu loco frenesí
á ningun respeto cede...
JUAN. Pero atienda usted...
ANTERO. ¿Quién puede
estar seguro de tí?
JUAN. Se altera usted sin razon.
ANTERO. Sé muy bien lo que me digo.
Vas á escribir á tu amigo...
JUAN. (Alterado.)
¡Yo!
ANTERO. Y á pedirle perdon.
Pronto verás como allano
soberbia tan excesiva.
Le escribirás.
JUAN. (Con indignacion.)
¿Que le escriba?
¡Ántes me corto la mano!
ANTERO. ¿Rechazas mi autoridad?
JUAN. No me queda otro camino.
Mi vida es de usted, padrino;
pero no mi dignidad.
Mándeme usted...
ANTERO. (Lleno de cólera.) ¡Qué osadía!
Esto el límite traspasa,
y no tolero en mi casa
más voluntad que la mia.
JUAN. Siento mucho...

ANTERO. ¡Nada más!
Toda observacion es vana.
Mañana mismo, mañana
á Paris regresarás.

JUAN. Repare usted...

ANTERO. ¡Basta, digo!
Y mi proteccion no pierdes,
porque quiero que recuerdes
lo ingrato que eres conmigo.

JUAN. (Desesperado.)
Si es por eso, la rechazo;
porque es público y notorio...

ESCENA XI.

D. ANTERO, JUAN, IRENE, D. SANTIAGO.

SANTIAGO. (Entrando con Irene.)
Aquí está don Juan Tenorio
con su conquista del brazo.

ANTERO. (Á Juan.)
(¡Silencio!)

IRENE. (En tono de burla.)
Señor galan,
es usted poco discreto.

SANTIAGO. Yo soy un hombre que espeto
la verdad al Preste Juan.

IRENE. Es que escucha mi marido:
usted en nada repara...

SANTIAGO. ¡Bravo; bien!
(Riéndose y observando á D. Antero.)
Jesus, qué cara!

Puede que te hayas creido...
Pero juzgarás muy mal
si piensas...

ANTERO. (Suavizando la expresion de su fisonomía.)
¡Qué disparate!
Ya estás fuera de combate,
desdichado carcamal.

SANTIAGO. (Picado.)
¡Hombre, no tanto! Sé yo
de muchas... Pero no quiero.

ANTERO. Que buscarán tu dinero.

SANTIAGO. Y mi cariño...

ANTERO. ¡Eso no!
Si ya no estás de recibo.

SANTIAGO. (Alegremente.)
¡Cómo te burlas de mí!
Juan, ¿qué te parece?...

JUAN. (Distraido.) Sí.

SANTIAGO. (Observándole.)
Grave estás y pensativo.
¿Qué pasa?

JUAN. (Ásperamente.)
¿Qué ha de pasar?

SANTIAGO. ¡Vaya una cara de palo!
¿Estás malo?

JUAN. (Con violento disgusto.)
No estoy malo,
ni tengo ganas de hablar.

SANTIAGO. (Esta criatura embiste
como un novillo.) Perdona.

ANTERO. Mañana nos abandona
y es natural que esté triste.

IRENE. ¿Se va?... (Sorprendida.)

SANTIAGO. Dejar el pais
así tan de pronto, cuando

apénas...

ANTERO. Le están llamando
las clínicas de Paris.
La humanidad que padece
exige...

IRENE. (Inquieta.)
(¿Qué ha sucedido
aquí?...)

ANTERO. Ya está decidido.

SANTIAGO. (Á Juan.)
¿Y eso, chico, te entristece?

JUAN. (Siempre ásperamente.)
¿Y quién dice?...

SANTIAGO. Si á mi ver,
Paris en su centro encierra
cuantos goces en la tierra
puede el hombre apetecer.
Verdad es que cuesta caro...
Mas ya tu temor infiero.
¿Llevas poco trigo?

(Acercándose á Antero con tono suplicante. Durante este diálogo Irene se aproxima á Juan y hablan en voz baja, dando frente al armario.)

¡Antero,
por Dios! No seas avaro.
¡Cómo ha de pasar el chico...

ANTERO. (Sorprendido.)
¡Hombre! Tu lengua reporta.

SANTIAGO. (Insistiendo.)
Si estás sin fondos, no importa.
Doscientas onzas y pico
hay en ese armario...

ANTERO. (Incomodado.) Siento
mucho...

SANTIAGO. Tu aprension me enfada.

Esto entre amigos no es nada;
me das un doce por ciento...

ANTERO. (De mal humor, sin apartar la vista de Juan é Irene.)
Ni busco ni solicito
dinero...

SANTIAGO. En momentos graves,
mi bolsa es tuya, ya sabes...

ANTERO. (Irónicamente.)
¡Mil gracias!

SANTIAGO. (Con dignidad cómica.)
No las admito.

ANTERO. (Inquieto.)
(¡Cuánto hablan! Es necesario
saber...)

SANTIAGO. (Observando á Juan, que de vez en cuando, por la posicion que ocupa, fija sus ojos distraidamente en el armario.)
¿No ves? ¡Pobre Juan!
Aunque calla, se le van
los ojos tras el armario.
(Acercándose á él y tocándole en el hombro con aire de maliciosa proteccion.)
¿Eh? Si echáramos la red
barredera, ¡qué algazara!
Otro gallo te cantara...

JUAN. (Separándose de él rudamente y volviéndole las espaldas.)
¿Y á mí qué me cuenta usted?

SANTIAGO. (Confuso y paralizado.)
(¡No está poco zahareño
el niño!...) Tanto te excedes,
que...

JUAN. (Sin hacerle caso.)
Con permiso de ustedes
me retiro. Tengo sueño.
Muy buenas noches.—Adios,
Irene.—

ESCENA XII.

D. ANTERO, IRENE, D. SANTIAGO

SANTIAGO. (Sorprendido.)
¿Estará borracho?
Es que gasta este muchacho
un genio, que acá *inter nos*,
parece de mal indicio.
Esa inquietud que le agita...
Algo prepara y medita
que le tiene vuelto el juicio.

ANTERO. ¿Qué eso digas? Es adusto,
y luego...

SANTIAGO. (Receloso.) ¡Disculpa vana!

ANTERO. Como se marcha mañana,
es natural su disgusto.

IRENE. Pero ¿es cierto que se va?

ANTERO. (Con intencion.)
¿Y lo dudas todavía?
Ya te habrá dicho...

IRENE. (Dudosa.) Creia...

SANTIAGO. Bien puede quedarse allá.

IRENE. Aún le guarda usted rencor
por lo visto...

SANTIAGO. No le guardo
ninguno. ¡Pero es un cardo!...

IRENE. Como está de mal humor...

SANTIAGO. ¿Y suele darle á menudo
ese esplin?

IRENE. Cada vez ménos.

Además tiene muy buenos
instintos...

SANTIAGO. (Receloso.) ¡Casi lo dudo!
Llevo en el alma una espina.

ANTERO. ¡Vaya una extraña sospecha!

SANTIAGO. Ya verás como aprovecha
los cursos de medicina
en Paris.

ANTERO. ¡Qué necedad!
No apadrines la ignorancia.

SANTIAGO. ¡Buena está en Paris de Francia
la dichosa facultad!
Esa escuela es un abismo
del cual, segun mi Fernando,
salen los muchachos dando
vivas al *materialismo*.
Si esto se enseña en las aulas,
temo que dentro de poco,
para tanto y tanto loco
no haya suficientes jaulas.

ANTERO. Opuesta á la autoridad
la juventud soñadora,
con la sed que la devora
de progreso y libertad,
corre aturdida y sin tino
por ese carril extraño;
mas cuando palpe su engaño,
se detendrá en su camino.

SANTIAGO. ¡Detenerse en su jornada!...

ANTERO. ¿Quién lo duda? estoy seguro.
Su amor acendrado y puro
á la libertad sagrada,
ese vivo amor que hoy mismo
su razon turba y marea,
la detendrá cuando vea

todo el horror del abismo.
No lo dudo, porque sé
que comprenderá algun dia
que sólo la tiranía
arraiga en pueblos sin fé.
—Si hoy corren ciegos en pos
del error, ten entendido
que como el ave á su nido
ellos volverán á Dios.—

SANTIAGO. ¡Lo dudo!

IRENE. No han de volver?
Yo de estas cosas no entiendo;
pero me lo está diciendo
mi corazon de mujer.

SANTIAGO. Segun lo que me ha contado
mi chico, es vana porfía
la de intentar...

IRENE. Algun dia
ellos tomarán estado.
Y cuando en su honrado hogar
vean que alegre y risueña
su pobre mujer enseña
á sus hijos á rezar...

SANTIAGO. Con sonrisa temeraria
turbarán...

IRENE. ¡Qué insensatez!
Yo sé que más de una vez
terminarán la plegaria.

SANTIAGO. Podrá ser. ¿Á que me canso
en polémicas ociosas?
—Además que en estas cosas
hablo por boca de ganso.—
Mi hijo Fernando, que sabe
más que Merlin, asegura
que no es posible hallar cura

á una dolencia tan grave.

ANTERO. ¡Ya!

SANTIAGO. Por mucho que te rias,
no quisiera, amigo Antero,
que tuviese mi heredero
tan perversas teorías.

ANTERO. (En tono de burla.)
¿Receloso de un desman?

SANTIAGO. Cierto.

ANTERO. (En el mismo tono.)
Quizás me condenes,
porque dejo de mis bienes
una buena parte á Juan.
Mas ¿quién teme y se acobarda
por eso?

SANTIAGO. (Con aire incrédulo.)
Tendrás razon...

ANTERO. Contra una mala intencion
tengo un ángel que me guarda.
(Señalando cariñosamente á Irene.)

IRENE. (Riéndose..)
¡Gracias!... Mas no es menester.
¡Pobre Juan!
(A D. Santiago.) Bien se conoce
que usted...

SANTIAGO. (Mirando al reloj.)
¡Caramba! las doce.
¡Y yo que al anochecer
suelo meterme en la cama!...
¡Voyme á dormir! Cierro el pico.

ANTERO. Que te acompañe Perico
á tu cuarto...

ESCENA XIII.

DICHOS, PERICO, que entra apresuradamente.

PERICO. (Impaciente.) ¿Usted me llama?
IRENE. ¿De dónde sales? (Sorprendida.)
ANTERO. (Tambien sorprendido.)
Pero ¡hombre!...
PERICO. (¡El temor me tiene alerta!)
Al pasar por esa puerta
oí pronunciar mi nombre,
y como es tan tarde...
SANTIAGO. ¡Ya!
El sueño te vencería,
y venías...
PERICO. (Confuso.) Sí, venía
á saber...
SANTIAGO. ¡Pues claro está!
Te parece que ya es hora
de acostarse y de dormir.
—¡Y yo que quiero partir
mañana al rayar la aurora!...
ANTERO. Será muy difícil...
SANTIAGO. Harto
lo sé...
ANTERO. Ni juzgo que debas...
SANTIAGO. (A Perico.)
Mira, por si acaso, llevas
las alforjas á mi cuarto.
PERICO. (Espantado.)
(¡Ah! No sé lo que me pasa!)

SANTIAGO. Porque si al fin me decido,
quiero marcharme sin ruido
ni revolveros la casa.

IRENE. Lo que es por eso...

SANTIAGO. ¿Quién sabe
lo que haré?

PERICO. (Sin poder apénas dominar su agitacion.)
(Pierdo mi aplomo.
¡Me falta el aliento!...)

ANTERO. (A Santiago.) Como
gustes. (A Irene.) ¿Dónde está la llave?

IRENE. Tómala. (Dándosela.)

PERICO. (Apoyándose en la pared.)
(¡Me estoy ahogando!)

SANTIAGO. Puede ser que me resuelva...

(D. Antero se dirige hácia el armario; pero se detiene de pronto. Este momento es de terrible angustia para Perico. El actor necesita hacer profundo estudio para expresar todo cuanto pasa por él sin que le venda á los ojos de los demás la violencia comprimida de su creciente agitacion.)

ANTERO. Pero ¿cómo?... Hasta que vuelva
con el caballo Fernando...

SANTIAGO. Dices bien.

ANTERO. No hay que pensar
en ello.—Por otra parte,
tampoco debes marcharte
hasta despues de almorzar.—

SANTIAGO. Y llego á Buitrago, frito.

IRENE. Se marcha usted á la puesta
de sol...

ANTERO. Es verdad.

PERICO. (Recobrando difícilmente su tranquilidad.)
(¡Más cuesta
de lo que vale el delito!)

SANTIAGO. No está mal. Pero es el caso
que aunque quisiera, no puedo...

PERICO. (Creí envejecer de miedo.
¡No más! Salgamos del paso.)
SANTIAGO. Ya lo pensaré en la cama.
PERICO. (Impaciente.)
¡Vamos!
SANTIAGO. El sueño me acosa.
IRENE. Pues buenas noches.
ANTERO. (Á Perico.) Dí á Rosa
que quiere acostarse tu ama.
Házla venir.
IRENE. No te olvides.
PERICO. (Acompañando á D. Santiago.)
(¡Por fin, salí del aprieto!)

ESCENA XIV.

IRENE, D. ANTERO

IRENE. Sabes que acato y respeto
cuanto mandas y decides.
Mas ¿qué razon de importancia
verdadera, te precisa
á disponer tan de prisa,
la vuelta de Juan á Francia?
¿Por qué con el pobre estás
tan áspero y tan severo?
ANTERO. (Inquietándose.)
Porque es justo, porque quiero,
y no me preguntes más.
IRENE. (Insistiendo.)
Me extraña tanto rigor,
y es posible que te excedas...

ANTERO. (Cada vez más alterado y receloso.)
Si me estimas, no intercedas
por él. ¡Es mucho mejor!

IRENE. (Sin sospechar.)
Es que está desesperado,
y me parece un capricho...

ANTERO. (Fuera de sí.)
Irene, lo dicho, dicho.
No quiero ser contrariado.

IRENE. (Riéndose.)
Por más que arrugues el gesto,
difícil es que me niegues...

ANTERO. Cuanto más pidas y ruegues,
me hallarás ménos dispuesto.

IRENE. Pues no alcanzo la razon...

ANTERO. Yo, sí, y ¡basta!

ESCENA XV.

DICHOS, ROSA.

ROSA. (Entrando.) ¿Señorita?

IRENE. (Seria.)
Esa frase necesita
y exige una explicacion.

ANTERO. No te concedo el derecho
de convertirte en mi juez.
—Hoy por la postrera vez
duerme Juan bajo mi techo.—
Mi decision es formal.

IRENE. Pero...

ANTERO. (Marchándose ásperamente.)
¡Cesa en tu porfía!

ESCENA XVI

IRENE, ROSA

ROSA. (Maliciosamente.)
¡Nada! Lo que yo temía...
¡No hay cosa más natural!

IRENE. (Pensativa.)
¡Jesus! Vaya un arrebato...
¿Y por qué?

ROSA. ¡Ya está entendido!
Porque el amo ha conocido
donde le aprieta el zapato.
(Sin darse cuenta de lo que oye.)

IRENE. No comprendo...

ROSA. La verdad:
son muy justos sus temores.
Tantos ramitos de flores,
tanta y tanta intimidad,
motivos sobrados son
para que piense...

IRENE. (Comprendiendo.) ¡Refrena
tu lengua...

ROSA. ¡Y usted, tan buena
sin comprender su intencion!...

IRENE. (Cada vez más maravillada.)
¡Cómo! Recela de Juan
mi esposo?...

ROSA. No sin motivo.
¡Siempre está tan persuasivo
con usted y tan galan!

IRENE. Siendo lo que son los dos
piensan con tan mal consejo?

ROSA. (Con resolucion.)
Que no hará caso de un viejo
quien hace burla de Dios!

IRENE. ¡Calla! Que me causa enojos
tu insolencia.—Seré esclava
de mi deber.—Ciega estaba
y me has abierto los ojos.

ROSA. No son aprensiones mias...

IRENE. Sé que Juan es inocente;
pero es justo y conveniente
evitar habladurías.
Ya no debo vacilar:
que salga de España luego.
Lo que importa es el sosiego
y el respeto de mi hogar.

ROSA. Por el bien de usted lo digo,
que cuando el peligro asoma,
es bueno...

IRENE. (Con autoridad.) ¡Ya basta! Toma
la luz, y vente conmigo.

(Coge Rosa la luz y entra con Irene en la habitacion de la izquierda. El teatro queda por breves momentos solo y á oscuras. Poco despues abre Fernando sigilosamente la puerta de su escondite y entra en escena.)

ESCENA XVII.

FERNANDO, saliendo.

Cesó el rumor... Ya no hay nadie.
Ya las gentes de la casa

se han recogido. Estoy solo.
¿Qué temo? ¡Valor y audacia!
¡Qué tarde es ya! Por lo mismo
que mi impaciencia era tanta,
pensé que toda la noche
iba á estar en esa jaula.
(Acercándose á la alcoba de Irene.)
¡Ese es su cuarto! La luz
que por las rendijas pasa
me guía... (Dudando.)
¿Si estará sola?
Escucharé.
(Poniéndose al lado de la puerta y prestando atencion. Cuando más preocupado parece, óyese de pronto la campana de la quinta, que suena violentamente.)
¡La campana
de la quinta! ¡Me han vendido!...
¿Qué hacer?
(Preparando las pistolas, presa de la más horrorosa agitacion.)
¡Aquí están mis armas!

ESCENA XVIII.

FERNANDO, lleno de la mayor inquietud, al lado de la puerta de la alcoba. ROSA, saliendo con una luz que apaga Fernando de un soplo, ántes de que la criada haya podido verle.

ROSA. (Saliendo sobrecogida.)
¡Señor? ¿Qué es esto?
(Fernando apaga la luz.) ¡Ah!
FERNANDO. (Las sombras
me amparen.)

ROSA. (Fuera de sí.) ¡Jesus! Quién anda...
¡Socorro! ¡Ladrones!

FERNANDO. (Esto
se complica.)

ROSA. (Gritando.) ¡Favor!
(Fernando sujetándola por el brazo, y en voz baja y suplicante.)

FERNANDO. ¡Calla
por Dios!

ROSA. (Cada vez más angustiada.)
¡Favor!

FERNANDO. (Aturdido.) (¡No hay remedio!
Venderé mi vida cara.)

ESCENA XIX.

DICHOS, IRENE, aterrorizada.

IRENE. ¡Dios mio!... ¡Rosa!... ¿Qué ocurre?
—¡Sin luz aquí!

ROSA. (Oyéndola, y con la mayor consternacion.)
¡Que me matan!

FERNANDO. (Soltándola.)
(Aturdido estoy.
(Palpando por las paredes.)
No acierto
con el balcon.)

IRENE. (Asustada.) ¡Vírgen santa!
¡Rosa! (Llamando.)

ROSA. (Con voz ahogada.) ¡Socorro!

IRENE. (Gritando tambien.) ¡Ladrones!

FERNANDO. (Bajando la voz hasta desfigurarla.)

Irene, si aquí nos hallan,
nos perdemos para siempre
y comprometes tu fama.

(Irene dominada por el terror, cae sin sentido junto á la puerta del fondo al oir las palabras de Fernando.)

ESCENA XX.

D. ANTERO, á medio vestir, en la mayor agitacion; IRENE, desmayada; ROSA, sobrecogida de espanto; D. Antero, tropieza al entrar en el cuerpo de Irene, se inclina para reconocerla, y exclama horrorizado:

ANTERO. ¡Muerta! ¡Muerta!
FERNANDO. (Si encontrase
la salida...)
ROSA. (Huyendo.) ¡Quién me ampara!
¡Ladrones!

ESCENA XXI.

D. ANTERO, IRENE, FERNANDO, buscando la salida del balcon.

ANTERO. (Inclinado sobre el cuerpo de Irene.)
¡Esposa mia!

(Fernando tropieza en un mueble, se aparta y va á dar en el sitio en que está D. Antero, el cual le detiene diciendo:

¿Quién anda aquí?... ¡No te escapas!
(Sujetándole.)
¡Ladron, asesino!

(lucha silenciosa entre Fernando y D. Antero,

en la cual toda la ventaja es del primero por las condiciones de edad y de actitud. En uno de los violentos esfuerzos que hace éste para desasirse, escapásele de la mano, y se dispara, una pistola.)

ANTERO. (Soltando á Fernando.)
¡Luces!

FERNANDO. (Apurado.)
(¡Oigo pasos!... ¡Malhadada
pistola... Gracias al diablo,
(Acertando con el balcon y saltando por él.)
que he dado con la ventana.)

ESCENA XXII.

DICHOS, IRENE, desmayada; D. Antero buscando á tientas; D. SANTIAGO, á medio vestir, que sin detenerse, corre presuroso hácia el armario, gritando como un loco; PEDRO, que entra al mismo tiempo con una luz y la escopeta.

SANTIAGO. ¡Ladrones!... ¿Y mi dinero?
¿Y mi dinero?
(Viendo que las puertas del armario se abren sin violencia y registrando las alforjas con la mayor desesperacion.)
¡Oh, desgracia!

ANTERO. (Llamando á Perico, el cual deja la luz y le ayuda á levantar á Irene.)
¡Perico, aquí!

PERICO. (Calmando su afliccion.)
¡Es un desmayo!

SANTIAGO. (Con cómico desconsuelo.)
¡No me han dejado una blanca!
Me han perdido.

ANTERO. (Cariñosamente.) Irene mia,

vuelve en tí.

IRENE. (Con voz débil.) ¡Jesus!

ANTERO. (Á Perico.) Trae agua.
Corre...

PERICO. (¡Cómo disimula!)
¡Ya voy! (Mujer más taimada!...
Finge un desmayo...)

ESCENA XXIII.

DICHOS, JUAN, poco despues PERICO con un vaso de agua.

JUAN. (Agitado.) ¡Padrino!
¿Qué sucede? Cuando estaba
en lo mejor de mi sueño...

ANTERO. (Alterado.)
Corre á ver si los alcanzas...

JUAN. ¿Á quiénes? (Sorprendido.)
(Perico vuelve con el agua, acercándose á D. Antero é Irene.)

SANTIAGO. (Compungido.) ¡Juan! Me han robado.
Hay que avisar á la Guardia
civil...

IRENE. (Volviendo en sí.)
¿Dónde estoy, Dios mio!

ANTERO. (Calmándola.)
No temas.

SANTIAGO. (En el mismo tono.)
¡Onzas de mi alma!

ANTERO. Soy yo. Tu esposo. (Á Irene.)

JUAN. ¡Por Cristo!
¿Qué es esto?

ANTERO. Quiero que vayas
en su busca.

PERICO. Será en vano.
¿Dónde estará cuando salga?
SANTIAGO. ¿Era uno solo? (Con interés.)
PERICO. Tal creo.
Yo ví cruzar un fantasma
por el jardin...
IRENE. (Reflexionando.) No, no hay duda.
JUAN. (Con resolucion á Perico.)
¡Dame la escopeta!
IRENE. (Deteniéndole.) ¡Aguarda!
Ese hombre no es un malvado
vulgar. Sus mismas palabras...
ANTERO. ¿Qué dices? (Con afan.)
IRENE. Estoy segura
de que nos conoce y trata.
PERICO. (Miren por donde se apea;
y si es...)
IRENE. Cuando acongojada
socorro á voces pedía,
él con voz trémula y baja,
que no es la voz de un bandido,
me dijo: «Si aquí nos hallan
para siempre nos perdemos
y comprometes tu fama.»
No habla un ladron de ese modo.
ANTERO. (Recapacitando.)
Cierto, y tampoco dispara
una pistola en poblado
por no producir alarma.
JUAN. (Con interés.)
¿Ha estado usted tan expuesto?
ANTERO. Dios me ha salvado por gracia
especial, que sentí el frio
de la pistola en mi cara.
PERICO. (No me llega la camisa

al cuerpo.)

SANTIAGO. (Ardorosamente, paseándose á largos pasos por la habitacion.)
¡Claro! Aquí hay trampa.
No andará el ladron muy léjos.
Ninguna persona extraña
sabía que en el armario
mis pobres onzas se hallaban.
Esto indica... ¡Una pistola!
(Tropezando con la pistola del suelo y cogiéndola.)

ANTERO. (Con ansiedad.)
¡Dame! Tal vez nos dé traza...
(Reconociéndola, y con el mayor asombro, á Juan.)
¡Es tuya!

JUAN. (Sobrecogido.) ¡Mia!

SANTIAGO. (Espantado.) ¡De Juan!

IRENE. (Horrorizada.)
¡Tuya!

PERICO. (¡La cuestion se enzarza!)

JUAN. (Agitado.)
Yo diré á usted!...

ANTERO. (Con indignacion difícilmente contenida.)
¡Habla pronto!

SANTIAGO. (Fuera de sí.)
Ahora comprendo sus malas
respuestas, y los ojazos
que en el armario clavaba...

ANTERO. (Dirigiéndose á Santiago con autoridad.)
¡Eh! Silencio!!... (Á Juan.) La pistola
está recien descargada
y es tuya.

JUAN. (Aturdido.) Si.

ANTERO. Y en peligro
me he visto...

SANTIAGO. ¡Miren si es ganga
la de nombrar heredero

á un muchacho sin entrañas
ni religion...

JUAN. (Fuera de sí, amenazándole.)
¡Miserable!

ANTERO. (Deteniéndole con energía.)
No es ocasion de bravatas.

JUAN. ¿No ve usted?... (Lleno de ira.)

ANTERO. ¿Que extraño tiene
que Fernando te estorbara?

JUAN. ¡Pues él ha sido! (Con vehemencia.)

SANTIAGO. ¿Qué dices?

JUAN. Yo le he prestado mis armas.

ANTERO. ¡Torpe calumnia!

JUAN. Lo juro
por la memoria sagrada
de mi madre...

SANTIAGO. ¡Mientes, mientes!

PERICO. (Lleno de indignacion.)
(¡Y esa mujer que no habla!)

JUAN. Oiga usted!

ANTERO. (Á Juan.) ¿Eran ensayos
para asaltar esta estancia
tus juegos de hoy?

JUAN. (Cada vez más aturdido.) Si no acierto...

ANTERO. Con mano traidora y falsa
has atentado á mi vida
y al respeto de mis canas...

JUAN. (Fuera de sí.)
Juro que usted se equivoca
por Dios que nos oye...

ANTERO. (Cada vez más frenético.) ¡Basta!
¡Ateo!... Dime, ¿y no sabes
con hombres de tu calaña
lo que se hace?

SANTIAGO. (Con desprecio.) Se los hecha

á presidio...

ANTERO. (Apoderándose de la escopeta de Perico, y apuntándole, lleno de cólera.)

¡Se los mata!

PERICO. (Sin poder contenerse, interponiéndose y sujetando á don Antero.)

¡Eso nunca!

SANTIAGO. (Deteniéndole tambien.) No merece
morir á manos honradas
un ladron...

ANTERO. (Forcejeando.) ¡Un parricida!

IRENE. Perdónale. (Arrojándose á los piés de D. Antero.)

JUAN. (Cayendo desplomado como una masa inerte.)

¡Dios me valga!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. Sobre algunas sillas, cabás, cestas y otros utensilios de viaje.

ESCENA PRIMERA.

IRENE.

Cuanto más recapacito
mi incertidumbre es más grande.
Todo le condena, es cierto;
y á pesar de eso, no es fácil
que me convenza. ¡Él ladron!
¡Él un asesino infame!
Aquí hay algo que no entiendo.
Es imposible que cambie
el corazon de ese modo,
y que un hombre se degrade...
La confusion de Perico
me da que pensar bastante.
—Dicen que por estos montes
andan varios criminales.

Tal vez de acuerdo con ellos...
¡Eso es!—Mas por otra parte,
Juan acusaba á Fernando.
Si han roto sus amistades,
¿quién le ha dicho?... ¡No lo creo!
Aunque el amor le arrastrase,
no se explica el robo... ¡Claro
que nó!... ¡Robar á su padre!...
Esto no tiene sentido.
—Sin embargo, aquel lenguaje
del ladron... Tal vez podría
ser un ardid... ¡No es probable!
¡Oh! Si Antero no quisiese
con tanto empeño marcharse,
puede que al fin...

ESCENA II.

IRENE, D. ANTÉRO, pensativo.

ANTERO. ¿Ha llevado
Perico los equipajes?
¿Está preparado todo?
IRENE. Hace dos horas.
ANTERO. Ya sabes
que llega el tren á las cuatro
á no ocurrir un percance.
Santiago llevó la carta
para don Pedro Gonzalez,
que nos mandará su coche
á las tres, ó quizás ántes.
(Mirando el reloj.)

Son las dos.—No te descuides
ni al postrer momento aguardes...

IRENE. (Tímidamente.)
Pero ¿estás resuelto?

ANTERO. Y ¿ahora
lo preguntas?

IRENE. No lo extrañes.

ANTERO. Desde el suceso de anoche,
esta casa se me cae
encima...

IRENE. Mas considera...

ANTERO. Aquí me falta hasta el aire
para respirar. ¡Es tanto
lo que he perdido!...

IRENE. (Insistiendo.) No obstante...

ANTERO. (Enternecido.)
¡Si le amaba como á un hijo!
¡Ah! nunca podré olvidarme
de ese bribon, de ese ingrato,
que no paga con su sangre...

IRENE. ¿Estás llorando?

ANTERO. Sí, lloro.
¿Á qué ocultarlo? No vale
las lágrimas que me cuesta;
pero el corazon es frágil.
¡Le he tenido tantas veces
en mis brazos! Era un ángel
de niño. ¡Si no es posible
que le olvide, aunque me maten!
¡Ya ves! Tres años tenía
cuando á mi casa le traje;
¡y era tan alegre!... daba
gozo verle y escucharle.
Siempre saltando y corriendo,
siempre viniendo á buscarme,

siempre excitando mi risa
con sus gracias y donaires...
Le he visto crecer lo mismo
que ve el labrador alzarse
las mieses en la campiña,
cuidada con mil afanes.
¡Ira de Dios! Cuando pienso
en ello y recuerdo el lance
de anoche, le mataría...
¡Miserable! ¡Miserable!
¡Miserable!
(Cae en una silla cubriéndose el rostro con las manos y sollozando.)

IRENE. (Llorando y acercándose.)
No recuerdes...

ANTERO. Déjame apurar el cáliz
hasta el fin... Pero ¿qué es esto?
(Levantando la vista.)
¿Tú lloras tambien? Mal haces.
No merece ese malvado...

IRENE. Antero, y si te engañases?

ANTERO. (Levantándose apresuradamente.)
¿Qué? ¿Sabes algo? ¿Te ha dicho?...

IRENE. Ni una palabra. No sale
de su cuarto desde anoche,
y tiene echada la llave.

ANTERO. Entónces...

IRENE. Pero ¿quién puede
oir con calma sus ayes
y sollozos? No se afligen
de ese modo los culpables.

ANTERO. La conciencia es un verdugo
tenaz y cruel.

IRENE. No saques
consecuencias, que algun dia

pueden, Antero, pesarte.
Tambien la inocencia tiene
sus lágrimas y pesares...

ANTERO. Eres buena, y te resistes
á creer esas maldades.
Yo tambien lucho y relucho.
—Pero ¿qué puede esperarse
de un corazon que ha perdido
la fe en el Dios de sus padres?—
No hablemos más, Juan ha muerto
para mí.

IRENE. Mira, no avances
demasiado.

ANTERO. (Indignado.) ¿Y aún insistes?

IRENE. Soy terca.

ANTERO. Pues no te canses.

IRENE. No debiéramos marcharnos
sin aclarar este grave
negocio. ¿Quieres hacerme
un favor?

ANTERO. Si está á mi alcance...

IRENE. Detengámonos un dia.
¿Qué más da? Quizás se aclaren
es este espacio de tiempo
todas las dificultades.
Sonsacaré á los criados,
y tal vez consiga...

ANTERO. (Contrariado.) ¡Dale!
¿No lo he hecho ya?

IRENE. Las mujeres
solemos tener más arte
para estas cosas.

ANTERO. ¡Es mucho!
Si estoy seguro...

IRENE. (Insistiendo.) En fin, dame

ese gusto...

ANTERO. Como quieras.
Me quedaré. No me taches
de arrebatado y ligero.

IRENE. Verás si acabas por darme
las gracias.

ANTERO. Pero es el caso
que están nuestros equipajes
en la estacion.—¡Eh! No importa.
Haremos que se adelante
Perico.

IRENE. De ningun modo.
Precisamente si hay álguien
que dé pábulo á mis dudas
es él.

ANTERO. Entónces no es fácil.

IRENE. Aquel aire distraido,
inquieto... Quizá me engañe;
pero hay algo que me llama
mucho la atencion...

ANTERO. (Dudoso.) Pues hazme
el favor...

IRENE. ¿Qué inconveniente
es ese? Pueden quedarse
los bultos hasta mañana
en la estacion...

ANTERO. Bien: no se hable
más de ello. No nos iremos;
aunque sé...

ESCENA III.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Muy buenas tardes.
Ahora vuelvo con el carro
del ferro-carril...
IRENE. ¿Dejaste
los mundos?...
PERICO. (Excitado.) No iba á otra cosa...
¿Á no ser que los robase?...
IRENE. ¡Pues no estás poco vidrioso!
No te alteres...
PERICO. Usted hace
unas preguntas...
IRENE. (Con sorna.) Perdona,
hombre. No te sobresaltes.
PERICO. Yo? Por qué?...
IRENE. Claro! por nada.
(¿Si estaré en la pista?... Casi
voy creyéndolo...)
PERICO. (¡No vivo!
¿Es posible que me espante
hasta mi sombra?).
IRENE. Lo malo
de todo es que tu viaje
ha sido inútil...
PERICO. Pues ¿cómo?
ANTERO. Porque nos quedamos.
PERICO. (Zape!
¿Qué es esto?)

IRENE. (Observándole.) (Se ha sorprendido...)

ANTERO. Hay razones importantes
que me obligan...

PERICO. Lo supongo.
(Temblándome están las carnes.)
Una vez que no nos vamos,
quisiera ver...

IRENE. No te marches.
Te necesito.
(Hablan aparte Irene y D. Antero.)

PERICO. (¿Qué intenta
esta mujer? Tal vez trate
de meterme en algun lio
donde sin riesgo me atrapen.
¡Ay qué vida! Si las cosas
se hiciesen dos veces, nadie...)

ANTERO. (Á Irene.) Ya que te empeñas, te dejo.

PERICO. (Perico, no te resbales.)

ANTERO. (Volviendo desde la puerta.)
¡Ah! Cuando vuelva Santiago,
que no tardará, llamadme.
Lo que en mi casa se roba
es justo que yo lo pague.

ESCENA IV.

IRENE, PERICO.

PERICO. ¿Conque nos quedamos?

IRENE. Sí.
No quiere marcharse Antero
sin investigar primero

cuanto ha sucedido aquí.

PERICO. (¿Dónde irá á parar?) Es claro.
El asunto lo merece.
Hace bien.

IRENE. ¿No te parece
que lo que pasa es muy raro?
(Ya irás cayendo en mi red.)

PERICO. Ni lo sé ni lo pregunto,
porque estoy en este asunto
tan á oscuras... como usted!
Nada puedo contestar.

IRENE. Pero ¡hombre!...

PERICO. (Exaltándose.) ¡Es mucha porfía!

IRENE. Cualquiera al verte diría
que tienes miedo de hablar.

PERICO. (Hay mayor avilantez!)

IRENE. Es que con tanto rodeo
me estás pareciendo un reo
que quiere engañar al juez.

PERICO. (Agitado.)
¡Señora!... (¡Calma, Perico!)

IRENE. Estás turbado, confuso...

PERICO. (Si me adelanto y la acuso,
despues cómo justifico?...)
Sabe usted que soy honrado...

IRENE. Esa reserva no aboga
por tí.

PERICO. ¡Ya! Siempre la soga
quiebra por lo más delgado.
Á la fuerza he de saber...

IRENE. (Con sorna.)
¡Todo te coge de nuevas!

PERICO. (¡Ah! Como no tengo pruebas
no me teme esta mujer.)
Pues bien, señora: si en eso

halla usted tanta malicia,
llame usted á la justicia,
y haga que me lleven preso.
Con paciencia sufriré
mi suerte, si ese es mi sino.
(No me queda más camino
que negar, y negaré.)

IRENE. No abrigo tal intencion.

PERICO. Pues parece...

IRENE. No lo dudes.
Quiero sólo que me ayudes
á descubrir el ladron.
Porque Juan es inocente.
Segura estoy.

PERICO. Yo no digo...

IRENE. (Con cariño.)
Vamos, sé franco conmigo.
Tú sabrás...

PERICO. (Receloso.) ¡Como no invente!...

IRENE. Inventa.

PERICO. (Me está buscando
la lengua...) ¡No es mal aprieto!

IRENE. Á tu buen juicio someto
cuanto nos está pasando.
—¿Nada se te ocurre?

PERICO. No...
(¡Posicion más apurada!...)

IRENE. Pues ya que no inventas nada,
¿qué remedio? Lo haré yo.
—Serán meras conjeturas.—
Puede haber acontecido
quizás, que algun atrevido
emprendedor de aventuras,
por realizar su deseo,
haya ofrecido al ladron

tiempo, lugar y ocasion
para su hazaña...

PERICO. (Con aparente tranquilidad.)
(¡Te veo!)
Puede ser...

IRENE. (Observándole.)
(Sigue impasible.
No, no es cierta esta sospecha.)
Pero mi razon desecha
el cuento por increible.
Hay otros más naturales.

PERICO. (¡Tampoco lleva malicia!...)

IRENE. ¿No ha llegado á tu noticia
que andan varios criminales
por la sierra?...

PERICO. (Con indiferencia.)
Sí, recuerdo...

IRENE. He visto en mil relaciones,
que á veces esos ladrones
suelen ponerse de acuerdo
con el Judas de una casa...

PERICO. (Alterándose.)
(¿Si elegirá este camino
para perderme?...) No atino
ni sé...

IRENE. (Con calma.)
Pero ¿qué te pasa?
Has mudado de color.

PERICO. ¡Ese es un mal pensamiento!

IRENE. Voy creyendo que este cuento
te ha parecido mejor.

PERICO. (Cada vez más inquieto.)
Pero, y la pistola?... ¿Quién
la ha dado?

IRENE. ¿Por eso dudas?

Suponiendo que haya un Judas,
lo demas se explica bien.

PERICO. Y usted achaca...

IRENE. No quiero
desconfiar de tu hombría
de bien.—¡Pues si todavía
vamos á hallar el dinero!—
Muchas veces acontece.
La imaginacion se ofusca,
y cuando ménos se busca
lo que se perdió, parece.
Si sucediese esta vez,
inútil mi historia fuera.
Porque ¡la verdad! sintiera
que te la contase el juez.

ESCENA V.

PERICO, IRENE, ROSA.

ROSA. (Entrando.)
Señora...

IRENE. ¿Qué es eso?

ROSA. Está
todo cerrado, ventanas
y puertas.

IRENE. ¿Por qué te afanas?
Si no nos marchamos ya.

ROSA. (Sorprendida.)
¿Cómo?

IRENE. Tenemos que hacer
aquí.—Con estos disgustos...

PERICO. (Agitado.)
(Hoy no gano para sustos.
¡Nada! Me quiere perder.)
ROSA. Pues me deja usted absorta...
IRENE. Se ha suspendido el viaje.
ROSA. Cuando está usted con el traje
de camino...
IRENE. ¿Eso qué importa?
ROSA. No piense usted que lo siento.
Quedémonos. No me explico
la razon.
IRENE. (Intencionalmente.)
¿No? ¡Pues Perico
la conoce!
PERICO. (Aturdido.) ¿Yo?
IRENE. ¿Y el cuento?
(Veré si da resultado
la amenaza. Ya son graves
indicios...)

ESCENA VI.

PERICO, ROSA.

ROSA. Tú que lo sabes
me dirás lo que ha pasado.
¿Qué extraña mudanza es esta?
Tanta precipitacion
ántes, y ahora...
PERICO. (Cada vez más alterado y cuidadoso.)
(El ser ladron
qué de trastornos me cuesta.

Comprende que don Fernando
no ha podido hacer el robo
y busca...)

ROSA. (Interrumpiéndole.) Pareces bobo.
¿No oyes que te estoy hablando?

PERICO. (Irritado.) ¡Vete! No me martirices.

ROSA. ¿Hay mayor impertinencia?
¿Es quizá que la conciencia
te reconcome?...

PERICO. (Sobresaltado y azorado.)
¿Eh ¿Qué dices?
¿Qué motivos tienes para
sospechar?

ROSA. ¿Quién habla de eso?

PERICO. Entónces... (Llevaré impreso
mi ruin delito en la cara?)

ROSA. Pues no muestras poco afan!

PERICO. Es que tus bachillerías
me cargan.

ROSA. ¿No defendías
con tanto ardor á don Juan?
¡Y el niño vale un Perú!
Sus juegos son inocentes.
Ladron y asesino...

PERICO. (Fuera de sí y sin poder contenerse.)
¡Mientes!

ROSA. ¿Que miento? ¿Qué sabes tú?

PERICO. (Confundido.)
No digo...

ROSA. ¡Vaya un cinismo!
Y le defiende!

PERICO. (¡Qué apuro!
¿De quién puedo estar seguro
si no lo estoy de mí mismo?)
¿Yo defenderle? Jamás.

Pero á veces hace el diablo
que un hombre... (Cuanto más hablo
voy enredándome más.)

ROSA. Sois tan compinches los dos...

PERICO. Si por eso me condenas...

ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO.

FERNANDO. Muy buenas tardes.

ROSA. Muy buenas.

PERICO. (¡Él aquí!) (Asustado.)

ROSA. ¡Bendito Dios!

FERNANDO. (Observándolos.)
(Me reciben bien... ¡Respiro!
Aún llego á tiempo...)

PERICO. (¡Es audacia!)

ROSA. ¿Ya sabrá usted la desgracia?

FERNANDO. ¿Y cómo no?

PERICO. (Confuso.) Me retiro...

FERNANDO. (Reparando en Perico.)
No, quédate... (Tiene miedo...)
Estoy de todo al alcance.
Contóme mi padre el lance
y áun convencerme no puedo.

ROSA. Pues ya ve usted qué aventuras!
Estaría usted quizás
impaciente...

FERNANDO. Oh, mucho más
de lo que tú te figuras!

ROSA. ¡Bueno estará don Santiago

con el suceso de anoche!...
FERNANDO. ¡Calcula tú...—Pasó un coche
casualmente por Buitrago,
la ocasion aproveché,
llegué en él hasta el molino,
siguió el coche su camino
y yo me he venido á pié.—
ROSA. De manera que aquí, preso
á la fuerza...
PERICO. (Asustado.) (¡Ábrete abismo!)
FERNANDO. No: quisiera estar hoy mismo
en mi casa de regreso.
ROSA. Pues no sé cómo ha de ser.
¿Andando?
FERNANDO. Perdone, hermana.
Padre vendrá en su tartana
y con él pienso volver.
No sabe que estoy aquí.
—Mas contadme lo que pasa,
que no he venido á esta casa
sólo para hablar de mí.—
¿Ha confesado el delito
Juan?
ROSA. No señor.
FERNANDO. Es extraño...
ROSA. Ya ve usted qué desengaño
nos ha dado el señorito.
FERNANDO. Es verdad.
ROSA. ¡Qué indigna accion!
Cuando recuerdo la escena...
FERNANDO. ¡No digas! Tengo una pena
que me parte el corazon.
¡Ha sido un golpe muy rudo
para mí, te lo confieso!
ROSA. ¡Es claro!

FERNANDO. Pero ¿qué es eso,
Perico? ¿Te has vuelto mudo?
¿Nada me dices?...

PERICO. (Sobresaltado.) No sé...

ROSA. ¿Pregunta usted á ese loco?
Pues si ha intentado hace poco
casi defenderle...

PERICO. (Sobresaltado.) ¿Qué?
¡Es falso!

FERNANDO. ¡Jesus! Me arredro
sólo de escucharlo...

PERICO. (Fuera de sí.) ¡Miente!

FERNANDO. Verás si dice la gente
tan bueno es Juan como Pedro.
No tiene disculpa, no.
¡Harto lo siento y me aflijo!

PERICO. (Asombrado.)
¡Esto más!

FERNANDO. Porque de fijo
no le quieres más que yo.
Un cariño fraternal
desde niños nos unía.
Pero es lo que yo decía:
—este chico acaba mal.—
No tiene respeto á nada.
Ni á Dios.

PERICO. (¡Lengua de veneno!
y aún osa...)

FERNANDO. Falto de freno
toda reflexion le enfada.
Es el triste resultado
de esa falsa ilustracion.
—¿Y qué hace?—

ROSA. En su habitacion
desde anoche está encerrado.

FERNANDO. ¡Ah! ya me has dicho bastante.
Hoy su castigo comienza.
El pobre tendrá vergüenza
de su mala accion...

PERICO. (Sin poder reprimirse.) (¡Tunante!)

ROSA. Bien puede ser...

FERNANDO. ¿Y tus amos?

ROSA. ¡Ya ve usted! ¿Cómo han de estar?

FERNANDO. Sé que han resuelto marchar
hoy mismo...

ROSA. ¡Cá! No nos vamos!

FERNANDO. ¡Cómo es eso?

ROSA. ¡No señor!

FERNANDO. Si de afirmármelo acaba
mi padre.

ROSA. Resuelto estaba;
más lo han pensado mejor.
Si esta casa es un belén.
Nada se hace con concierto.

FERNANDO. ¿Es cierto, Perico?

PERICO. Cierto.

FERNANDO. (Receloso.)
(¿Qué significa?...) Muy bien.
Justos motivos tendrán
para detenerse, cuando
lo acuerdan.

ROSA. Y yo charlando...

FERNANDO. (Esto trastorna mi plan.)
Aguárdate. (No adivino
la causa...)

ROSA. (Marchándose.)
No puede ser.
¿Piensa usted que vendrá á hacer
mis labores el vecino?

ESCENA VIII.

PERICO, FERNANDO.

PERICO. (Queriendo salir tambien.)
(Me marcho. Temo quedarme
á solas con él.)
FERNANDO. (Deteniéndole.) No huyas,
ladron...
PERICO. (Aterrorizado.) ¡Ah!
FERNANDO. Nadie nos oye.
Espérate...
PERICO. (Esforzándose por aparecer tranquilo.)
Usted me insulta.
FERNANDO. ¿Ahora salimos con eso?
PERICO. (Aturdido.)
Es que yo...
FERNANDO. ¡Basta de excusas!
Estoy de todo enterado.
He conocido tu astuta
perversidad, y es inútil,
ladron, que niegues y arguyas.
PERICO. Pero atienda usted...
FERNANDO. No quiero;
y si mi paciencia apuras...
PERICO. (Aterrorizado.)
¿Va usted á gritar?...
FERNANDO. ¿Al fin
confiesas? Eso me gusta.
¿Es decir, que aprovechando
sin temor y sin disculpa,
mis secretas confidencias

y amorosas aventuras,
no has vacilado un momento...

PERICO. (Alterado.)
Oiga usted...

FERNANDO. No me interrumpas...
Ni en comprometer mi vida
en una empresa nocturna,
ni en arriesgar el secreto
de mi amor. ¡Alma de Judas!
Con mi silencio has contado,
¿no es verdad?—Pero calculas
muy mal.—Cierto que no puedo
delatar la infamia tuya
sin exponerme; mas todo
se andará...

PERICO. Si usted me acusa,
veremos.

FERNANDO. ¿Piensas acaso
que tu amenaza me asusta?
¿Qué has de poder contra mí,
desdichado? Te figuras
que admitirán fácilmente
los hechos que me atribuyas?
¿Qué lograrás? Mas supuesto
que en eso tu fuerza fundas,
yo te haré ver que no vales
para entrar conmigo en lucha.
Vas á aprenderlo á tu costa
pronto, muy pronto...

PERICO. (Asustado.) ¡Oh! ¡no hay duda,
me perderán!

FERNANDO. Tú lo quieres,
conque atente á las resultas.

PERICO. ¡Ah; no, no! Soy un malvado,
lo reconozco. Mi culpa

es grande. Estoy pesaroso;
si usted supiese mi angustia...

FERNANDO. (Ya sé da á partido.) Tengo
buen corazon, y pues buscas
mi apoyo...

PERICO. Haré cuanto quiera
usted... Mi existencia es suya.
Si de mí compadecidos
el ama y usted me ayudan,
podré salvarme.

FERNANDO. De fijo.

PERICO. Porque volviendo la suma
robada...

FERNANDO. ¿Quién piensa en eso?

PERICO. La señora me asegura
su proteccion. Hace poco,
me habló de todo con mucha
sagacidad; de la cita
frustrada...

FERNANDO. (Sobresaltado.)
¡Dios te confunda!
¿Y tú has confesado?...

PERICO. Nada,
Aunque ya tuve en la punta
de la lengua...

FERNANDO. (Con tono amenazador.)
¡Dios te libre!

PERICO. Piensa usted que se la oculta
la verdad?

FERNANDO. (Aparte paseándose pensativo.)
(Es que sospechan.
Por eso sin duda alguna
se detienen. Algo indica
determinacion tan brusca.
¡No estoy bien aquí!...)

PERICO. (Sorprendido.) ¿Qué tiene
usted?

FERNANDO. ¡Nada! (Esto se anubla.
Seguro ya del silencio
de Perico... Mientras ruja
la tormenta embravecida,
no estará de más que escurra
el bulto... Dentro de poco
mi padre vendrá y...)
(Deteniéndose delante de Perico.)
Escucha.
Si quieres que te perdone,
jamás, jamás, se te ocurra
decir lo que ha sucedido.
¡Ni áun á Irene!

PERICO. Usted se burla.
Pues si lo sabe...

FERNANDO. No importa.
¿No será más absoluta
su tranquilidad, si observa
que áun con ella disimulas?

PERICO. Es verdad que sí.

FERNANDO. Si acaso
te sonsacan y preguntan,
niega; si persisten, niega
siempre; ¡jamás te descubras!
Por cuantos medios encuentres
á mano, trata y procura
de apartar toda sospecha
de tí. La intencion aguza,
y aprovechando los hechos
que contra Juan se acumulan,
añade leña á la hoguera...

PERICO. Pero...

FERNANDO. ¿Qué importa que él sufra?

PERICO. ¡Esto es demasiado!
FERNANDO. ¡Ah! Tienes
escrúpulos?
PERICO. Me repugna...
FERNANDO. ¡Miserable! ¿Has olvidado
que tu criminal conducta
á mi voluntad te entrega?
¿Que es tu resistencia nula?
¡Eres mi esclavo! Tu mano,
tu pensamiento, tu oscura
conciencia me pertenecen.
Á tu libertad renuncia.
Si te mando herir, es fuerza
que hieras; si la calumnia
me conviene, y te lo ordeno,
¡á calumniar!
PERICO. (Aterrorizado.) ¡Nunca, nunca!
FERNANDO. ¡Vaya! Estás loco...
PERICO. Prefiero
el presidio. Que se cumpla
mi suerte...
FERNANDO. ¡Pobre insensato!
¿Esto es decir que rehusas
servirme?
PERICO. (Con resolucion.)
¡Sí!
FERNANDO. Muy bien.—Robo
doméstico, con fractura...
¡Ah! Y además tentativa
de asesinato... Si ajustas
la cuenta...
PERICO. Pero ¿es posible
que usted?...
FERNANDO. ¿Qué edad es la tuya?
Cuarenta años. Como vivas

veinte más,—la vida es dura—
podrás salir de presidio
por la puerta de la tumba.
Si es tu gusto...

PERICO. (Espantado.) ¡Vírgen Santa!
¡Madre de Jesus!...

FERNANDO. Consulta
tu interés y no te expongas
á mayores desventuras.
(Momento de pausa.)
Hay en tu cuarto recado
de escribir?

PERICO. ¡Sí!

FERNANDO. (Bien: con una
carta podré disculparme,
mandando á Irene las suyas.
(Indicando con el ademan á Perico.)
Este... ¡No! puede leerlas.
Mas bien Rosa...)
(Á Perico.) ¡Eh! No te aturdas.
¿Soy por ventura tan malo?
Sírveme bien y disfruta
de la cantidad que anoche
se te pegó entre las uñas.

ESCENA IX.

PERICO, cayendo en un sillon y apoyando los codos sobre la mesa, presa de la más honda desesperacion.

PERICO. ¡Maldita la suerte mia!
¡Maldito yo! ¡Nada! Abusa
de mi posicion. Hoy juega

conmigo. No me denuncia
quizá por miedo... Mañana
qué es lo que hará? Tal vez urda
un enredo que á presidio
sin defensa me conduzca.
—¡Oh, de fijo! Es un canalla.
¿Qué hacer? Si emprendo la fuga
me alcanzarán... si me quedo,
á la primer coyuntura
mi ruina es cierta... ¡Dios mio!
—¡Porque hay Dios! Esta profunda
inquietud que me atormenta
disipa todas mis dudas.
¿Quién me prestará su apoyo?
¿Quién? ¿El amo? ¡No! ¿La adúltera?
¡No! ¿Don Juan?... ¡Ah! ¡sí! ¡Don Juan!
Si su perdon me asegura
enterándole de todo,
podremos hacer que luzca
su inocencia. Dios me inspira...
(Viéndole entrar.)
¡Y Dios hácia mí le empuja!

ESCENA X.

PERICO, D. JUAN, descompuesto.

JUAN. No está. ¡Mejor! Marcharé
sin verla, sin que me diga
el secreto de esta intriga.
—¿Y qué importa? ¿No lo sé?—
¿Qué ha de decirme además

esa alma pura y sincera?
¡Nada!

PERICO. (Acercándose.)
Si me decidiera...
Señorito...

JUAN. (Reparando en él.)
¡Hola! ¿Aquí estás?
¡Con qué placer vuelvo á verte!

PERICO. (Espantado de la expresion de su fisonomía.)
(¡Qué cara de loco!...)

JUAN. (Con creciente cólera.) Dime.
¿No es verdad que no redime
su maldad ni con la muerte?
¡Oh! No merezco perdon,
si en el trance en que me veo,
no voy y le abofeteo
y le arranco el corazon.
Tan sólo me satisfago
con su vida. Necesito
castigarle. (Hace ademan de marcharse.)

PERICO. (Deteniéndole.)
Señorito,
¿dónde va usted?

JUAN. Á Buitrago.
¡Si iria en su busca al fin
de la tierra! ¡Si ya vive
de más! Si no se concibe
venganza tan torpe y ruin!
Comprendo que en su taimada
condicion, viéndome fuerte,
me hubiera dado la muerte
hasta en una encrucijada.
¡Pero que de esta manera
mi ruina impasible trame!
Esto es infame, es infame...

¡y es necesario que muera!
No será ménos cruel
que su venganza la mia.
¡Miserable!

PERICO. (Despues de un momento de incertidumbre.)
¿Y qué daría
usted por vengarse de él?

JUAN. (Fuera de sí.)
¡Oh! Lo que quieras tendrás.
¡Pide!

PERICO. No seré muy caro.
Que usted me preste su amparo.

JUAN. ¿Nada más?

PERICO. No exijo más.

JUAN. Acepto la condicion.
Tan exigua me parece...

PERICO. (Con aire asombrado y doloroso.)
Pues mire usted lo que ofrece;
porque yo he sido el ladron.

JUAN. ¡Tú!... (Asombrado.)

PERICO. Sí señor.

JUAN. ¿Tú, insensato?
—No eres digno de merced.—

PERICO. ¿Y acaso no tiene usted
la culpa de mi arrebato?

JUAN. ¿Yo?

PERICO. La tenemos los dos.
Con fundamento le acuso.
¿Quién sino usted se propuso
hacerme olvidar á Dios?
Usted despertó aturdido
con los libros que me daba,
algo que en el fondo estaba
de mi corazon, dormido.
¿Qué era aquello? No lo sé.

Sé que en mi ruda malicia
el ejemplo y la codicia
me tentaron y robé.
¿Qué temo—me dije—si
no hay Dios?—¡Y robé!—Y le siento
desde aquel mismo momento
airado dentro de mí.
Esta inquietud que me azora
y que hasta el sueño me quita,
la oculta voz que me grita
«ladron» siempre acusadora,
los remordimientos, los
temores de que estoy lleno,
todo cuanto sufro y peno
(Con honda desesperacion.)
es Dios, es Dios. ¡Sí que es Dios!

JUAN. (Agitado.)
Sigue, sigue...

PERICO. ¿Quién podía
detenerme en la pendiente
del mal? Usted solamente,
usted que me corrompía!
El ejemplo tentador
me cercaba con su halago;
usurero don Santiago,
don Fernando engañador...

JUAN. (Interrumpiéndole aterrado.)
En confusiones me abismo.
—¡Qué has hecho, desventurado?—

PERICO. Mil veces á punto he estado
de delatarme á mí mismo.
Cada paso es un tropiezo:
mi propio crímen me ahoga
y sujeta.—¡Es una soga
que tengo atada al pescuezo!

¿No quiere usted que me espante
Cogido en mi propia red
estoy desde hoy á merced
de ese pillò y de su amante.

JUAN. (Asombrado.)
¡Vive Dios! ¿qué estás hablando?

PERICO. Y ellos, en tanto, felices...

JUAN. Pero hombre, ¿qué amantes dices?

PERICO. ¡Toma! El ama y don Fernando.

JUAN. (Deteniéndose sorprendido y recapacitando. Despues de una breve pausa.)
Y así tu labio difama
á una señora?...

PERICO. Persisto
en mi acusacion.—¡Yo he visto
el billetito del ama!
Billete en que daba cita
á su cortejo...

JUAN. (Irritado.) ¡Impostura
tuya no más!

PERICO. La aventura
de anoche no lo acredita?

JUAN. ¡Lengua de víbora!

PERICO. Digo
que es verdad. La cita es cierta.
Por eso dejé la puerta
sin cerrar... ¡Seré testigo!
¡Lo diré á voces!

JUAN. (Asombrado.) ¿Qué es esto?
¿Ella infiel?

PERICO. No tengo duda.
Y pondré, si usted me escuda,
su traicion de manifiesto.

JUAN. Sí, sí! Tú me abres camino.
Quiero á gritos defender

mi honra... (Deteniéndose.)
Mas ¿qué voy á hacer?
¿Y la honra de mi padrino?
Si á impulso de mi rencor
descubro este lazo impuro
le matarán, de seguro,
la vergüenza y el dolor;
y harán de su ancianidad
escarnio mozos y viejos... (Conmovido.)
—¡Padre mio! ¡Oh, léjos, léjos
de mí tal iniquidad!—

PERICO. No vacile usted.

JUAN. (Aturdido.) ¿Qué haré?
¿Hablar? No me determino.
(Con ira reconcentrada.)
—¿No me acusan de asesino
y ladron?—¡Pues lo seré!
(Cayendo sobre un sillon sollozando y alzándose con resolucion despues de una breve pausa.)
Es fuerza que esto concluya.
Honra, préstame energía.
—Ya que perezca la mia,
sálvese al ménos la suya.—
Yo haré, vive Dios! que aquí
su dignidad se respete.
(Á Perico con autoridad.)
Quiero estar solo.

PERICO. Mas...

JUAN. (Airado.) ¡Vete!

PERICO. (Con tono suplicante.)
¡Tenga usted piedad de mí!...

ESCENA XI.

JUAN, D. ANTERO, IRENE.

JUAN. Y yo, torpe, sin caer
en su infamia, tan tranquilo!

IRENE. (Á D. Antero, entrando.)
Tengo en mis manos el hilo
del crímen...

ANTERO. No puede ser.

IRENE. ¿Qué no? Pronto lo verás.
Segun la inquietud que tiene
Perico...

ANTERO. (Reparando en Juan.)
Silencio, Irene.

JUAN. (Observándolos y haciendo ademan de salir.)
(Ellos aquí...)

IRENE. ¿Dónde vas?

JUAN. ¡Aparta! (Rechazándola con aspereza.)

ANTERO. (Su turbacion
renace.)

JUAN. ¡Aparta!

IRENE. No puedo.

JUAN. (Con profunda ironía.)
Déjame. ¿No te da miedo.
conversar con un ladron?
¿No ves que soy homicida?

IRENE. Es el asunto tan grave
que no sé...

JUAN. (Con ira reconcentrada.)
¿Que no lo sabe?

¿Hay cosa más divertida?
¡Já, já, já!

ANTERO. (Con ira.) ¡Torpe jactancia!
Y tienes valor!...

JUAN. Dios mio,
¿qué he de hacer? ¡Claro! Me rio,
me rio de su ignorancia.

ANTERO. La cuestion es muy formal:
deja tu irónico tono
y expon, si hay algo en tu abono,
tus disculpas...

JUAN. ¿Yo? No tal.
Formado está mi proceso.
¿Á qué meter tanto ruido?

ANTERO. Pero ¿tú has sido?...

JUAN. (Con ira.) Yo he sido.
Estoy convicto y confeso.
¿Qué más puede usted pedir?

IRENE. (Maravillada.)
¡Es que esto no se comprende!

ANTERO. (Con amargura.)
¡Ya lo ves! No se defiende.
Nada tiene que decir.

JUAN. Si está clara mi maldad
¿para qué negar? No quiero.

IRENE. Eso no es verdad, Antero.
¡Oh, no es verdad, no es verdad!

ANTERO. Entónces ¿por qué razon
se obstina en decir?...

JUAN. (Casi llorando, entre airado y enternecido.)
Me obstino
porque soy un asesino...

IRENE. ¡Juan! (Espantada.)

JUAN. ¡Asesino y ladron!

IRENE. ¡No, no!

ANTERO. ¡Pero si declara!...

IRENE. No hay nada que me convenza.

ANTERO. ¿Y el rubor de la vergüenza
no se te sube á la cara?
¿Y sin duelo ni pesar
confiesas?

JUAN. (Con ardor.) ¿Qué quiere usted?

ANTERO. ¡Desdichado!

JUAN. (Fuera de sí.) Tengo sed
de morir y de matar.
Nadie habrá que me lo impida.
Camparé sin ley ni freno.

ANTERO. ¿Y yo he abrigado en mi seno
esta sierpe maldecida?
¡Oh! No me siento capaz
de perdonarle...

JUAN. (Haciendo un esfuerzo para ahogar sus lágrimas.)
¡En buen hora!

IRENE. (Observándole.)
¡Mentira! ¿No ves que llora?

JUAN. (Violentándose y con enojo.)
¿Que lloro?—¡Déjame en paz! (Con aspereza.)

IRENE. ¡Pero, infeliz! ¿No reparas
que el llanto te vende?

JUAN. (Con desesperacion.) Es cierto.
Mas las lágrimas que vierto
habrán de costar muy caras.
Seré ladron en cuadrilla.
Seré... ¿qué sé yo? Un malvado.

ANTERO. ¡Oh! Márchate de mi lado.
¡Vete!

JUAN. Me iré. ¡Ancha Castilla!

ANTERO. De mi casa te despido.
Es razon que te abandone.

IRENE. (Suplicándole.)

¡Ay, Juan!

ANTERO. Y Dios me perdone
lo mucho que te he querido.

IRENE. Pero ¡si no puede ser!
Algo extraordinario pasa...

ANTERO. ¡Ya lo ves! En esta casa
nada tenemos que hacer.
Á Madrid volvamos ya.

IRENE. Pero escucha...

ANTERO. ¡Nada escucho!
¡Nada!—No viviré mucho.—
La pena me acabará.

IRENE. Marchémonos. ¡Ay de mí!
Dices bien.

JUAN. (Reprimiendo difícilmente sus sollozos, ocultándose el rostro con las manos.)
Mi pecho estalla.

IRENE. ¡Juan, por Dios! (Acercándose á él.)

JUAN. (Reçhazándola ásperamente, y dominado por la más violenta desesperacion.)
(¡Infame, calla!)

IRENE. ¿Qué es esto? (Sobrecogida.)

ESCENA XII.

DICHOS, SANTIAGO.

SANTIAGO. (Entrando.) Ya estoy aquí.
¡Vaya un calor infernal!
¡Uf! por poco me achicharro.
Y eso que echado en el carro
he venido ménos mal.

Conque ya estamos de vuelta.
(Á Irene.)
¿Se pasó el susto de anoche?

IRENE. Aún no del todo.

ANTERO. ¿Y el coche?

SANTIAGO. Vendrá.—¿Ya es cosa resuelta
vuestra partida?

ANTERO. Esta tarde
nos vamos.

SANTIAGO. ¡Bravo! ¡Muy bien!

ANTERO. (Á Irene.)
Mira, no es fácil que el tren
en la estacion nos aguarde.
Conque prepara y dispon
lo que falte.

IRENE. Está dispuesto
todo. Descuida.

SANTIAGO. Supuesto
que esos tus proyectos son,
que es tarde y estais á punto
de emprender vuestra jornada...

ANTERO. Entiendo...

SANTIAGO. Si no te enfada,
vamos á arreglar mi asunto.
No porque yo tenga prisa.
Sé lo que tienes y vales;
mas todos somos mortales
y nunca la muerte avisa...
¿No digo bien?

ANTERO. ¿Cómo no?
Es negocio concluido.
Siéntate.

(Don Santiago va á tomar asiento, repara en Juan que permanece sumido en la mayor desesperacion, y retrocede espantado, diciendo á Antero.)

SANTIAGO. Y ese perdido...
ANTERO. ¿Tienes miedo? (Sonriéndose.)
SANTIAGO. (Reponiéndose.) ¿Miedo yo?
Mas no juzgo regular
delante de ese muchacho...
ANTERO. Ya está cerrado el despacho
y aquí podemos hablar.
IRENE. (¡Ah, comprendo su intencion!)
ANTERO. (Le sujetaré á esta prueba
terrible. Quizás se mueva
su enviciado corazon.)
SANTIAGO. Observa...
ANTERO. ¿Á que me incomodo?
SANTIAGO. Pero, ¡hombre!...
ANTERO. ¿No estoy contigo?
¿Qué temes?
SANTIAGO. (Dudando.) No... Si no digo...
(En fin, á Roma por todo!)
ANTERO. Conque explícate.
SANTIAGO. Aunque ajeno
de tan mal encuentro estaba...

ESCENA XIII.

DICHOS, PERICO.

PERICO. ¡Señor!
ANTERO. (Volviendo la cabeza.)
¿Qué es eso?
PERICO. Que acaba
de llegar el coche.
ANTERO. ¡Bueno!

Pues ve bajando...

IRENE. (Deteniéndole.) No: espera.
(Le observaré.)

PERICO. ¿Qué? ¿Nos vamos?

IRENE. Ya lo ves.

ANTERO. (Á Santiago.)
Pero sigamos
si te parece.

PERICO. (Receloso.) (¡Dios quiera!...)

ANTERO. ¿Qué cantidad te han robado?

SANTIAGO. Segun verás en mis cuentas,
trescientas onzas...

PERICO. (Sin poder disimular.) (¡Trescientas!
¡Mentira!)

ANTERO. Estás engañado.

IRENE. (Que no aparta los ojos de Perico, observando sus movimientos.)
(¡Es él!... ¡Se vendió!...)

SANTIAGO. Pues ¿qué?
piensas...

ANTERO. Anoche dijiste
que eran doscientas...

SANTIAGO. Oiste
mal, ó yo me equivoqué.
Son noventa y seis mil reales.

PERICO. (Cada vez más dominado por el diálogo.)
(Vaya un ave de rapiña!)

SANTIAGO. Si lo dudas, no haya riña.
Acude á los tribunales.
El juez de primera instancia
verá lo bien que me explico.
Lo siento por...
(Mirando á Juan con hipócrita lástima.)
¡Pobre chico!
No le arriendo la ganancia.

JUAN. (Levantando la cabeza y prestando atencion.)
¿Eh? ¿Qué dice?...

PERICO. (¡Habrá tunante!)

SANTIAGO. Decide. De tí depende...

ANTERO. (Nada! Está visto! Pretende
sacar partido...) ¡Adelante!
Pagaré la cantidad
que reclamas...

PERICO. (Con ira.) (¡Hasta el codo,
ladron!)

SANTIAGO. Pero eso no es todo.

JUAN. (¿Hay mayor indignidad?)

SANTIAGO. Te voy á dar un mal rato.

ANTERO. ¡Acabemos de una vez!

SANTIAGO. Es muy sencillo.—Á las diez
he roto y deshecho un trato.—
¡Buen negocio! Á veinte y dos
por ciento.

ANTERO. Ya considero...

SANTIAGO. Pero me hallé sin dinero,
y á mi pesar...

JUAN. (Furioso.) ¡Vive Dios!

SANTIAGO. Desistí de mis oficios.
—Ah! No temas que te exija
á tontas y locas.— Fija
tú los daños y perjuicios.

IRENE. (Asustada.)
¡Jesus, qué hombre!

ANTERO. (Con ira reconcentrada.)
¡Estás de vena!
Pensarás sin duda alguna
que he ganado mi fortuna
allá, por Sierra-Morena.

PERICO. (Bien dicho!) (Entusiasmándose.)

ANTERO. Pues te prevengo

que sólo con mil afanes
he podido ¡voto á sanes!
ganar lo poco que tengo.
Que no exploto en el Perú
minas de oro...

SANTIAGO. Te aconsejo...

ANTERO. Y que robar no me dejo
por ladrones como tú.

SANTIAGO. Me estás insultando...

ANTERO. Abordo
la cuestion como es debido.

SANTIAGO. Pues bien, estoy decidido:
daré el escándalo gordo.

ANTERO. ¿De mi dolor te prevales
para saquear mi casa?

SANTIAGO. Ya revolverán la masa
las plumas de los curiales.
¡Vengan causas y procesos!
que cuando esté empapelado
tu ahijado...

JUAN. (Levantándose y dirigiéndose hácia él, violentamente.)
¡Bribon! Su ahijado...

SANTIAGO. ¡Ay! (Asustado.)

JUAN. Va á molerte los huesos.
Te juro que se hallará
al ladron...

PERICO. (Demudado, trémulo y sin saber qué hacerse.)
(Por vida mia,
tiró el diablo...)

IRENE. (Que no le ha perdido de vista y sorprende su aturdimiento.)
(¡Oh!... bien decía...)
(Empujándole en medio de todos.)
No hay que buscarlo. Aquí está.

PERICO. (Con el mayor azoramiento, procurando escaparse.)
(Estoy perdido...)

ANTERO. (Agarrándole.) Detente.

JUAN. (En tono de reconvencion á Irene.)
¡Ah! ¿qué has hecho?...

IRENE. Es muy sencillo.
No quiero que por un pillo
ande revuelta la gente.

PERICO. ¡Oh, perdon!

JUAN. (Á Irene.) ¿Y así te expones?...

IRENE. ¿Yo? (Sorprendida.)

ANTERO. (Á Perico.) ¡Miserable! tú has sido...
Pero ¿con quién?...

IRENE. Convenido
sin duda con los ladrones
que andan por la Sierra...

PERICO. (Reponiéndose.) ¡Quedo!
Cargue cada cual, señora,
con sus culpas.

SANTIAGO. (En mal hora
se ha descubierto el enredo.
Si pongo piés en pared
me expongo...)

JUAN. (Con autoridad á Perico.)
¡Callar te mando!

PERICO. (Con decision á Irene.)
De acuerdo con don Fernando,
con el cortejo de usted.

ANTERO. (Profundamente agitado, procurando precipitarse sobre él. Juan le detiene.)
¡Ah!

IRENE. (Sobrecogida.)
¡Señor, qué horrible trama!

PERICO. ¡No se haga usted la santita!
—Yo he visto una carta escrita
de letra y puño del ama,
citándole...

SANTIAGO. (Con resolucion.) Ese es un cuento.
ANTERO. ¡Mientes! (Fuera de sí.)
PERICO. Que un rayo me parta
si en el lance de la carta
desfiguro, añado ó miento.
ANTERO. Voy á arrancarte la vida,
¡calumniador!
PERICO. Que confiese
si no estuvo oculto en ese
camaranchon sin salida.
(Señalando el escondite.)
Y si no hablaron á solas
anoche...
IRENE. (Desfalleciendo.) ¡Esto es inaudito!
PERICO. Y que diga el señorito
á quién cedió sus pistolas.
ANTERO. (Á Juan que guarda silencio.)
¿Es cierto?...
SANTIAGO. ¡Qué iniquidad!
Decir que mi hijo...
ANTERO. (Asperamente, sujetando á Irene, que está á punto de desmayarse.)
¡Eh! ¿qué tienes?
IRENE. (Cayendo á sus piés.)
Antero, no me condenes.
Yo te diré la verdad.
ANTERO. (Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Infeliz de mí!
JUAN. (Furioso.) Villano,
¿qué has hecho?
PERICO. (Con aire rencoroso.) ¡Jugar conmigo?
¡Eso no!
JUAN. No te castigo
por no mancharme la mano.
(Á Perico y á Santiago.)

¡Fuera de aquí ó doy al traste
con todo!...

PERICO. No es justo...

JUAN. (Interrumpiéndole.) ¡Calla!
y devuelve á ese canalla
el dinero que robaste.
No se lo des sin recibo,
porque es capaz...

SANTIAGO. (Retrocediendo y queriendo defenderse de la acusacion.)
¿Dónde y cuándo?...

JUAN. Y diga usted á Fernando
que he resuelto asparle vivo.

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos SANTIAGO y PERICO.

ANTERO. No lo creyera jamás.
¡Engañarme así...

IRENE. (Llena de incertidumbre.)
Te juro
que soy inocente...

ANTERO. Duro
castigo á mi afecto das.
¡Manchar mis canas!

IRENE. (Desesperada.) ¿Qué dices?

JUAN. (Acercándose á él cariñosamente.)
¡Padre!

ANTERO. (Con amargura.)
Mas ¿de qué me quejo?
¿Qué soy? ¡Nada! Un tronco viejo
ya sin ramas ni raíces.

Tronco que no puede dar
flor ni fruto.

IRENE. (Con desesperacion.) ¡Por Dios santo,
escúchame!

ANTERO. (Con dolor.) ¿Vivo tanto,
que te cansas de esperar?

IRENE. ¡Me harás perder el sentido!
Por Dios que estás engañado;
mi culpa es haber callado,
pero no haberte ofendido.
Durante el primer albor
de mi casta adolescencia,
dió crédito mi inocencia
á sus protestas de amor.
Pasáronse estos hervores;
pero atrevido y resuelto,
despues de casada ha vuelto
á requerirme de amores.
De mis cartas se valió
para asustarme...

JUAN. ¡Ah! Me explico
todo!—Quizás á Perico
una de ellas le enseñó,
y quiso obtener la palma
y vencerte de ese modo...—
¡Cómo hundida en tanto lodo
puede respirar un alma!

IRENE. Por no alterar tu sosiego
callé, y hago mil protestas...

ANTERO. Pero ¿qué cartas son estas,
que tanto?....

ESCENA XV.

DICHOS, ROSA, que manifiesta cierta desconfianza en presencia de don Antero y Juan.

ROSA. (Á mal tiempo llego.)
IRENE. ¿Pasa algo?
ROSA. No...
IRENE. Hasta que llame
no te ocurra...
ROSA. Pero...
IRENE. ¡Vete!
ROSA. (Es que me ha dado un paquete
don Fernando...)
IRENE. (Con alegría.) ¡Oh! ¡Dame, dame!
ROSA. (Acaso será indiscreto...)
ANTERO. ¿Qué es eso? (Con curiosidad é interés.)
IRENE. (Impaciente á Rosa.) ¡Vamos! ¡Ligera!
ROSA. (Me encargó que se le diera
á usted sola y en secreto...)
IRENE. ¿No acabarás? (Con ardor.)
JUAN. (Receloso.) ¡Qué empeñada
discusion!...
IRENE. (Llora de alegría.)
¡Las cartas mias!
(Dando el paquete sin abrirlo siquiera á D. Antero.)
¡Ellas, ya que desconfias,
te dirán si soy honrada!
ANTERO. (Abriéndole convulsivamente y leyendo la carta de remision.)
(Lee.)
«Ya que usted dura y cruel...»

(Á Rosa.)
Pero ¿quién te las ha dado?

Rosa. Don Fernando.

Juan. (Fuera de sí, lanzándose fuera de la habitacion.)
¿Ese menguado
está aquí?...

Antero. (Tambien arrebatado y colérico siguiéndole.)
¡Dios de Israel!

ESCENA XVI.

IRENE, ROSA.

Irene. (Á D. Antero que se le escapa.)
—¡Detente!—¿Qué va á pasar
en casa? ¿Quién nos socorre? (Á Rosa.)
¡Avísale! ¡Corre, corre!
¡Vírgen santa del Pilar!
No pierdas tiempo...

Rosa. (Asustada.) En seguida.
¡Ah! ¡no es menester! (Viendo aparecer á Fernando.)

ESCENA XVII.

DICHAS, FERNANDO, que entra, y al observar la agitacion de Irene y Rosa, se detiene receloso en el umbral.

Fernando. (Desconfiando.) ¿Qué es esto?

Irene. ¡Huya usted!...

FERNANDO. (Sorprendido.) ¡Señora!

IRENE. ¡Presto!
Si usted estima su vida.
Han descubierto su red
de infamias...

FERNANDO. (Aturdido.) ¡La ira me abrasa!

IRENE. Y quieren manchar mi casa
con la ruin sangre de usted.
¡Huya usted! Ya está avisado.—
Vámonos, Rosa...

ROSA. (Llena de miedo.) Ya voy.

(Salen todos apresuradamente de la escena, dirigiéndose Irene y Rosa por un lado, y Fernando por aquel que se supone da á la escalera, volviendo á poco presa de la más violenta agitacion.)

ESCENA XVIII.

FERNANDO.

¡Ah! suben... ¡Perdido estoy!
La salida me han cortado.
¿Qué hacer? En su furia loca
me matarán como á un perro...
Aquí... (Dirigiéndose al cuarto secreto.)
La puerta es de hierro...
(Deteniéndose con desconfianza.)
—Esto es meterse en la boca...—
Pendiente estoy de un cabello;
si aquí oyese...
(Como recordando las condiciones del escondite.)
¡Antro maldito!
—Pase lo que pase, ¡chito!

que me va la vida en ello.—
Evitemos el fracaso,
y despues que se serenen
será fácil... (Oyéndolos y ocultándose)
¡Ah! ya vienen.

ESCENA XIX.

JUAN, D. ANTERO, con un cachorrillo en la mano. Juan conteniéndole.

JUAN. Pero...
ANTERO. (Fuera de sí.)
¡No he de hacerte caso!
Suéltame...
JUAN. ¿No basto yo?
Mozo soy, usted es viejo,
y es más natural...
ANTERO. ¡No cejo!
JUAN. Oiga usted...
ANTERO. (Fuera de sí.) ¡Digo que no!
¡Y deja vanas porfías!
JUAN. Observe usted, sin embargo...
ANTERO. Á nadie doy el encargo
de vengar ofensas mias.
JUAN. Mas recuerde usted, por Dios,
en qué posicion me he visto,
ANTERO. ¡No ha de ser! (Con resolucion.)
JUAN. (Con energía.) ¡Pues no desisto!
ANTERO. (Ciego de ira.)
¡Pues matémosle los dos!
¡Que no acabará la raza
de esa gente!... No soy dueño
de mí!... Vamos.

ESCENA XX.

DICHOS, IRENE.

IRENE. (Que oye las últimas palabras.)
¡Loco empeño!
JUAN. ¿Por qué?
IRENE. (Con calma.) Se escapó la caza.
ANTERO. ¿Qué dices? (Con ira.)
IRENE. En mi camino
se atravesó y le he espantado.
No quiero que un hombre honrado
se convierta en asesino.
Estimo mucho el sosiego
de mi casa.
ANTERO. (Calmándose.) Eres discreta
y me impides que cometa
un crímen. ¡Estaba ciego!
Dios le impondrá su castigo
y hará que reciba el pago.
(Juan hace ademan de marcharse, y D. Antero le detiene.)
¿Dónde vas?
JUAN. (Con resolucion.) ¡Voy á Buitrago!
ANTERO. (Atrayéndole cariñosamente, pero con tono decidido.)
No. Tú te vienes conmigo.
JUAN. Pero ántes...
ANTERO. No hablemos más.
Lo quiero.
JUAN. (Sometiéndose.) Si usted lo manda...
ANTERO. (Á Irene.)
¿Y Perico?...
IRENE. Por ahí anda

llorando.

ANTERO. Pues le dirás...
¡No! (Cambiando de idea.)

JUAN. Le tendré á mi servicio
en Paris...

IRENE. (Alarmada.) Mucho te expones.

JUAN. Yo, con mis necias lecciones,
le empujé hácia el precipicio.
Quiero remediar mi mal
si aún es posible, hoy que siento
que Dios es base y cimiento
del edificio social.

ANTERO. Salva á esa alma pecadora
si ya no es tarde.

JUAN. Eso quiero.

ESCENA XXI.

DICHOS, ROSA.

ROSA. Señor...

ANTERO. ¿Qué pasa?

ROSA. El cochero
me manda á decir que es hora...

ANTERO. Pues marchemos.—
(Irene y Rosa se preparan cogiendo los cabás y cestos que hay en algunas sillas, y esperan en compañía de Juan á D. Antero en el umbral de la puerta del fondo.)
Con dolor
de mi casa me despido.
—Y en este cuarto que ha sido
de una infamia encubridor,

(Acercándose al cuarto en donde está oculto Fernando.)
no habrá de hoy más quien se alabe
de entrar.—¡Condenado queda!—
y para que esto suceda
cierro y me guardo la llave.
No se abrirá más en los
dias de mi vida.—
(Á todos que le aguardan agrupados en la puerta.)
Os sigo.

JUAN. (Discutiendo con Irene acaloradamente.)
Pero él...

IRENE. (Á Juan calmándole.) Deja su castigo
á la justicia de Dios.
(Desaparecen todos y cae el telon con lentitud.)

FIN DEL DRAMA.

EL HAZ DE LEÑA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

EXCMO. SEÑOR

D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA.

MI RESPETABLE AMIGO: *En estos momentos en que la ingratitud y la calumnia intentan clavar en V. su diente envenenado, yo que nunca he figurado en el número de los aduladores, y que estoy siempre dispuesto á ser cortesano de la desgracia, principalmente cuando es inmerecida, siento en mí la imperiosa necesidad de manifestar á V. públicamente la profunda consideracion y cariñoso aprecio que me inspira.*

Dedico á V. este pobre parto de mi ingenio, y le ruego que le acepte, no por su valor, que es escaso, sino como testimonio de la alta estimacion en que le tiene, y de la sincera amistad que le profesa su afectísimo amigo,

S. S. Q. B. S. M.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

PERSONAJES.

CATALINA.
MÓNICA.
DON CÁRLOS DE AUSTRIA.
ALONSO CISNEROS.
FELIPE II.
CONDE DE LERMA.
DON RODRIGO DE MENDOZA.
EL CARDENAL ESPINOSA.
EL PRÍNCIPE DE ÉBOLI.
BARON DE MONTIGNI.
CONDE DE BERGHEN.
UN UJIER.
Duque de Feria, el prior D. Antonio de Toledo, D. Diego de Acuña, Santoro, Bernate, caballeros de la córte y monteros de Espinosa.

1568.

ACTO PRIMERO.

Cámara del rey D. Felipe II amueblada segun el gusto de la época. Puerta en el fondó, y á sus lados los retratos del Emperador Cárlos V y de la Emperatriz doña Isabel. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE II, sentado junto á un bufete despachando. El CARDENAL ESPINOSA de pié.

CARDENAL. (Entregando al rey unos papeles.)
Esto los doctos varones
que las diócesis ilustran
de Canarias y Orihuela,
contestan á la consulta
que se les hizo.
FELIPE. Está bien.
CARDENAL. Ambos su dictámen fundan
en razones de gran peso,
que honran su prudencia suma.

En él exponen que Vuestra
Majestad, firme columna
de la Iglesia y del Estado,
cuyo sosiego perturban
la herética pravedad
y la rebelion injusta,
debe ahogar los sentimientos
de su alma, y con mano dura,
allí donde el fuego asome,
no consentirle que cunda.
Que la salvacion del reino
expuesto á sangrientas luchas,
y la paz de las conciencias
alterada como nunca,
exigen pronto remedio,
sin que sirvan de disculpa
ni los lazos de la sangre,
ni la grandeza y alcurnia
de los que delincan.

FELIPE. Cierto.
Cuanto más alta es la cuna
del error, tanto más fácil
es que se extienda y difunda.
Más rápido es el torrente
que el arroyo. Manso cruza
el rio vegas y valles
y dilatadas llanuras;
pero cuando el sol derrite
la nieve y bajan con furia
las aguas de la montaña,
entónces todo lo inundan.

CARDENAL. ¿Es decir que en este caso
Vuestra Majestad se ajusta
al parecer de esos doctos
prelados?

FELIPE. (Con gravedad.)
No sé.
CARDENAL. Y que juzga
preciso...
FELIPE. (Con tono más severo.)
No sé. El despacho
urge. Excusad más preguntas.
—Seguid.—
CARDENAL. Fray Diego de Chaves
en este papel, renuncia
al cargo de confesor
del príncipe, por ocultas
razones que ya conoce
Vuestra Majestad...
FELIPE. Es justa
resolucion...
CARDENAL. Asimismo
de esta obligacion se excusa
fray Juan de Tobar...
FELIPE. Tampoco
me sorprende su repulsa.
Mal anda con su conciencia
mi hijo don Cárlos. ¡Qué oscura
debe de estar cuando todos
sus confesores se asustan!
Proseguid.
CARDENAL. (Entregándole otros pliegos.)
Nuevas de Flándes.
FELIPE. ¿Y qué empresa nos anuncia
el duque de Alba, mi primo?
Sepamos.
CARDENAL. Señor, ninguna.
Pero dice que en la mano
tiene, merced á su industria,
los hilos de una atrevida

conspiracion, y asegura
que ántes de poco, si el cielo
sus propósitos secunda,
impondrá á los sediciosos
el silencio de las tumbas.

FELIPE. Bocas que de Dios reniegan
no importa que queden mudas.

CARDENAL. Añade que únicamente
la espada y la hoguera juntas
pueden templar la osadía
de aquella revuelta chusma;
que el incendio luterano
por todas partes circula,
y que es forzoso apagarle
sin contemplacion alguna.

FELIPE. Como quien es habla el duque.
Cuando la herejía apunta,
merecen duro castigo
hasta que calle y sucumba,
el corazon que la abriga,
el labio que la formula,
la mano que la sustenta
y el oido que la escucha.
Haga, pues, lo que es debido
el duque mi primo, y cumpla
con Dios y el rey...

CARDENAL. (Mostrando nuevos papeles.)
Juan de Herrera
á presentar se apresura,
ya reformada, la traza
de la gigantesca cúpula
del Escorial...

FELIPE. (Examinando los planos.)
Bien. Espero
que será, como obra suya,

admiracion portentosa
de las edades futuras.
¿Qué despachos hay de Francia?

ESCENA II.

DICHOS, PRÍNCIPE DE ÉBOLI.

ÉBOLI. Señor...
FELIPE. ¿Qué es eso?
ÉBOLI. Con mucha
insistencia y pretextando
que el bien del Estado busca,
el comediante Cisneros...
FELIPE. ¡Ah, sí! Cediendo á sus súplicas
héle concedido audiencia.
CARDENAL. Es del príncipe de Astúrias
confidente y consejero.
FELIPE. Razon que á verle me impulsa.
—Hacedle entrar en seguida.—
Segun dicen, es aguda
su discrecion. ¡Quiera el cielo
que al fin no llore sus burlas!

ESCENA III.

FELIPE II, CARDENAL ESPINOSA.

CARDENAL. Señor, merecido fuera
su castigo. Él presta ayuda

al príncipe en sus excesos
y hácia el abismo le empuja.
Porque intenté poner coto
á sus torpes aventuras,
siguióme airado su Alteza
con una daga desnuda
por todo palacio...

FELIPE. Temo
que el mal tiene más profundas
raíces. Pero si sólo
es de Cisneros la culpa,
yo le pondré á buen recaudo
donde ni el sol le descubra.

ESCENA IV.

DICHOS, ALONSO CISNEROS, postrándose á los piés de FELIPE II.

CISNEROS. Aunque no merezca tanta
merced, señor, mi humildad,
déme Vuestra Majestad
á besar sus piés...

FELIPE. (Contemplándole un momento en silencio con aire severo y desdeñoso.)
Levanta,
histrion.

CISNEROS. No niego mi oficio.
Con harta desdicha mia
gano el pan de cada dia
en tan penoso ejercicio.
Que en arte tan singular
mi deber es divertir

al vulgo, y le hago reir...
cuando otros le hacen llorar.
Siempre alegre y bullicioso
á la plebe satisfago,
y en los entremeses hago
los papeles de gracioso.

FELIPE. ¿Y nunca has llorado?

CISNEROS. Sí.
¿Á quién el dolor olvida?
En las farsas de la vida
guardo el llanto para mí.

FELIPE. Quizás conveniente sea
que conozcas sus rigores,
porque es posible que llores
donde mi pueblo te vea.

CISNEROS. Harto me someto al yugo
de mi dura profesion.

FELIPE. Es que yo tengo un histrion
trágico...

CISNEROS. ¿Quién?

FELIPE. El verdugo.

CISNEROS. (Con humildad.)
Vasallo sumiso y fiel
ante vos mi frente inclino.

FELIPE. Pienso que estás en camino
de representar con él.

CISNEROS. ¡Señor!

FELIPE. Nada hay en tu abono.
Tienes instintos aviesos,
y el rumor de tus excesos
llegó á las gradas del trono.

CISNEROS. No es exacto ese rumor,
¡oh, no! Tal vez mi delito
consiste en ser favorito
del príncipe, mi señor.

Pero la plebe insensata
no ve, cuando así me nombra,
que hay árboles cuya sombra,
llena de perfumes, mata.

FELIPE. Tú la buscas con empeño.

CISNEROS. Mi condicion lo ha exigido.
¿Cuándo el esclavo ha tenido
la libre eleccion de dueño?
Si Vuestra Real Majestad
oirme á solas quisiera,
acaso se convenciera
de mi firme lealtad:
que á vuestros piés he llegado
tan sólo con este objeto,
porque importa mi secreto
á Dios, al rey y al Estado.

FELIPE. (Al Cardenal Espinosa.)
Salid.

ESCENA V.

FELIPE II, CISNEROS.

FELIPE. Ya puedes hablar.

CISNEROS. Señor, la suerte enemiga
quiere y me manda que os diga
lo que fuera bien callar.
Esto me impone la ley
de vasallo...

FELIPE. Ya te escucho.

CISNEROS. Que al príncipe debo mucho;
pero más debo á mi rey.

—¿Á qué encubrir los errores
ajenos?—

FELIPE. (Impacientado.)
¡Pronto! ¿Qué pasa?

CISNEROS. Señor, que es centro mi casa
de rebeldes y traidores.

FELIPE. (Sorprendido.)
¿De traidores dices?

CISNEROS. Sí.

FELIPE. ¿Y quiénes son en Castilla?

CISNEROS. Los flamencos que acaudilla
el baron de Montigní.

FELIPE. Mi justicia irá á buscarlos.

CISNEROS. Hará muy mal en entrar,
pues pudiera tropezar
con el príncipe don Cárlos.

FELIPE. (Irritado.)
¡Vive Dios! La lengua ten,
que el no arrancártela es mengua.

CISNEROS. ¿Qué culpa tiene la lengua
de lo que los ojos ven?
No son vanas invenciones,
y aunque la nueva os aflija,
mi casa, señor, cobija
sus secretas relaciones.
Hace tres noches que van
allí, que esto ha decidido
su Alteza...

FELIPE. (Con ira.) ¿Y no has resistido?

CISNEROS. ¿Quién resiste al huracan?
Son temerarios y grandes
sus proyectos...

FELIPE. (Con asombro.) ¡Quién diría!...

CISNEROS. Quiere la soberanía
de los Estados de Flándes.

FELIPE. ¡Loco está!—¿Por qué no espera?—
¿Á que arrancar de mis brazos
su propia hacienda á pedazos
pudiendo heredarla entera?
—¿Quiénes sus cómplices son?—

CISNEROS. Le ayudan, segun infiero,
los sectarios de Lutero
que buscan su proteccion.

FELIPE. (Con hondo desaliento.)
¿Esto más, Dios soberano?
—¿Adónde el rencor le lleva?—
Tú pones, Señor, á prueba
al padre, al rey y al cristiano.
Teme el mundo mis enojos;
firme y robusta sostengo
mi autoridad... ¡Y no tengo
adonde volver los ojos!
Y en mi hogar, en mi hogar mismo
la torba traicion me espía.
¡Oh triste grandeza mia
que se pierde en el abismo!
(Cubriéndose el rostro con las manos, abrumado por el dolor.)

CISNEROS. (Observándole con profunda alegría.)
(¡Llora!... ¡El gozo me enajena!
—¡Bien, histrion! Hazte aplaudir.
¿Qué no podrás conseguir
si haces llorar á una hiena?)

FELIPE. ¡Siempre cercado de intrigas!...
¡Mal mi cólera resisto!
Calla; no digas que has visto
llorar al rey. ¡No lo digas!
—¿Vives solo?—

CISNEROS. No, señor.
Conmigo vive una hermana
que mi existencia engalana

con su fraternal amor.

FELIPE. ¡Felíz tú! ¿Y esa mujer
sabe?...

CISNEROS. Ni el menor indicio.

FELIPE. Pues conviene á mi servicio
que nada llegue á entender.

CISNEROS. Os juro que ignorará
lo que pasa...

FELIPE. Te lo mando.
¿Cuándo irá el príncipe?

CISNEROS. ¿Cuándo?
Esta noche...

FELIPE. Bien está.
Allí iré. ¿Quién con la duda
descansa? Vé prevenido,
la faz serena, el oido
atento y la boca muda.
De todo me darás cuenta.

CISNEROS. Aunque mi vida peligre,
todo lo sabreis. (—Ya el tigre
despertó.—¡Venganza, alienta!)

ESCENA VI.

FELIPE II, CISNÉROS, el CARDENAL.

CARDENAL. Señor, de llegar acaba
un correo en este instante,
que el duque de Alba os envía
con nuevos pliegos de Flándes.
Dice que la urgencia es mucha,
y por esta causa...

FELIPE. (Tomando los despachos.)
Dadme.
(Á Cisneros, señalándole la puerta de la izquierda.)
Vé y espera en esa estancia
hasta que avise.
(Cisneros se retira inclinándose humildemente.)

ESCENA VII.

FELIPE II, CARDENAL ESPINOSA.

FELIPE. ¡Mensaje
del duque! ¿Qué habrá ocurrido?
(Leyendo.)
«Señor, la mano que armasteis
»con la espada de la ley
»castiga ya inexorable.
»Los condes de Horn y de Egmont.
»traidores y desleales,
»en un público cadalso
»han derramado su sangre.»
(Declamando.)
Lo siento, porque algun dia
me sirvieron bien.
(Leyendo de nuevo.) «Culpables
»de mantener relaciones
»con el príncipe de Orange,
»en la plaza de Bruselas,
»para escarmiento de audaces,
»fueron ayer degollados.»
CARDENAL. ¡Dios de sus almas se apiade!
FELIPE. (Sin interrumpir la lectura.)

Amen. »Entre sus papeles
»que remito, tal vez halle
»Vuestra Majestad algunos
»que le sorprendan y espanten.
»Hay cartas de los rebeldes.
»Háilas tambien, y muy graves,
»del... (Felipe II contrariado.)
¡Si parece imposible!

CARDENAL. (¿Quién será? ¡Que Dios le ampare!)

FELIPE. (Continuando la lectura.)
»En ellas se manifiesta
»que no es extraño á estos planes
»el...

CARDENAL. (¡Otra vez se detiene!...)

FELIPE. (Con amargura.)
¡Tendré al fin que castigarle!
»Desde principios de enero
»espéranle... (Con resolucion.)
Será en balde.
»Y estas locas esperanzas
»de los sediciosos hacen
»que á pesar de mis esfuerzos
»el incendio se propague.
»Mas yo templaré su furia,
»pues pondré para atajarle
»una hoguera en cada plaza
»y un cadalso en cada calle.
»Será mi rigor severo,
»ya que la piedad no vale;
»y si Flándes se resiste
»al debido vasallaje,
»arrasaré sus llanuras,
»abrasaré sus ciudades,
»y pondré un pilar que diga
»al mundo: *¡Aquí existió Flándes!*

»Piérdase para la historia
»y para los hombres, ántes
»que para su Dios y el rey.»
(Declamando.)
Quien tal hizo que tal pague.

CARDENAL. Señor, sin que yo pretenda
detener con mi dictámen
el brazo de la justicia,
pienso que á veces es hábil
castigar con una mano
y halagar con otra...

FELIPE. ¡Es tarde!
¡Oh! si sólo me agraviaran
á mí, quizás encontrasen
perdon; pero á Dios ofenden,
y no es justo que lo alcancen.
Me impone el cielo terribles
deberes. Como el gigante
que entrevió el profeta, tiene
este imperio formidable
la cabeza de oro, el cuerpo
de plata y los piés de frágil
barro. Confusion extraña
de diversas sociedades,
con diferentes costumbres
y con distinto lenguaje,
un solo vínculo enlaza
y liga todas sus partes:
¡Dios! la religion! El dia
en que esa ley se quebrante,
se derrumbará el coloso
al menor soplo del aire.
No será miéntras yo viva.
Que en este rudo combate
á que el Señor me condena,

por deber seré implacable.

CARDENAL. Pero...

FELIPE. Miéntras examino
estos papeles, dejadme,
y llamad de parte mia
al príncipe.

CARDENAL. El cielo os guarde.

ESCENA VIII.

FELIPE II.

¡Que tan criminal intento
abrigue! ¡Que así me hiera!...
Ocultárselo quisiera
á mi propio pensamiento.
Vergüenza, vergüenza siento,
porque al cabo es sangre mia!
¡Vive el cielo! ¿Quién diria
que arrastrado por su instinto
un nieto de Cárlos quinto
su estirpe deshonraría!

ESCENA IX.

FELIPE II. sentado junto al bufete y entregado á sus tristes reflexiones, D. CÁRLOS.

CÁRLOS. (Entrando.)
Señor...

(Alzando la voz para llamar la atencion del rey que no le ha oido.)

Señor!

FELIPE. (Reparando en él.) ¡Ah! llegad.
Hace dias que no os veo.
Me habeis olvidado.

CÁRLOS. Creo
que Vuestra Real Majestad
en esto no va acertado.

FELIPE. ¿Pues me quejo sin motivo?

CÁRLOS. Yo soy, señor, el que vivo
en vuestro reino olvidado.

FELIPE. Vuestra soberbia os engaña.
No es cierto.

CÁRLOS. (Con amargura.)
¡Pluguiera á Dios!

FELIPE. (Con intencion.)
Harto sabeis que de vos
se acuerdan... fuera de España.

CÁRLOS. (Alterado.)
¿De mí, señor?

FELIPE. Sed más cuerdo,
y pensad lo que os conviene.

CÁRLOS. (Reponiéndose y con tono resuelto.)
Se acuerdan, porque algo tiene
la compasion de recuerdo.

FELIPE. ¡Cómo! ¿Os compadecen?

CÁRLOS. Sí.

FELIPE. No temais que yo lo impida.

CÁRLOS. Cuantos conocen mi vida
tienen lástima de mí.

FELIPE. (Reprimiéndose.)
¿Esto más?

CÁRLOS. De genio altivo,
ansiando más luz y espacio,

por cárcel tengo el palacio
donde vegeto cautivo.
Ved si con razon me quejo,
pues vuestra mano me cierra
el camino de la guerra
y la entrada en el Consejo.
Y cuando puedo aspirar
á engrandecer nuestra historia,
veo la gloria... ¡La gloria
que no me es dado alcanzar!
Sumido en ocio infecundo
á vuestra ley me resigno.
¡Ya veis, señor, si soy digno
de la lástima del mundo!

FELIPE. Duras vuestras quejas son,
y es de sentir solamente
que no tenga vuestra mente
los vuelos de su ambicion.
¿Ansiais glorias militares?
Id y conquistad Europa
con vuestra aguerrida tropa
de histriones y de juglares.

CÁRLOS. (En un arranque de ira.)
¡Padre!

FELIPE. Con esa cuadrilla
que doquier os acompaña,
y que es vergüenza de España
y escándalo de la villa.

CÁRLOS. ¡No más!...

FELIPE. Decis ¡vive Dios!
que de mi lado os alejo.
¿De qué sirve en el Consejo
un príncipe como vos,
que con ira licenciosa
y fiero rencor insano

persigue, puñal en mano,
al Cardenal Espinosa?

CÁRLOS. Debo vengar mis injurias.

FELIPE. Por Dios, que errais el camino.
Decidme, ¿sois asesino
ó sois príncipe de Astúrias?

CÁRLOS. (Fuera de sí.)
¡Padre!

FELIPE. Ciego de despecho,
os perturba y arrebata
esa ambicion insensata
que no cabe en vuestro pecho.
Siempre entregado al azar,
rebelde siempre al deber,
ni sabeis obedecer
ni sois digno de mandar.

CÁRLOS. ¡Qué implacable estais conmigo!

FELIPE. No con falta de razon.
Moderad vuestra ambicion
ó sentireis el castigo.

CÁRLOS. (Arrebatado por la cólera.)
Pues bien: haced lo que os cuadre:
á todo estoy resignado.
Ya sé que el cielo me ha dado
un tirano en vez de padre.
Sobre mí caiga la ley.
No la temo...

FELIPE. (Con ira reconcentrada, estrechando la mano de D. Cárlos y obligándole á caer á sus piés.)
¿Así me humillas,
desdichado? ¡De rodillas!
Ya no habla el padre, habla el rey.
¡Quién tanta audacia concibe!
Pues si yo fuera tirano,
¿dónde estaría la mano

que estos papeles escribe?
(Mostrándole las cartas remitidas por el Duque de Alba.)
¿Así ensalzas y proteges
la gloria de tus mayores,
amparador de traidores,
patrocinador de herejes?
Mira, si puedes, el falso
camino que has emprendido;
mira esas cartas que han sido
cobradas en el cadalso.
Si aún permanecen ocultas
tus sugestiones aleves,
no al monarca se lo debes,
sino al padre á quien insultas.
Mas si con loca osadía
persistes en tu maldad,
fiado en la impunidad
que te da la sangre mia,
yo sabré, si no la enfrenas,
verterla, mal que me pese,
¡y no la tuya! Aunque fuese
la que corre por mis venas.

CÁRLOS. (Aterrado.)
¡Señor!

FELIPE. Por última vez
mi voz te avisa y advierte.
¡Y ay de tí si se convierte
el padre en severo juez!

ESCENA X.

D. CÁRLOS, levantándose lentamente del suelo, entre confuso y airado.

Mi plan está descubierto
y me hostiga y amenaza...
¡No, no conoce su raza
cuando á sus piés no me ha muerto!
¡Yo vivir encadenado! ..
¡Si imaginarlo es quimera!
¡Oh! ¡Devolverle quisiera
la ruin vida que me ha dado!

ESCENA XI.

D. CÁRLOS, CISNEROS, saliendo inquieto y azorado por la izquierda.

CISNEROS. (Aparte.)
(Me manda salir... ¡Valor!)
CÁRLOS. (Dirigiéndose colérico hácia la puerta del fondo.)
Pronto veremos...
(Reparando con sorpresa en Cisneros.)
¿Tú aquí?
CISNEROS. (Receloso.)
(Quizás nos observa...) Sí.
Vengo á buscaros, señor.
CÁRLOS. (Maravillado.)
¿Y osaste?...

CISNEROS. No soy cobarde
y me ha movido la idea
de que Vuestra Alteza vea
la comedia de esta tarde.

CÁRLOS. ¡Hay funcion!

CISNEROS. Pero funcion
que adquirirá eterna fama.
Es nueva, es mia, y se llama...
(Con tono intencionado.)
¡Callar hasta la ocasion!

CÁRLOS. El título me provoca
á risa...

CISNEROS. De véras hablo.

CÁRLOS. (Cuya agitacion va en aumento hasta la terminacion del acto.)
¡Oh! Diríase que el diablo
me aconseja por tu boca.
¿Habrá mucho enredo?

CISNEROS. ¡Mucho!
Hay aventuras muy graves.

CÁRLOS. ¿Es eso verdad? ¡No sabes
con cuánto placer te escucho!

CISNEROS. Hay citas, hay emboscadas...

CÁRLOS. ¿Nada más que eso, Cisneros?

CISNEROS. Y empeños de caballeros
y nocturnas cuchilladas.

CÁRLOS. ¿Y nada más?

CISNEROS. Hay en toda
la farsa vivo interés.

CÁRLOS. ¿Y cómo acaba?...

CISNEROS. Despues
acaba el asunto en boda.

CÁRLOS. ¿Y no en muerte?... Pues declaro
que eres malísimo autor.
¡Es mejor, mucho mejor
la fiesta que yo preparo!

¡Oh, ya verás, ya verás
qué algazara y qué alborozo!

CISNEROS. (Observando la alteracion del príncipe.)
¿Estais llorando?...

CÁRLOS. Es de gozo.
¡El gozo de Satanás!
Si se logra mi esperanza,
habrá en la comedia mia
tristes ayes de agonía,
roncos gritos de venganza.

CISNEROS. ¿Qué decís?

CÁRLOS. ¡Verás qué enredo!
Habrá lucha, y en la lucha
mucha sangre, mucha, mucha...
(Con risa sardónica.)
Já, já, já, já...

CISNEROS. ¡Me dais miedo!

CÁRLOS. ¡Qué peripecias tan grandes!
¡Qué escenas tan peregrinas!

CISNEROS. (Asombrado.)
¿En dónde?

CARLOS. ¿No lo adivinas,
imbécil?

CISNEROS. Señor...

CÁRLOS. En Flándes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Morada de Alonso Cisneros, modestamente amueblada. Puerta en el fondo, y en segundo término otra que se supone ser la de entrada en la casa. Puertas laterales. Son las primeras horas de la noche.

ESCENA PRIMERA.

MÓNICA.

¡Siempre en casa recogida
y siempre llorosa! Todo
parece indicar que oculta
pesares agudos, hondos.
¡Pobre Catalina! Á veces
riegan su apacible rostro
lágrimas acusadoras
que se escapan de sus ojos.
¿Por qué se aflige?... Es preciso
averiguar... pero ¿cómo?
Si no atiende á mis deseos
ni á mis súplicas tampoco.
Pues yo he de saber...

(Óyense dos aldabonazos en la puerta de entrada. **Mónica** se detiene sorprendida, y vuelven á sonar nuevos y más violentos golpes.)

¿Quién llama?

ÉBOLI. (Desde fuera con tono imperioso.)
¡Abrid!

MÓNICA. La voz desconozco.
¿Quién sois?

ÉBOLI. Abrid, ó derribo
la puerta.

MÓNICA. (Abriendo.) ¡Jesus, qué tono!

ESCENA II.

MÓNICA, FELIPE II y PRÍNCIPE DE ÉBOLI, embozados en largas capas y recatando el rostro.

(Sorprendida.)
¿Qué se ofrece, caballeros?

ÉBOLI. ¿Vive en esta casa Alonso
Cisneros?

MÓNICA. Sí. Pero diga
vuesa merced...

ÉBOLI. Poco á poco.
¿Está en casa?

MÓNICA. No está en casa.
¿Qué quereis?

ÉBOLI. Pues es forzoso
que nos ocultes.

MÓNICA. (Asustada.) ¡Dios santo!
¿Qué dice usarced?

ÉBOLI. (Con imperio.) Y pronto.

MÓNICA. Paréceme, caballero,
que no es este el mejor modo
de pedir...
EBOLI. Señora dueña,
yo no os consulto, dispongo.
MÓNICA. ¿Y no hay más que entrar así
como almas del purgatorio,
con el sombrero calado
y hasta el sombrero el embozo,
diciendo:—Acá nos metemos?—
EBOLI. Por vuestro bien os exhorto
al silencio y la obediencia.
MÓNICA. ¿De véras? Pues yo respondo
que si no os vais ahora mismo
pediré á voces...
FELIPE. (Adelantándose.) Y si oigo
el menor grito, os arranco
la lengua.
MÓNICA. (Sobrecogida.)
¡Dios poderoso!
FELIPE. En nombre del rey venimos.
MÓNICA. ¡Oh!...
FELIPE. Sus emisarios somos.
Haced, pues, lo que se os manda
ó despertareis su enojo.
MÓNICA. (Amedrentada.)
Señor...
FELIPE. ¿En dónde podremos
ocultarnos?
MÓNICA. ¡San Antonio
me valga! Yo no sabía...
Perdonad.
FELIPE. Bien: os perdono.
Pero despachad.
MÓNICA. (Señalando una de las habitaciones de la derecha.)

En ese
cuarto, retirado y solo,
podeis estar y enteraros
de cuanto pase...

FELIPE. ¿De todo?

MÓNICA. Sí, señor. Nadie le habita...

FELIPE. Entremos. Oye: si noto
la menor incertidumbre,
si observo el más leve asomo
de traicion, si nos engañas
y llego á entender el dolo...

MÓNICA. (Espantada.)
Señor, descuidad!

FELIPE. Te juro,
y yo no falto á mis votos,
que de un balcon de esta casa
mañana mismo te ahorco.

ESCENA III.

MÓNICA santiguándose, despues CATALINA.

In nomine Patris, Filii
et Spiritu... ¡Ay, me ahogo!
Ya me parece que tengo
puesto el dogal en los hombros.
Prometo, si Dios me saca
con bien...

CATALINA. (Entrando en escena.)
¡Mónica!

MÓNICA. (Asustada.) ¡Socorro!

CATALINA. (Sorprendida.)

¿Qué es eso?

MÓNICA. ¡Flaquezas mias!
Contóme ayer Fray Ambrosio,
mi confesor, un suceso
tan tremendo y pavoroso,
que el menor ruido me asusta
desde entónces...

CATALINA. (Sonriendo.) ¡Lo conozco!

MÓNICA. Figúrate que un hereje...

CATALINA. (Con vehemencia.)
Calla!

MÓNICA. Un luterano, un monstruo
sin religion, con mentidas
prácticas y actos devotos,
estuvo engañando al mundo
y al Santo Oficio á su antojo.
Pues figúrate que en este
estado pecaminoso,
muere...

CATALINA. ¡Te he dicho que calles!

MÓNICA. Pero ¡qué espanto! ¡Qué asombro!
No bien espiró, sintióse
en toda la casa sordo
rumor de cadenas, luégo
gritos discordes y broncos;
despues como removida
por interno terremoto
la casa vínose abajo,
y entre mil nubes de polvo,
el muerto, dando alaridos,
desapareció de pronto
conducido por un diablo
rabilargo y uñicorvo.
Lo cual prueba, segun dice
mi confesor, hombre docto,

que los herejes no entienden
su interés y son muy tontos,
pues por huir de la quema,
que dura en el mundo un soplo,
prefieren estar ardiendo
per sæcula sæculorum.
—Mas ¡por Dios! ¿Te pones mala?
¿Lloras?

CATALINA. Sí, Mónica, lloro,
y no me preguntes...

MÓNICA. ¡Vamos!
El caso es tan espantoso
que te ha trastornado...

CATALINA. ¿Quieres
callar?

MÓNICA. ¡No me dió un soponcio
cuando lo supe... ¡Ay, qué cosas
dicen que dijo el demonio!

CATALINA. (Esforzándose y variando de conversacion.)
¿Quién ha venido?

MÓNICA. (Inquieta.) ¿Aquí? Nadie.
Ya sabes. Hasta las ocho
no podrá volver tu hermano,
y en su ausencia no descorro,
sin conocer al que llama,
ni pestillos ni cerrojos.
¡No faltaba más! Pues bueno
anda el mundo... Hay cada robo
de noche...
(Observando la profunda melancolía de Catalina.)
Pero ¿qué tienes?
Hace tiempo que no logro
ver la sonrisa en tus labios
ni la alegría en tus ojos.
Las rosas de tus mejillas

pierden su color hermoso:
suspiras y tus suspiros
casi parecen sollozos.
¿Qué tienes?

CATALINA. Nada.

MÓNICA. No es cierto.
(¡Jesus! que escuchan los otros.)
No me acordaba...) Si quieres
callarte... Bien: no me opongo.

CATALINA. Y nunca pretendas, nunca,
llegar, Mónica, hasta el fondo
de mi corazon...

MÓNICA. Lo mandas...

CATALINA. Mi pecho es un calabozo
donde sin luz y sin aire
los recuerdos aprisiono.
Dolor que no se confia,
dolor mudo, misterioso,
desesperado es el mio,
implacable como el odio.
Déjame á solas con él,
que si en el alma le escondo,
harta desdicha es la mia.

MÓNICA. Me callo, ya que te enojo.
(Llaman en la puerta de entrada.)
¿Quién es?

CÁRLOS. (Fuera.) Yo soy.

CATALINA. (Agitada.) Es su Alteza.
Abre.

MÓNICA. (Con miedo.)
(Mis piés son de plomo.
Y esos hombres espiando...)

CATALINA. (Impaciente.)
¿No abrirás?

MÓNICA. (Rezando.) *Dóminus, dóminus...*

ESCENA IV.

CATALINA, D. CÁRLOS, abatido, MÓNICA.

CÁRLOS. Catalina, Dios te guarde.
CATALINA. Seais bien venido.
CÁRLOS. ¿Alonso
no está?
CATALINA. No, señor.
(Reparando en el desaliento del príncipe.)
¡Dios mio!
¿Estais enfermo?
CÁRLOS. (Excitándose.) Estoy loco.
¡Loco, sí!
CATALINA. (Con interés.)
Pues ¿qué os sucede?
No sé...
CÁRLOS. Triste y sin apoyo,
para irrision de los hombres
nací en las gradas del trono.
CATALINA. ¡Que eso digais!
MÓNICA. (Amedrentada.) (¡Desgraciados,
y van á hablar!... No me expongo
á escucharlos... ¡Quiera el cielo
apiadarse de nosotros!

ESCENA V.

CATALINA, D. CÁRLOS

CATALINA. Pero ¿qué os pasa? Agitado
estais...
CÁRLOS. No, desesperado.
Tú no sabes, Catalina,
el odio reconcentrado
que en mi corazon germina.
Por mis venas se derrama:
como el fuego comprimido
ocultamente me inflama.
¡Ay, cuando rompa esa llama
y surja!...
CATALINA. ¡Estareis perdido!
CÁRLOS. ¿No es verdad que te amedrenta?
¡Oh! yo quisiera callar,
pero no puedo. Revienta
mi furor. ¿Quién puede ahogar
las iras de la tormenta?
Expláyese el alma mia
léjos de esa turba impía
que me sigue y acompaña,
que me adula y que me espía,
que se postra y que me engaña.
En este oculto rincon
salgan la voz de mi pecho,
la hiel de mi corazon,
los ayes de mi despecho,
las ansias de mi ambicion.

Aquí sólo puedo ser
dueño de mí mismo. Aquí
no necesito esconder
este ardiente frenesí...

CATALINA. Príncipe, ¿qué vais á hacer?
Templad ese vivo encono.
Ved quién sois...

CÁRLOS. ¡Ay, Catalina!
Nada soy en mi abandono.

CATALINA. Sois heredero de un trono
que sobre el mundo domina.

CÁRLOS. Más esto me desespera.

CATALINA. ¿Por qué, señor?

CÁRLOS. Si yo hubiera
en pobre cuna nacido,
con resignacion sufriera
la oscuridad y el olvido.
Pero cuando altiva toca
en la elevacion mi frente
y la ambicion me provoca,
¡vivir atado á la roca
de una grandeza impotente!
¡Solo, triste, sin empleo,
en mi lastimoso estado,
sentir, nuevo Prometeo,
mi pecho despedazado
por las garras del deseo!
¡Ser tan grande y ser tan poco!
Morir de sed á la orilla
del agua que miro y toco!...
¡Esto me mata, me humilla,
y temo volverme loco!

CATALINA. Pero mirad...

CÁRLOS. En la oscura
soledad de mi recinto,

á veces se me figura
que ante mis ojos fulgura
la imágen de Cárlos Quinto.
Á su vista me confundo
temeroso, y quiero en vano,
en mi respeto profundo,
besar la potente mano
que llegó á abarcar el mundo.
Mi espíritu desfallece,
y, como á traves de un sueño,
la imágen se eleva y crece,
y á medida que engrandece,
me siento yo más pequeño.
Y la bélica armonía
de la militar porfía
en mi corazon resuena,
y mi cerebro se llena
con las glorias de Pavía.
Y mudo, asombrado, yerto
al mirar su rostro altivo,
juzgo, de rubor cubierto,
que viene á quejarse muerto
del ocio infame en que vivo.
Estos recuerdos se imprimen
tenazmente en mi memoria,
y me conturban y oprimen...

CATALINA. Cuidad que ese afan de gloria
no os precipite en el crímen.

CÁRLOS. (Alterado.)
¡El crímen!

CATALINA. Pobre mujer,
no sé qué impulso secreto
me lleva á vos sin querer.
¡Quizás la voz del respeto,
quizás la voz del deber!

No quiero buscar su orígen.
Sólo sé que esos sombríos
dolores consuelo exigen;
sé tan sólo que me afligen
como si fueran los mios.

CÁRLOS. (Enternecido.)
¡Eres buena, Catalina!

CATALINA. Sé que es llama abrasadora
la ambicion cuando domina...

CÁRLOS. (Con decaimiento.)
¡Es verdad!

CATALINA. Sé que ilumina;
mas sé tambien que devora.
¿Qué entiendo yo de la ciencia
del mundo? Pero ¡ay, señor!
conozco en mi inexperiencia
que debe estar el valor
de acuerdo con la prudencia.
Ya que en vuestras venas arde
la ambicion, marchad con tino,
ni arrojado ni cobarde,
pues vale más llegar tarde
que perderse en el camino.
Agítese cuanto quiera
aquel que en humilde esfera
y en bajo estado se mueve,
porque es larga la carrera
y nuestra vida muy breve.
Pero vos... ¡vos, cuya mano
está á punto de alcanzar
el mayor poder humano!...

CÁRLOS. Porque le miro cercano
tengo anhelos de llegar.

CATALINA. Mas ¿á qué correr en pos
de un deseo? ¿No estais vos

casi tocando con él?

CÁRLOS. No ambicionara Luzbel
á estar más lejos de Dios.

CATALINA. Pero Vuestra Alteza olvida
que sufrió duro escarmiento
su soberbia...

CÁRLOS. ¡Por mi vida!
¿Desde cuándo la caida
empequeñece el intento?
Cayó Luzbel: es verdad.
Mas tan grande, que Dios mismo,
para encerrar su maldad,
produjo otra inmensidad:
la inmensidad del abismo.

CATALINA. De horror y espanto me llena
vuestra inquietud. Tened calma.

CÁRLOS. ¡Ay! ¿Cómo será mi pena
cuando tu voz no serena
esta tempestad del alma?
No sé qué secreto encanto
ejerce en mí, que la escucho
con recogimiento santo.
¿Más cómo vencerme? Lucho
sin fuerzas. ¡No puedo tanto!

CATALINA. ¡Ah! que me faltan razones,
y no alcanzo á convenceros...

CÁRLOS. ¡Ardua empresa te propones!

ESCENA VI.

DICHOS, CISNEROS, lleno de júbilo.

CISNEROS. (Entrando.)
¡Vítor, vítor!

CÁRLOS. (Sorprendido.) ¿Qué hay, Cisneros?
CISNEROS. ¡Qué aplausos! ¡Qué aclamaciones!
¡Qué entusiasmo en las mujeres!
en los hombres ¡qué locura!
¡Qué igualdad de pareceres!
La grandeza y la hermosura,
clérigos y mercaderes,
plebeyos y caballeros
gritaban: ¡Vítor, Cisneros!
Y yo loco de alegría
aplaudía... ¡Me aplaudía!
¡La gloria tiene sus fueros!
CATALINA. ¿Es decir que has conseguido
seguro triunfo?
CISNEROS. ¡Oh, seguro!
¡Qué funcion habeis perdido!
¡De eterna memoria!—Os juro
que resistirá al olvido.
¿Hay placer más singular
que el de ver á una asamblea
dominada á su pesar,
que ni habla, ni pestañea,
ni se atreve á respirar;
que en un solo pensamiento
se confunde, que hace un alma
de todas, que á vuestro acento
agitada y sin aliento
ó se alborota ó se calma?
¡No le hay! En esa ocasion
sujetando el corazon
del público, me agiganto,
y como un rey ¡yo el histrion!
sobre todos me levanto.
Fieramente me apodero
de la multitud sumisa:

mando en ella, en ella impero.
Si quiero, excito su risa,
su llanto excito si quiero.
Padece ó goza conmigo,
y ante el sentimiento igualo
al contrario y al amigo,
al magnate y al mendigo,
al hombre de bien y al malo.
¡Oh, qué placer, qué placer!

CÁRLOS. Y al cabo de la partida
¿qué sacas de ese poder?
—¡Farsa, no más!—

CISNEROS. ¿Qué ha de ser!
¿No es todo farsa en la vida?
Teatro el mundo parece
donde el esclavo y el dueño,
el que manda, el que obedece,
el que oprime, el que padece,
el grande como el pequeño,
con más ó ménos ventura,
fingen su papel, que dura
sólo el tiempo necesario
para ir desde el escenario
del mundo á la sepultura.

CÁRLOS No es cierto que todo acabe
cuando el sepulcro se cierra.
—¿Y la gloria?

CISNEROS. ¿Quién no sabe
que la gloria humana cabe
bajo siete piés de tierra?
Pero ¿quién nos mete en esto?
Vivamos como es debido,
cada cual en nuestro puesto...

(Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha, donde están ocultos Felipe II y el príncipe de Éboli.)

CÁRLOS. ¿Adónde vas?

CISNEROS. Vuelvo presto.
(Veré si el rey ha venido.
(Entra en la habitacion y sale en seguida.)
No me engañó.—¡Ya está aquí!
¡Infierno! Ven en mi ayuda!)
(Prestando atencion y aproximándose para ocultar su turbacion á la puerta de entrada.)
Pero alguien se acerca... Sí.
Estoy seguro... (En voz alta y con intencion.)
Sin duda
el baron de Montigni.

ESCENA VII.

DICHOS, el BARON DE MONTIGNI, el MARQUÉS DE BERGHEN.

CISNEROS. (Saliendo á abrir la puerta de entrada y mirando por ella.)
Él es.
(Viéndoles aparecer.)
Entrad. Dios os guarde,
señores...

MONTIGNI. Gracias, Cisneros.
(Póstranse Berghen y él á los piés de D. Cárlos.)
¡Príncipe! dadnos la mano
á besar...

CARLOS. (Levantándolos.)
Alzad del suelo.

MONTIGNI. Perdónenos Vuestra Alteza
si contra nuestro deseo
hemos acudido tarde,
que ántes lo hubiéramos hecho

á no habérnoslo impedido
justa causa...

CÁRLOS. No os comprendo.

MONTIGNI. Desde esta misma mañana,
con empeño manifiesto,
siguiéndonos han estado
cual sigue la sombra al cuerpo,
varios hombres sospechosos,
y en vano, dando rodeos,
hemos querido librarnos
de su peligroso acecho.
Hasta que al fin decididos
á no sufrirlo más tiempo,
en la calleja inmediata
arremetimos con ellos,
donde callando la lengua
y centellando el acero,
hemos dado á los fantasmas
el merecido escarmiento.
Uno, más tenaz que todos
y más que todos resuelto,
echando mano á la espada
quiso defender su puesto.
Mal hizo. ¡Dios le perdone!
Pues sin valerle su esfuerzo,
pasado de una estocada
á mis plantas cayó muerto.

CATALINA. (Asustada.)
¡Jesus mil veces!

CÁRLOS. Señores,
la precaucion agradezco,
que en empresas atrevidas
es mejor, á lo que entiendo,
pecar por golpe de más
que no por golpe de ménos.

MONTIGNI. Él ha buscado sú muerte.
CÁRLOS. Descartad ese suceso,
que de otros de más cuantía
noticias que daros tengo.
MONTIGNI. Nosotros tambien.
(Hablan en voz baja con grande animacion.)
CISNEROS. (Á Catalina.) Hermana,
déjanos solos...
CATALINA. ¿Qué es esto?
Há dos noches que esos hombres
vienen aquí con misterio,
y cuando tanto temor
tienen de ser descubiertos
y así con sangre pretenden
borrar sus huellas, sospecho
que algun propósito abrigan
injusto, y quiero saberlo.
CISNEROS. ¿Qué te importa?
CATALINA. (Con ardor.) ¡Vuestra vida
me importa mucho!
CISNEROS. ¡Silencio!
Despues sabrás lo que pasa,
pero ahora vete...
CATALINA. (Marchándose.) (¡Velemos!)

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, CISNEROS, MONTIGNI, BERGHEN.

MONTIGNI. (Aterrado.)
¡Todo descubierto!
CÁRLOS. Sí.

MONTIGNI. No hay esperanza ninguna;
¿qué hemos de hacer?
CÁRLOS. La fortuna
se nos vuelve, Montigni.
MONTIGNI. Nuestro plan ha fracasado.
BERGHEN. Es menester desistir,
huir...
CÁRLOS. ¿Y sabeis huir?
Nunca lo hubiera pensado.
MONTIGNI. Pero ¿qué hacer? Descubierto
nuestro plan, ¿quién nos responde
del éxito? El noble conde
de Egmont nos decís que ha muerto;
que en poder del soberano
vuestras cartas han caido...
CÁRLOS. ¿Qué importa que haya sabido
mis proyectos de antemano?
MONTIGNI. Los trastornará.
CÁRLOS. Ya es tarde.
MONTIGNI. Mas...
CÁRLOS. (Con resolucion.)
¡Ni desisto ni cedo!
No piense que tengo miedo
y huyo del riesgo cobarde.
Nunca mejor ocasion.
Juzgará el rey desde luégo
que habiendo perdido el juego
vacilaré en mi intencion:
que el temor... ¡no me conoce!
influye en mí.
MONTIGNI. ¿Y qué logramos?...
CÁRLOS. Decidido estoy. Partamos.
MONTIGNI. ¿Cuándo?
CÁRLOS. Esta noche á las doce.
Demos principio á la lid,

suceda lo que suceda.
Y para que el rey no pueda
sorprenderos en Madrid,
miéntras con maña y secreto
mis preparativos hago,
id y esperadme en Buitrago,
donde estaré, os lo prometo,
ántes de rayar el dia.

MONTIGNI. (Con decision.)
Allí nos verá su Alteza.

CÁRLOS. Y así está vuestra cabeza
al abrigo de la mia.

BERGHEN. Perdonad la confusion
que en mí la nueva produjo.
Si entónces cedí al influjo
de torpe alucinacion,
hoy con vos, arrepentido,
sabré morir ó vencer.
¿Pues qué ménos puedo hacer
por la patria en que he nacido?
¡Partamos!

MONTIGNI. La resistencia
es justa. El rey nos obliga.
Y hasta que Flándes consiga
la libertad de conciencia,
descanso al hierro no dé;
ya que sordo á nuestro ruego
quiere el rey á sangre y fuego
que prevalezca su fé.

BERGHEN. Combátase la herejía
donde levante bandera;
mas no arrojando á la hoguera
con sangrienta hipocresía,
mujeres y hombres, en pos
de la sospecha más leve,

que quien á tanto se atreve
injuria y maltrata á Dios.

CÁRLOS. ¡Oh, no será! Si propicio
premia el cielo mis afanes,
yo atajaré los desmanes
y horrores del Santo Oficio;
que en vano del alma quiero
borrar su cruel historia.
Fijo tengo en mi memoria
un recuerdo horrible, fiero.
Áun al traves de la edad
me hiere cual dardo agudo.

MONTIGNI. ¿Es tan pavoroso?

CÁRLOS. Dudo
que otro le iguale. Escuchad.
Estaba yo—¡era muy niño!—
en esa edad inexperta
en que el corazon despierta
lleno de fé y de cariño.
¡Ay! ajeno á todo ardid,
de mis ilusiones dueño,
era mi existencia un sueño
de gloria en Valladolid.
En mi forzosa orfandad,
sin ningun temor vivía
en esa dulce alegría
que engendra la libertad.
De pronto una nueva extraña
regocijó nuestra tierra.
Súpose que de Inglaterra
el rey regresaba á España,
y en su respeto profundo
no hubo ciudad, ni hubo villa
que no obsequiara en Castilla
al rey Felipe Segundo.

Entre el público bullicio
y el general alborozo,
tambien demostró su gozo
el austero Santo Oficio.
Y con majestad, que fué
por el vulgo celebrada,
dispuso para la entrada
del rey un *Auto de fé*.

CISNEROS. (Alterado.)
Sí, bien me acuerdo...

MONTIGNI. ¡Qué horror!
¿Á quién no asombra y aflige
que el hombre se regocije
con el ajeno dolor?
¡Y la plebe envilecida
goza en esto?

CÁRLOS. No os asombre
que aplauda el dolor del hombre
quien á Dios quitó la vida.
¿Quién habrá que no recuerde
aquel dia?...

CISNEROS. (Cada vez más agitado.)
¡Fué tremendo!
¡infausto!

CÁRLOS. Marchaba, abriendo
paso á todos, la *cruz verde*.
Y entre el inmenso turbion
de las olas populares,
seguían los familiares
de la Santa Inquisicion.
Allí, luciendo su porte
bizarro, graves y austeros,
marchaban los caballeros
más ilustres de la córte,
y detrás, de dos en dos,

los frailes en larga fila,
con voz solemne y tranquila
pidiendo clemencia á Dios...

MONTIGNI. (Irritado.)
¿Y no á los hombres? ¡Cruel
sarcasmo!

CÁRLOS. Desde un estrado
en la plaza levantado
bajo ostentoso dosel,
cercados de hombres de pró,
con faz alegre y serena
presenciábamos la escena
que digo, mi padre y yo.
Ví indiferente cruzar
prelados, inquisidores,
grandes, títulos, doctores
y ministros del altar.
Mas cuando escuché los gritos
de horror, y mal ordenados
ví pasar los sentenciados
con velas y sambenitos,
y miré entre aquellos séres,
á los fúnebres reflejos
de la luz, niños y viejos,
¡hasta débiles mujeres!
y observé su agitacion,
y ví su faz descompuesta,
¡tuve miedo de la fiesta
que daba la Inquisicion!

CISNEROS. ¡Ay! Yo tambien presenciaba
el cuadro siniestro, impío.

CÁRLOS. Mi padre, impasible y frio,
con trémula voz rezaba.
Apiñábase la gente
gozosa.—De pronto, veo

que ante el rey se pára un reo
y alza la lívida frente...

CISNEROS. (Hondamente agitado.)
¡Don Cárlos de Sesa!...

CÁRLOS. Sí.
¡Él era! Ante tanto duelo
cubrió mis ojos un velo
de sangre. ¡Miré y no ví!

CISNEROS. (Con desesperacion.)
¡Qué dia!...

CÁRLOS. Vagos temores
me hirieron, y con pavor
le oí:—¡Buen premio, señor,
dais á vuestros servidores!—
—Si como vos mi hijo fuera,
dijo el rey, no dudaria:
el *Haz de leña* echaría,
para quemarle, á la hoguera.—

CISNEROS. (Cada vez más conmovido.)
¡Eso dijo!

ESCENA IX.

DICHOS, CATALINA, que oye el diálogo, presa de la más violenta agitacion, sin poder apénas reprimir sus sollozos, va acercándose lentamente como atraida por el interés de la narracion.

CÁRLOS. Siguió aquel
desgraciado su camino,
y yo, trémulo, sin tino,
con la vista fija en él.
Cubierto de vilipendio
llegó al brasero...

CISNEROS. (Enternecido y á la vez airado.)
¡Y le ató
el verdugo!...
CÁRLOS. Y estalló
la llama...
CISNEROS. ¡Y creció el incendio!
CÁRLOS. Entónces, con ansia viva,
entre horribles crispaduras,
rompiendo sus ligaduras
trepó el de Sesa hasta arriba.
Cerré los ojos, y cuando
volví á abrirlos, temblé, viendo
que la llama iba subiendo
y el humo le estaba ahogando.
CISNEROS. Y encaramado en la punta
del palo, con la mirada
incierta, desencajada
la faz, la color difunta,
se agitaba y retorcía
por la llama perseguido...
CÁRLOS. Hasta que, al cabo, vencido
en tal estéril porfía,
torvo, erizada la greña,
desatalentado y ciego,
precipitóse en el fuego
gritando:—*¡Allá va más leña!*
CATALINA. (Rompiendo en sollozos y dejándose caer desfallecida en un sitial.)
¡Ay!
CISNEROS. (Corriendo hácia ella y con tono amenazador.)
¿Qué has hecho?
CÁRLOS. (Sorprendido.) ¡Catalina!
(Catalina quiere hablar y Cisneros se lo impide.)
CISNEROS. ¡Cállate!
CATALINA. (Afligida.) ¡Si apénas puedo!

CÁRLOS. ¿Qué pasa?

CISNEROS. ¡Que tiene miedo!...
¡Hay cosa más peregrina!
Hízola mella, á mi ver,
esa historia lastimosa.
Perdonadla. ¡Fué curiosa!
Siempre es Eva la mujer.
Pecó de celo indiscreto:
mas no volverá á pasar.
(Por poco dejo escapar
del corazon mi secreto,
y allí el rey... ¡Qué torpe he sido!)

CATALINA. (Avergonzada y llorosa.)
¡Perdonad!...

CÁRLOS. (Con dulzura.) Calma tu pena,
y esta dolorosa escena
demos todos al olvido.
—Adios.—Proyectos más grandes
me llaman...

CATALINA. (Con terror.) ¡Ved lo que haceis!

CÁRLOS. (Á Montigni y Berghen.)
Caballeros, ya sabeis:
en Buitrago...
(Salen Montigni, Berghen y D. Cárlos, hablando en voz baja.)

ESCENA X.

CISNEROS, CATALINA, desconsolada.

CATALINA. ¡Y luégo en Flándes!
¡En Flándes! Su perdicion
es cierta...

CISNEROS. (Inquieto.) Si has escuchado,
calla...

CATALINA. Habeis despedazado
sin piedad mi corazon.
¡Oh, nunca, nunca recuerdes
esa historia ó lograrás
matarme...

CISNEROS. (Impaciente.) ¡No callarás!

CATALINA. (Llorando.)
¡Ay de mí!

CISNEROS. (Viendo salir al rey.) Ve que me pierdes.

ESCENA XI.

DICHOS, FELIPE II, PRÍNCIPE DE EBOLI.

CATALINA. (Asustada.)
¿Quiénes son esos?...

CISNEROS. (Humildemente.) Señor...

FELIPE. (Al príncipe de Éboli.)
¡Pronto! Salgamos de aquí.
No han de escapar Montigni
ni Berghen de mi rigor.
No quedó léjos la ronda.
—¡Tarde llegué á conocellos!—
Daré esta noche con ellos
aunque el diablo los esconda.

ÉBOLI. Y en una prision oscura
lloren...

FELIPE. (Moviendo la cabeza.)
¡Pueden darme guerra!
Cuatro paladas de tierra

son la cárcel más segura.
¡Me han herido en lo profundo
del corazon! ¡Los sentencio
á muerte!...

ÉBOLI. Señor...

FELIPE. ¡Silencio!
Ya no caben en el mundo.

ESCENA XII.

CISNEROS, CATALINA.

CISNEROS. (Lleno de júbilo.)
¡Bien, muy bien!—¿No has conocido
á ese hombre?

CATALINA. No, y me da espanto.

CISNEROS. ¡Es el rey!...

CATALINA: (Aterrada.) ¡El rey!... ¡Dios santo!
El príncipe está perdido.
Oh, corre á avisarle...

CISNEROS. (Con acento desdeñoso.) ¿Yo?

CATALINA. Le amenaza un fin siniestro.
¡Vuela! No tardes...

CISNEROS. (Con amargura.) Á nuestro
padre nadie le avisó:
Nadie á don Cárlos de Sesa
dió amparo...

CATALINA. (Fuera de sí.) Pero ¿y la ley
que debes?...

CISNEROS. (Resueltamente y con aire sombrío.)
Quiero que el rey
cumpla su impía promesa.

CATALINA. ¡Oh, ten piedad!
CISNEROS. No soy hombre
que dé su ofensa al olvido.
Recuerda que hemos perdido
patria, hogar, familia y nombre.
CATALINA. Al príncipe no le alcanza
la culpa...
CISNEROS. ¿Te compadeces?
¡Necia! gozar no mereces
del placer de la venganza.
No cederé si se empeña
el cielo. Soy testarudo
como el rey...
CATALINA. (Fuera de sí.) ¿Qué hacer?
CISNEROS. Le ayudo
á llevar el *Haz de leña*.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Dormitorio del príncipe D. Cárlos. Muebles de la época. Lecho oculto entre amplias y ricas colgaduras. Puerta grande en el fondo que comunica con la antecámara, grande y espaciosa. Dos puertas laterales. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE de LERMA y D. RODRIGO de MENDOZA, gentiles-hombres del príncipe, CISNEROS apartado y como dormitando.

MENDOZA. Tarda su Alteza...
LERMA. ¿Quién sabe
dónde andará?...
MENDOZA. Apuesto doble
contra sencillo, á que pierde
en aventuras la noche.
Cuando no ha vuelto á palacio...
LERMA. Es posible. Pero ¿en dónde
y con quién? Sabeis que sólo
con ese bribon las corre,
(Señalando á Cisneros.)

y Cisneros hace rato
que le espera...

MENDOZA. Mudo, inmóvil,
dormido...

LERMA. Me dan impulsos
de emprender con él á golpes.

MENDOZA. ¿De véras? Pues es deseo
que tambien me reconcome.
Desde que el príncipe trata
con él, es todo desórden
y confusion. No parece
sino que el seso le sorbe.

LERMA. Escuchad.—Estamos solos.—
Nadie nos ve, y pues el gozque
se mete entre los lebreles,
¿quereis que pague su escote?
Unos cuantos cintarazos
le vendrán como de molde.
¿Qué decis?

MENDOZA. ¡Que es brava idea!
No nos detengamos.

LERMA. (Llamando á Cisneros.) Oye,
bergante...

CISNEROS. (Despertándose.)
¿Es á mí?

LERMA. ¿Lo dudas?

CISNEROS. (Reprimiéndose.)
Sí tal: no es ese mi nombre.

LERMA. Pero es tu oficio...

CISNEROS. (Estos mozos
llevan malas intenciones.
Vamos con tiento.) ¿Qué quieren
vueseñorías?

MENDOZA. Que tomes
la puerta, y mañana mismo

dejes por siempre la córte.

CISNEROS. (Tranquilamente.)
¿Lo manda el rey?

LERMA. No.

CISNEROS. ¿Su Alteza?

LERMA. Tampoco.

CISNEROS. ¿Quién manda entónces?

LERMA. Quien puede.

CISNEROS. (Con desden arrellanándose en el sitial.)
No me persuade
la razon.

LERMA. ¿No? Pues disponte
á llevar, pese á quien pese,
más palos que un galeote.

CISNEROS. (Con calma.)
¿Y quién va á dármelos?

MENDOZA. Yo.

LERMA. Yo tambien. No más histriones
que los alcázares régios
con su presencia deshonren.

MENDOZA. ¡Fuera bellacos!

CISNEROS. (Levantándose irritado.)
¡Por Cristo!

LERMA. ¿Qué? ¿Te rebelas?

CISNEROS. (Recobrando su sangre fria y sentándose de nuevo.)
Señores,
tengamos en paz la fiesta.

LERMA. Pues escúchame y escoge.
Ó pones tierra por medio,
y con tal arte la pones
que no se sepa siquiera
el lugar en que te escondes,
ó por Jesucristo vivo,
que si te niegas indócil,

he de forrar con tu cuero
los asientos de mi coche.
¿Qué decides?

CISNEROS. (Sin cambiar de postura.)
Bastarían
esas corteses razones
para que yo me quedara,
á pesar de todo el orbe.

MENDOZA. ¿Eso dices?

CISNEROS. Eso digo.

MENDOZA. ¡Eh! no más contemplaciones.

CISNEROS. Si teneis prisa, salgamos,
que con dos y hasta con doce.
como vosotros me atrevo.

LERMA. (Con ironía.)
¡Cuidado! No te alborotes.
¿Pensará este mal nacido,
porque goza altos favores,
que puede medir sus armas
de igual á igual con los nobles?

CISNEROS. (Alterado.)
¡Oh!

LERMA. No sabes que tu oficio
bajo y ruin, infame y torpe,
como á leproso te aparta
del trato humano? Responde.

CISNEROS. ¡No me humilleis!...

LERMA. ¡Es difícil
empresa! No te conoces.
No alcanzarás en tu vida
la estimacion de los hombres;
te negarán, cuando mueras,
sus preces el sacerdote,
la religion, sepultura...

CISNEROS. Pero no sus resplandores

la fama.

MENDOZA. ¡Triste consuelo!

CISNÈROS. Que no tendreis, aunque agobien
vuestros huesos olvidados,
mármoles, jaspes y bronces.

LERMA. ¡Acabemos! ¿Has creido
tener por competidores
á dos caballeros?

CISNEROS. (Con burlona humildad.)
Ruego
á usía que me perdone...

LERMA. No tengo á manos la cincha
de un rocin, que nadie monte
ya, por inútil y viejo,
para derrengarte á azotes;
pero, en cambio, con el pomo
de mi espada, aunque te honre,
he de molerte los huesos,
histrion!

CISNEROS. (Con fria resolucion empuñando la daga; pero sin desenvainarla.)
¡Ay del que me toque!

MENDOZA. (Asombrado.)
¡En palacio!...

CISNEROS. ¡Qué en palacio!
En la iglesia, si hay quien ose
ponerme la mano encima...

LERMA. (Avanzando hácia él.)
¿Y esto toleramos?...

ESCENA II.

DICHOS, un UJIER que se interpone entre Lerma y Cisneros cuando aquel se prepara á castigarle.

UJIER. (Entregándole un pliego.)
Orden
del rey... (Se retira.)

CISNEROS. (Guardando disimuladamente la daga que ha desenvainado para defenderse.)
¡A buen tiempo llega!

LERMA. (Leyendo el sobrescrito.)
«Señores gentiles-hombres
de la Cámara del Príncipe.»
¿Qué es esto?

MENDOZA. (Impaciente.) Romped el sobre.

LERMA. (Leyendo el pliego en un extremo del salon, desde donde Cisneros no pueda oirlo.)
«Tendreis abierta la entrada
»de la cámara esta noche,
»y suceda lo que quiera
»ni os resistais ni deis voces.
»Conviene al servicio mio
»que nadie en palacio ronde,
»sin que se entienda que en esto
»hay mandatos superiores.
»Preparadlo de manera
»que no se comprenda y note
»quién lo ha dispuesto.—*Yo el rey*.—»
¡Extrañas resoluciones!

MENDOZA. Nuestro deber es cumplirlas.
LERMA. Mas ¿no quereis que me asombre?
CISNEROS. (Observándolos con curiosidad.)
(¿Qué pasará?)
MENDOZA. No consiente
el caso más dilaciones,
y ejecutar es forzoso
cuanto ordena...
LERMA. Vamos. (A Cisneros.) Dóite
de plazo hasta el nuevo dia
para que el campo abandones.
Hoy te libras por milagro
de mis manos; pero conste
que si mañana te encuentro...
CISNEROS. (Con resolucion.)
¡Me hallareis!
LERMA. Quizás lo llores.

ESCENA III.

CISNEROS, dejándose caer abatido en un sillon y cubriéndose el rostro con las manos.

¡Desgraciado, desgraciado
de mí! Cuando considero
que he nacido caballero
ilustre, rico y honrado,
y me miro en este estado
tan léjos de lo que fuí,
y mido en mi frenesí
todo el fondo del abismo,
¡oh! me horrorizo yo mismo

del odio que hierve en mí.
¡Odio!... Mas ¿por qué lo siento?
¡Imbécil! Mirar debía
con inefable alegría
mi propio envilecimiento.
Él me da vigor y aliento
para que vengarme pueda.
¡Rueda, desdichado, rueda
al precipicio! ¡Ahoga en cieno
todo instinto hidalgo y bueno,
si alguno en tu pecho queda!
¡No tengas clemencia, no!
Sigue tu camino...—Ah, tente.—
El príncipe es inocente...
—¡Pero tambien lo soy yo!—
No es culpado, no pecó...
—¡Yo tampoco!—Necesito
apagar el hondo grito
de mi conciencia, y no puedo...
—Mas si yo la pena heredo,
¡claro! Él hereda el delito.—
Mi vano escrúpulo cesa:
él representa en el mundo
al rey Felipe Segundo
y yo á don Cárlos de Sesa.
¡Hijo por padre! La empresa
es árdua, mas no desmayo.
(Con profunda melancolía.)
¡Esta comedia que ensayo
me desgarra el corazon! (Vacilando.)
Y es que al cabo...
(Como queriendo alejar de su pensamiento las sombrías ideas que le asaltan.)
¡Maldicion!
¿Por qué no me mata un rayo?

ESCENA IV.

CISNEROS, sentado y ocultando su cara con las manos. D. CÁRLOS.

CÁRLOS. (Acercándose y tocando á Cisneros en el hombro.)
¡Cisneros!

CISNEROS. (Alzando la cabeza.)
¿Señor?

CÁRLOS. ¿Dormías
por ventura?

CISNEROS. Me rendí
cansado al sueño...

CÁRLOS. ¿Y así
cumples las órdenes mias?
¿De esta manera me apoyás?

CISNEROS. Perdonad: todo está listo.

CÁRLOS. (Con alegría.)
¡Esto es decirme que has visto
á Osorio mi guardajoyas!

CISNEROS. Sí, señor...

CÁRLOS. Merece albricias
tu diligencia. Contento
estoy...

CISNEROS. Yo no, porque siento
daros muy malas noticias.

CÁRLOS. (Inquieto.)
¿Qué dices? ¿Qué ha sucedido?

CISNEROS. ¡Mala estrella os acompaña,
señor! Los grandes de España,
cuyo amparo habeis pedido,
con estudiado respeto

se excusan...

CÁRLOS. (Con abatimiento.)
¡Oh suerte mia!
¡Suerte cruel!

CISNEROS. Juraría
que han sospechado el objeto.

CÁRLOS. (Irritado.)
¡No lo creas! Son avaros.

CISNEROS. Con crecidos intereses
sólo algunos genoveses
se han atrevido á prestaros...

CÁRLOS. (Animándose.)
Pero ¿hay dinero?...

CISNEROS. Del modo
que os digo.

CÁRLOS. ¡El alma me has vuelto!
Ya sabes que estoy resuelto,
resuelto á intentarlo todo.
¡Aunque pidan la mitad
del reino, apruebo el contrato!
¿No comprendes que rescato
mi vida, mi libertad?
Salga yo del calabozo
donde mi alma se enmohece,
y en Flándes ya... ¡Oh, me parece
que va á asesinarme el gozo!

CISNEROS. ¿Estais decidido?

CÁRLOS. Sí.

CISNEROS. ¿No desistireis?

CÁRLOS. ¡Me enfada
la pregunta!

CISNEROS. Es arriesgada
la empresa...

CÁRLOS. ¡Es digna de mí!

CISNEROS. Engañan en ocasiones

tan altivos pensamientos.
CÁRLOS. Para los grandes intentos
son los grandes corazones.
CISNEROS. Miradlo bien...
CÁRLOS. (Gozosamente.) ¡Qué aturdido
mi padre se va á quedar
cuando sepa, al despertar,
que el pájaro huyó del nido!
¡Será divertido paso!...
¡Qué lances! ¡Qué alternativas!
—Quiero que en Flándes escribas
una comedia del caso.
Represéntale mohino
y espantado de la treta.
Porque la burla es completa.
¿No te parece?...
CISNEROS. (Con amargura.) (¡Es su sino!)
Sí tal...
CÁRLOS. ¡He estado con él!
CISNEROS. ¿Con el rey habeis hablado?
¿Dónde?
CÁRLOS. En la fiesta que ha dado
la reina doña Isabel.
Pensé y me dije:—Es forzoso
ir allá. Si yo faltara,
posible es que sospechara
el rey, siempre receloso.—
Fuí, pues, al régio aposento:
allí estaba, á él me acerqué,
que me vió llegar, no sé
si sorprendido ó contento.
Sé que, avanzando hácia mí,
con blando acento me dijo:
—¿Quizás me buscabais, hijo?
—Sí, señor, le respondí.

—¿Teneis algunos secretos
que contarme?—Y yo, con dolo,
contesté:—Vengo tan sólo
á ofreceros mis respetos.—
Siguió la conversacion,
y con mil frases compuestas
hícele vagas protestas
de cariño y sumision.
No fueron mal escuchadas.

CISNEROS. Pero vos...

CÁRLOS. ¡Ay! yo sentía
algo que en mí se reía
con siniestras carcajadas.
Despidióse á poco rato,
y dijo, templando el ceño:
—Dios os dé tranquilo sueño.
¡Dormid bien!—¡Sí: de eso trato!—
Cumplir sus órdenes quiero.
Á su voz me dormiré.
Sólo que despertaré
en Flándes, terrible y fiero.
¡Con qué lentitud la aguja
marca los instantes!... ¡Oh,
qué impaciencia!...

CISNEROS. (Contestando á sus propias ideas.)
(No soy yo:
el hado fatal le empuja!)

CÁRLOS. ¡Á nueva vida despierta
mi sér! Siento que se enciende...

ESCENA V.

DICHOS, CONDE DE LERMA.

LERMA. Señor, hablaros pretende
una mujer encubierta.

CÁRLOS. (Sorprendido.)
¿Y quién es esa tapada?...

LERMA. No puedo deciros tanto.
Parece, á traves del manto,
llorosa y acongojada.
—Id—me ha dicho—id con presteza;
avisadle por favor,
ved que en esto va el honor
y la vida de su Alteza.—

CÁRLOS. ¿Eso dijo? ¡Singular
aventura!...

LERMA. Y yo, temiendo
algo grave...

CÁRLOS. No lo entiendo.

CISNEROS. (Receloso.)
(¿Qué hay aquí?)

CÁRLOS. Dejadla entrar.

ESCENA VI.

D. CÁRLOS, CISNEROS.

CÁRLOS. ¿Has oido? Esa mujer
sabe... (Con ira.) ¡Luego álguien me vende!

CISNEROS. Mucho el caso me sorprende
y apurarlo es menester.

CÁRLOS. Será alguna deslealtad.
¡De fijo!

CISNEROS. (Reflexionando.)
No sé qué os diga.
Bien puede ser una intriga
para inquirir la verdad.
¡Dama encubierta á estas horas!...

CÁRLOS. En mil dudas me confundo.

CISNEROS. Pues recordad que en el mundo
hay sirenas tentadoras.

CÁRLOS. ¿Temes?...

CISNEROS. No hay hombre discreto
ante una ardiente pupila.
Sanson entregó á Dalila
su vida con su secreto.

CÁRLOS. (Alterado.)
¡Por Cristo! Si esto es así,
que á esa mujer daré muerte.

CISNEROS. (Meditando.)
(¿Quién del peligro le advierte?
Pensemos...)

ESCENA VII.

DICHOS, CATALINA, con manto.

CATALINA. (Deteniéndose con indefinible angustia en el umbral de la puerta al ver á su hermano.)
(¡Mi hermano aquí!)

CÁRLOS. (Ásperamente.)

Ya estais, señora, servida.
¿Qué quereis?

CATALINA. (Atribulada.) (Sálveme Dios!)

CÁRLOS. ¿Qué secretos sabeis vos
que en riesgo ponen mi vida?
¡Hablad, os digo!
(Impacientándose ante el obstinado silencio de Catalina.)
¿Estais muda?
Ved que mi cólera estalla.

CATALINA. (Sollozando.)
(¡Ay de mí!)

CISNEROS. (Solloza y calla...
Si el rey acaso... No hay duda!...)

CÁRLOS. (Más alterado.)
¿Pretendeis volverme loco?

CISNEROS. (Respondiendo á sus sospechas.)
(Le ataja en sus extravíos.)

CÁRLOS. (Á Catalina.)
Ya que no hableis, descubríos.

CATALINA. (Desfalleciendo.)
(¡Estoy perdida!)

CÁRLOS. ¿Tampoco?
Pues juro que os he de ver,
y que con mi propia mano...
(Acércase violentamente á Catalina con ánimo de arrancarla el manto.)

CATALINA. (Dícele rápidamente en voz baja.)
¡Mirad que observa mi hermano!

CÁRLOS. (Reconociéndola.)
¡Ah!

CATALINA. (Suplicando.)
¡Por piedad!

CÁRLOS. (Apartándose.) ¿Qué iba á hacer?
¡Sólo el intento me infama!
Poca hidalguía demuestra

quien pone osado la diestra
en el rostro de una dama.
(Á Cisneros.)
—Déjanos.

CISNEROS. Os aconsejo
que si á preguntar se mete...

CÁRLOS. Quiere hablarme á solas. Vete
y vuelve pronto.

CISÑEROS. (Con desconfianza.) Ya os dejo.

ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, CATALINA.

CATALINA. (Dejándose caer en un sillon, deshecha en lágrimas y descubriéndose.)
¡Dios mio!

CÁRLOS. (Calmándola.) Segura estás.
Mis arrebatos perdona.

CATALINA. ¡Ay! el valor me abandona.
¡No puedo, no puedo más!
Inváde me mortal frio.

CÁRLOS. Pero ¿qué causa te inquieta?...

CATALINA. ¿Por qué la fuerza secreta
que dirige mi albedrío,
impulsándome á cruzar
entre mortales porfías,
por calles, ménos sombrías
que mi angustia y mi pesar,
¿por qué me falta? ¡ay de mí!
Explicármelo no puedo.
Sólo sé que tengo miedo,

miedo de encontrarme aquí.

CÁRLOS. ¡Vamos! Enjuga tu llanto.
Ese temor que te oprime
desecha...

CATALINA. No acierto...

CÁRLOS. Y dime
la razon de tu quebranto.
Muy grande debe de ser
cuando te arroja á este extremo.

CATALINA. (Pasándose las manos por la frente.)
Y ya me olvidaba... ¡Temo
que el juicio voy á perder!

CÁRLOS. El tiempo apremia...

CATALINA. (Desolada.) ¡Ah, señor,
aún no lo sabeis bastante!
Ved al rey, vedle al instante;
confesadle vuestro error.

CÁRLOS. ¿Juzgais que soy tan cobarde?

CATALINA. Será mortal el retraso.
Id, no os detengais. ¡Acaso
mañana llegareis tarde!
Os lo suplico...

CÁRLOS. (Sorprendido y aterrado.)
¿Qué es esto?
Algo de extraño y de horrible
sabes. ¡Habla!

CATALINA. ¡Es imposible!

CÁRLOS. ¡Habla, mujer, habla presto!
¿Á qué conduce ocultar
la verdad?—¿Lloras? ¿No quieres?—
¡Vive Cristo! Estas mujeres
no saben más que llorar.
Alguno me hace traicion:
alguno faltó al sigilo
de mi empresa... ¡Dilo, dilo,

y no tendré compasion!
¿Quién es? ¿Dudas? ¿Te estremeces?

CATALINA. (Agitada.)
¡Ay!

CÁRLOS. Disimulas en vano.
Te has descubierto. ¡Es tu hermano,
tu hermano...

CATALINA. (Espantada.) ¡Jesús mil veces!

CÁRLOS. Él mi proyecto vendió
con infame alevosía.

CATALINA. (Con ardor.)
Pues si eso fuera, ¿vendría
á descubríroslo yo?

CÁRLOS. ¡Con mis sospechas batallo!

CATALINA. (Si revelo mi secreto,
á mi hermano comprometo,
y al príncipe si lo callo.
¿Hay mujer más desdichada?)

CÁRLOS. No ocultes mis desventuras...

CATALINA. Si nada sé...

CÁRLOS. ¿Me lo juras?

CATALINA. Os digo que no sé nada.

CÁRLOS. Entónces ¿cómo se explica
tu angustiosa incertidumbre,
y esa mortal pesadumbre
que te abruma y mortifica?
¿Ni qué pretexto ú excusa
podrán encontrar ahora
esta venida á deshora,
este llanto que te acusa?
¿Con qué míseras patrañas
vienes á anunciar mi ruina?

CATALINA. (Confusa.)
Yo...

CÁRLOS. Me engañas, Catalina,

me engañas...

CATALINA. ¡Señor!

CÁRLOS. ¡Me engañas!

CATALINA. (¿Qué hacer en trance tan fuerte?)
¡Ay! os digo lo que siento,
y si sospechais que miento
dadme por favor la muerte.
El alma me dice á voces
que vais mal, que estais perdido.
¡Si supierais! He tenido
presentimientos atroces.
Os he visto en lucha interna
llorar solitario y preso,
abrumado bajo el peso
de la maldicion paterna.
Y en lo oscuro porvenir
han visto las penas mias
dolorosas agonías,
¡y me he sentido morir!
Y vengo á veros...

CÁRLOS. No llores.
Ni me juzgues tan pequeño
que desista de mi empeño
por mujeriles temores.
Desde el dia en que te ví,
—¡bendígale Dios mil veces!—
tal crédito me mereces
que ántes dudara de mí.
Dime si sólo el deseo
de salvarme te ha movido
á venir aquí.

CATALINA. (Con ansiedad.) ¡Eso ha sido,
señor!...

CÁRLOS. Dímelo y te creo.
Que no hay razon que despierte

tus terrores, que son vanos...
Pero mira que en tus manos
tienes mi vida ó mi muerte.
—Dime la verdad.—

CATALINA. (Incierta.) (¿Qué hacer?)
¡Quereis que me vuelva loca!
¡Creedme! No se equivoca
mi corazon de mujer.
Me lo dicen sus latidos,
que de zozobra me llenan;
¡que dentro de mí resuenan
como angustiosos gemidos!

CÁRLOS. ¿Pero es temor nada más?

CATALINA. ¿No veis que de espanto muero?

CÁRLOS. Pues no desisto: ni quiero
ni puedo volverme atrás.
Hombre soy, espada ciño
y mi palabra empeñé.
Pero nunca olvidaré
tu adhesion y tu cariño.

CATALINA. (Desesperada.)
¡Ay! señor...

CÁRLOS. Nada me adviertas.
—En tí la fé se acrisola.—
Vuelve á tu hogar... mas no sola
por esas calles desiertas.
Juan Iniesta, mi criado,
podrá servirte de guía.
(Enternecido.)
—¡Pobre Catalina mia,
qué sustos habrás pasado!—

CATALINA. ¡Señor, mirad lo que haceis!
¡De rodillas os lo ruego!

CÁRLOS. (Prestando atencion.)
Espera. Alguien viene...

(Empujándola hácia la puerta de la derecha.)
Luégo
saldrás.—Entra.—

CATALINA. (Resistiéndose.) ¡Qué os perdeis!

(D. Cárlos la obliga suavemente á penetrar en la habitacion, cerrando despues la puerta.)

ESCENA IX.

D. CÁRLOS, CISNEROS.

CISNEROS. Señor, vengo á preveniros,
porque el momento se acerca.
Van á dar las doce.

CÁRLOS. ¿Viste
si falta?...

CISNEROS. Todo está en regla.
Los caballos preparados,
el dinero en las maletas.
Ya para marchar tan sólo
vuestras órdenes se esperan.

CÁRLOS. ¡Hora dichosa!—

CISNEROS. Temiendo
yo que la dama encubierta,
prolongando la entrevista,
retrasara vuestra empresa,
he querido adelantarme...

CÁRLOS. (Receloso.)
Hiciste bien.

CISNEROS. (Con mal disimulada curiosidad.)
—¿Y quién era?

CÁRLOS. No quiso quitarse el manto.

CISNEROS. ¡Señal infalible! Es fea.
¿Y conoce por ventura
vuestros proyectos?

CÁRLOS. (Con fingida indiferencia.)
Apénas.
Sabe lo que el vulgo dice:
rumores, vagas sospechas...
¡Nada en suma!

CISNEROS. (Maliciando.) (Juraría
que está engañándome. ¡Alerta!)

CÁRLOS. Pero ¡asómbrate! Qué cosas
la murmuracion inventa!
(Fijando con atencion su mirada escrutadora en Cisneros.)
Me ha dicho que tengo un Júdas
cerca de mí.

CISNEROS. (Dominándose y con aire tranquilo.)
Bien pudiera
ser verdad. ¡Algunos hombres
tienen el alma tan negra!

CÁRLOS. (Observándole.)
(No se inmuta.)

CISNEROS. (Me descubro
si vacilo.)

CÁRLOS. (Con intencion.)
¿Á que no aciertas
el nombre que ha pronunciado?

CISNEROS. ¡Difícil es eso!

CÁRLOS. Prueba.

CISNEROS. ¿Garci-Ossorio?

CÁRLOS. No.

CISNEROS. ¿Martinez
de Cuadra?

CÁRLOS. No.

CISNEROS. Quizás sea

Quintanilla...

CÁRLOS. No.

CISNEROS. ¿Tampoco?
Pues ya he resuelto el problema.
Soy yo. (Válgame la audacia!)

CÁRLOS. Has acertado. (No tiembla.)
¿Y qué harías en mi caso?

CISNEROS. ¿Quién pregunta?... Si creyera
en la traicion, mataría
al traidor. ¡Mi daga es esta!
(Ofreciéndosela con resolucion al príncipe.)

CÁRLOS. (Convencido, rechazando la daga.)
¡Oh, guárdala! Estoy seguro
de tu adhesion. Es completa.
(No me mintió Catalina.
Todas sus zozobras eran
hijas del miedo.)

CISNEROS. Lo dicho,
dicho. No me duelen prendas.
(Por milagro me he escapado.
¿Qué pasa aquí, y quién es ella?)

CÁRLOS. Oye: preciso es que aguces
el seso. Mendoza y Lerma
vendrán á ver si descanso.
Entreténlos como puedas.
Yo me acostaré vestido,
y para que nada adviertan,
conviene...

CISNEROS. Perded cuidado:
eso de mi cargo queda.

CÁRLOS. Antes de emprender la fuga
irás á buscar á Iniesta
mi criado...

ESCENA X.

DICHOS, LERMA, MENDOZA.

CÁRLOS. (Viéndoles.) Entrad, señores.
Entrad.
LERMA. ¿Tiene vuestra Alteza
algo que ordenarnos?
CÁRLOS. (Con fingida alegría.) ¡Vive
Dios! Se me ocurre una idea.
Para que durmamos todos
sin temor y sin que vengan
á turbar nuestro reposo
los sueños que el tedio engendra,
¿no os parece que podría
el bueno de Alonso, mientras
me desnudo, recitarnos
algun lance de comedia?
MENDOZA. ¡Por Dios! que está bien pensado.
CISNEROS. Mas vuestra Alteza comprenda
que de pronto y sin...
CÁRLOS. ¿Te apuras
por eso? ¡Dí lo que quieras!
CISNEROS. No sé cómo...
LERMA. (Con intencion.) Haz á lo vivo
un buen paso. Representa
los terrores, las zozobras,
los sobresaltos y penas
de algun pícaro...
MENDOZA. (En el mismo tono.) Esa gente

es de tu gusto.—

LERMA. Que espera,
porque se lo han ofrecido,
perder entrambas orejas.

MENDOZA. ¡Bah, las orejas! Es poco.
¿No será mejor que tema
perder la vida...

CISNEROS. (Furioso.) (¡Me hostigan!
Viven los cielos!...)

CÁRLOS. ¿No empiezas?

CISNEROS. Recordaré por serviros,
algo de la farsa nueva
que estoy ensayando...

CÁRLOS. ¿Tiene
buena invencion?

CISNEROS. ¡Oh, muy buena!

LERMA. ¿Y qué argumento es el suyo?

CISNEROS. Un hombre ruin que apalea
á cierto hidalgo atrevido.

LERMA. ¿Será á traicion?

CISNEROS. ¡Buena es esa!
¡Cara á cara! Porque el mozo
es de un alma tan resuelta,
que no ha conocido el miedo.

LERMA. ¿Y sufre en calma la ofensa
el hidalgo?

CISNEROS. (Con desprecio.)
Bah! El hidalgo
tiene más larga la lengua
que la espada...

LERMA. (Irritado.) (¡Vive Cristo!)

CISNEROS. Para que el caso se entienda,
expondré en pocas palabras
lo que la fábula encierra.
—El villano, que es casado,

sabe que el noble corteja
á su mujer, se apercibe,
busca la ocasion, la encuentra;
de acuerdo con el marido
cítale la esposa, llega
el hidalgo echando chispas...

CÁRLOS. ¡Y el lance entónces se encrespa!
¡Bien, muy bien! Mientras me acuesto,
recítanos esa escena,
que es divertida.

(Dirígese al lecho sin permitir que le acompañen sus gentiles-hombres, y corre las cortinas.)

Señores,
muy buenas noches...

CISNEROS. ¡Comienza
la farsa! ¡Atencion!

LERMA. (Te juro
que habrás de llorar la fiesta.)

CISNEROS. (Declamando.)
Quiere robarme el hidalguillo á Menga.
Va á venir esta noche... ¡Pues que venga!
¡Ay! si ya me parece que le veo
asomar, retozándole el deseo,
buscar á mi mujer para regalo,
pedir un beso... y recibir un palo.
¿Un estacazo nada más? Es corta
racion. Daréle ciento. ¿Qué me importa
si ambos pagamos la funcion á escote?
Él pondrá las costillas, yo el garrote.

CÁRLOS. (Entre las cortinas.)
¡Bien, Cisnerillos, bien!

CISNEROS. (Recitando.) Busca á mi esposa,
que es para su apetito miel sabrosa,
y no sabe que guardo la colmena...
¡Zángano! ¡Dios te la depare buena!

(Mirando de hito en hito á Lerma y Mendoza con aire provocativo.)

¡Pues qué! ¿Para vengarse los villanos
no tienen lengua, corazon y manos?

LERMA. (A Mendoza.)
(¡No ví mayor osadía!
¿Estais oyendo? ¡Nos reta!...)

CISNEROS. (Suspendiendo el recitado.)
Suena en esto una palmada
en la calle, Brito presta
atencion...

CÁRLOS. Será el galan
que sin duda hace la seña...

CISNEROS. Eso mismo.

CÁRLOS. (Impaciente.) Sigue, sigue,
que ya el lance me interesa.

CISNEROS. (Recitando.)
Tal vez es la impaciencia con que espero;
pero jurara que se acerca... Quiero
recibir dignamente á la hidalguía...

(Aparecen en este momento en la puerta de la antecámara el príncipe de Éboli, el duque de Sesa y el prior D. Antonio de Toledo.)

CISNEROS. (Viéndoles aproximarse lenta y sigilosamente, recita en voz baja.)
¡Cayó en la trampa! ¡La partida es mia!

(Detras de aquellos señores entran Santoro y Bernate, éste con algunas herramientas de cerrajería, D. Diego de Acuña con un hachon, y el último Felipe II. Todos deben avanzar con el mayor silencio.)

CISNEROS. (Siempre recitando en voz baja, pero con intencion.)
Apagaré la luz y no haré ruido.
Ya llega... ya está aquí...
(Viendo entrar al rey en el dormitorio.)
¡Ya está cogido!

ESCENA XI.

D. CÁRLOS en el lecho, CISNEROS alejado, LERMA y MENDOZA, vueltos de espaldas á la puerta de entrada, FELIPE II y su comitiva.

El rey se adelanta hácia la cama del príncipe, recoge algunas armas colgadas al lado del lecho, entregándoselas á Santoro. Lerma y Mendoza reparan en él y quedan como petrificados por la sorpresa. Pausa.

CÁRLOS. (Acostado en el lecho, notando el prolongado silencio de Cisneros.)
¡Prosigue, prosigue! El caso...
(Felipe II descorre las cortinas y se presenta á su hijo, que salta aterrado del lecho.)
Ah!

FELIPE. No os asusteis.

CÁRLOS. (Alterado.) ¿Qué intenta
Vuestra Majestad? ¿Matarme
ó prenderme?

CISNEROS. (Mirando al rey con reconcentrada ira.)
(¡Al fin me vengas!)

FELIPE. (Reposadamente á su hijo.)
No os quiero matar.

CÁRLOS. (Fuera de sí corre á buscar sus armas, ántes recogidas por el rey. El príncipe de Éboli le detiene.)
¡Oh triste
de mí!...

ÉBOLI. (Sujetándole.) ¡Señor!

CÁRLOS. (Forcejeando.) ¡Suelta, suelta!
—Dejadme morir...—

FELIPE. Calmaos.
Cuanto dispongo es por vuestra
seguridad.

CÁRLOS. (Arrojándose á los piés del rey con la más viva desesperacion.)

¡Suerte ingrata!
—Señor, no os pido clemencia,
que ceder á la desdicha
menguado y cobarde fuera.
Tan sólo la muerte os pido.
¡Dádmela! Porque me pesa
esta miserable vida
de humillacion y vergüenza.

FELIPE. (Alzándole del suelo y con tono grave, pero apacible.)

¡Mirad quien sois! Tened calma.
(Á los señores de su comitiva.)
Id y coged con presteza
cuantas armas y papeles
guarde el príncipe.

CÁRLOS. ¡Esa ofensa!...

FELIPE. ¡Lo mando yo!

(El príncipe de Éboli, obediente á las órdenes del rey, se dirige hácia el cuarto donde está oculta Catalina.)

CÁRLOS. (Interponiéndose.) No consiento...
¡Atrás! ¡Ay del que se atreva
á pisar estos umbrales!

ÉBOLI. (Tratando de persuadirle.)

Pero ved...

FELIPE. (Interrumpiéndole.)

No le hagais fuerza.
Iré yo mismo.—Id clavando,
Santoro, puertas y rejas.

ESCENA XII.

TODOS, ménos FELIPE II.

D. Cárlos se deja caer abatido en un sillon. Cisneros le contempla en silencio.

MENDOZA. (Aparte á Lerma.)
¿Habeis visto?
LERMA. Cuando el mundo
el grave suceso sepa,
se estremecerá de espanto.
MENDOZA. Es verdad. ¿Quién lo creyera!
CÁRLOS. (En un movimiento de ira.)
¡Oh! ¿Por qué no se desploma
sobre mí el cielo?...
CISNEROS. (Observándole.) ¡Flaqueza
indigna! ¿Pues no me aflige
mi venganza satisfecha?

ESCENA XIII.

DICHOS, FELIPE II, CATALINA, con manto, conmovida y sin poder apénas sostenerse.

FELIPE. (Á Catalina.)
Acaso sienta despues
no haber tu ruego atendido.

CISNEROS. (Reparando en ella.)
(¡La mujer que me ha vendido!...
¿Y no he de saber quién es?)

FELIPE. (Con tristeza.)
Desoyó tu voz amiga...

CATALINA. (Señalando al príncipe.)
Ved cuánto sufre... ¡Piedad.
señor!...

FELIPE. (Gravemente.)
Basta!
(Al príncipe de Éboli.) Acompañad
á esta dama adonde os diga.
Perdono por la intencion
la imprudencia...

CATALINA. (Siempre con la vista fija en D. Cárlos, desconsolada y vacilante.)
¡Cuánto llora!
(Al pasar por cerca de Cisneros, éste, que debe haber ido descendiendo hasta colocarse en primer término, dice á su hermana con voz fingida y tono amenazador.)

CISNEROS. ¿Sabes tu suerte, traidora?

CATALINA. (Vencida por la emocion se desmaya, y al caer, descubre el rostro. El príncipe de Eboli la recoge en sus brazos. Algunos caballeros de la comitiva rodéanla con curiosidad é interés.)
¡Ay!

CISNEROS. (Horrorizado.) ¡Mi hermana! ¡Maldicion!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una de las habitaciones de la cámara del príncipe. Puerta en el fondo, dos á la izquierda, y á la derecha dos balcones con grandes cortinas. Bufete en el centro y tres sillones. El del medio con las armas reales en el respaldo.

ESCENA PRIMERA.

PRÍNCIPE DE EBOLI, CISNEROS, CATALINA á un extremo.

ÉBOLI. Esto el rey ordena y quieré.
CISNEROS. Pues se hará como lo manda
su Majestad...
ÉBOLI. Así espero.
Encargado de la guarda
del príncipe, me parece
toda vigilancia escasa.
CISNEROS. No huelgan las precauciones:
tanto el dolor le quebranta,
que lo digo con profunda
pena, su salud se estraga.
ÉBOLI. Segun el docto Olivares,

que de órden del rey le trata
y asiste, de dia en dia
su mal estado se agrava.
Es tan activa la fiebre,
que si pronto no se ataja
pondrá en peligro su vida.

CISNEROS. Es verdad.

ÉBOLI. Esto declara
la ciencia...

CISNEROS. Pues imagino
que el príncipe lleva trazas
de hacer difícil la cura,
si de sistema no cambia.
Sus desarreglos son tales,
que á pesar de su cristiana
condicion, á veces creo
que la existencia le cansa.
Sus excesos...

EBOLI. Tú, á quien oye
con algun reposo y calma,
podrías...

CISNEROS. ¡Ay! cuando el fuego
de sus iras se desata,
sólo una voz le apacigua:
la voz de mi pobre hermana.

ÉBOLI. Por eso el rey, convencido
de ese influjo y de que nada
hay en él que menoscabe
los respetos de su casa,
ha dispuesto que en palacio
vivais...

CISNEROS. ¡Ay, señor, qué amarga
satisfaccion! En la corte
enemigos no me faltan...

ÉBOLI. El rey os honra y protege.

CISNEROS. Es verdad, pero no basta.
Por ella sólo lo siento,
que por mí... (Señalando á su hermana.)

ÉBOLI. Si alguien osara
ofenderla, perdería
del soberano la gracia.

CISNEROS. (Resignándose.)
Su Majestad lo dispone,
y yo...

EBOLI. La junta nombrada
para investigar los hechos
de esta empresa temeraria...

CISNEROS. Pero ¿el rey quiere que juzguen
á su Alteza?

CATALINA. (Saliendo de su abatimiento.)
¡Dios me valga!
¿Qué dices, hermano? Si esto
es imposible...

ÉBOLI. (Severamente.) El monarca
para administrar justicia
sólo tiene una balanza.

CATALINA. (¡Ay, mi valor desfallece!...)
¿Y á qué personas encarga...

ÉBOLI. El cardenal Espinosa
es presidente...

CATALINA. (Exaltándose.) ¡Esto clama
á Dios! El mayor contrario
del príncipe...

CISNEROS. (Asustado, á Éboli.)
¡Perdonadla!

ÉBOLI. Porque conozco que el celo
á tal exceso la arrastra,
olvidando mis deberes,
no pongo coto á su audacia.

CATALINA. Pero ved...

ÉBOLI. —¡Silencio, digo!—
Excusad necias palabras.
(Á Cisneros.)
Dentro de poco cumpliendo
las órdenes soberanas,
El cardenal Espinosa
vendrá conmigo á esta estancia.
Díselo.

CATALINA. Pero si llega
su Alteza á saber la causa
¿no comprendeis?...

ÉBOLI. (Secamente.) Esto quiere
su Majestad.

ESCENA II.

CISNÉROS, CATALINA.

CISNEROS. (Alterado.) ¡Desgraciada!
¿Qué te propones? ¿Qué intentas?

CATALINA. (Con amargura.)
¡Y me lo preguntas?

CISNEROS. ¿Tanta
es tu pasion que no puedes
siquiera disimularla?

CATALINA. Harto ha dormido en mi pecho
escondida y solitaria.
¡Ay! ¡Cuántas noches de insomnio
he pasado! ¡Cuántas, cuántas
oculto llanto he vertido
sin que tú lo sospecharas!

—¿Qué haces, loca?—Me decia
llena de zozobras.—Amas
un vago sueño, una sombra,
un imposible que mata.
Arráncale de tu pecho.
¡Arráncale!—Y yo, agitada,
á su influjo resistía;
más ¿cómo huir de las garras
de este amor que me trastorna
¡ay! si le llevo en el alma?

CISNEROS. (Con angustia.)
¡Es verdad! Estaba ciego,
ciego por mi mal estaba!

CATALINA. ¡Si, bien dices! Dominado
por ese afan de venganza,
que oscurece tus sentidos,
y te envilece y te infama,
no conociste mis penas,
no penetraste mis ansias...

CISNEROS. (Desesperado.)
¡Bien el cielo me castiga!

CATALINA. ¡No viste, no viste nada!

CISNEROS. ¡Maldiga el cielo la hora
en que le hablaste!...

CATALINA. ¡Malhaya
el momento en que le trajo
á nuestro hogar la desgracia!
¿Por qué razon misteriosa,
que no se explica y me espanta,
causó en nuestros corazones
sacudidas tan contrarias?

CISNEROS. ¡Ambas mortales!

CATALINA. Bien dices,
hermano; mortales ambas.
En tí el odio, en mi el amor,

¡pero amor sin esperanza!

CISNEROS. (Con acerbo dolor.)
Es que yo he debido hacer
lo que he hecho. ¿No es cierto?

CATALINA. (Con indignacion.) ¡Oh, calla!

CISNEROS. Era justo que tomase
del rey fieras represalias,
que la ofendida memoria
de mi padre apaciguara,
que vengase nuestra afrenta,
que lavase nuestra infamia...
¡Estoy satisfecho!

CATALINA. (Con ira.) ¡Mientes!

CISNEROS. (Con decaimiento.)
¡Ay, es verdad! Ténme lástima!
Mas ese amor, Catalina,
te mancilla...

CATALINA. Pura y casta
puedo levantar mi frente.

CISNEROS. Lo sé. Pero si intentara
el príncipe...

CATALINA. ¡Nada sabe!

CISNEROS. ¡Infeliz, cómo te engañas!
Tú, que cediendo al influjo
de esa inclinacion bastarda,
viniste á verle la noche
de su prision; tú ¡insensata!
¿piensas que no lo adivina?
El amor, como la llama,
cuanto más se le comprime
con tanta más fuerza estalla.
Pero aún tiene cura el daño.
Huyamos léjos de España,
¡muy léjos! Donde consigas
olvidar con la distancia

ese amor desesperado...

CATALINA. (Con desaliento.)
¿Olvidar? Cuando no lata
mi corazon...

CISNEROS. No desoigas
mi ruego...

CATALINA. ¡Súplica vana!
¿Yo renunciar á la dicha
que los cielos me deparan
de compartir su infortunio?
¡Si era cuanto deseaba!
Está enfermo, está oprimido:
y si mi adhesion no alcanza
á evitar sus desventuras,
podrá al ménos consolarlas.

CISNEROS. ¿Y la honra?

CATALINA. ¡Yo me defiendo!

CISNEROS. (Fuera de sí.)
¿Qué esperas? dime, ¿qué aguardas?

CATALINA. (Con resolucion.)
¡Si muere, morir con él,
y salvarme si él se salva!

CISNEROS. (Con viva afliccion.)
¡Triste de mí! He concentrado
mis afecciones más caras
en ti ¡mi sola familia,
mi dicha, mi honor, mi patria!
y tú, olvidándolo todo,
de tu vil pasion esclava,
cuando te tiendo la mano,
sin compasion me rechazas.
¡Ay! al sentir tus rigores
en mi pecho se levantan,
como terribles ensueños,
sospechas mal apagadas.

Y á pesar de tus excusas,
recuerdo la noche infausta
de la prision...

CATALINA. (Con desprecio.) ¿Y recelas
de mí?...

CISNEROS. ¡Y esta herida sangra!

CATALINA. Pues si él hubiera sabido
¡monstruo! qne tú le engañabas,
¿no ves que te hubiera muerto,
como á traidor, por la espalda?

CISNEROS. ¡Ah! Perdóname. ¡Estoy loco!
Si un solo recuerdo guardas
de aquel afecto nacido
al calor de nuestra infancia,
por nuestro propio sosiego
huyamos de aquí...

CATALINA. (Con resolucion.) Te cansas
en vano.

CISNEROS. ¡Te lo suplico
por la memoria sagrada
de nuestro padre!

CATALINA. Sería,
si cediese deshonrarla.

CISNEROS. Piénsalo bien, Catalina.
Mira, por Dios, que me apartas
de la salvacion...

CATALINA. ¡No puedo!

CISNEROS. Mira que sólo desatan
los lazos que nos sujetan
la ausencia... ¡ó la muerte!...

CATALINA. ¡Oh, basta!

CISNEROS. ¿Estás resuelta?

CATALINA. ¡Y lo dudas
todavía!

CISNEROS. (Enternecido.)

¡Ingrata, ingrata!

CATALINA. (Viendo salir á D. Cárlos.)
¡Silencio! El príncipe...

ESCENA III.

DICHOS, D. CÁRLOS, sin espada, demudado.

CÁRLOS. ¿Aquí
estabais?
CISNEROS. Sí vuestra Alteza
quiere estar solo...
CÁRLOS. (Con amarga ironía.) ¡Simpleza
como la tuya!
CISNEROS. Creí...
CÁRLOS. ¡Querer, querer! En verdad
que no he visto majadero
como tú.—¡Yo nada quiero!—
¿Tengo acaso voluntad?
¡Por Dios, la salida es buena!...
CATALINA. (¡Cuánto sufre el desdichado!)
CÁRLOS. ¡Querer! Y estoy amarrado
como un perro á su cadena.
CATALINA. Calmad la viva inquietud
que vuestro espíritu abate.
Ved que este rudo combate
quebranta vuestra salud.
Enfermo estais...
CÁRLOS. No lo ignoras.
Pero deja que celebre
mi próximo fin... ¡Oh fiebre
que mis entrañas devoras,

con qué profunda alegría
te siento hervir en mis venas!
Tú romperás las cadenas
en que gime el alma mia.
Las puertas me vas á abrir...

CATALINA. Con lágrimas os lo ruego.
Correis desalado y ciego
á la muerte...

CÁRLOS. (Extraviado.) ¿Qué es morir?
Morir es no conocer,
guardar cuanto el alma encierra
en dura cárcel de tierra
que nadie puede romper.
Es penetrar el destino,
siempre oscuro y agitado.
Es en fin haber llegado
al término del camino.
¿Qué importa, pues, que sucumba?
—Pero ¿por ventura, es cierto
que aún existo?—¡No! ¡Si he muerto!
Este palacio es mi tumba.
Sólo que Dios compasivo
da la paz al que murió,
y yo sufro mucho... ¡Y yo
estoy enterrado vivo!

CISNEROS. (¡Esto me horroriza!...)

CÁRLOS. Sí...
Claro lo dice esa puerta
¡ay! para todos abierta
y cerrada para mí.

CATALINA. ¡Qué aciaga suerte la mia!
Diera la mitad del alma
por devolveros la calma
que vuestro espíritu ansía.
¿Qué puedo hacer? Ordenad,

señor...

CÁRLOS. ¡No llores, no llores!
¡Si estos intensos dolores
anuncian mi libertad!
Miro acercarse el ocaso
de mi vida... ¡Estoy enfermo!...

CATALINA. (Acongojada.)
Señor...

CARLOS. Sobre hielo duermo,
y no sosiego y me abraso.
Y en el silencio supremo
de mis noches borrascosas,
por las heladas baldosas
ando descalzo y me quemo.
Y no puedo mitigar
mi sed...

CATALINA. (Llena de dolor.)
¡Oh Dios! ¿Que esto pase?...

CÁRLOS. ¡No podría, aunque agotase
las olas del hondo mar!
Nada apacigua este interno
ardor, este frenesí...
¿Y cómo, si llevo en mí
todo el fuego del infierno?
Si en este insondable abismo
llevo mi ambicion inquieta,
que aprisionada y sujeta
se ha vuelto contra mí mismo.
Mi esperanza malograda
y muerta por la mentira,
que se ha convertido en ira,
¡en ira desesperada!
Mi vivo anhelo de gloria,
cuyo recuerdo me altera...
(Cayendo de codos sobre la mesa y cubriéndose el rostro.)

¡Ay, Dios mio! ¿Quién pudiera
arrancarse la memoria!

CISNEROS. (Confuso y amedrentado al ver la desesperacion de D. Cárlos.)
¡No, no! Me falta el valor.
Preciso es que esto concluya.

CATALINA. (Aparte á Cisneros.)
¿Y por qué? ¿No es obra tuya?
Gózate, hermano!
(En un arranque de ira.)
¡Ah, traidor!

CISNEROS. ¡Vamos de aquí! Te prometo...

CATALINA. ¡Desdichado! ¿Adónde irás
que no te persiga? Estás
á tu víctima sujeto.

CISNEROS. Huyamos por compasion.
Tengo miedo...

CATALINA. Es tu castigo.

CÁRLOS. (Levantándose con la mayor exaltacion.)
Pero ¿quién? ¿Qué falso amigo
se goza en mi perdicion?
(Aproximándose á Cisneros.)
Tú quizás...

CISNEROS. ¡Por Belcebú!
¿Otra vez?... (Estoy turbado...)

CÁRLOS. (Desechando este pensamiento.)
¡Imposible! Te he colmado
de favores. ¡No eres tú!
(Cisneros baja la cabeza abrumado por la vergüenza.)
¿Quién puede ser?...—Bien decías,
Catalina...

CATALINA. (¡Esto es cruel!)

CÁRLOS. El corazon te era fiel
cuando mi mal presentías.
¡Si yo te hubiera creido!

CATALINA. No se abata Vuestra Alteza,

porque tambien hay grandeza
en la calma del vencido.

CÁRLOS. (Desalentado.)
¡Es verdad! ¿De qué me quejo?...

ESCENA IV.

DICHOS, EL CONDE DE LERMA.

LERMA. Señor...

CÁRLOS. (Volviéndose.)
¿Qué quereis? ¿Quién osa?...

LERMA. El cardenal Espinosa
y otros miembros del Consejo,
piden para entrar licencia...

CISNEROS. (Y yo que nada le he dicho...)

CÁRLOS. (Maravillado.)
¡El cardenal?... Ya es capricho.
¿Y que busca su eminencia?

LERMA. Obedeciendo á la ley
y por el bien del Estado...

CÁRLOS. Ah! comprendo. ¡Es que ha mandado
abrir mi proceso el rey!
(Con desden.)
Id, á mis jueces espero.

ESCENA V.

DICHOS, ménos el CONDE DE LERMA.

CISNEROS. (Queriendo explicarle lo que pasa.)
Acaso su Majestad...

CÁRLOS. (Sin oirle, á Catalina.)
¿Lo ves? No tiene piedad.
No la tiene... ¡Ni la quiero!
Me amaga con el castigo...

CATALINA. Señor, ¿qué vértigo os ciega?

CÁRLOS. (Amargamente.)
¿Qué más ventura? Me entrega
á mi mayor enemigo.

CISNEROS. De fijo el monarca ignora...

CÁRLOS. (Con ironía.)
¡Padre piadoso! Me diste
una vida ociosa y triste.
¡Arráncamela en buen hora!
—¡Oh dicha jamás soñada!—
Cuando me impongas la muerte
no tendré que agradecerte
nada...

CATALINA. ¡Qué horror!

CÁRLOS. (Fuera de sí.) ¡Nada, nada!
Mi vida es pesado yugo,
padre...

CATALINA. ¡Qué espantosa idea!

CÁRLOS. Rómpele pronto, aunque sea
por la mano del verdugo.
(Reponiéndose por medio de una transicion brusca.)

—¿Qué digo? El verdugo no.

CATALINA. (Horrorizada.)
¡Callad!

CÁRLOS. Esa mano impura
jamás llegará á la altura
en donde me encuentro yo.

CATALINA. ¿Por qué no teneis piedad
de mí?

CÁRLOS. (Con ternura.)
Tú eres, Catalina,
la única luz que ilumina
mi profunda oscuridad.
Sólo una gracia te pido.

CATALINA. Decid...

CÁRLOS. Si juzgado fuera,
no, no consientas que muera
deshonrado, envilecido.

CATALINA. No llegará esa ocasion.

CÁRLOS. Mas si llega...

CATALINA. (Con tono resuelto.)
¡Estad seguro!

CÁRLOS. ¿Me lo juras?

CATALINA. (Con solemnidad.)
Os lo juro.
por mi eterna salvacion.

CÁRLOS. Pero ya se acercan... ¡calla!

CISNEROS. (Haciendo esfuerzos para llevarse á su hermana, que permanece muda y llorosa.)
¡Oh, vamos!

CÁRLOS. (Á Catalina.) Sólo en ti fío.

CATALINA. (Catalina siguiendo á Cisneros.)
¿Qué corazon es el mio
que sufre tanto y no estalla?

ESCENA VI.

D. CÁRLOS, el CARDENAL ESPINOSA, el PRÍNCIPE DE ÉBOLI y el licenciado BRIBIESCA, secretario.

CÁRLOS. Entrad, señores.
CARDENAL. Con pena
nuestro imperioso deber
cumplimos...
CÁRLOS. (Irónicamente.) ¿Qué habeis de hacer
si el rey mi padre lo ordena?
CARDENAL. No es cosa que satisfaga
la mision...
CÁRLOS. Ella os permite
tomar al cabo desquite
del lance aquel de la daga.
CARDENAL. Mal me juzgais, segun veo,
y no hay motivo...
CÁRLOS. Tal vez.
Pero no es bueno que el juez
recuerde agravios del reo.
CARDENAL. En mi rectitud confio.
—Empecemos!—
(Se sienta en el sillon de cabecera, y los demas se disponen á hacerlo en los inmediatos.)
CÁRLOS. (Al cardenal.) Estais mal
colocado. Ese sitial
no os corresponde. Es el mio.
CARDENAL. (Levantándose confuso.)
Vuestra Alteza olvida...
CÁRLOS. No.

Mucho os estimo y venero.
Pero soy el heredero
(Sentándose.)
del reino, y presido yo.

CARDENAL. (Humildemente.)
Fuera en mí temeridad
resistir....

CÁRLOS. Tal me parece.

CARDENAL. ¿Permitís, señor, que empiece
la informacion?

CÁRLOS. (Gravemente.) Empezad.

CARDENAL. Se os hacen cargos muy grandes,
imputándoos el delito
de haber buscado y escrito
á los rebeldes de Flándes;
de haber con esto alentado
la heregía pertinaz,
poniendo en riesgo la paz
de la Iglesia y del Estado;
de haber tenido intencion
de escapar furtivamente
para poneros al frente
de esa injusta rebelion.

CÁRLOS. ¿Eso es todo?

CARDENAL. Averiguar
debo...

CÁRLOS. Excusadme el trabajo
de oiros.
(Al licenciado Bribiesca.)
Poned debajo
que no quiero contestar.

CARDENAL. Mirad que es notable error...

CÁRLOS. (Sin hacerle caso.)
Secretario, acabad luégo
y escribid en otro pliego

esto que os dicto.

(El licenciado Bribiesca escribe.)

CÁRLOS. (Dictando.) «Señor:
»obediente á vuestra ley,
»podeis, y no he de ofenderme,
»como padre aborrecerme,
»castigarme como rey.
»El cielo al nacer os dió
»derechos. Hijo y vasallo
»me sujeto á vuestro fallo,
»pero á la ignominia, no.
»Ni perdon ni gracia pido,
»mas recuso una y cien veces
»el tribunal y los jueces
»á que me habeis sometido.
»No es que defienda mi vida.
»Casi desde que nací
»viene siendo para mí
»dura carga aborrecida.
»Y en prueba de que no abrigo
»tan cobarde pensamiento,
»con profundo acatamiento
»ante vos declaro y digo:
»que ansioso de sacudir
»yugo que me es tan pesado,
»es cierto que he conspirado
»y que he pretendido huir.
»Que es criminal este empeño,
»causa de mi rebeldía;
»pero ¡ay Dios! que todavía
«con él vivo y con él sueño.»

(Tomando una pluma.)

Pongo mi firma.

CARDENAL. En conciencia
os digo...

CÁRLOS. Todo es en vano
Dadla al rey en propia mano,
y excusad vuestra presencia.
Nada le expongo en mi abono,
todos mis actos confieso.
(Marchándose y con acento desdeñoso.)
Mirad si podeis con eso
dar pábulo á vuestro encono.
(¡Me siento morir!...)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos D. CARLOS, despues FELIPE II.

CARDENAL. Señores,
el furor que le trastorna
le hace olvidar el respeto
debido á nuestras personas.
ÉBOLI. Nuestra competencia niega.
Preciso es que el rey conozca
lo que pasa...
FELIPE. (Entrando.) Por desdicha,
todo lo escuché.
CARDENAL. No hay forma
de vencer su resistencia.
FELIPE. Harto lo he visto y me enoja.
Dadme esa carta y dejadme.

ESCENA VIII.

FELIPE II.

¿Conque es decir que su loca
obstinacion, ni se ablanda
con la piedad, ni se doma
con el rigor? ¿Conque es fuerza
que á mil peligros exponga
el reino, ó que de mi sangre
misma los gritos desoiga?
—¡Señor, á qué duras pruebas
me sujetais! Largas horas
pacientemente he esperado
que alumbrarais su memoria.
¡Vana ilusion! Imposible
deseo! Ni una vez sola
me ha llamado.—Y cuando intento
ver si la amenaza logra
ponerle en mejor camino,
en este papel pregona
su incurable rebeldía,
que áun vencida, se desborda.—
Es culpado... pero es mi hijo.
(Rompiendo el pliego.)
¡Oh, rompa mi mano, rompa
esta acusadora carta,
no dé con ella la historia.
Tanto su razon confunde
esa ambicion desastrosa,
que nada escucha... ¡Ay, no sabe
lo que pesa una corona!

ESCENA IX.

FELIPE II, CATALINA.

CATALINA. Aquí el rey... ¡si me atreviêra
á suplicarle!...
FELIPE. Me asombra...
(Reparando en Catalina.)
¡Ah!
CATALINA. Perdonad si confusa,
llena de mortal zozobra,
me atrevo á hablaros...
FELIPE. ¿Qué quieres?
Habla: tu adhesion te abona.
CATALINA. Pero ¿quién mira impasible
las desventuras que agobian
á su Alteza?
FELIPE. (Con pena.) ¡Él lo ha querido!
CATALINA. ¡Si vierais, señor, cuán honda
es su amargura! ¡Qué tristes
son sus dias! ¡Qué espantosas
sus noches!... Tenaz dolencia
sus fuerzas destruye y postra,
y como luz sacudida
por ráfagas borrascosas,
su vida se va apagando
entre continuas congojas.
FELIPE. ¡Él lo ha querido!
CATALINA. ¡Si es cierto!
¡Si es verdad! Pero ¿qué importa?
Cuanto mayor es la ofensa

es más grande el que perdona.
Dios, que es la suma justicia,
busca al alma pecadora...

FELIPE. Pero arrepentida.

CATALINA. Acaso
lo está...

FELIPE. Díganlo sus obras.
Cuando la oveja perdida
al redil seguro torna,
vuelve humilde y no soberbia,
y en vez de quejarse, implora.

CATALINA. Tal vez teme vuestras iras...

FELIPE. ¿Y por eso las provoca?

CATALINA. Está enfermo, sus dolencias
turban su razon que boga
cual desmantelada nave
por las alteradas olas.
¡Y padece tanto... tanto!...
¡Ay, si yo pudiera á costa
de la mitad de mi vida
salvarle...

FELIPE. (Conmovido.)
Eres buena! Lloras!...
¡Ojalá que tus consejos
seguido hubiera! Mas todas
tus súplicas se estrellaron
en su corazon de roca.
Y hoy mismo cuando le envuelven
de su perdicion las sombras,
como el acero templado
se rompe, más no se dobla.

CATALINA. No mireis más que sus penas.
¿Á que recordar ahora
los pasados extravíos?
Padre sois, ¡misericordia,

señor!...

FELIPE. (Conmovido.)
¡Basta!

CATALINA. ¡Es hijo vuestro!

FELIPE. Él mis reinos alborota.

CATALINA. ¿Por qué á venceros no alcanzan
mis ruegos? Si se prolonga
su estado...

FELIPE. Como tú misma
por él mi cariño aboga.
Pero el rey está ofendido,
porque conservar le toca
la paz de la monarquía
que está bajo su custodia.
Y mientras el rey no obtenga
pruebas de adhesion notorias,
el padre, ahogando en el pecho
su pena profunda y sorda,
llorará quizás... ¿Quién duda
que llorará? ¡Pero á solas!
—¿Dónde está el príncipe?—

CATALINA. (Señalando la puerta de la izquierda.)
En esa
estancia, quizás esconda
sus pesares...

FELIPE. (Avanzando.) Iré á verle.
(Viéndole aparecer.)
Mas no es preciso: él asoma.

ESCENA X.

DICHOS, D. CÁRLOS.

CÁRLOS. (Observándolos.)
(¡El rey con ella!... ¿Qué es esto?)
¿Aquí vos?... (¡Cuán recelosa
es la desgracia!...)

FELIPE. ¿Os sorprende?
(Á Catalina.)
Déjanos.

CATALINA. (Llorando.) (¡Dios le socorra!)

ESCENA XI.

FELIPE II, CÁRLOS.

CÁRLOS. Señor...

FELIPE. Estais alterado.
Nada temais...

CÁRLOS. (Altivo.) ¿Pues yo tengo
que temer?

FELIPE. (Afectuosamente.)
Á veros vengo,
aunque no me habeis llamado.
¿Teneis empeño, por Dios,
en aumentar mis pesares?

El buen doctor Olivares
no está contento de vos.
Desoyendo sus expresos
mandatos, solo y sin guia,
os entregais noche y dia
á perniciosos excesos;
estragais vuestra salud,
y acabareis, si esto dura,
con la vida...

CÁRLOS. ¿Por ventura,
es vida la esclavitud?

FELIPE. Pídole á Dios con fervor
que os saque de tanto duelo.

CÁRLOS. Cuentan que mi excelso abuelo,
el glorioso emperador,
contrariando su piedad,
de que el mundo ejemplo toma,
dispuso el cerco de Roma
y prendió á Su Santidad.
Cuando vió bajo su mano
el cayado y la tïara,
rogóle á Dios que librara
al pontífice romano.
Y decía en su simpleza
la plebe alegre y burlona:
—Si reza ¿por qué aprisiona?
Si aprisiona ¿por qué reza?—

FELIPE. (Dominando su indignacion.)
¡Vive Dios, que estais discreto!
El vulgo piensa quizá
que el rey, por serlo, no está
á ley alguna sujeto.
Mil veces, en la fatiga
que el regio oficio ocasiona,
dícele el amor:—¡Perdona!—

y la obligacion:—¡Castiga!

CÁRLOS. Ni la ley ni la conciencia
quieren implacables jueces.

FELIPE. Mas sí justos. ¡Cuántas veces
es crueldad la clemencia!
¿Qué dijerais en su daño
del pastor que en necio arrobo
tuviera piedad del lobo,
cuando le diezma el rebaño?

CÁRLOS. Desechad la compasion
del alma. ¡Nada deseo!

FELIPE. (Dominándose difícilmente.)
Tanta altivez en el reo
hace imposible el perdon.

CÁRLOS. ¿Pues yo, señor, os le pido?

FELIPE. Vuestra audacia me provoca.

CÁRLOS. Há tiempo sé que me toca
sufrir la ley del vencido.
¡No me es la suerte propicia!

FELIPE. La ambicion os tiene ciego.

CÁRLOS. ¿Qué más quereis, si me entrego
sumiso á vuestra justicia?
Puedo en el tremendo azar
que me depara la suerte,
padecer, sufrir la muerte.
Pero ¡humillarme! ¡rogar!...
¡sucumbir á los temores
del riesgo á que estoy sujeto!
¡labrar mi infamia!...—¡Yo, nieto
de reyes y emperadores!—
ante el mal que me amenaza
mostrar torpe cobardía...
¡Oh, nunca! Os deshonraría
á vos y á toda mi raza.

FELIPE. (Exaltándose.)

¡Insensato! ¿adónde vas?
Me espanta lo que profieres.
¿Qué buscas, dime, qué quieres?
¡Soberbia de Satanás!
Airado Dios te abandona.

CÁRLOS. Es que el honor me ilumina.

FELIPE. Dí, más bien, que te fascina
el brillo de mi corona.
¡Que tanto ese afan te irrite!
Te revuelves, te exasperas
contra mí... ¿Por qué no esperas
á que el tiempo me la quite?
¿Soy inmortal, por ventura?

CÁRLOS. ¿Y quién á pensar se atreve?...

FELIPE. ¿Temes quizás que me lleve
el reino á la sepultura?
Pero Dios vela por mí.
Nadie ampara tus traiciones.
¡Ni siquiera esos histriones
que has elevado hasta ti!
Tu ambicioso desconcierto
sólo contrarios te crea.
Estás aislado...

CÁRLOS. (Alterado.) ¡Qué idea
mi razon asalta... ¡Es cierto!

FELIPE. Oh!

CÁRLOS. Los dejais á mi lado
porque ingratos me han vendido.
¡Tambien ella!
(Con profunda desesperacion.)
¿Habré nacido
sólo para ser odiado?
¡En todos, en todos dolo,
falsedad é hipocresía!

FELIPE. (Fuera de sí.)

¡Este insensato, quería
ser en la perfidia solo!

CÁRLOS. ¡Sed implacable, cruel!
¡Estoy ansiando el castigo!
—¡Oh dolor! mi último amigo,
el único acaso fiel,
tú matas; pero no engañas!—
—¡Y mentian... Y su celo,
su compasion... ¡Siento el hielo
de la muerte en las entrañas!
¡Ay, qué abismo tan profundo
de maldad!—Y no poder
vengarme...—¡Con qué placer
viera desquiciarse el mundo!
¡Estoy preso, y nada puede
mi desesperado encono!...

FELIPE. ¡Oh, callad! Os abandono.
¡No permita Dios que quede
sujeto reino cristiano
á tan fieros extravíos...

CÁRLOS. ¡Me estoy ahogando!...

FELIPE. (Ciego de ira.) ¡Moríos,
si habeis de ser un tirano!

ESCENA XII.

D. CÁRLOS, solo.

¡Moríos, dijo... ¡Es verdad!—
—¡Alma incorregible y terca,
cede... ¡No puedo!—Se acerca

la muerte en la oscuridad.
¡Todos en mi desventura
se gozan... ¡Cisneros! Ella!...
—¡Ella! ¡qué asombro! tan bella...
y tan pérfida y tan dura!—
Para su inicua traicion
hay motivo? ¿Qué les he hecho?
Este golpe va derecho
á herirme en el corazon.

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, CATALINA.

CATALINA. Solo está... Podré saber
si el rey al fin conmovido...
(Se acerca al príncipe con interés.)
CÁRLOS. (Rechazándola.)
¿Por qué te habré conocido?
CATALINA. (Maravillada.)
No acierto...
CÁRLOS. ¡Aparta, mujer!
CATALINA. Señor, me llenais de dudas.—
No sé...
CÁRLOS. ¡Me habeis engañado!
CATALINA. ¡Dios del cielo!
CÁRLOS. ¿Qué os han dado,
ruin descendencia de Judas?
¡Regocíjate! La herida
es mortal.—¡Llama á Cisneros!—
¡Me habeis vendido!

CATALINA. ¡Venderos
yo, que os consagro la vida?
Yo, que mi parte reclamo
en vuestro dolor sombrío?...

CÁRLOS. ¡Oh, calla, calla!

CATALINA. ¡Dios mio!
¿Yo venderos? ¡Yo, que os amo!
Pero ¿qué he dicho? ¡Delira
mi razon...

CÁRLOS. (Perdiendo las fuerzas.)
¡Oh, suerte aciaga!
Me está engañando y me halaga
en sus labios la mentira.
¡Qué dulcemente me hiere
su acento!...
(Desvanecido, sin ver ya á Catalina y como buscándola.)
¿Dónde está? ¿Dónde?
(Cae desplomado en un sillon.)

CATALINA. (Fuera de sí llamándole.)
¡Señor, señor! (Horrorizada.) ¡No responde!...
(Gritando desesperada.)
Favor! Su Alteza se muere!

ESCENA XIV.

DICHOS, CISNEROS, despues el CONDE DE LERMA, D. RODRIGO DE MENDOZA, caballeros, monteros de Espinosa y gentiles-hombres que acuden en auxilio del príncipe al fin del acto.

Socorro! Favor!

CISNEROS. (Entrando.) ¿Qué es esto?

CATALINA. (Furiosa.) No te acerques! Te abomino.
Cuando mata un asesino...

CISNEROS. (Aterrado.)
¡Hermana!

CATALINA. Abandona el puesto!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior. En lugar del bufete, un mueble de la época, donde pueda descansar el príncipe D. Cárlos.

ESCENA PRIMERA.

CISNEROS, CATALINA.

CISNEROS. ¡Llora! Si el llanto es la lluvia
del corazon que padece
y que sin este consuelo
se agosta, se seca y muere.
¡Ay! Á todo me resigno.
Pero, por Dios, no te empeñes
en continuar en palacio
por más tiempo. No es prudente.
¿Callas?... ¿Nada me contestas?
Ese silencio es mil veces
peor que el ansia que estalla
con los gritos de la fiebre.

CATALINA. ¡Es verdad! ¿Por qué estoy muda?
¿Por qué el corazon doliente
para sentir sus pesares
ni voz ni lágrimas tiene?
Quiero llorar, y no acierto.
Quiero gritar, y parece
que á mi garganta se enrosca
el dolor como una sierpe.

CISNEROS. ¡Ten ánimo!

CATALINA. ¿Puedo acaso?
¡Desesperacion! Tú eres
implacable, misteriosa
y muda como la muerte.

CISNEROS. ¡Es imposible! Sería
un crímen si consintiese
por más tiempo estas torturas
que nos matan lentamente.
El rey, viendo que su Alteza
ni hablarnos ni vernos quiere,
para abandonar la córte
su permiso nos concede.
¡Vámonos hoy mismo! ¡Hoy mismo!
(Observando la distraccion de su hermana.)
¡Triste de mí! ¿No me atiendes?
Óyeme, hermana.

CATALINA. ¿Qué dices?...
¡Ay, Dios! ¡Tormento como este!
Estás hablándome, escucho,
quiero enterarme y se pierden
tus palabras en mi oido
confusas é incoherentes.
La luz del sol con sus vivos
resplandores me entristece,
y por todas partes, sombras,
terribles sombras me envuelven.

¿Esto es vida? Si esto es vida,
¿qué pasa en la tumba?...

CISNEROS. (Con honda amargura.) Denme
los cielos valor y calma,
si mi culpa lo consiente.
Digo, Catalina, y quiero
que procures entenderme,
que hoy partiremos de España,
porque estoy, pese á quien pese,
resuelto á salir de aquí.

CATALINA. (Distraida.)
¿Pues me opongo acaso? Vete.

CISNEROS. Pero contigo...

CATALINA. ¿Conmigo?
¡Ay, Alonso! No lo intentes.
Yo he de apurar gota á gota
mi dolor hasta las heces.

CISNEROS. ¡Desdichada! ¿Qué consigues
con esto? Piénsalo. Desde
que el príncipe entró en sospechas,
nos odia, nos aborrece.
No ha permitido siquiera
que le veamos, ni esperes
que se ablande...

CATALINA. ¡Era tan justo
su rencor!... Aunque viviese
cien años no olvidaría
aquel momento solemne.
—¡Porque me ama!... Estoy segura.
¡Ah, sí lo estoy!—Su rugiente
cólera fué como el rayo
que ilumina cuando hiere.
Sus quejas eran gemidos,
esos gemidos que suele
lanzar quebrantado el pecho

cuando un desengaño siente.
Y en mí fijaba sus ojos,
¡sus tristes ojos! Con ese
afán angustioso y blando
del que espera y del que teme.
¡Me ama! ¡Me ama! ¡Oh! ¿Quién diría
que mi corazon pudiese,
feliz y á la vez herido,
regocijarse y romperse?

CISNEROS. Estás loca, Catalina,
loca estás; pues aunque fuesen
tus esperanzas fundadas,
¿de qué podrían valerte?
Quiero suponer que atinas;
mas ¿quién la distancia vence
que hay de tu orígen oscuro
al sucesor de cien reyes?
Porque imaginar que en mengua
de tu honor... ¡Eso me enciende
la sangre!...

CATALINA. Pura y honrada
viviré. Pero ¿no adviertes
que hay para las almas otra
patria inmortal y celeste,
donde el amor que en la tierra
es imposible, florece?

CISNEROS. Además, si es todo inútil.
Si por más que te rebeles,
la muerte, insaciable y fria,
sobre el príncipe se cierne;
si están contadas sus horas,
si quizás ántes que llegue
el sol á su ocaso...

CATALINA. ¡Calla,
calla!...

CISNEROS. Sus dolores cesen.
CATALINA. ¡Morir él!... ¿Esto es posible?
¿Es posible que no encuentre
la ciencia remedio alguno?
CISNEROS. Ya lo ves...
CATALINA. (Desesperada.)
¡Ciencia impotente!
¡Ciencia engañosa! ¡Dios mio!
Si yo á su lado estuviese,
lucharía, hasta postrarla,
brazo á brazo con la muerte.
Fuerzas amor me daría...
CISNEROS. Por Dios, no te desesperes.
Vamos á lejanas tierras,
donde en ignorado albergue
el tiempo cure tu herida,
y yo del alma deseche
este horror... ¡Pero no es fácil,
no es fácil, no!... ¿Qué resuelves?
Decídete.
CATALINA. (Con ira.) ¿Yo? ¿Contigo
yo?
CISNEROS. No comprendo...
CATALINA. ¿Yo verte
siempre á mi lado? No creo
que á tal pena me condenes.
Eso es dejar en la herida
el puñal, y complacerse
en ahondarle á todas horas.—
¡Siempre!
CISNEROS. (Con el mayor abatimiento.)
¡Desdichado!
CATALINA. ¡Siempre!
¿Tú, el orígen de mis males?...
CISNEROS. Pero ¿tanto me aborreces,

hermana?

CATALINA. Acaba de un golpe
conmigo y no me atormentes.

CISNEROS. ¿Es decir que estás resuelta?

CATALINA. Resuelta estoy.

CISNEROS. ¿Que no vienes?

CATALINA. ¡No!

CISNEROS. (Con decision.)
Pues entónces, á gritos
clamaré que soy hereje
y luterano...

CATALINA. (Sobrecogida.) ¡Oh, qué espanto!
No sigas...

CISNEROS. (Alzando la voz.)
El descendiente
de Cárlos de Sesa...

CATALINA. ¡Basta!

CISNEROS. Si prefiero que me tuesten
vivo, al tormento que paso
y á la angustia de perderte.
—Yo soy...—

CATALINA. (Interrumpiéndole.)
Haré lo que quieras;
pero no grites...

CISNEROS. Pues vente
conmigo.

CATALINA. Déjame al ménos
verle...

CISNEROS. (Resuelto.)
Es inútil que ruegues.

CATALINA. (Suplicando.)
¡La última vez!... ¡Moriría
de pesar si no le viese!
De rodillas te lo pido.

CISNEROS. ¡No quiero!

CATALINA. (Apoderándose por un movimiento rápido de la daga de su hermano, y amenazándose con ella.)
¿No? pues ya puedes
gritar. ¡Grita! Pero muerta
me hallarán cuando se acerquen.

CISNEROS. (Temeroso ante la firme resolucion de su hermana.)
¡Ah!... Dame la daga... Juro
que no pretendo oponerme...
—No le verás...—

CATALINA. (Con decision.) Eso corre
de mi cuenta.

CISNEROS. ¿Me prometes
venir luégo?...

CATALINA. Soy tu esclava.

CISNEROS. Pues dame la daga, y quédate.
[(Recobrando el arma.)
¡Si yo me atreviera!

CATALINA. (Con efusion.) ¡Gracias,
Alonso...

CISNEROS. Volveré en breve.
¡Oh funesto amor!...

ESCENA II.

CATALINA.

Quería
arrancarme... ¡Qué crueles
son los hombres!... Pero ¿cómo
lograría yo?... Si abriesen
esa puerta...

(Acercándose á la primera de la izquierda.)

¡Maldecida
puerta, que me impides verle!—
Y pensar que allí, entregado
al dolor, tal vez perece!...
¡Sí esto no es cierto! Olivares
se engaña... ¡Olivares miente!
¡Esos médicos no saben
lo que dicen!

(Poniéndose á escuchar.)

Si pudiese
alcanzar... ¡Nada!... El silencio
pavoroso de la muerte.
Sólo los sordos latidos
de mi corazon rebelde...
—Mas oigo pasos... se acercan...
hablan... ¿Quién será?

(Asustada.) ¡Valedme,
cielos! Si aquí me encontraran...

(Buscando donde ocultarse repara en los cortinajes de los balcones de la derecha, y corre apresuradamente á esconderse detras de uno de ellos.)

¡Ah!

ESCENA III.

D. CÁRLOS, apoyado penosamente en los brazos del CONDE DE LERMA y MENDOZA, CATALINA, oculta.

LERMA. Vuestra Alteza no debe
cansar sus fuerzas...

CÁRLOS. Me ahogaba
en ese cuarto... Mis sienes
se saltan... ¡Aquí respiro!

LERMA. (Ayudándole á sentar.)
Descansad. Estais muy débil
y quizás os perjudique...

CÁRLOS. ¡Nada hay ya que pueda hacerme
daño! ¡Mi vida se acaba!
Dios de mí se compadece.
Abrid, abrid los balcones,
y permitid que penetren
á darme la despedida
los rayos del sol poniente.
(Con melancolía.)
¡Cuántas locas esperanzas
y cuántos sueños alegres
han pasado ante mis ojos,
como esa luz que se pierde!

(Mendoza descorre los cortinajes y deja descubierta á Catalina.)

MENDOZA. (Sorprendido.)
¡Ah!

CÁRLOS. (Reparando en ella.)
¿Qué es eso? ¡Catalina!
Tú aquí...

CATALINA. (Avergonzada.)
Señor...

CÁRLOS. No te alejes.
¡Nada temas! ¡Ya no tengo
fuerzas para aborrecerte!
Id, avisad á mi padre
y señor, y si merece
mi agonía este consuelo,
rogadle que venga á verme.
¡Pronto! ¡Pronto!

MENDOZA. Mas ya sabe
Vuestra Alteza...
LERMA. (Á Mendoza.) Es más urgente
de lo que pensais el caso.
MENDOZA. Pero...
LERMA. ¿No veis que se muere?

ESCENA IV.

CÁRLOS, CATALINA, sumida en profundo desconsuelo.

CÁRLOS. ¡Ay! Ya lo ves, Catalina.
¡Ya lo ves! Mi desventura
á su término camina.
Como ese sol que declina
y se hunde en la noche oscura,
hácia la tumba cercana,
fin de la soberbia humana,
avanzo el medroso pié.
¡Pero el sol vendrá mañana
y yo nunca volveré!
¡Sombra, eternidad, misterio,
ya llegais!...
CATALINA. (Sollozando.) Aún Vuestra Alteza
romperá su cautiverio,
para aumentar la grandeza
de este dilatado imperio.
Os quedan altos deberes
que cumplir. ¡Gloria y placeres
os brinda el mundo!
CÁRLOS. (Con amargura.) ¿Aún no estás
contenta? ¿Para qué quieres

que vuelva la vista atrás?
¿Grandeza, gloria mentida!
Quiso el cielo que naciera
en la cumbre esclárecida,
sin duda para que fuera
más ejemplar mi caida.
Pero á medida que crece
mi angustia mortal, despierto
al desengaño, y parece
que ante el sepulcro entreabierto
mi ambicion se desvanece.
De toda gloria alcanzada
¿qué le queda al hombre? Nada.
Sólo la tumba en que yace,
y esa la tiene ganada
sin luchar, desde que nace.
Ya no anhelo, ya no ansío,
ya en mi corazon no influye
el afán de poderío,
que pasa, se pierde y huye
como las ondas de un rio.
Y así como van al mar
en rauda y continua guerra,
yo tambien iré á parar
á un breve espacio de tierra
que por fuerza me han de dar.
¡Muerte! Tu equidad alabo,
que en tu regazo profundo,
lo mismo pesan al cabo
las cenizas de un esclavo
que las de un dueño del mundo.

CATALINA. ¿Á qué, señor, esa queja
inútil, cuando despues?...

CÁRLOS. ¡No, no! La vida me deja.
La ambicion sólo se aleja

de los muertos. ¿No lo ves?
No me duele haber caido,
hoy que los vivos destellos
de la verdad me han herido.
Siento la traicion de aquellos
á quienes más he querido.
¿Adónde podré volver
la vista que no halle dolo?
¡Ah! Triste cosa es perder
la vida engañado y solo...

CATALINA. ¿Hay más infeliz mujer?
Os oigo hablar y me agito
desesperada y sombría,
que si en mi afán infinito
gritara mi ronco grito
los cielos traspasaría.
Me maltratais y os perdono.
Ni siquiera me defiendo.
¿Qué he de decir en mi abono,
si en vuestro terrible encono
no veis que me estoy muriendo?
¿Qué puedo deciros? Nada.
¡Nada! Lloraré mi suerte...

CÁRLOS. ¡No, no! ¡Si quiero crëerte!
¿Cómo has de ser tan malvada
que te burles de la muerte?
La eternidad muda y fria
se levanta entre los dos.
¡No mientas!

CATALINA. Eso sería
querer engañar á Dios
y Dios me castigaría.

CÁRLOS. ¡Su santa bondad proclamo!
Sufro tormentos atroces.

CATALINA. ¿Las lágrimas que derramo

no están pregonando á voces
que os amo?...

CÁRLOS. ¡Ay de mí!

CATALINA. ¿Que os amo?
¿Á qué ocultar mi pasion?
De mi propio pensamiento
se escapa está confesion,
sin querer, como un lamento
del fondo del corazon.
Harto la tuve escondida
y ahogada... ¡Callar no puedo!

CÁRLOS. (Con inefable ternura.)
¡Oh dicha no merecida?
Sigue, sigue... ¡Tengo miedo
de que me falte la vida!
Tu amante voz me enajena
y en mis oidos resuena
con melancólico encanto.

CATALINA. ¡Ay, he guardado mi pena
tanto tiempo, tanto; tanto!...
Nunca la hubierais sabido
siendo feliz, que hice voto
de callar y le he cumplido.
¡Mi pecho se hubiera roto
sin exhalar un gemido!
No aspiraba á la ventura
de llegar á vuestra altura;
mil veces, y esto me aflige,
—¡ay, perdonad mi locura!—
gloria y grandeza maldije.
Mas ya puedo, sin temor,
dar rienda á mi desvarío.
¡Sois desgraciado, señor!
Sufrís... ¿Quién vuestro dolor
puede disputarme? ¡Es mio!

¡Es mio!

CÁRLOS. (Con amargura.)
¡Oh, fortuna fiera!
deslumbróme una quimera
y tras su engaño corrí,
sin sospechar que estuviera
tanto amor cerca de mí.
Y hoy que me despide el mundo,
hoy que me rindo al desmayo
mortal, eterno, profundo,
él es el único rayo
que ilumina al moribundo.

CATALINA. Tal vez de una triste historia
soy la víctima expiatoria...
—¿Qué os decia? No me acuerdo...
no sé... ¡Parece que pierdo
con el dolor la memoria!—

CÁRLOS. (Desvaneciéndose.)
¡Silencio! Ahí está la muerte...
se acerca...—¡No me da enojos
sino el temor de perderte!—
¡Ay, Catalina! Mis ojos
se nublan... ¡No alcanzo á verte!
La inmensidad me rodea...

CATALINA. (En el colmo de su desesperada angustia.)
¡Si no es posible que sea
verdad!

CÁRLOS. (Buscándola con la vista.)
¡No te apartes, no!

CATALINA. ¿Cómo pretendeis que os crea
si aún aliento y vivo yo?
¡Ay, mi razon se extravía!
(Llamándole con afán.)
¡Señor, señor!...

CÁRLOS. (Extraviado.) Es en vano

resistir. ¡Dios me la envía!
Tu mano...

CATALINA. Escuchad...

CÁRLOS. (Desfalleciendo.) ¡Tu mano
por vez postrera!...

CATALINA. (Estrechando la del príncipe con pasion, exclama horrorizada.)
¡Está fria!
¡Fria!... ¡Se muere!...

CÁRLOS. ¡Oh bondad
divina, á tí me encomiendo!

ESCENA V.

D. CÁRLOS en la agonía. FELIPE II, el CARDENAL ESPINOSA, el PRÍNCIPE DE ÉBOLI, el CONDE DE LERMA, MENDOZA, señores de la córte y CISNEROS.

CATALINA. (Corriendo al encuentro del rey con la mayor exaltacion.)
¡Ay, señor! Se está muriendo.

FELIPE. (Lanzándose hácia D. Cárlos. El cardenal Espinosa y Eboli pretenden detenerle.)
¡Hijo!

CÁRLOS. ¿Quién es?...

FELIPE. (Ásperamente á los que le detienen.)
Apartad.

CÁRLOS. (Reconociéndole, toma la mano del rey y la lleva á sus labios.)
¡Padre! padre! Me cegó
la ambicion. ¡Dios me castiga!

FELIPE. (Enternecido extiende sus manos sobre la cabeza del príncipe.)
¡Muere en paz! Él te bendiga

como te bendigo yo.

CÁRLOS. (Espirando.)
¡Ya es hora!

(Todos rodean al príncipe ocultándole á la vista del público. El rey, profundamente conmovido, contempla el cadáver de D. Cárlos y parece orar. Catalina y Cisneros, al extremo opuesto de la escena, hablando en voz baja y contenida hasta el fin del acto.)

FELIPE. (Alzando los ojos al cielo y con voz entrecortada.)
¡Tú me le diste,
tú me le quitas!

CISNEROS. (Sobrecogido de terror invencible.)
No acierto
á hablar...
(Á su hermana.)
El príncipe ha muerto.

CATALINA. (Trastornada.)
¡Ah! ¡Mientes! ¡Mientes!

CISNEROS. ¡No existe!
(Agarrándola violentamente del brazo.)
Vamos de aquí...

CATALINA. (Perdiendo el juicio.) ¡Dulce paz
del alma! ¡No me desdeña...
(Cada vez más extraviada.)
El tablado... el *Haz de leña*!...
(Á Cisneros, con acento breve y ahogado.)
¡Ah, verdugo! Aparta ese haz.

CISNEROS. (Aterrado, sacudiéndola el brazo con frenética energía.)
¡Hermana!

CATALINA. (Sin conocerle.)
¿Tu eres mi hermano?
¡No, no eres tú!...

CISNEROS. (Con desgarradora angustia, mirando á Catalina.)
Estuve ciego.
¿Ya qué aguardo?
(Gritando con voz ronca y desesperada.)

¡Al fuego! ¡Al fuego!

FELIPE. (Saliendo penosamente de sú abatimiento.)
¿Quién turba?...

CISNEROS. ¡Soy luterano!

(Todos se vuelven á mirarle con horror, y cae el telon.)

FIN.